

UNIVERSIDAD

MENSUAL DE CULTURA POPULAR

DIRECTOR: ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

S U M A R I O

LA UNIVERSIDAD ANTE EL PORVENIR	3	Palabras del Rector, DR. GUS- TAVO BAZ	44
Diálogo con André Breton, RAFAEL HELIODORO VALLE	5	NUESTRO CANJE	45
La Enseñanza del Acento Cas- tellano en los Estados Unidos de América, L. CLARK KEATING	9	ANTE LOS LIBROS RECIE- NTES	47
La Iglesia en la Edad Media, PEDRO ARGUELLES	11	PANORAMA Lugones, Adalid y Grogario, LUIS ALBERTO SANCHEZ ..	1.
Cardoza y Aragón en la Lirica, ALFREDO SAUCEDO	18	El Rinoceronte de Durero y sus Historiadores, CAMPBELL DODGSON	4
Héroes de Corrido, MIGUEL N. LIRA	20	La Novela en los Estados Uni- dos, J. DONALD ADAMS	5
La Explotación Agrícola de los Ejidotes, MIGUEL MEJIA FERNANDEZ	23	La Arquitectura Mexicana, ANTONIO PEREZ-VALIENTE DE MOCTEZUMA	8
La Inteligencia, el Cuerpo y la Voluntad de Poderío, VICENTE MAGDALENO	28	Challapín, Principe de los Can- tantes, JOHN ALAN HAUGHTON ...	9
Anatole France y la Libertad de Cátedra, DR. JOSE SILVA	30	Alemania o la Exageración, ANTONIO MACHADO	11
Yanquilandia Ignota o el Rever- so de la Medalla, MANUEL PEDRO GONZALEZ	33	Categoría y Anécdota, GUILLERMO DE TORRE ...	13
El Teatro de Gutiérrez Hermo- sillo, AGUSTIN YANEZ	39	Cuaderno de Arte N° 6. Las Capitulares de los Libros de Coro, JULIO PRIETO.	
Nostalgia en la Tarde, ANTONIO ACEVEDO ESCO- BEDO	43	Fuera de Texto: Suplemento Musical. 1ª Romanza para Piano, VICENTE T. MENDOZA.	

J U N I O

NUM. 29

Esta Revista constituye una de las publicaciones del Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional de México. Registrada como artículo de 2ª clase con fecha 12 de enero de 1937.

Oficinas: Bolivia, 17. México, D. F.



MENSUAL DE CULTURA POPULAR
UNIVERSIDAD
MAYO 1937

UNIVERSIDAD
MENSUAL DE CULTURA POPULAR
1937
UNIVERSIDAD
MENSUAL DE CULTURA POPULAR
MEXICO • ENERO 1938

UNIVERSIDAD
MARZO-ABRIL
Tomo III
PALABRAS PRELIMINARES - EUGEN WILL
EL CONCEPTO DE LA VIDA EN EL FAUSTO
KURT DÖHNER
GOETHE, EDUCADOR - EULLIA GUZMAN
GOETHE Y LAS ARTES PLASTICAS - FERNANDEZ
GOETHE, GEOLOGO Y PALEONTOLOGO -
MULLERRIEDER
GOETHE Y LA FISICA - AGUSTIN ARAGON
LA TRANSCENDENCIA MUSICAL DEL FAUSTO
ANTONIO CASO
LA CASA DE GOETHE Y EL MUSEO NACIONAL
HANS WAHL
FAUSTO - SU PSICOLOGIA Y SU SIGNIFICADO
ARAGON
UNIVERSITARIAS
DEL PAIS



UNIVERSIDAD
MENSUAL DE CULTURA POPULAR

UNIVERSIDAD
MENSUAL DE CULTURA POPULAR
OCTUBRE DE 1936
MEXICO

UNIVERSIDAD
MENSUAL DE CULTURA POPULAR
Ediciones UNIVERSIDAD NACIONAL
FEBRERO 1936

DE 1936

LA CASA DE GOETHE Y EL MUSEO NACIONAL DE SU PSICOLOGIA Y SU SIMBOLISMO - EN

MEXICO 1932

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NUEVA ÉPOCA REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Juan Ramón de la Fuente

Rector

Dra. Olga Elizabeth Hansberg

Coordinadora de Humanidades

Revista Universidad de México

Director

Ricardo Pérez Montfort

Consejo Editorial

Roger Bartra

Rodrigo Díaz Cruz

Juan Pedro Laclette

Clara E. Lida

Linda Manzanilla

Carlos Pereda

Vicente Quirarte

Coordinador Editorial

Horacio Ortiz

Editores

Javier Bañuelos Rentería

Isaac García Venegas

Mauricio Ríos Celis

Asistente editorial

Miriam Aguirre

Editor de arte

Francisco Montellano

Coordinadora de "Miradas"

Itzel Rodríguez Mortellaro

Publicidad y relaciones públicas

Jazmín Flores Yarce

Suscripciones

Rocío Fuentes Vargas

Administración

Mario Pérez Fernández

Diseño y producción editorial

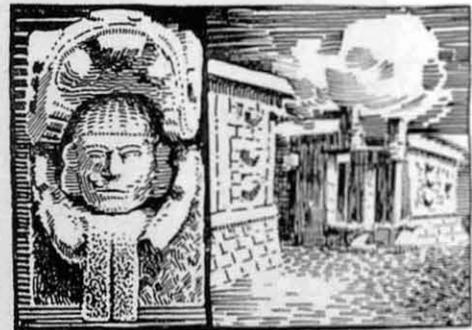
Agustín Estrada

Asistente de diseño y formación

Araceli Limón

Portada: Collage de Agustín Estrada a partir de una foto de Enrique Díaz.

UNIVERSIDAD DE MEXICO



ENERO

TOMO III

N.º 15



Oficinas de la revista: Lado poniente del Estadio Olímpico, Ciudad Universitaria, C.P. 04510. Del. Coyoacán, México, D.F.

Apartado Postal 70288, C.P. 04510, México, D.F.

Teléfonos: 5616-2422, 5616-7211.

Correspondencia de Segunda Clase.

Registro DGC Núm. 061 1286. Características 2286611212.

Impresión: Artes Gráficas Panorama S.A. de C.V.

Distribución: Revista *Universidad de México*.

Precio del ejemplar: \$35.⁰⁰ Suscripción anual: \$350.⁰⁰

(US\$110.⁰⁰ en el extranjero). Ejemplar de número atrasado: \$40.⁰⁰

Revista mensual. Tiraje de tres mil ejemplares. Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto.

Certificado de Licitud de Título número 2801.

Certificado de Licitud de Contenido número 1797.

Reserva de uso exclusivo número 112-86.

Correo electrónico (e-mail): reunimex@servidor.unam.mx

Internet: <http://www.unam.mx/univmex>

al pie de la letra

Núm. 1 julio-agosto de 2002 Suplemento de libros de la revista UNIVERSIDAD DE MÉXICO



Crítica P. 2 → Mujeres en la creación musical de México. **Roberto García**

Bonilla. P. 4 → Los condenados de la tierra. **Arturo Cantú** P. 6 → Wyoming.

Roberto Frías. **Opinión** P. 8 → Campos de juego por siempre. **Carlos Chimal.**

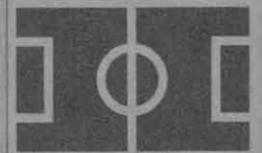
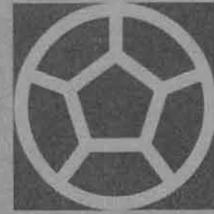
P. 14 → La democracia mexicana contra el

bro. **Gabriel Zaid.** **Librero** P. 12 → México en 1554. Tres diá-

logos latinos de Francisco Cervantes de Salazar. **Isaac García**

Venegas. P. 13 → Conciencia y poder en México. Siglos xix y

x. **Javier Bañuelos Rentería.**



Las compositoras en México

Clara Meierovich,
Mujeres en la creación musical de México,
CNCA (Cuadernos de Pauta), 2001.

Roberto García Bonilla

La creación de la música de concierto en México se ha incrementado cualitativa y cuantitativamente en las últimas dos décadas, este hecho se advierte en otras artes y en las humanidades, pero el desarrollo que han alcanzado las mujeres compositoras no se habría previsto si no fuera por la presencia de Alicia Urreta (1930-1986) quien, a partir de la segunda mitad del siglo xx, además de su labor como pianista y compositora, fue intensa promotora de la música contemporánea y ejemplo para sus colegas de las siguientes generaciones, que ahora promueven su propia obra como tradicionalmente lo han hecho los compositores. Este trabajo sostenido ha alcanzado gran auge, sin embargo sabemos muy poco de las compositoras, sus motivaciones en la creación así como de las técnicas y procesos composicionales presentes en su trabajo (aunque hay que aceptar que este vacío existe, en general, en la música de concierto). Este libro reúne 17 entrevistas con compositoras mexicanas nacidas entre 1927 y 1964, precedidas de un ensayo en el que la musicóloga uruguaya da cuenta del histórico confinamiento de las mujeres en las artes y de su lenta transformación que hacia finales del siglo XIX se aceleró.

Al iniciarse el siglo xxi, en México, las compositoras no se sienten relegadas ni disminuidas por el sexismo, a diferencia de países desarrollados como Alemania o Estados Unidos, donde las creadoras parecen estar en desventaja frente a sus colegas hombres.

La musicóloga describe rasgos estructurales y estilísticos en la obra de cada compositora, establece semejanzas y diferencias entre ellas y, además, incluye su catálogo, partituras publicadas y discografía.

El ensayo introductorio recupera en sus tres primeros apartados el lugar que ha ocupado la mujer en la historia de la música desde el siglo XIX hasta nuestros días; el siguiente se centra en México. Las composi-

toras de los siglos XVIII y XIX no tenían la preparación que tienen las actuales, ya que las cátedras básicamente estaban dirigidas a hombres; además no había un curso específico de composición ni siquiera para ellos, sólo había clases de armonía y de solfeo. Melesio Morales (1838-1908) daba la clase de composición pero era muy restringida.

Se ha concluido que Guadalupe Olmedo (1856-1896), alumna de este compositor, fue la autora del primer cuarteto de cuerdas escrito en México, también atribuido a Cenobio Paniagua, aunque, si esa partitura existe, no se ha encontrado. Delfina Mancera y María Garfías son, en el siglo XIX, pione-

ras de la composición instrumental, en un momento histórico en el que se compuso muy poca música de cámara en comparación con la música de salón, vocal o religiosa.

Ya en el siglo xx, antes de Alicia Urreta, hubo compositoras destacadas como la española Emiliana de Zubeldía radicada desde los años sesenta en la provincia mexicana; ella aplicó las teorías de Augusto Novaro a quien conoció en Nueva York. María Teresa Prieto y Rosa Bal —también emigradas— marcaron el surgimiento de la creación musical femenina en nuestro país. Este auge no es fortuito y adquiere rasgos particulares al paso del tiempo. En las dos últimas décadas, las compositoras han asumido profesionalmente su oficio; no se conforman con crear, buscan la ejecución y la grabación de sus obras, y algunas de ellas componen a partir de encargos específicos.

De un cuestionario básico de nueve preguntas se derivan otras que definen las búsquedas, tendencias y métodos de composición y se profundiza en temas como la vocación, la imaginación, las influencias e interés por ciertas técnicas, la relación con el medio y los obstáculos para la difusión de la obra. Aunque Meierovich señala que no se propuso un libro feminista *per se*, hay dos preguntas que quieren destacar la importancia de las mujeres como creadoras: ¿Qué sientes en tu trasfondo de compositora, además del obvio deseo de expresarte y de trascender tu ser al arte? Así como en la literatura y otras disciplinas artísticas se habla de 'signos' o características que prueban individualizar la obra producida por una mujer, de aquella concebida por un hombre, ¿consideras que también es susceptible de aplicarse al lenguaje de la música?

La entrevista es un género imprescindible para los medios de comunicación que lo han explotado en su avidez por novedades —no siempre originales—, y así se entiende que los investigadores para quienes las teorías y los métodos son una prioridad, este género esté más cerca de la suma anecdótica que de una herramienta de investigación documental.

Las compositoras recorren sus trayectorias: sus influencias formales y estéticas y la manera de concebir la vida desde sus mundos sonoros; mejor, cómo sus vidas están marcadas por la música. Algunas de

ellas llegan a convertir sus respuestas en confesiones; además de describir sus posibilidades creativas, abundan sobre su vida interior.

Una de las virtudes de estas conversaciones es la libertad y espontaneidad que Meierovich alcanzó con sus interlocutoras, que en muchos pasajes desbordan sus geografías emotivas, pero aun así la música sigue siendo el eje de los diálogos. Por momentos las narraciones de las entrevistadas son tan convincentes e ilustrativas que el lector puede olvidar los abismos que hay entre las sonoridades y las palabras; el habla y los sonidos, el lenguaje y la música.

Las personalidades que dialogan se distinguen ya por su discurso ágil, por su mesura y lucidez, por su

Con excepción de algunos casos, el optimismo es notable, lo cual no significa que la situación musical en México sea ideal; por otra parte la posición privilegiada de la mayoría de las compositoras reunidas en este libro, no es una constante generalizada entre nuestras compositoras y compositores. Corresponde al lector contextualizar logros, trayectorias.

vehemencia, por la abundancia de recuerdos e incluso por afirmaciones más cercanas al impulso visceral que al juicio crítico. Con amenidad el lector se sumerge por igual en meditaciones estéticas y en angustias indomables. Las evocaciones y recuentos mantienen el

equilibrio, aunque hay autorretratos cuyas adjetivaciones y superlativos llegan a la autocomplacencia, plasmando rostros evidentemente maquillados. Con excepción de algunos casos, el optimismo es notable, lo cual no significa que la situación musical en México sea ideal; por otra parte la posición privilegiada de la mayoría de las compositoras reunidas en este libro, no es una constante generalizada entre nuestras compositoras y compositores. Corresponde al lector contextualizar logros, trayectorias. En síntesis: es innegable el avance y logros de las compositoras en México —su mejor respaldo es la calidad de su obra—, por lo tanto, ese tono triunfalista de algunas entrevistadas es innecesario.

Estas conversaciones, en conjunto, nos introducen con fluidez a una disciplina que merece un público más amplio. Entre anécdotas, análisis y autocuestionamientos se conforma un texto único en su género en México y Latinoamérica. La lectura de *Mujeres en la creación musical de México*, también nos recuerda algunos de los temas que inquietaron a creadores, intérpretes y escuchas hace varias décadas: tradición, vanguardia, experimentación, conservadurismo, consonancia o neotonalidad. Y, como entonces, sigue abierta la interrogante sobre los rumbos que tomará la música de concierto. ♦♦

Un clásico del 68

Frantz Fanon,

Los condenados de la tierra,

prefacio de Jean-Paul Sartre y epílogo de Gérard Chaliand,

trad. de Julieta Campos,

FCE (Colección popular, núm. 47),

México, 2001, 320 págs.

Arturo Cantú

Desde 1961 hasta el 2001, el Fondo ha publicado trece veces el libro de Fanon. Según el epílogo se ha vendido por cientos de miles, tanto en francés como en inglés, y ha sido traducido a otros 15 idiomas. En los años del 68 mexicano fue una inspiración para muchos de los que participaron de un modo u otro al lado de los estudiantes. Traía una manera de ver y de decir las cosas a tono con las iluminaciones políticas de la hora, y se adelantaba con frescor y entusiasmo a defender y justificar los procesos de liberación del Tercer Mundo. Preveía, en un horizonte cercano, el surgimiento del "hombre nuevo". Hablaba, y sigue hablando casi medio siglo después, desde las antípodas de la corrección política, sin conceder nada al lenguaje de la academia ni a las convenciones establecidas. Era puro, ingenuo, entusiasta, verdadero, como los movimientos estudiantiles de aquel año.

Las luchas africanas, a más de cien años de distancia de las independencias latinoamericanas, con su prestigio de justicia y negritud, anteponían un espejo legítimo para las aspiraciones radicales. En el proceso de descolonización, decía Fanon, "el mínimo exigido es que los últimos sean los primeros" (pág. 40). El mundo escindido de las colonias —donde había una escuela para los europeos y otra para los indígenas; un orden jurídico para los dominadores y otro para los dominados; etcétera— se mezcla y unifica en la lucha de liberación. Por efecto de la violencia el colono y el colonizado se miran ahora al mismo nivel, como iguales en lucha. La violencia logra la transmutación igual

de ambos. A través de la guerra el colono pierde su dominio y el colonizado adviene a la dignidad de hombre pleno. La violencia humaniza. Al matar al colono, fuera de él mismo, mata también al colonizado, dentro de él mismo, y nace el hombre libre. "El pueblo, a quien [el colonizador] ha dicho incesantemente que no entendía sino el lenguaje de la fuerza, decide expresarse mediante la fuerza" (pág. 75).

En 1968, para los latinoamericanos, y quizá más para México, el libro de Fanon podía ser entendido como un manual de argumentos contra la dominación de unos hombres por otros, y al mismo tiempo como la historia de lo que les sucedía a otros hom-

bres, en otro continente, donde las colonias no acababan aún de zafarse de los colonos extranjeros y de los ejércitos de ocupación. Para los mexicanos, a más de un siglo de la Guerra de Independencia, y todavía dentro de la inercia programática de la Revolución de 1910, el mundo colonial de África parecía lejano, aunque la dominación era una realidad presente y actuante en todas las historias del continente americano. Por otra parte, sin embargo, al liberarse aquellos hombres africanos de los colonos y los ejércitos de ocupación, parecían quedar adelante de los pueblos latinoamericanos, que ya habían expulsado a sus propios colonizadores hacía más de un siglo, pero seguían colonizados por dentro. Era un libro sobre la época pasada de las independencias nacionales, y al mismo tiempo sobre la época futura del hombre nuevo. No era fácil comprenderlo entonces del todo, pero gran parte de su eficacia como texto movilizador, consistía en que cuando hablaba de dominados y de dominación, siempre refiriéndose al África, revelaba también, en Latinoamérica, la dominación interior de los más pobres y de los indígenas por los más ricos, y la sujeción hacia el exterior de estos mismos ricos. En las relaciones con los países hegemónicos, nuestra burguesía apostaba, como la africana, a perder en el largo plazo, y mientras tanto se preocupaba únicamente por acumular (pág. 159). Los negros de Fanon resultaban similares a nuestros mestizos e indígenas, y nuestros gobernantes “revolucionarios” se comportaban de manera parecida a los “esclavos manumisos” –los negros occidentalizados– que acababan formando la nueva burguesía de los estados nacientes. La verdad de la dominación sobre África se extendía imperceptiblemente hacia las formas más complejas de dominio que estaban ya en operación, sin necesidad de ejércitos extranjeros, en el continente americano. Inútilmente Fanon advertía a los estados africanos sobre la experiencia contemporánea de América Latina. Ni los africanos ni los latinoamericanos lo entendieron. Los europeos sí.

Pero lo que pasaba en 1968 podría tener poco interés, si es que alguno, para los que nacieron por esos días o después. Es evidente que ya no hay en el mundo colonias, en el sentido de una metrópoli que domina mediante un ejército de ocupación a un país

o un territorio con el fin de explotar sus materias primas y colocar allí sus productos industriales. Pero al releer el libro de Fanon, o al leerlo por primera vez, pareciera que está describiendo las notas distintivas de la situación del 2002: la interiorización de la superioridad cultural de las metrópolis; la pobreza de las grandes mayorías como algo inevitable y consustancial al régimen económico de los países dominados; los aparatos productivos siempre divergentes –el de los países subdesarrollados hacia el anquilosamiento y el de los desarrollados hacia la diversificación–; y los dos tipos básicos de burguesía –las nacionales como intermediarias, y las extranjeras como titulares de los grandes negocios–. En el caso de América Latina, y en el de África, la globalización consiguió sacar de la escena –y ahorrarse el costo– a los ejércitos de ocupación, que ya no son necesarios, pero conservó la esencia de la estructura distributiva en el interior y hacia el exterior. Durante la segunda mitad del siglo XX, ninguno de los países del tercer mundo, africanos y no africanos, de independencia nacional reciente o antigua, pudo crear una planta productiva autónoma como lo recomendaba Fanon. Su análisis, referido a las posibles desviaciones de los gobiernos africanos recién liberados, y al surgimiento y naturaleza de sus propias burguesías, es clarividente (pág. 151 y ss.). Puede ser leído, línea por línea, como la historia de la burguesía y la clase política del México de la segunda mitad del siglo XX.

*

El prólogo de Sartre sigue siendo diáfano, el epílogo, añadido desde la edición del 2001, es torpe y limitado. Está escrito, desde las certezas neoliberales, con el ánimo de disminuir la popularidad del libro. Pero no tiene ni la centésima parte del talento de Fanon. Según Chaliand, la guerra de Argelia fue, apenas, “un problema de particular agudeza” (pág. 305), siempre incierto ya que “quienes participaron de cerca en la acción... saben hasta qué punto los resultados son ambiguos...”, para concluir, en el colmo de la nueva objetividad, con un reproche típico: “la hora no era favorable para un balance sereno del colonialismo” (p. 306). Tal vez ahora sí lo sea. Un buen ejemplo del lenguaje políticamente correcto. ➤

Directorio

Director	Ricardo Pérez Montfort
Coordinador editorial	Horacio Ortiz
Edición	Isaac García y Javier Bañuelos
Corrección	Mauricio Ríos
Asist. editorial	Miriam Aguirre
Diseño	Lorena Howard
Publicidad y ventas	Jazmín Flores Yarcé

AL PIE DE LA LETRA es una publicación que se encarta junto con la revista *Universidad de México* sin costo. ISSN en trámite. Certificado de licitud de título en trámite. Certificado de licitud de contenido en trámite. Reserva de uso exclusivo en trámite. Impresión: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa. Oficinas de la revista: Lado Poniente del Estadio Olímpico, Ciudad Universitaria, CP 04510, México, D.F. Tel. 5616 2422, 5616 7211. E-mail: reunimex@servidor.unam.mx

Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto. AL PIE DE LA LETRA acepta reseñas de novedades editoriales nacionales y extranjeras con una extensión no mayor a tres cuartillas (5,700 caracteres).

Todos quieren un Wyoming

Barry Gifford,
Wyoming,
Emecé Editores,
España, 2002.

Roberto Frías

El mercado de la literatura anuncia *Wyoming* como la más reciente novela del autor de *Salvaje de corazón* y la crítica parece sorprendida por el hecho de que no se parece en nada a las novelas anteriores. En otras palabras, ambas instancias creen, por diversas razones, en la absurda necesidad de que un autor continúe explorando el mismo tema (y, lo más importante en este caso, de la misma forma) hasta el fin de sus días. En realidad me parece poco sorprendente que Barry Gifford (Chicago, 1946) haya escrito un libro en el que no hay violencia, sexo, drogas y muerte, ya que en el fondo esto no es verdad.

Ninguno de estos temas aparece en su reciente novela *Wyoming* de manera explícita, pero están ahí, rondando a una mujer y su hijo mientras viajan en auto por los Estados Unidos de los años cincuenta.

Por principio de cuentas la novela transcurre únicamente en el auto y recoge algunos momentos de los viajes emprendidos por los personajes. No hay narrador externo, todo está dado por los diálogos que entablan el niño, Roy, y su madre, Kitty; técnica narrativa ideal para escamotear al lector las razones por las que ellos atraviesan el sur y el medio oeste de los Estados Unidos. Precisamente por sus conversaciones desenfadadas sabemos también que nada

terrible les sucede cuando no están en el auto, que existe un padre fantasmagórico cuya oscura profesión no puede ser del todo honesta y que de alguna manera la naturaleza misma del viaje se relaciona con una extraña necesidad de movilidad por parte del *paterfamilias*. Kitty y Roy hablan como dos personas en el borde del mundo, permanentemente admirados, él haciendo preguntas naturales para sus nueve años pero parsimonioso, sin la irracional exigencia infantil, y ella respondiendo a todas y cada una de las interrogantes con toda calma, alejada también de la neurosis maternal del estereotipo. Y esta atmósfera, esta novela con calma que nunca

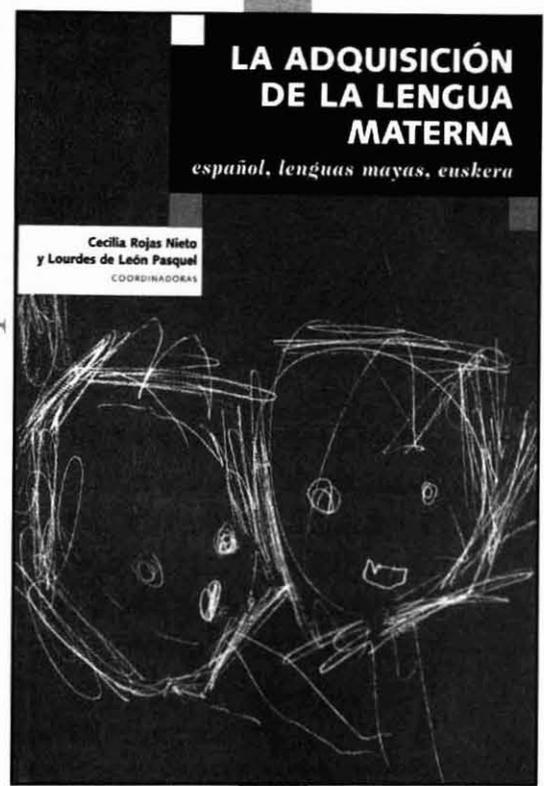
La adquisición de la lengua materna.

Español, lenguas mayas, euskera.

Cecilia Rojas Nieto y Lourdes de León Pasquel
(coords.)

UNAM/CIESAS, 2001

publicaciones



El asombro que causa la celeridad con que los niños aprenden a comunicarse y la impresionante capacidad lingüística que muy pronto manifiestan ha despertado desde siempre la atención. A pesar de las múltiples reflexiones que encontramos a través de los siglos sobre el aprendizaje del lenguaje, no es sino hasta décadas recientes que su estudio se ha constituido como campo de investigación sistemática. En México, un grupo de investigadores se dedica a estudiar el proceso de adquisición del español y de diversas lenguas indígenas, y se enfrenta al problema de la adquisición bilingüe.

Este texto ofrece un panorama muy iluminador de diversas facetas de esta empresa y acerca al lector al fascinante y complejo universo de la adquisición de lo que Darwin llamó la suave música de la especie.

llega a la tormenta que se insinúa es de nuevo propia de Barry Gifford. Entonces, lo que sorprende aquí es que asistimos, por primera vez en su narrativa, a lo que sucede simultáneamente en el mundo literario del autor mientras que Sailor y Lula, Perdita y Romeo, o cualquiera de los personajes giffordianos se enfrentan con seres despreciables y corren peligro de muerte. Es decir, que Kitty y Roy viajan en un cambio abrupto de tono y ritmo, y viven momentos de entrañable intimidad.

El auto, la carretera y el viaje son los elementos constitutivos de esta *novela-paréntesis*, una cápsula de tiempo con la que Roy y su madre pueden transportarse al futuro, al pasado o al tiempo suspendido de la imaginación (Roy imagina un Wyoming en el que nunca ha estado como el lugar perfecto a dónde escaparía con su madre si no quisieran que nadie los encontrara y también como el lugar en el que pensará desde ese momento en adelante si algo "malo" les pasa) o, mejor dicho, al tiempo del viaje, en el que la vida se desenvuelve por medio de reglas distintas y fuera de los accidentes de sí misma, que habrá de afrontar el viajero una vez que llegue al destino. En el

Es también una novela emblemática (sucede en la década de los años cincuenta) de la defensa del mundo interior ante las agresiones de una sociedad norteamericana que comienza el largo trecho de la última mitad del siglo xx.

tada, en los límites estrictos de ese tiempo aparte.

El mismo autor dice que es la novela más autobiográfica que ha escrito, y que sitúa en el terreno de la ficción los acuerdos con su propio pasado y con sus padres. Pero más allá, es también una novela emblemática (sucede en la década de los años cincuenta) de la defensa del mundo interior ante las agresiones de una sociedad norteamericana que comienza el largo trecho de la última mitad del siglo xx, en el que sus instituciones se encargarán de encumbrarla y hacerla caer hasta los más bajos fondos en repetidas ocasiones. Es en este sentido que la conversación entre una madre y su hijo se vuelve un desapasionado pero contundente alegato a favor de la más elemental de las libertades personales y la exigencia de que revaloremos al individuo como el concepto hacia el que deben volcarse, de querer sobrevivir en el futuro, los gobiernos y las políticas económicas. En lo que ese momento llega todos necesitamos un Wyoming al cual escapar de vez en cuando. ➔

viaje, estrictamente en el tránsito, se está a salvo y por eso no es casualidad que la novela más disruptiva de Gifford ocurra, o por lo menos nos sea con-

Campos de juego

por el

Ernest Hemingway creía tener talento en el cuadrilátero luego de haber tomado lecciones con Ezra Pound, y volcó ese interés en parte de sus obras de ficción más conocidas. Sus retratos de pugilistas van desde el vanidoso Robert Cohn, de *El sol también se levanta*, hasta el apático Ole Anderson, quien aguarda su propio homicidio en el clásico cuento "Los asesinos". Paul Fournel, en su relato "Dos amigos", nos muestra que quizás lo que más importa en la literatura no es lo que sucede ni a quién le pasa, sino el espaciotiempo donde acontece.

Incluso Toni Schumacher y Marcel Dessailly en sus memorias como jugadores profesionales, el mesurado árbitro inglés Dennis Howell en sus relatos sobre lo que significa ser el juez principal dentro del campo, y el periodista George Plimpton luego de conducir una serie de jugadas de los Leones de Detroit, todos ellos han cumplido el deseo de millones de fanáticos y paleros, de lectores apasionados y sesudos: pisar la cancha, moverse dentro de ella. Cada punto geográfico, cada espacio en el tiempo exige su tratamiento literario.

¿Por qué deportes rudos y antintelectuales, como el boxeo, el fútbol soccer y el fútbol americano fascinan a algunos escritores y artistas, entre ellos ciertos refinados pensadores?

Tal vez porque generan la misma expectación en el público y abordan los mismos temas que los asedian como creadores: el dolor corporal y la pericia, la lealtad hacia el enemigo en la cancha (la página en blanco), el estrellato y la soledad. El equipo, cada uno de los once de la tribu, enfrenta un adversario que es una distorsión onírica de sí mismo en el sentido de que su debilidad, el riesgo de fracasar y de ser gravemente herido, sus cálculos mentales, todo ello puede considerarse como poderes que pertenecen al Otro. Los parámetros de su propio ser no son más que afirmaciones, fronteras del yo con el Otro.

Cuando un boxeador ha sido noqueado, cuando el espíritu material de un equipo ha sido socavado en la cancha, no significa pérdida del conocimiento, o incluso mutilación. Quiere decir más bien, y por medio de una analogía, que

han sido puestos fuera de combate en el espaciotiempo. Los últimos 15 minutos del segundo periodo, el conteo de los diez segundos, la marca de los dos minutos, constituyen cierto paréntesis metafísico a través del cual debe internarse el boxeador en la lona, la oncena atrás en el marcador si esperan persistir. El escritor Juan Villoro pregunta a uno de los grandes cronistas de fútbol de todos los tiempos, Ángel Fernández: "¿Es el fútbol una imagen de otro mundo posible?" "Es el mundo irreal que gozamos durante 90 minutos en los grandes días", responde Fernández.

Sin embargo, no debemos engañarnos. Si a veces parece que los escritores sienten una atracción particular por los deportistas, es simplemente porque están en una posición tal que pueden difundir sus pensamientos. Cualquier semejanza entre ambas ocupaciones es un acto de pura imaginación premeditada. "La soledad de cada uno de los miembros del equipo al ponerlo todo en juego", "la ostentación del ego al desnudo" y otras frases como estas, que tratan de relacionar la suerte del escritor con la del deportista, contienen juicios más del deseo que de la realidad de sus respectivos propósitos. Es precisamente la condición del escritor sobre el insalvable abismo que existe entre su profesión y las contiendas deportivas lo que impulsa estas comparaciones.

El fútbol no es un encuentro estético ni una danza erótica. Es un trabajo riesgoso, como el del gladiador. Sin duda, los jugadores profesionales son la versión moderna de los gladiadores de la Roma imperial. Ya no son esclavos más que de su propio cuerpo, y los reyes y las mujeres más bellas del

mundo los saludan con especial admiración. Un encuentro es un choque, y en las mejores colisiones la habilidad de los protagonistas, su coraje y gracia pueden hacernos olvidar por momentos el fin hacia el que están siendo arrojados.

He ahí, si no, las memorias del "carnicero" Toni Schumacher, arquero de la selección alemana que materialmente destrozó la delantera de Francia en aquella semifinal durante la Copa del Mundo de España 1982. Schumacher relata con paso firme las corruptelas de la liga alemana. No alcanza a ser gran literatura, pero la intención es clara y provoca el efecto esperado. En un tono similar, donde la crónica toma la batuta, se encuentran las memorias de Denis Howell, el magnífico árbitro inglés de los años de 1960. En el capítulo "Tiempo extra", y como espectador durante la final Alemania vs. Inglaterra del verano de 1966 en el estadio de Wembley, Howell nos regala una espléndida narración desde la óptica del juez en la cancha:

Después de 10 minutos de tiempo extra, se abre una hermosa avenida por el interior izquierdo del bastión alemán, gracias al intercambio de pases entre Stiles, Ball y Hurst. Este último empalma el balón de lleno y la bolea va a pegar en la cara inferior del travesaño, rebota en la línea de gol y es cabeceada por un defensa alemán. ¿Cayó dentro o sobre la línea? El estadio completo contiene el aliento. Recordemos que la clásica definición de gol es: "todo el balón ha de rebasar toda la línea de meta". ¿Cómo saber si este riflazo cayó 20 centímetros dentro de la línea?

Los árbitros en las gradas tuvimos una reacción instintiva. ¿Dónde estaba parado el árbitro principal? ¿Podía formarse un criterio desde esa posición? La respuesta en este caso es no. Sólo alguien con perspectiva, desde una banda, podía ofrecer una opinión autorizada. El señor Dienst busca a su auxiliar, el señor Bakjaaramov, quien ya agita su bandera, y corre hacia él. Es un momento dramático que el fútbol soccer jamás había vivido antes. No sólo un estadio, sino 400 millones de telespectadores en todo el mundo presencian por primera vez la final de la Copa del Mundo en vivo, y todos ellos, en más de cien lenguas, suman ahora su juicio. Los árbitros saben que la televisión repetirá una y otra vez la jugada en cámara lenta, que decenas de fotógrafos y camarógrafos registrarán sus placas y cintas desde muchos ángulos. Nada de eso importa ahora. No hay tiempo de asambleas ni de comités, ni tampoco de evidencias gráficas. Hay un momento de duda entre el árbitro suizo y el abanderado ruso, hasta que por fin parecen entenderse. El ruso apunta su bandera hacia el centro de la cancha y el árbitro silba, elevando su dedo y corriendo hacia el círculo del saque. El gol había sido marcado. Inglaterra se ponía a la cabeza y, a pesar de todo lo que se dijera en adelante, la historia estaba escrita.

Bobby Robson, por su parte, director técnico de la selección inglesa en las copas de 1982 y 1986, y quien tuvo la fortuna de contar con temibles centros delanteros, como Trevor Francis y Gary Lineker, nos relata el mundo que se

echa a cuestras un técnico en el apasionante juego mental entre jugadores y el diseñador de estrategias. Sus memorias pueden resumirse en una sola frase: "Tan cerca y, sin embargo, tan lejos". Lo mismo pasaba por la mente del novohispano Juan Ruiz de Alarcón, quien a principios del siglo XVII, en *Las paredes oyen*, arremetía contra esta insana pasión por patear "un cuero lleno de viento". Y, sin embargo, Beltrán sucumbe al encanto de la contienda porque Séneca, a su vez, quien también había sido seducido, "la comparó al vano presuntuoso: / y esa semejanza ha dado / sin duda al juego sabor, / porque no hay gusto mayor / que apalea un hinchado. / Mas si miras el contento / de un jugador de pelota, / y un cazador que alborota / con halcón la cuerva al viento, / ¿por dicha tendrás la risa / viendo que a presa tan corta / que vencida nada importa, / corre un hombre tan de prisa, / que apenas tocan la yerba / los caballos voladores? / ¡Válgaos Dios por cazadores! / ¿Qué os hizo esa pobre cuerva?"

Eso mismo se pregunta el poeta chileno Gonzalo Rojas, cuyo poema "Fútbol sin parar" dice: "Todo lo futbolero, pelotas / y patas, se jerarquiza hasta la cresta / del Aconcagua: ¿metáfora / de patear por patear, o exhibición / de cuero del Testículo / en el césped hinchado así: Mayúsculo; que eyacula y / hace eyacular / estadios enteros y salpica / retórica y grasa por / satélite en / los idiomas todos: el maya, / el etrusco incluso? / Pensar / que hubo toreros, gladiadores / en la apuesta, / y ritmo. / Píndaro / hubiera llorado."

Cada cuatro años se pone en juego la supremacía de dos estilos irreconciliables, de dos formas de ver el mundo en la cancha. Al igual que en la literatura clásica y contemporánea, en la nacional y en la tribal, de tanto en tanto se renueva la capacidad expresiva de una generación. De acuerdo a la famosa clasificación del poeta, cineasta y jugador *amateur* de soccer, Pier Paolo Passolini, la creación literaria y futbolística son equiparables, y por tanto puede decirse que ambas, en algún periodo de su desarrollo, se han mostrado defensivas, descriptivas, y otras veces ofensivas, inspiradas, poéticas. A veces son barrocas y a veces neoclásicas; se inclinan por un nuevo expresionismo o por un realismo minimalista; asisten al triunfo del maximalismo y buscan nuevas tendencias. Evocan con verdadera maestría y embrujan, o bien quiebran las líneas enemigas bajo un esquema en el que el director técnico prefiere un fútbol en prosa. Pueden ser "prosistas realistas" o "poetas realistas".

Así, a diferencia de Maradona, quien era un poeta sin tema, Hugo Sánchez jugaba un fútbol en prosa, pero su prosa era poética, de artículo en la mejor sección cultural. Igualmente David Beckham, quien podría escribir en el *Times*, y es más poeta que Zidane. A menudo interrumpe la prosa y se saca de la manga dos versos fulgurantes. Que quede bien claro que no hago distinciones de valor entre prosa y poesía; al igual que Passolini, la mía es una distinción meramente técnica. Sin embargo, al igual que la literatura italiana de mediados del siglo XX, la literatura francesa,

sobre todo la más reciente, es la literatura del articulista cultural, que es elegante y, cuando mucho, estetizante. Su fondo es casi siempre conservador, algo provinciano y obsesionado con los pecados del pasado. Al mismo tiempo, la escuadra campeona del mundo practicó una prosa estetizante que no la llevó ni al título ni a la gloria. La poesía provino en esta ocasión de los conjuntos africanos y asiáticos, dueños de una vigorosa literatura regional emergente.

El sueño de cada jugador (compartido por cada espectador y cada escritor) es el de avanzar desde medio campo, burlar y anotar. El poeta Antonio Deltoro anota en su poema "Balón": "Más que la pelota/ que parte de la mano / me maravilla el balón / que sale del suelo disparado. / Todos lo vimos atravesar / el ángulo preciso y cruzar el espacio. / Nunca ni el globo, ni el avión, / ni el pájaro o la flecha / partirán tan llenos de milagro. / Todavía lo siento en el pie: / ya está entre esas redes / creadas por dos piedras."

Por desgracia, Passolini no pudo vivir para admirar la transformación de la prosa estetizante en prosa poética, en los botines de Johan Cruyff, Bernard Schuster y Paul Gascoine. *El miedo del portero ante el penalty*, del novelista alemán Peter Handke, es una alegoría de los hombres profundamente solos, rodeados de historias que van más allá de sus fuerzas y no pueden contenerlas. Y, tanto para el árbitro de la liga *amateur* que pasea su figura al igual que un fantasma, como para el portero, quien es el más solitario de los once, ha llegado el momento de tomar una decisión. Con una voz igualmente totalizadora y llena de sutiles evocaciones, como solía tejer en la media cancha Zico su futbol, el poeta de Zacatecas, José de Jesús Sampedro, caracteriza el espaciotiempo de las grandes estrellas: "El aire azul de Vavá, de Moore; la luz; el gran *fluir* de Gilmar; la fiera audacia de Puskas; afable flor de Garrincha; raudo caos de Vogts; el denso oasis de Keegan; el fiel ayer de Liedholm; la (ubicua) voz de Batista; el alto vuelo de Zoff; el viable lirio de Gullit; el fasto humor de Pelé; de Yashin; la red; el ruin *spleen* de Scirea; el verde sur de Sotil; el ruido (el alma) de Cruyff; la luz; el fiable signo de Zico. Irradia (exhala); el oboe. Irradia (exhala) la esfera."

La literatura, como el juego de espejos, de toma y daca en que puede convertirse el futbol, tiene una evidente obsesión con el cuerpo. Horas antes de saltar a la cancha se lleva a cabo un ritual destinado a elevar el espíritu y a calentar cada uno de los músculos y huesos. El jugador tiene un enorme celo sobre su propio cuerpo y lo sufre en forma distinta que una bailarina o un escritor. Quienes marcan una época por su estilo y por su físico, como Balzac y Romario, no pueden ser comparados con sus epígonos.

Una figura infaltable, la del cronista que dramatiza lo sucedido en el campo de juego, es retratada en la novela *Soñé que la noche ardía*, del chileno Antonio Skármeta: "Y ahora Facús, si no es indiscreción, cómo vio la jugada, ¿cree usted que fue penal?"

En la literatura como en el futbol americano, el soccer y el boxeo, dos más dos son cinco, como pensaba Nicolás Gogol. Y el orden de los factores sí altera el producto. El futbol surge de extrañas y repentinas combinaciones entre dos o más competidores, incluso dentro de cada uno de quienes logran conectarse. ¿Cuánto tiempo más este deporte será una metáfora que satisfaga nuestra forma de ver y hacer el mundo? Mientras existan volantes que, con una finta de cuerpo, manden a volar a su líbero y abran avenidas. Como dice el novelista Paul Fournel, mientras siga siendo un juego de vencedores y de amigos, de gente que sepa patear como mula y sepa hacerse olvidar. Mientras siga siendo de los que corren los cien metros en diez segundos y medio, pero nunca de los que dan zancadas inútilmente, mucho menos de los que se comprometen por un balón perdido. Mientras siga siendo de los que evitan correr al matadero tras todo lo que envían los volantes y su querido guardameta. En el relato "Dos amigos", de Fournel, un jugador del equipo profesional Marsella F.C. reflexiona sobre un compañero y sobre sí mismo en el campo:

Lo que más me fascina es esa manera que tiene de dormir en la cancha y despertar de repente, de estar al cien por ciento en un segundo y, al momento de un disparo, ser el futbol mismo. Yo soy un matemático; construyo, ordeno, driblo, distribuyo, dibujo el futbol en la cancha. Fabrico el movimiento de los demás. Hago circular el balón como algo objetivo. Quito pelotas y doy pelotas. Él se mete dentro de la pelota y la hace goles. Una vez que ha decidido atacar, nadie puede seguirlo, y cuando se decide a chutar, los porteros se estiran. Los veo cuando su defensa es desbordada, saltando de un pie al otro, listos para escoger su lado, colocando instintivamente las manos delante de la cara. La pelota le llegó a la altura ideal, la golpeó de aire con el empeine, pecho hundido y brazos abiertos. Una precisión como para quitarle las telarañas a los ángulos.

De hecho, ya en las primeras contiendas de las que se tiene memoria, las cuales se encuentran en la *Iliada* y en la *Odisea*, son cruciales la manera y el estilo de hacer lo que debe hacerse dentro de la arena de combate. Odiseo, oculto aún tras las ropas de un mendigo, cavila cómo destrozará al "correveydile" Iro, si con un empujón tal que el alma se le vaya a tierra, o bien, suavemente, y para evitar notoriedad, con un puñetazo que, no obstante, ha de fragmentarle la mandíbula. Todo tiene su momento, incluso la mejor literatura. Cuando, en 1719, el "profesor" James Figg demostraba su bravura en un anfiteatro de Londres ante figuras como Alexander Pope y Jonathan Swift, el boxeo alcanza su momento culminante en el ámbito literario. Cien años más tarde, aún podía verse a los epígonos del mar, como Lord Byron, frecuentando las habitaciones del excampeón John Jackson, el Caballero, con intenciones de practicar "el noble arte", al igual que el brillante ensayista William Hazlitt. Ahora es el momento del futbol y la literatura. Con un poco de suerte, veremos el resurgimiento en ambos campos de una prosa poética. ♦

Un país de todos, una historia de todos

BITÁCORA INEHRM

17 DE JULIO
ASESINATO DE ÁLVARO OBREGÓN
EN 1928

18 DE JULIO
MUERE BENITO JUÁREZ EN 1872

30 DE JULIO
ANIVERSARIO LUCTUOSO DE MIGUEL
HIDALGO Y COSTILLA, EN 1811

FOROS INEHRM

El INEHRM, la Facultad de Economía
de la UNAM y la Dirección General
del Personal Académico de la UNAM
invitan al foro:

PERSONAJES, CUESTIÓN AGRARIA
Y REVOLUCIÓN MEXICANA

17 y 18 de julio de 2002
a las 17:00 horas

Para mayores informes:
Doctora Mónica Blanco R.
mblan01@yahoo.com.mx

Maestro Jesús Méndez Reyes
jmenendez@segob.gob.mx

INEHRM VIRTUAL

PRÓXIMAMENTE EL SIGLO XX
EN LA PUNTA DE TUS DEDOS...

www.inehrm.gob.mx

EXPOSICIONES INEHRM

ENTRE EL PODER Y LAS MASAS.
LÁZARO CÁRDENAS,
SÍNTESIS ICONOGRÁFICA

Del 18 de junio al 30 de septiembre

Sala de lectura de la Biblioteca
de la Revolución Mexicana

Lunes a viernes: 9 a 18 horas;
sábados: 10 a 15 horas



SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Plaza del Carmen 27, San Ángel, Del. Álvaro Obregón. Tels. 5616 3808, 5616 3809

correo electrónico: bbarros@segob.gob.mx



INEHRM



Francisco Cervantes de Salazar,
México en 1554.

Tres diálogos latinos de
Francisco Cervantes
de Salazar,

edición facsimilar,
versión castellana
de Joaquín García Icazbalceta,
introd. de Miguel León Portilla,
UNAM, México, 2001,
CXXIV-77 págs.

Isaac García Venegas

En tiempos de crisis se necesita del ayer con más intensidad que en épocas normales. Bajo el lema "Orgullosamente UNAM 450 años", la máxima casa de estudios vive en esta circunstancia. Entre otras cosas, se nota concretamente en la reciente edición facsimilar de los tres diálogos latinos que en la Nueva España escribió el connotado humanista toledano Francisco Cervantes de Salazar a mediados del siglo XVI. Lo que en última instancia le confiere un valor singular a esta edición, que no es la más completa ni la primera que se hace, es precisamente ese mirar al pasado desde un presente incierto. ¿Qué es lo que tienen que decirle a un lector actual tres diálogos que lejos de ser una crónica sobre la Universidad, la ciudad de México y su entorno, respectivamente, fueron concebidos como método idóneo para enseñar y practicar latín?

Quizá lo que de inmediato llama la atención es la confianza que se percibe en ellos. La convicción de que con el actuar propio se proyectaba luz sobre las "tinieblas" del mundo indígena y de que además se era

partícipe indispensable de tal empresa, se hallan en la base de semejante actitud. Esta seguridad es algo que actualmente resulta extraño. Las loas de aquellos tiempos a la acción humana hoy aparecen como restos arqueológicos de un mundo ingenuo: puesto que vivimos en una realidad en la que el mercado con su "mano oculta" escribe el destino inevitable, la libertad humana no pasa de ser una añoranza de historias o discursos moralizantes.

Junto con la confianza, es la solemnidad con que se habla de la Universidad y de la ciudad de México la que deja perplejo al lector contemporáneo. En el intento de hacer un recuento parecido de la ciudad en la actualidad, lo hay todo menos esa gravedad tan elocuente con la que se referían a ella hace quinientos años. Si con el libro en la mano se hace el recorrido descrito en los dos últimos diálogos por Cervantes de Salazar, se encontrarán las evidencias de una modernización forzada que ahuyenta cualquier solemnidad posible. En aquel entonces, el orden en la distribución y organización de la ciudad era expresión de toda una concepción del mundo renacentista y católica; ahora impera un caótico desorden como consecuencia de una larga historia de desatinos mezclados con agravios lacerantes cometidos ya por una mano paternal, ya por la mano oculta.

Ni los interlocutores imaginados por su autor ni el mismo Cervantes de Salazar atinarían a explicar tan extraordinaria transformación.

Difícilmente podrían entender que 5 siglos después, el signo de los tiempos sea el de la mistificación: un nuevo destino que somete al ser humano, antaño orgulloso de haberse liberado de lo inevitable en cualquiera de sus formas, y la fruslería de una ciudad invadida por esos "arrabales" que en el siglo XVI circundaban y contrastaban con la traza y distribución bella y solemne de la capital novohispana.

Sin lugar a dudas, la valía de los tres diálogos latinos de Francisco Cervantes de Salazar radica en ayudar a repensar la Universidad (aunque sólo sea por el orgullo que un largo conflicto relegó a último término) y una ciudad que quiere crecer hacia el cielo sin lograr resolver del todo sus problemas terrenos. ♦♦

Francisco José Paoli Bolio,
Conciencia y poder en
México. Siglos XIX y XX.

Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa,
México,
2002, 410 págs.

Javier Bañuelos Rentería

Hace apenas una década nadie imaginaba la influencia que llegarían a tener los intelectuales mexicanos sobre la opinión pública. En la medida que la apertura política ha ido avanzando, los intelectuales han encontrado mayor libertad para difundir sus ideas en espacios anteriormente muy controlados. Sus apariciones en radio y televisión son cada vez más constantes y gracias a la tecnología sus ideas pueden llegar

en un instante a millones de personas. Este hecho le da al intelectual una importancia desconocida y lo coloca en una posición de poder distinta respecto a la clase política. La historia de esta relación, en el México de los siglos xix y xx, es el tema central del nuevo libro de Francisco José Paoli Bolio.

El libro, que es resultado de un proyecto apoyado por el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, se divide básicamente en dos partes. En la primera, hace una muy breve descripción del surgimiento de la figura del intelectual en Occidente. Establece ahí que las funciones del intelectual no se reducen exclusivamente a la crítica o a la legitimación del poder, sino que abarcan otro tipo de reflexiones relacionadas con el mundo artístico o filosófico, aunque acepta que finalmente este tipo de reflexiones tiene también una repercusión política, pues contribuye a formar una idea acerca del mundo. Aquí, sin embargo, llama la atención el énfasis por caracterizar al intelectual como un elemento que busca ante todo la cohesión de la sociedad y su buen funcionamiento. Tal postura parece ser más bien una visión personal de lo que debiera ser el intelectual que deja de lado a aquellos pensadores o aquellos artistas empeñados en romper el orden establecido. Tal visión de lo que debiera ser el intelectual insinúa cierto conservadurismo y demuestra falta de rigor en el análisis. Cuando Paoli se refiere a la distancia crítica que debe guardar el intelectual

frente al poder, lanza señalamientos, casi reproches, contra "algunos intelectuales, especialmente excéntricos y desbordadamente individualistas y exhibicionistas" que "exageran el acento de esa distancia".

¿Cómo se puede juzgar si un intelectual exagera o no esa distancia crítica? Aun si se admitiera que esa independencia radical es una "exageración", ¿sería eso motivo suficiente para endilgarle al intelectual en cuestión todos los adjetivos citados? Siguiendo la lógica de Paoli, ¿podríamos calificar a Gabriel Zaid como un "excéntrico" por el hecho definir de la manera tan tajante como lo ha hecho su distancia con el poder político y el poder económico? La intromisión de las convicciones personales de Paoli le restan seriedad a su análisis. Cuando se refiera a Rousseau lo coloca en la categoría de los intelectuales "volubles y presuntuosos" y dedica un párrafo para señalar que a pesar de que proclamó en muchos de sus escritos su amor por la humanidad "no fue capaz de sostener, y menos de educar, a sus propios hijos", como si ello restara valor a su trabajo como intelectual. El mismo señalamiento de padre irresponsable se lo aplica páginas más adelante a Melchor Ocampo.

La segunda parte del libro consiste en un recorrido histórico muy superficial de las relaciones entre intelectuales y poder durante el México independiente. La manera en que Paoli realiza este recorrido consiste en presentar breves semblanzas

de una serie de intelectuales que él considera representativos. En el caso del siglo xx, además de las semblanzas personales, se ocupa también de ciertos grupos, como el Ateneo de la Juventud o los Contemporáneos, y de algunas revistas que han sido fundamentales en la difusión cultural. La concentración de personajes y grupos es quizá la mayor virtud del libro. Sin embargo, esta segunda parte adolece de dos defectos. Una es la falta de profundidad de las semblanzas que, ante la falta de mayor investigación, terminan, casi todas, convirtiéndose en rígidos retratos en los cuales no se alcanza a observar la dinámica propia de la relación entre el intelectual y el poder. Por otra parte, resulta muy difícil entender la ausencia de personajes e instituciones centrales de la vida intelectual del México contemporáneo. La galería de retratos no incluye a Alfonso Reyes, a Fernando Benítez, ni a Jaime García Terrés, por mencionar sólo a tres de los más importantes marginados. Tampoco se menciona al suplemento "México en la Cultura" de *Novedades* y a la revista *Universidad de México* de los sesenta, que contribuyeron de manera decisiva a formar intelectualmente a la generación a la que pertenece Francisco Paoli. Sería bueno, por la importancia que como grupo ha adquirido, que los intelectuales mexicanos se interesen un poco más por compartir con la sociedad las reflexiones que sobre sí mismos realizan. ➔

La democracia mexicana contra el libro

Gabriel Zaid

La palabra escrita fue importante para llegar al cambio democrático en México. Afortunadamente, el antiguo régimen se sentía tan seguro de su monopolio político que se daba el lujo de tolerar la libertad de escribir, y hasta fomentaba la creación y la edición. Paradójicamente, el nuevo régimen está desmantelando los apoyos a los autores y editores de libros. Hasta parece creer que eso es lo verdaderamente democrático. El argumento implícito es el siguiente: Los apoyos son privilegios antidemocráticos. Si escribir, editar o distribuir libros es un mal negocio, cambia de

negocio. Al país le da igual. El Estado no tiene por qué apoyar tales o cuales actividades.

Se trata, naturalmente, de un credo de economistas que tomaron la Secretaría de Hacienda desde el régimen anterior, y cuya hazaña más notable ha sido reducir el salario real promedio (4% de 1993 a 2001). Por esta vía indirecta, redujeron también la producción de libros del sector privado (8% de 1993 a 2000, en millones de ejemplares) y el número de editores (10% en el mismo lapso). Ahora, aprovechando el río revuelto de la democracia, actúan directamente contra el sector cultural, desde el año pasado. A pesar del escándalo (más de un millar de declaraciones, artículos, noticias, reportajes, entrevistas, caricaturas) y de algunos repliegues tácticos, avanzan firmemente para imponer su credo, eliminando estímulos fiscales.

Su mayor desplante ha sido poner en ridículo al presidente Fox, que el 28 de mayo anunció el ambicioso programa "Hacia un país de lectores". Dos días después, su secretario de Hacienda canceló la tasa cero del IVA para el libro (que permitía a los lectores no pagarlo y a los editores recuperar el IVA pagado a sus proveedores). Los resultados de esta "democracia sin privilegios" no se harán esperar en los años que vienen. Por lo pronto, dice la burla general, avanzamos hacia un país sin lectores, autores ni editores. →

[Para el *ABC Cultural* de Madrid, que pidió un texto sobre la situación del libro en México, a propósito del Congreso de Editores en Valencia, que abrió el 27 de junio]

AL PIE DE LA LETRA se une a la protesta de intelectuales y autores por las recientes medidas fiscales que la Secretaría de Hacienda pretende autorizar en materia de IVA y de ISR, sometiendo a la cultura y, en particular, a la industria editorial mexicana, al siniestro juego de la oferta y la demanda, determinado por políticas neoliberales. "Dime qué lees y te diré qué hueso roerás", parece ser el nuevo lema que en materia de lectura aplicarán las más altas autoridades federales. Asimismo, las recientes declaraciones del secretario de Hacienda respecto de la publicación y de una masiva "lectura de semipornografía" por el ya de por sí reducido círculo de lectores en nuestro país, nos acercan cada vez más al universo real de lo que, en las altas esferas del poder, se conoce como "cultura".

No es menos preocupante observar que en la misma UNAM ciertos fondos documentales conservados en el archivo del CESU (particularmente la colección fotográfica "Manuel Gutiérrez Paredes", que contiene imágenes relevantes de los movimientos sociales del país, de 1965 a 1970) pretenden entregarse a la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado, alejándolos de la consulta pública a la que fueron originalmente destinados.

Nos preguntamos, ¿a qué responden estas decisiones políticas...?



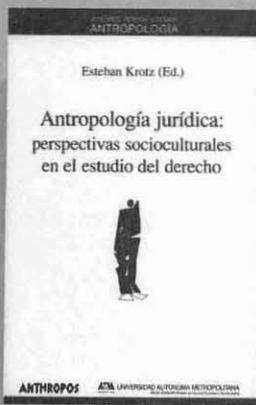
Iztapalapa

Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA División de Ciencias Sociales y Humanidades

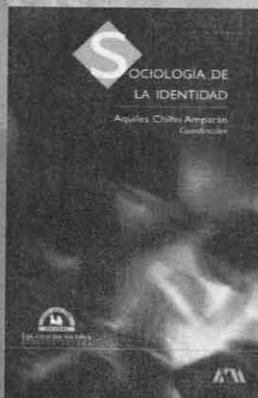
Nuevas Publicaciones



**Antropología jurídica:
perspectivas socioculturales
en el estudio del derecho**



**Territorio de leonas:
cartografía de
narradoras mexicanas
en los noventa**



Sociología de la identidad

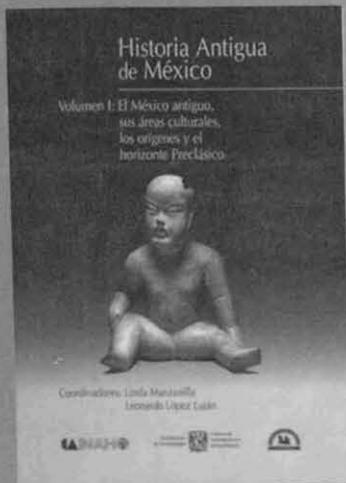


**El sujeto:
construcción
y deconstrucción**

San Rafael Atlixco núm. 186 (edificio H, cubículo 215)
Col. Vicentina, Del. Iztapalapa, CP 09340, México, D.F.
Tels. 58 04 47 55 y 59. E-mail: revi@xanum.uam.mx

Historia antigua de México

Coordinado por
Linda Manzanilla y
Leonardo López Luján



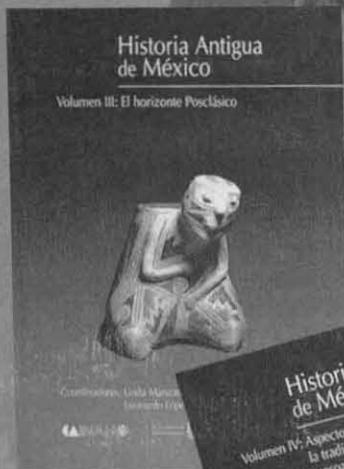
Volumen I: *El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte Preclásico.*

2000, 2a. ed., rústica, 552 pp.,
17 x 23 cm, 1,100 g.



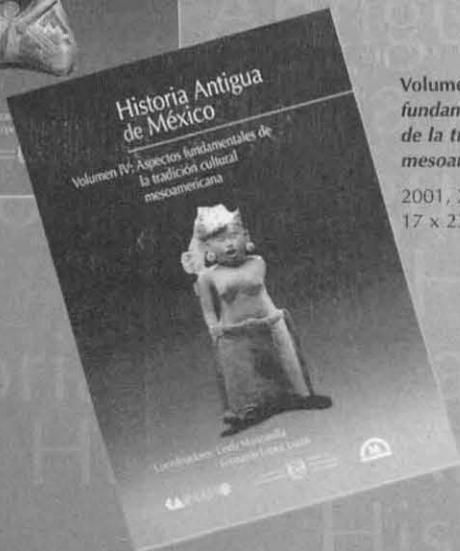
Volumen II: *El horizonte Clásico.*

2001, 2a. ed., rústica, 400 pp.,
17 x 23 cm, 850 g.



Volumen III: *El horizonte Posclásico.*

2001, 2a. ed., rústica, 416 pp.,
17 x 23 cm, 860 g.



Volumen IV: *Aspectos fundamentales de la tradición cultural mesoamericana.*

2001, 2a. ed., rústica, 380 pp.,
17 x 23 cm, 1,000 g.

Formada por cuatro tomos en su segunda edición corregida y aumentada, esta obra es el esfuerzo más ambicioso del área en los últimos años: una síntesis actualizada con las polémicas vigentes y referencias fundamentales para profundizar en cada tema; decenas de expertos de renombradas instituciones nacionales y extranjeras como Eduardo Matos Moctezuma, Alfredo López Austin, Teresa Rojas Rabiela, John Clark, David C. Grove, Yoko Sugiyama, Yamamoto, Marie-Arieti Hers, Dominique Michelet, Miguel León-Portillo e Ivan Šprajc, entre otros, ofrecen con rigor científico un panorama de nuestro pasado prehispánico. Indispensable para especialistas, profesores y estudiantes, curiosos e interesados.

MÁS de
20 años
de experiencia nos avalan



Coedición con el Instituto Nacional de Antropología e Historia, CNCA, el Instituto de Investigaciones Antropológicas y la Coordinación de Humanidades, UNAM.

Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, Amargura 4, San Ángel, 01000 México, D.F.
Tel.: 5616 2705 y 5616 0071 Fax: 5550 2555 E-mail: maporrúa@mail.internet.com.mx

LOS VUELCOS DE LA FORTUNA

Itinerarios: de la autonomía a la cultura popular 5
(Sobre la revista de la Universidad en la década de los treinta)
Isaac García Venegas

De rupturas y reencuentros. 13
La Universidad Nacional en los años treinta
Fidel Astorga Ortiz

EL PANORAMA DE LA PROFECÍA

Presenta José Roberto Gallegos Téllez Rojo
Trayectoria de la Universidad 23
Salvador Toscano

Presenta Jaime Vélez Storey
La inmigración mexicana en los Estados Unidos 29
J. Fred Rippey

Presenta Javier Garciadiego Dantán
Dejemos a Mr. Poinsett 35
Luis Chávez Orozco

Presenta Andrés Ordóñez
La Doctrina Estrada 41
Juan José Soler

EN SANGRE Y CENIZA

Presenta Vicente Quirarte
Poema 20
José Gorostiza

Gloria Mundi 32
Julio Torri

Sufrir 51
Alfonso Reyes

Elegía délfica 57
Carlos Pellicer

México 75
Rafael Alberti

Paisaje con dos tumbas y un perro asirio 94
Federico García Lorca

IDIOMA CANTADO DE PREGUNTAS

Presenta Roger Bartra
Humanismo y filosofía en México 53
Agustín Yáñez

El progreso 58
José Vasconcelos

LAS ARTES Y LOS OFICIOS

Presenta Ignacio Sosa
El espectro del marxismo criollo 63
Alfonso Teja Zabre

Presenta Antonio García de León
México desconocido: las "monterías" de Chiapas 69
Rodulfo Brito Foucher

ENTRE EL SUEÑO Y LA PASIÓN

Presenta Clara E. Lida
La Revolución mexicana y la española 77
Silvio A. Zavala

82 España (oración)
León Felipe

EL HUMO DE UNA SOMBRA

Presenta Itzel Rodríguez Mortellaro
Arquitectura contemporánea 96
Justino Fernández

101 Paseos Coloniales. Visión de Morelia
Manuel Toussaint

105 Palabras iniciales
Luis Chico Goerne

Presenta Ricardo Miranda
Diálogo con Julián Carrillo 107
Entrevista de Rafael Heliodoro Valle

Presenta Leonardo Martínez Carrizales
117 Poesía y realidad
Rodolfo Usigli

LA MECÁNICA DEL TIEMPO

Presenta Sergio González Rodríguez
123 La Universidad y el vitáfono
Genaro Fernández MacGregor

126 La reforma del calendario
Joaquín Gallo

129 El fracaso del cine mexicano
José Alvarado

MONTAÑAS DE LACRE ROJO

Presenta Antonio Velázquez Arellano
133 Los monstruos
Isaac Ochoterena

EL DISEÑO GRÁFICO COMO UN ACTO DE SEDUCCIÓN.

ENTREVISTA CON VICENTE ROJO

JAVIER BAÑUELOS RENTERÍA

REVISTA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

1930-1938

Nuestros primeros pasos

Como primer número doble de la revista *Universidad de México* en esta nueva época, los que la editamos decidimos dedicar sus páginas a sus primeros tiempos en el México de los años treinta del siglo xx. Para ello revisamos todos los números de la revista producidos entre 1930 y 1938 y seleccionamos una buena cantidad de artículos y piezas literarias que reflejan su versatilidad, su compromiso y sus principales propuestas editoriales. Una vez ordenados y capturados por un equipo coordinado por Isaac García Venegas,^{1*} invitamos a especialistas contemporáneos de diversas generaciones, colaboradores de la revista y miembros de su consejo editorial a que comentaran dichos textos, para así tratar de establecer un diálogo entre los momentos iniciales de la revista y esta nueva época.

Este número doble pretende así ser un homenaje a esta primera etapa en la que, sin duda, la revista *Universidad de México* reflexionó acerca de los principales problemas a los que se enfrentaba nuestra casa de estudios, pero también, sobre cuáles eran sus posibles soluciones; una etapa en la que las preocupaciones académicas estaban muy ligadas al quehacer político, cultural y científico del país, una etapa en la que la Universidad se encontraba en medio de una más de sus luchas por su supervivencia; una etapa en la que México se miraba a sí mismo y al mundo con cierto optimismo, pero también experimentando desalientos y conflictos.

Conscientes de la problemática contemporánea de la educación superior y particularmente de los difíciles momentos que vive hoy en día la UNAM, creemos que una revisión de estos primeros pasos de nuestra revista, de su contexto histórico y cultural, además de una reflexión sobre sus repercusiones en la actualidad puede ser útil no sólo para la comunidad académica sino para la sociedad mexicana en general. Cabe destacar que para la edición de este número, el equipo de la revista buscó siempre conservar, en la medida de lo posible, el estilo de escritura de aquellos tiempos, y sólo se actualizaron aquellas formas y giros lingüísticos que lo ameritaban.

Creemos que este número doble reúne situaciones y aspectos de la realidad mexicana e internacional que vinculan la historia reciente con la actualidad y que bien haríamos en reflexionar acerca de ellos, para así mostrar la permanencia y validez del acontecer universitario e insistir en la creatividad, la visión rigurosa y la crítica de lo que hemos sido y lo que ahora somos en la UNAM.

Los editores

* Alicia Arias, Nallely Rueda, Victoria Casado, Georgina Corral, Mayra Cuahonte, Marisol Díaz, Paola Delgado, Alicia Escobar, Miriam González, Alma I. Hernández, Yoana Hernández, Miriam López, Jesús A. Reséndiz, Celia Román, todos ellos alumnos de la Escuela Nacional de Trabajo Social de la UNAM, nos brindaron su valiosa ayuda en las tareas de transcripción. Queremos expresar nuestro agradecimiento por su entusiasta colaboración en este número.

ITINERARIOS: DE LA AUTONOMÍA A LA CULTURA POPULAR

(SOBRE LA REVISTA DE LA UNIVERSIDAD EN LA DÉCADA DE LOS TREINTA)

Isaac García Venegas*

En un ambiente turbulento se publicó por primera vez la revista *Universidad de México*. Visto a la distancia se puede afirmar que en noviembre de 1930 inició uno de los esfuerzos culturales más fructíferos y prolongados que ha tenido lugar en el país. Sin embargo, en aquel entonces la existencia misma de la revista fue incierta; en una sola década vivió dos periodos con orientación, diseño e incluso nombre distinto: primero fue *Universidad de México* (noviembre de 1930 a agosto de 1933) y tras un silencio de casi dos años volvió con el nombre de *Universidad: mensual de cultura popular* (febrero de 1936 a junio de 1938). Después de sesenta y tres números publicados en conjunto, desapareció por un lapso de ocho años.

En defensa de la autonomía y la libertad. Primer periodo (1930-1933)

Dos circunstancias que afectaron seriamente a la Universidad dieron un impulso particular a la revista *Universidad de México*: la autonomía universitaria y el acoso gubernamental que, además de ser constante, se recrudeció a partir de entonces. La revista hizo explícito este hecho al presentar como editorial inicial tanto las consideraciones del presidente de la República para expedir la Ley Orgánica de la Universidad en 1929, como las intervenciones que hicieron en ese entonces el rector Ignacio García Téllez y el estudiante Alejandro Gómez Arias, ante el primer Consejo Universitario de la UNAM.

El estado de ánimo que prevalecía en la casa de estudios era claramente perceptible en aquel editorial. En palabras del rector, la Universidad aspiraba a crear un "hombre útil para la sociedad", y no "un burócrata mendicante que, congestionado con ideas extranjeras, sólo inculca principios irrealizables, predica falsas utopías y presta servicios a quienes, en la defensa de sus intereses creados, fomentan la lucha de clases, mantienen sin perfeccionar la técnica industrial y desean prosperidad del monopolio capitalista sobre la explotación del esfuerzo humano". Sin duda un duro juicio que, traspasando las fronteras de la autocrítica, alcanzaba a un gobierno que decía encarnar la revolución y con el cual la Universidad, al volverse autónoma, había llegado a una ruptura casi definitiva. Después de todo, con la autonomía se pretendió dar "solución" a un conflicto cuyas demandas iniciales nada tuvieron que ver con ella. No obstante, por más que los universitarios aceptaban la necesidad de reformar su institución, eso no quería decir que asumieran los lineamientos dictados por los revolucionarios en el poder.

Por ello *Universidad de México*, dirigida en ese periodo por Julio Jiménez Rueda y Pablo Martínez de Río,¹ estableció un fuerte compromiso con la autonomía universitaria, entendida ante todo como libertad de pensamiento y opinión frente a un régimen que en sus intentos de consolidación había caído en el descrédito. Violencia política, rebeliones, corrupción, centralismo e imposición de la figura de Plutarco Elías Calles sobre las instituciones de gobierno, eran los signos más ostensibles del dominio sonoreense en su última fase. Y precisamente desde allí se acusaba a la Universidad de ser aristocrática, egoísta, indiferente e incluso hostil a las causas de la revolución.² Al definirse a sí misma como una revista de estudio, investigación y análisis de problemas sociales y cuestiones científicas, y "no un magazine literario, ni un escaparate lírico de buenas intenciones",³ *Universidad de México* tomó distancia de otras revistas, pero además, respondió puntualmente a esas descalificaciones y agresiones.⁴

Esta reivindicación de la Universidad se hizo asimismo en cosas tan nimias pero simbólicas como, por ejemplo, reproducir en sus primeras portadas los grabados del profesor Valerio Prieto que representaban los edificios universitarios. Mas fue en los contenidos en donde dicha reivindicación resultó sumamente clara. A lo largo de este primer periodo es notable la ambición de profundidad que hubo en los textos publicados, perceptible en lo prolijo y "denso" de muchos de ellos. No es exagerado afirmar que esta "fiebre" de investigación, análisis y estudio profundo fue casi inversamente proporcional a las acusaciones que la Universidad recibió desde el poder.

Si, como frecuentemente se afirmó en sus páginas, Universidad quería decir universalidad, habría que reconocer el esfuerzo de la revista por alcanzar objetivo tan ambicioso en momentos de profunda agitación mundial. La crisis que desde 1929 mostró el capitalismo hizo de los diversos sistemas que se perfilaban en el horizonte —comunismo, socialismo, fascismo— alternativas viables para un mundo inmerso en lo masivo, los movimientos revolucionarios, la inestabilidad política, y los avances científicos y tecnológicos. De alguna manera, la revista también respondió a estas inquietudes, todas ellas derivadas de un orden internacional que aún no alcanzaba a reconstituirse.

Por lo menos dos fueron los sentidos de esa universalidad aludida. El primero de ellos se reflejó en la gran variedad de temas tratados. Los problemas concretos de la nación se expusieron con el mismo rigor que los filosóficos; los temas históricos y arqueológicos mexicanos y universales ocuparon numerosas páginas, tantas como inteligentes ensayos de economía y derecho; el arte (indígena, colonial y contemporáneo, incluyendo cine y teatro) apareció constantemente, casi a la par que las materias científicas (biológicas, astronómicas, geológicas, médicas, matemáticas...). Si bien el relato, el cuento y la poesía fueron más bien escasos comparados con otras temáticas, no sucedió lo mismo con la mirada hacia y desde el exterior, sobre todo latinoamericana y europea.⁵

Por supuesto, esta universalidad se complementó con el gran abanico de ideologías que se perfilaban en el tratamiento de los diversos temas: al lado de un planteamiento sobre la viabilidad de la economía socialista era posible encontrar una mirada

UNIVERSIDAD DE MEXICO



NOVIEMBRE, 1930

TOMO I No. 1

PALABRAS INICIALES	3
INSTITUTO AMERICANO DE DERECHO Y LEGISLACION COMPARADA	9
LA EDUCACION DEL INDIO Y LOS INDIANAS INDIANAS	21
LAS UNIVERSIDADES Y EL TEATRO	15
LA REVOLUCION AGRIARIA MEXICANA	31
LA UNIVERSIDAD Y EL VITAFONO	38
LA INTEGRACION REGIONAL	42
EL DILEMA DE MEXICO	47
EL INGRESO DE ALUMNOS A LA FACULTAD DE MEDICINA	52
NOTAS	63

MEXICO

- Julio Jiménez Rueda fue director de la revista desde noviembre de 1930 hasta agosto de 1932, y Pablo Martínez del Río su secretario de redacción a partir de enero de 1931. Ambos se separaron de ella para ocupar puestos en la administración del nuevo rector Roberto Medellín Ostos: Secretario General y jefe del Departamento de Intercambio Universitario, respectivamente. A la salida de ambos, se hizo cargo de la revista Andrés Iduarte únicamente por dos números. Para noviembre de 1932 regresó Pablo Martínez del Río, pero ahora como director, cargo que desempeñó hasta la desaparición de la revista en 1933.
- Tales fueron, entre muchas otras, las calificaciones que lanzó el secretario de Educación Pública, Ezequiel Padilla, ante el Congreso de la Unión al solicitar la autonomía universitaria en 1929. En adelante se repetirían una y otra vez juicios semejantes. Véase Martínez Della Rocca, Salvador, *Estado y Universidad en México [1920-1968]. Historia de los movimientos estudiantiles en la UNAM*, México, Joan Boldó i Climent, 1986, p. 48 y ss.
- Revista *Universidad de México*, octubre de 1931, tomo II, núm. 12.

favorable hacia la tecnocracia como solución a los problemas del mundo; también era factible hallar a una dama abogando por los derechos políticos de la mujer en México y a un constitucionalista meditando sobre las posibles reformas a la carta magna; e incluso se podían leer textos de Antonio Caso y Vicente Lombardo Toldano, los dos grandes protagonistas de aquel célebre debate en el que se jugaría el destino de la Universidad: la educación doctrinaria o la libertad de cátedra.



Llegaron al extremo de pedir la supresión del presupuesto que se otorgaba a la UNAM por ser un gasto oneroso e inútil para la República. Este tipo de peticiones se hicieron desde 1912. Sin embargo, en la década de los treinta se volvió prácticamente una línea de acción gubernamental. Con la "autonomía total" (1933), esta tendencia llegó a su punto culminante al darle a la Universidad un monto único de 10 millones de pesos y despojarla de su carácter nacional. Existen pruebas para decir que a partir de entonces la precariedad económica se convirtió en una de las armas con las cuales el gobierno confrontó a la Universidad en más de una ocasión.

Por ejemplo, en 1932 se dedicó un número doble (marzo-abril) al primer centenario de la desaparición de Goethe, en el que intelectuales alemanes y mexicanos reflexionaron sobre aquel pensador desde las más diversas perspectivas: la pedagogía, la música, la geología, la paleontología, las artes plásticas y la psicología. Con Pascual Ortiz Rubio en la presidencia hubo un momento en que la construcción de una Ciudad Universitaria pareció ser un proyecto viable. Así lo demuestran los planos propuestos, los apoyos que en distintos momentos se publicaron dentro de la revista para que se diera paso a la construcción de la misma, las sucintas pero significativas reflexiones que se hicieron en sus páginas sobre la conveniencia de dotar a la institución de instalaciones que la alejaran de su pasado colonial. Como ejemplo de esto véase revista *Universidad de México*, noviembre de 1930, tomo I, núm. 1, pp. 61-63.

Consecuencia obvia de lo anterior fue la diversidad nacional, profesional e incluso de nivel de estudios, de sus autores. León Felipe y Juan José Soler (ministro de Paraguay) por citar solamente a dos, compartieron páginas con autores mexicanos como Alfonso Reyes, Luis Chávez Orozco, Ermilo Abreu Gómez, y Luis González Obregón, entre otros. Pero acaso lo más interesante es que en esas mismas páginas también participaron alumnos de la Universidad. En efecto, desde que se preparaba el primer número, la revista convocó a profesores y estudiantes para que colaboraran en ella. Aunque la respuesta no fue del todo entusiasta, sí se publicaron ensayos, grabados y proyectos arquitectónicos para la construcción de Ciudad Universitaria realizados por alumnos de las distintas escuelas de la casa de estudios.⁶

Empero, cual líquido que traspasa una tela porosa, el nacionalismo se filtró a través de ese universalismo. En este sentido, *Universidad de México* perteneció y contribuyó a la construcción del mito y a la eventual filosofía de "lo mexicano". Ese intento de pensar lo universal desde lo particular, de adaptar lo ajeno para consolidar una "identidad" estable que, al igual que en el resto del mundo, hiciera de lo propio *lo único*, destilaba explícita o implícitamente en sus páginas. Así, paulatinamente se presentó en ella la idea racial de lo castizo, lo mestizo, lo criollo, para explicar lo nacional. Tema fundamental que por aceptación o rechazo provocó reflexiones de considerable envergadura.

En aquel entonces la revista *Universidad de México* estaba compuesta por siete secciones. Ocupaban la primera los artículos principales, concebidos como monografías inéditas, producto de la investigación sobre asuntos filosóficos, científicos, sociales, artísticos o literarios que a juicio de sus editores enriquecían el acervo cultural de México. A continuación aparecía "Opiniones", sección que se ocupaba de aquellos escritos que ponían en contacto a los profesores y estudiantes de México con los de otros países. La tercera tenía por título "Informes oficiales", que publicaba las disposiciones oficiales de interés para los universitarios y su institución. En seguida se encontraba la sección "Universitarias", cuyo fin era dar a conocer la vida universitaria en sus diversos aspectos a partir de noticias concisas. "Notas del país" ofrecía toda la información relacionada con la nación, sobre todo la referente a aspectos educativos y de acción social. Desde la sección de "Notas del extranjero" se ponía al lector al tanto de los principales adelantos de la cultura, ciencia e investigación en el resto del mundo. Y por último, en "Libros" se publicaban breves reseñas e información sobre literatura, ciencia y artes en general. En este primer periodo, cuando llegaban a aparecer, la pintura, escultura y fotografía tuvieron un lugar destacado dentro de la revista.

A partir de diciembre de 1931 se intentó presentar una sección "Estudiantil" que en realidad no fue tan regular como las otras. Como su nombre lo indica, en ella se trataban asuntos estudiantiles. Este sector que en 1929 había "conquistado" la autonomía fracasó en su intento de mantenerse unido después de aquel movimiento. Lo que en septiembre de 1933 fue un debate entre dos reconocidos intelectuales sobre la libertad de cátedra y la educación socialista, en realidad puso de manifiesto dos poderosas corrientes que también tenían partidarios entre los estudiantes. Alejandro Gómez Arias y Luis Martínez Mezquida representaron entre ellos las opciones de Caso y Lombardo, respectivamente. Tal vez la irregularidad de esta sección fue una expresión más de la colisión en ciernes que acabó por poner en riesgo la existencia de la Universidad.

Es probable que esta divergencia sobre el derrotero a seguir por la UNAM haya sometido a la revista a una presión particularmente difícil de sortear. Esa situación se agravó por la endémica falta de recursos que caracterizó esta etapa de la vida universitaria. Esto fue claramente perceptible en las campañas que desde 1931 se hicieron en *Universidad de México* con el fin de obtener fondos para la institución. Pese a que el financiamiento de la revista no se obtenía exclusivamente del presupuesto universitario, ya que contaba con ingresos por venta, suscripciones y publicidad,⁷ para mediados de 1932 su periodicidad prácticamente se volvió bimestral. En estricto sentido, fue mensual por poco más de un año. En agosto de 1933 dejó de aparecer y tal hecho, junto con otros, anunció una de las crisis más severas que viviría la UNAM en toda su historia.

El camino hacia la cultura popular. Segundo periodo (1936-1938)

Si su antecesora inmediata había surgido en un ambiente turbulento, *Universidad: mensual de cultura popular* lo hizo en plena efervescencia. Sus veintinueve números coincidieron con el periodo de mayor "radicalismo revolucionario" del que hasta entonces se tuviera memoria. La expulsión del expresidente Plutarco Elías Calles, la creación y consolidación de un amplio apoyo popular al régimen cardenista, la organización de las masas a partir del corporativismo, una política nacionalista sin paralelo hasta entonces, y una retórica socialista no pocas veces exacerbada, definieron esa efervescencia en la que incluso participó la revista.

No es que *Universidad...*, ahora dirigida por el abogado Miguel N. Lira,⁸ renunciara a la autonomía o a la libertad de pensamiento. Como valores consolidados que eran, ya no luchó por conquistarlos como sí se había hecho anteriormente. En este segundo periodo sus impulsos y preocupaciones provinieron y se centraron en "el pueblo". Con tal palabra la revista se refirió a esa población nacional mayoritaria que no había recibido los beneficios de la revolución y que, por lo tanto, vivía en la marginación, la pobreza y la opresión. A fin de cuentas, una concepción que estrechaba los lazos con las convicciones del presidente Lázaro Cárdenas al mismo tiempo que ponía en evidencia el fracaso de los anteriores gobiernos revolucionarios.

UNIVERSIDAD DE MEXICO



1930-ABRIL

TOMO IV Nos. 17 y 18

PALABRAS PRELIMINARES - JOHN WILL	407
EL CONCEPTO DE FAUSTO DE GOETHE - KURT DÖHNER	409
GOETHE, EDUCACIÓN Y VIVIMAN -	430
GOETHE Y LAS ARTES - FEDERICO MARISCAL	441
GOETHE, GEOLOGÍA Y PSICÓLOGO - FEDERICO K. G. MÜLLERHOF	449
GOETHE Y LA FÍSICA - JUAN ARAGON	463
LA TRASCENDENCIA DE LA OBRA DEL FAUSTO DE GOETHE - ANTONIO CARR	469
LA CASA DE GOETHE - FEDERICO NACIONAL DE GOETHE - HANS WANG	476
FAUSTO - SU PSICOLÓGICO Y SU SIMBOLISMO - ENRIQUE D. ARAGON	483
UNIVERSITARIANISMO -	491
DEL PAIS -	513

MEXICO
1932

- 7 El ejemplar tenía un costo de diez pesos y la suscripción anual de diez pesos. En cuanto a publicidad, se anunciaban en instituciones públicas y privadas como bancos, cajas de ahorro, empresas telefónicas y de cigarros, laboratorios, editoriales y papelerías, cementeras, casas funerarias, etcétera.
- 8 Miguel N. Lira dirigió la revista durante casi todo este periodo. Únicamente hacia el final, en junio de 1938, fue sustituido por Antonio Acevedo Escobedo.



Pero ni su gratuidad ni el tipo de su lenguaje eran suficientes: debía atraer a sus lectores. A diferencia de su antecesora, ahora presentaba un diseño atractivo y sugerente. Las portadas eran coloridas y variaban en su presentación cada cuatro meses. Sobre todo la imagen tuvo un papel destacado—fotografía, pintura, escultura, dibujos, grabados—, completamente ausente o meramente fortuito en el periodo anterior. La sección llamada “Imágenes” fue mejorando paulatinamente. En 1937 se agregaron comentarios de intelectuales que reflexionaron sobre las que se publicaban. Esto dio lugar a los *Cuadernos de Arte*, que al año siguiente aparecieron regularmente con una clara tendencia hacia la crítica académica del arte.

Dentro de sus estrategias de educación popular, el Departamento de Acción Social había creado una

Galería de Arte para que a ella tuvieran acceso sin estipendio alguno los más variados artistas y público en general. La preponderancia de la imagen en la revista pareció obrar en sincronía con esta política del departamento. De igual forma sucedió con la música. A partir de julio de 1937 se ofrecieron como suplementos partituras musicales de Manuel M. Ponce y Heliodoro Oseguera, entre muchos otros. Esta decisión se hallaba en plena correspondencia con los programas llevados a cabo por el departamento en lo referente a la Acción Estética: la orquesta sinfónica, los coros y el trío clásico de la Universidad realizaban “conciertos de tipo histórico y audiciones para trabajadores”.¹³

Todo esto: la sencillez del lenguaje, una distribución gratuita y un diseño atractivo sostenido en la imagen, así como la aparición de elementos tan atípicos para una publicación de esta índole como los suplementos musicales, estructuraron lo que por “accesibilidad” entendieron los editores de la revista. En realidad esta idea se utilizó como sinónimo de “cultura popular”, que consistía en la educación del pueblo, fuese alentando una sensibilidad estética o bien proponiendo “orientaciones” e “interpretaciones” sobre los grandes debates nacionales y universales. Esto último resultó fundamental, porque como bien se entiende de semejantes conceptos, no se pretendió imponer o adoctrinar como sí se había hecho desde el gobierno, y más bien se intentó conservar la universalidad que tan cara fue para su antecesora.¹⁴ El compromiso, tantas veces manifiesto en sus páginas, era con “el pueblo” y no con alguna ideología; tanto así que en ella “no figuran los nombres sólo de personalidades del pasado, sino también del presente, y no extranjeros en exclusiva, sino también, y al igual, de los nacionales, y no puramente, en otro aspecto, de nacionalistas del centro o de los flancos, sino también de las más diversas orientaciones”.¹⁵ A lo cual habría que añadir su tendencia a incluir estudiantes y escritores no tan conocidos por medio de concursos de cuento y ensayo.

Pero entre 1936 y 1938 el pensar universal estaba determinado en gran medida por el ascenso del fascismo, el nazismo y, lo que pareciera más importante, por el

13 Azuela, Salvador, “El Departamento de Acción Social de la Universidad”, *Universidad: mensual de cultura popular*, mayo de 1937, tomo III, núm. 16

14 El mismo Salvador Azuela definió: “la posición simpatizante de la Universidad Nacional por la causa de los oprimidos, ni excluye el decoro de la inteligencia, ni implica la sujeción a ninguno de los esquemas ideológicos que aspiran, sin lograrlo, a ser el recipiente definitivo de la historia. La Universidad implica universalidad, reclama libre examen, y menos de servir de escondite a fuerza confesionales o sectarias, y, por ende, extrauniversitaria”. *Ibidem*. 17

15 Con estas palabras Vicente Magdaleno anunciaba el programa de su sección, no obstante que captaban con claridad el sentido que la revista en ese momento defendió. 18



socialismo. El relativo éxito del modelo de desarrollo de la Unión Soviética frente al de Estados Unidos en poco menos de una década, y la Guerra Civil española, iniciada a mediados de 1936, fueron los referentes insoslayables. Quizá a esto se deba la colección de ensayos sobre marxismo que se publicaron en *Universidad...*, aun cuando las posturas fueran encontradas.

En cambio, con respecto al conflicto español la ponderación no fue tan equilibrada. Las entrevistas de Heliodoro Valle a varios españoles exiliados denotaban simpatía por la "República de los trabajadores",¹⁶ tanto como las palabras del rector en octubre de 1937:

...la voz de España vuelve a tener por auditorio al mundo y por creyentes a sus hijos; al mundo que busca su salvación en la actitud heroica, a sus hijos que la vimos conquistar sin aniquilar, mezclando su carne y su alma con el vencido, a sus hijos que afirmamos nuestra fe, a pesar de su tragedia del instante, en su destino eterno, porque su eternidad ha de ser nuestra propia eternidad.¹⁷

Evidentemente esta convicción volvía a encontrar comunión con los postulados del gobierno del presidente Lázaro Cárdenas. El acercamiento de la Universidad con el régimen era algo más que una mera coincidencia o conveniencia. Por caminos distintos llegaban a convicciones parecidas. De hecho, un giro hasta ese momento insospechado se hizo presente en la revista: por primera vez, desde la creación de la Universidad Nacional en 1910, sus defensores la identificaron con la revolución. A unos cuantos meses de la nacionalización del petróleo, Agustín Yáñez sorprendentemente afirmaba que:

la Universidad es el paradigma de la Revolución [...] Cegar la Universidad, es cegar las fuentes de enriquecimiento –ideas, hombres– de la Revolución. Anquilosar a la Universidad equivale a anquilosar a la Revolución. [...] Si nuestra casa es sólo campo de agitaciones negativas, de anarquía, envidias, demagogia destructiva, la nación perderá la esperanza de un estado organizado, justiciero, lealmente democrático...¹⁸

Tal vez por ello, como muchos otros sectores de la sociedad mexicana, los universitarios apoyaron al general Cárdenas en su decisión de nacionalizar el petróleo. Después de todo, la idea de "lo nacional" adquirió en este segundo periodo mayor notoriedad que en el anterior. Lo que antaño era nebuloso ahora estaba absolutamente claro: el 12 de octubre de 1492, día en que "nuestras entrañas recibieron la caricia de la luz latina", se había gestado el ser nacional. El mestizaje "generoso", "abierto sin limitación a todas las razas", era la "fuerza creadora de la humanidad" que vendría.¹⁹ La defensa de los valores propios, como los católicos, hecha por José Vasconcelos, o la meditación de Alfonso Teja Zabre sobre el "marxismo criollo", son sólo dos muestras cabales de esta tendencia nacionalista apuntalada en el mestizaje.

Como su antecesora, *Universidad: mensual de cultura popular* se estructuró de una manera tal que le facilitaba incluir y ordenar lo hasta aquí dicho. La sección principal se ocupaba de diversas temáticas y su característica fundamental consistió

¹⁶ El triunfo sobre la monarquía y la dictadura en 1931, dio paso a la creación de una nueva constitución española, en la cual se definía a España como una "República de trabajadores". véase, Vilar, Pierre, *Historia de España*, 26ª ed., Barcelona, Critica, 1986, pp. 125-158. Chico Goerne, Luis, "La Universidad Nacional y la fiesta de la raza", *Universidad: mensual de cultura popular*, octubre de 1937, tomo IV, núm. 21.

Yáñez, Agustín, "Universidad y Revolución", *Universidad: mensual de cultura popular*, diciembre de 1937, tomo IV, núm. 23.

Chico Goerne, Luis, "La Universidad Nacional y la fiesta de la raza", *op. cit.*

en presentar artículos de fondo. Cabe destacar que la presencia de poemas y relatos fue más constante que en el periodo anterior. Lo cual, a su vez, tuvo una consecuencia poco favorable: un paulatino retiro de la presencia científica. "Actividades universitarias" apareció como sección a partir de 1937 y su título explicitaba su contenido. "De todos los rumbos", cuyo nombre posteriormente cambió a "Nuestro canje", incluía contribuciones del extranjero y traducciones ya publicadas. En la sección de "Libros" o "Ante los libros recientes" como se llamó después, se presentaron reseñas y notas. "Imágenes", apartado que daría origen a los *Cuadernos de Arte* y que en abril de 1938 sería rebautizada como "Gráficas", tenía como finalidad dar a conocer la obra plástica de artistas mexicanos y del extranjero. Por último, "El grano en la espiga" o "Panorama", como ya se ha dicho, ofrecía las líneas esenciales del pensamiento universal con un lenguaje sencillo.

El entusiasmo que en marzo de 1938 mostró la revista al anunciar un "positivo mejoramiento" de sus secciones, para lo cual estaba obligada a dejar de ser gratuita,²⁰ se interrumpió abruptamente tres meses después. Un movimiento estudiantil exigió y obtuvo la renuncia de Luis Chico

Goerne. Su sucesor, el rector Gustavo Baz, dio a la Universidad un rumbo en el cual la "cultura popular" desapareció del horizonte, y junto con ella toda una manera de entender la educación, la extensión y la difusión universitaria.²¹ Como casi siempre, en sus tensiones la Universidad prefiguró los giros de la nación que, en este caso, significó el abandono del "radicalismo revolucionario" apenas nacionalizado el petróleo.

Lo cierto es que, como *Universidad de México* o como *Universidad: mensual de cultura popular*, en la década de los años treinta la revista hizo valiosas aportaciones que tanto hoy como ayer son indispensables: autonomía, libertad de pensamiento, y una constante aspiración de ir más allá de las aulas universitarias, de las elites culturales, de los gobiernos y su retórica en turno. La revista de la Universidad no puede ni debe renunciar a esta tradición.



POLEMICA EN TORNO DE LA UNIVERSIDAD

Por el Abog.
MANUEL MORENO SANCHEZ

Catedrático de la Universidad

La Universidad, en su reciente historia, puede afirmarse aquella idea de D. H. Lawrence, según la cual toda vida avanza de un nuevo sentimiento y acaba en una forma. Por eso, en efecto, los segundos capítulos en que se narra, se ilumina, se explica. Es nueva siempre que lucha por plantar nuevas concepciones de la vida, y del destino del hombre, cuando aparece como finalidad para ella un nuevo sentimiento. Lo encuentra en sus entrañas, se saca de él y después lo hace declinar en ese aspecto en que mueve lo que llega a la forma que pone límites. Alcanzadas las perfiles claros, crecidas las figuras acabadas, comienza esa especie de agudeza que se manifiesta en lo logrado. Vive entonces en declive, hasta que otro sentimiento lo hunda, lo rebasa, lo obliga a transformarse.

Surgió la Universidad como una nueva forma, el gran movimiento espiritual del siglo XII. Avanzado así, no siente ella anhelo de renovación hasta que renace la injusticia. Hoy vuelve a apasionar, porque marca una traza en el destino del hombre; atrae para nosotros, demandando la selección

de linaria de serbido. En esto radica el interés; más todavía, cuando queremos imprimir otro orden a nuestras realidades políticas en el tiempo y el espacio.

Ha escrito E. R. Curtius que "las universidades occidentales han nacido como consecuencia de un gran movimiento espiritual: el renacimiento del siglo XII. Entre 1100 y 1200 se efectúa una renovación de las ciencias jurídicas, de las ciencias naturales y de la filosofía; la cultura humanística, y el sentimiento humanístico de la vida, siguen a un nuevo florecimiento. Todo este movimiento encontró su concreción en nuevas instituciones. El siglo XIII las realzó en forma de establecimiento la educación superior y la investigación. Resucitó como son las primeras universidades. Se tornaron rígidas cuando creó el gran movimiento espiritual en el estado de la Edad Media". Y adelante: "la Universidad alemana moderna por su parte no hubiera nacido sino el impulso del renacimiento de 1800. Si podía, por consiguiente, sentar la proposición que la Universidad puede ser sólo un sitio de cultivo, pero no el lugar de origen de una primaria idea de la cultura".

En la historia misma de la Universidad, es donde surten su pasado los fundamentos de las dos tesis, esbozadas antes, que se disputan el protagonismo ya como afirmación racional de una organizada contraloría, ya como teoría de ansias produciendo contradicción interna.

El ansia que nuestro tiempo manifiesta por aclarar el destino de la Universidad, esta vez, el caso que se observa a veces en su vida, senza quizás la gestación del nuevo sentimiento que separará los graves proclamas de la Un-

- 20 A partir de mayo de 1938 cada ejemplar se vendió a treinta centavos; la suscripción semestral a un peso con cincuenta centavos; y la anual a dos pesos con cincuenta centavos. En el extranjero se vendió a un dólar el ejemplar.
- 21 La "independencia sin aislamiento, colaboración sin sumisión, solidaridad en el bien sin complicidades con ningún prevaricador" parecía ya una propuesta *extraña* ante la Universidad entendida como "una comunidad de cultura al servicio de la sociedad" cuya actividad se fundaba "en los principios de libre investigación de libre cátedra". La primera frase corresponde a Aurelio Manrique, *Op. cit.*; la segunda Gustavo Baz, en Consuelo G. Stahl, *op. cit.*

DE RUPTURAS Y REENCUENTROS

LA UNIVERSIDAD NACIONAL EN LOS AÑOS TREINTA

Fidel Astorga Ortiz*

El periodo que comprende los años entre 1929 y 1938 es quizá el más complejo y conflictivo que la Universidad haya vivido a lo largo de su historia, debido en lo fundamental, a la abierta hostilidad que el gobierno revolucionario tuvo hacia la institución.

Tal actitud se sustentaba en añejas razones. De hecho, la confrontación tenía que ver con sus orígenes porfirianos, pero también con la participación de varios de sus profesores en la decena trágica.¹ Sin embargo, y a pesar del aniquilamiento del régimen del general Díaz, la Universidad sobrevivió. En 1920 con la llegada de José Vasconcelos a la rectoría, se abrió un espacio para incorporar a la Universidad, y en general a los sectores intelectuales de la época, al programa revolucionario vigente.

Sin embargo, lo que permitió ese vínculo entre intelectuales y gobiernos revolucionarios—la figura de Vasconcelos y su proyecto educativo— fue precisamente el motivo de una nueva ruptura. Ante el distanciamiento de Vasconcelos con los generales sonorenses, la Universidad Nacional se situó entre los sectores opositores al régimen, lo mismo en la percepción de la clase revolucionaria, que por convicción de numerosos grupos de alumnos y profesores. Una manifestación inicial de esas diferencias se presentó en 1925, cuando la Secretaría de Educación Pública creó la educación secundaria, lo que implicó eliminar los primeros tres años del plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria. Ello fue visto por los universitarios como una amputación a una de sus escuelas de mayor tradición. Sin embargo, el primer enfrentamiento serio se presentaría en el contexto de la campaña electoral a la presidencia de la República de 1929.

Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Garcíadiego Dantán, Javier, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional y la Revolución mexicana*, México, El Colegio de México-UNAM, 1996, p. 195 y ss.

"Informe del presidente Emilio Portes Gil ante el Congreso de la Unión, 1 de septiembre de 1929", en *Los presidentes de México ante la nación*, México, XLVI Legislatura de la Cámara de Diputados, 1966: III, 925.

A partir de este año, y hasta 1935, las relaciones entre la Universidad Nacional y los gobiernos de la revolución fueron deteriorándose sistemáticamente. Por ejemplo, el presidente Emilio Portes Gil afirmó con motivo del otorgamiento de la autonomía en 1929:

Deseo reiterar en esta ocasión, de una manera enfática, que la autonomía universitaria pagada por la nación, se justificará solamente si los que la manejan saben patrióticamente identificarse, al desenvolver su programa de acción universitario, con la fuerte y noble ideología de la Revolución mexicana.²

Seis años después, el general Lázaro Cárdenas señalaba que la Universidad "...se ha colocado por su propia voluntad, en un plano de indiferencia con respecto al programa socialista de la revolución", para después concluir:

...si el gobierno asume –como se pretende– todas las responsabilidades de orden económico que supone el sostenimiento de dicho instituto, tendrá necesariamente que restringirse su autonomía, modificando, por ficticio, el régimen imperante, para ponerlo en concordancia con la realidad, y dar franca intervención del Estado en la marcha administrativa de esa Casa de Estudios.³

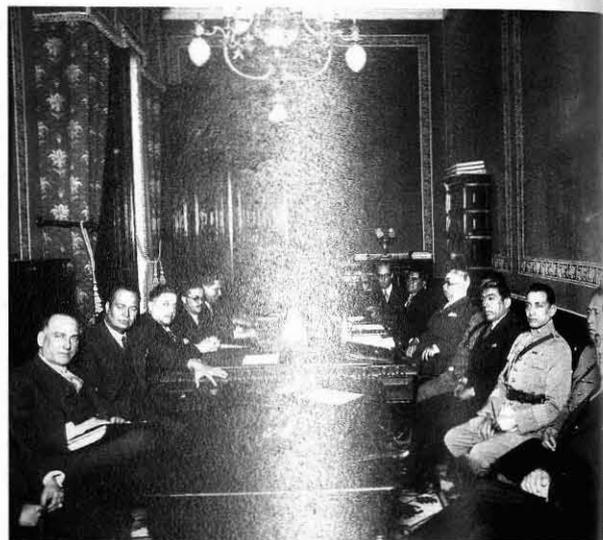
Entre ambos mensajes, se transitó de una advertencia basada en el beneficio de la duda, al reconocimiento explícito de que la Universidad no era más que un enclave del pensamiento conservador.

¿Cómo se desarrolló ese proceso de degradación en la relación entre la Universidad Nacional y el gobierno? La primera batalla se libró en dos frentes: la campaña vasconcelista a la presidencia y la movilización estudiantil que obtuvo la autonomía universitaria. En el primer campo, en el que los universitarios respaldaron de manera entusiasta a su mentor, el gobierno ganó la partida, y retuvo la presidencia para Pascual Ortiz Rubio (o mejor dicho, para el grupo encabezado por Plutarco Elías Calles). En el segundo frente, los universitarios ganaron la autonomía, valga decir, el autogobierno de su institución.

La concesión de la autonomía fue apreciada de diferente manera según la posición desde la cual se observara. Para los universitarios, significó establecer una distancia con ese gobierno que había marginado a Vasconcelos y que cercenaba sin conmiseración a sus escuelas. Para el gobierno en cambio, no sólo era una salida a un conflicto que eventualmente podía desbordarse,⁴ sino que también significaba una clara advertencia: se otorgaba la autonomía en el entendido de que la Universidad debía sujetarse "a la noble ideología de la Revolución mexicana", lo que sea que ello significara. Sin embargo, para evitar desviaciones excesivas, el gobierno se reservó con la ley de autonomía varios mecanismos de control, entre ellos, las facultades presidenciales para presentar una terna de la que el Consejo Universitario designara al rector, vetar las decisiones del propio Consejo, así como recibir anualmente un informe de su gestión.⁵

Estas visiones encontradas habrían de motivar diferencias subsecuentes, como lo mostró el hecho de que la primera terna de candidatos enviada por Portes Gil fue rechazada por el Consejo Universitario, argumentando que las personas que la integraban no cubrían las cualidades de un rector. Sólo después de que Portes Gil reiteró que no modificaría su propuesta, el Consejo acordó la designación de Ignacio García Téllez.⁶

No obstante este tropiezo inicial, García Téllez pudo desarrollar su labor al frente de la Universidad sin mayores complicaciones, en buena medida por el reconocimiento que tenía entre los distintos grupos revolucionarios, toda vez que se había



Gabinete del presidente Calles, ca. 1930. Díaz, Delgado y García.

- 3 Guevara Niebla, Gilberto, *La ruta de los cambios. Breve historia de la UNAM*, México, Cal y Arena, 1990, p. 49.
- 4 Valga señalar que el conflicto estudiantil de mayo de 1929 se desarrolló en plena gestación de la candidatura de Vasconcelos dos meses después de la rebelión escobarista.
- 5 "Ley Orgánica de la Universidad Nacional Autónoma de México en el gobierno de Plutarco Elías Calles", en Hurtado Márquez, Eugenio, *La Universidad Autónoma, 1910-1944*, México, UNAM, 1975, pp. 62.
- 6 *El Universal*, 3 y 5 de agosto de 1929, p.1.

desempeñado como gobernador de Guanajuato y a la postre sería designado Secretario de Educación Pública durante el sexenio cardenista.

Sin embargo, para muchos universitarios de corte liberal y católico, la incesante actividad de grupos ligados al callismo resultaba intolerable, no sólo por el trato dado a los vasconcelistas durante la campaña, sino por la vehemencia anticlerical con que teñían todas sus actuaciones. Así por ejemplo, es de imaginar su resistencia a aceptar que un dirigente sindicalista surgido de la Confederación Regional de Obreros Mexicana como Vicente Lombardo Toledano, fuera al mismo tiempo director de la Escuela Nacional Preparatoria.

Concluidos los tres años de gestión de García Téllez, Roberto Medellín asumió la rectoría de la Universidad. Su designación no sólo provino de esa terna presidencial aceptada a regañadientes, sino que además su condición de químico causaba recelo entre médicos y abogados, quienes tradicionalmente habían ocupado la rectoría de la Universidad.

Con estos antecedentes, se llevó a cabo en septiembre de 1933 el Congreso de Universitarios de México. Este acontecimiento pasaría a la historia por el famoso debate entre Lombardo Toledano y Antonio Caso. El primero, promotor de la idea de insertar a la Universidad en un proyecto de transformación socialista, mientras que el segundo sostuvo la defensa irrestricta de la libertad de cátedra, como garantía para el desarrollo intelectual.

Sin embargo, las tesis de Lombardo ganaron la mayoría de los votos de los congresistas, lo que provocó la reacción iracunda de liberales y católicos. Los enfrentamientos a pedradas entre alumnos de la Preparatoria y de la Escuela de Jurisprudencia fueron la antesala de la caída del rector Medellín, así como la expulsión de Lombardo Toledano de la Universidad.

Ante tales hechos la respuesta gubernamental no se hizo esperar. Narciso Bassols, entonces Secretario de Educación Pública, se dio a la tarea de redactar una nueva ley de "autonomía absoluta" con la que seguramente sintió la satisfacción de vengar la

humillación de la que fue objeto cuando en 1929 fue obligado a renunciar como director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Con dicha ley se suprimió el carácter "nacional" de la institución y se canceló la entrega del subsidio anual, sustituyéndolo por una bolsa total de 10 millones de pesos. En su presentación ante la Cámara de Diputados, Bassols no tuvo contemplaciones para definir su opinión sobre la Universidad:

Nosotros, señores, dentro de dos días –quizá hora con hora un siglo después de que Valentín Gómez Farías expidió su decreto de clausura de la Universidad Pontificia– un siglo después que él, expediremos una ley que entrega a la Universidad a sus propios destinos. Ojalá, señores, que cien años después de la ley de 1933, no se recuer-

Los generales Plutarco Elías Calles, Abelardo L. Rodríguez y Lázaro Cárdenas y otros ca. 1930. Díaz, Delgado y García, AGN.



de este momento, como el instante en que se puso en evidencia clara y definida la incapacidad de los universitarios para coadyuvar a regir el destino de México.

La referencia a la clausura de la Universidad Pontificia no era casual. Los calificativos de ese decreto de Gómez Farías para con la Pontificia fueron de institución "inútil, irreformable y perniciosa".⁷ Y ese parecía ser el mismo sentir de Bassols y de los grupos revolucionarios en el poder para con la ahora Universidad de México.

II

La nueva ley no era sino el cumplimiento de la advertencia hecha en 1929: los revolucionarios no sostendrían una institución no parecía tener otro propósito que cuestionar la acción gubernamental. Lo sensato entonces sería dejar a su suerte a los universitarios y dedicar los recursos del estado a la educación técnica, tan necesaria para el desarrollo industrial del país, como lo habría de demostrar años después el proyecto educativo cardenista.

Frente a la caída del rector Medellín y ante un Consejo Universitario recién electo, Manuel Gómez Morín fue designado rector, y de inmediato se abocó a redactar un estatuto para la institución el cual sería aprobado en febrero de 1934. Tal reglamentación tuvo un carácter excepcional, porque definía los mecanismos de organización de la Universidad ya sin tutela gubernamental alguna. Es decir, fue la primera fórmula ensayada para estructurar el autogobierno universitario y, naturalmente, tenía que dar respuesta a una pregunta simple, pero de vital importancia: ¿Cómo lograr un gobierno que al mismo tiempo que fuera aceptado por la comunidad, brindara una necesaria estabilidad a la institución? En cuanto al primer aspecto de la interrogante no hubo mayores discrepancias, al optar por un gobierno democrático dividido en tres sectores: profesores, estudiantes y directores.

El segundo problema, el de la estabilidad, resultaba más complejo. Era evidente que los directores constituirían el fiel de la balanza en las decisiones del Consejo Universitario, órgano responsable de la designación del rector y en general de las decisiones de mayor trascendencia. En consecuencia, ¿cómo evitar los conflictos por el nombramiento de directores? La respuesta consistió en restringir esa designación a los seis profesores de mayor antigüedad de cada escuela y facultad.

Sin embargo la estabilidad no se reducía únicamente a los nombramientos directivos ya que, por ejemplo, era necesario evitar que corrientes de opinión—integradas por profesores y alumnos—impusieran sus planteamientos a costa de las de más, como sucedió en el Congreso de Universitarios de 1933. En opinión de Gómez Morín, autor del estatuto, la solución a estos posibles conflictos habría de darse mediante la facultad otorgada al rector para vetar las decisiones del Consejo Universitario. Pero esto derivaba en un nuevo problema, ya que resultaba indispensable establecer mecanismos para evitar que el rector fuera depuesto o que tales corrientes modificaran a su gusto y medida las reglas establecidas en el estatuto. Para ello, se estableció la necesidad de aprobar las reformas a este ordenamiento legal mediante una mayoría calificada.⁸



Protesta en contra de la educación socialista, 1933.

7 Mendieta y Núñez, Lucio, *Ensayo sociológico sobre la Universidad*, México, UNAM, 1980, p. 73.

8 Estatuto de la Universidad de México, en *Compilación de legislación universitaria*, I, México, UNAM, 1977, pp. 113-143.

No obstante, este diseño institucional en el que Gómez Morín depositó sus esperanzas pronto se vería rebasado por los acontecimientos nacionales. Para octubre de ese mismo año en la Cámara de Diputados se aprobó la reforma al artículo tercero constitucional que estableció la educación socialista en el país. Si bien se excluyó explícitamente a la educación superior, ello no amainó las protestas universitarias contra el socialismo educativo, lo que condujo a una nueva huelga universitaria. Luego de infructuosas gestiones, y ante la amenaza gubernamental de clausurar la Universidad de continuar el movimiento, el rector Gómez Morín recurrió a una medida de excepción: un plebiscito en el que se decidiera el retorno a clases. Si bien en éste ganó la alternativa por la reanudación de las actividades, el desgaste sufrido fue mayúsculo y Gómez Morín presentó su renuncia el 26 de octubre, de manera irrevocable.⁹

En esta ocasión la Universidad logró salvarse, pero la agresión contra la institución estaba aún lejos de concluir. Luego de un breve interinato, Fernando Ocaranza asumió la rectoría en noviembre. A los pocos meses el gobierno cardenista, en voz de su Secretario de Educación Ignacio García Téllez, lanzó una nueva amenaza. En el marco de la educación socialista y el desarrollo de las carreras técnicas, el gobierno federal modificaría los programas de la educación secundaria para poner el énfasis en la educación técnica, dejando de lado la preparación para las profesiones liberales que impartía la Universidad.

Ocaranza respondió mediante dos acciones: por un lado, a través de un proyecto de escuelas secundarias especiales afines a la formación universitaria; por el otro, mediante un reglamento de incorporación de escuelas privadas, dirigido a todas

aquellas instituciones deseosas de escapar del control gubernamental y de la ola socialista en educación. En pocas palabras, la Universidad acordó con tales acciones transgredir el monopolio educativo del Estado consagrado en el artículo tercero constitucional.

Este contexto, aunado al agotamiento de recursos otorgados en 1933, condujeron al Consejo Universitario a un pronunciamiento sorprendente: la suspensión de labores. Las razones que se daban eran igualmente contundentes: "... obligar a la Universidad... a seguir prestando sus servicios sin tener, entre otras cosas, los elementos económicos suficientes para ello, sería obligarla a decir una mentira".¹⁰

Ante la amenaza del presidente Cárdenas de abrogar la autonomía, Ocaranza presentó su renuncia, acompañada con la del Consejo Universitario en pleno. En los hechos, la Universidad quedó disuelta en septiembre de 1935.

Para muchos universitarios, la conclusión parecía evidente: la supervivencia de la Universidad obligaba a una subordinación frente a los designios gubernamentales, y en tal virtud una asamblea universitaria designó como rector a Luis Chico Goerne. Amigo del Presidente, el nuevo rector introdujo en la Universidad el discurso de izquierda en boga. Además, y para

- 9 Gómez Mont, María Teresa, *Manuel Gómez Morín. La lucha por la libertad de cátedra*, México, UNAM, 1997, pp. 531 y ss.
10 Guevara Niebla, *op. cit.*



Manuel
Gómez
Morín

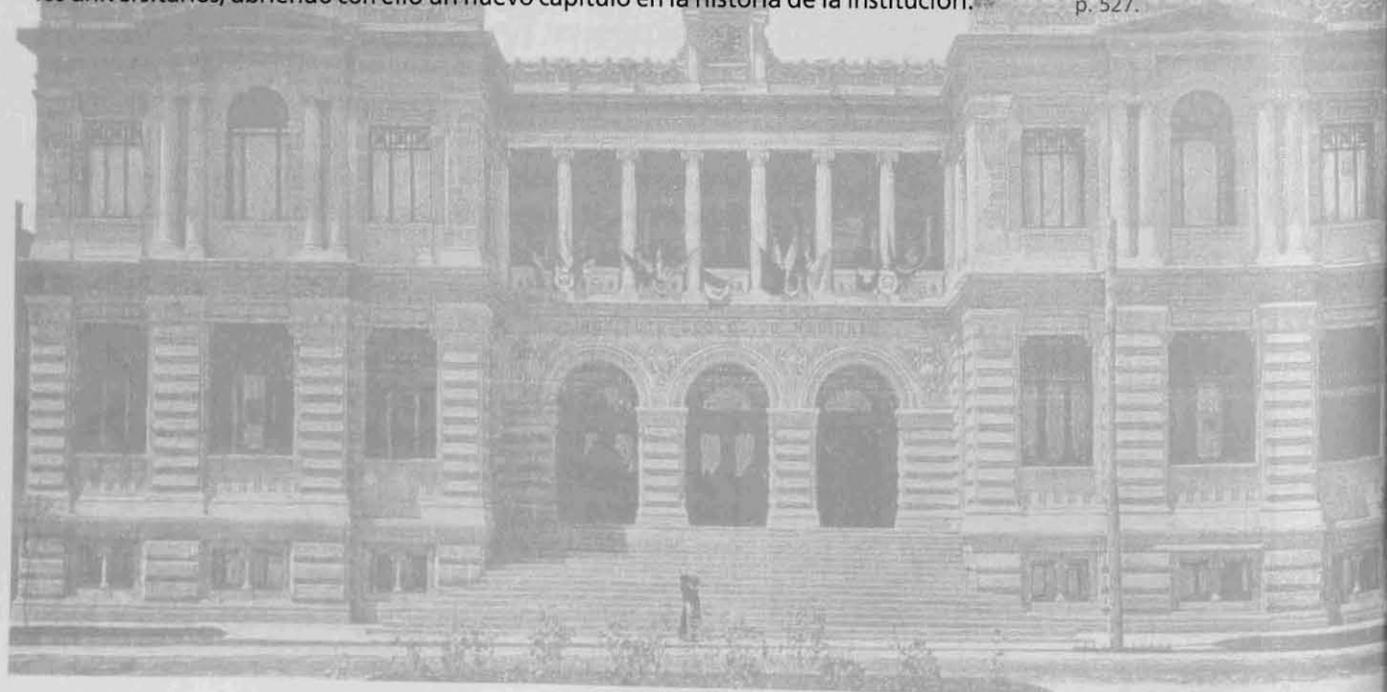
ganarse el apoyo estudiantil, proyectó un nuevo estatuto que estableció la paridad total entre estudiantes y profesores en el Consejo Universitario; y delegó prácticamente en las academias mixtas la designación de directores.¹¹ Sin embargo, tales medidas sólo crearon las condiciones para que un nuevo movimiento universitario exigiera la renuncia de Chico Goerne, y la obtuviera en junio de 1938. Como diría años más tarde el propio Fernando Ocaranza en sus memorias, "Chico Goerne ya no pudo 'trabajar con las masas' o a las masas, y es natural que así sucediera pues sólo fue un aficionado a líder".¹²

Le sucedería Gustavo Baz, que si bien era amigo también del presidente Cárdenas, no compartía el tono populista de Chico Goerne, lo que redujo sensiblemente las diferencias internas en la Universidad.

Ya en el sexenio de Manuel Ávila Camacho, llegarían a la rectoría Mario de la Cueva, Rodulfo Brito Foucher y Alfonso Caso. Durante esta etapa, los cambios que se gestaban en el país habrían de tener una influencia fundamental para la Universidad. En primer término, la campaña electoral de Juan Andrew Almazán en 1940 le mostró al gobierno la necesidad de allegarse el apoyo de los sectores medios de la sociedad, razón por la que el discurso socialista comenzó a languidecer.

En ese marco, la presencia de la Universidad Nacional y de sus intelectuales, representantes ejemplares de esos sectores medios, comenzó a ser revalorada. Un constante incremento a su presupuesto fue uno de los primeros pasos dados en esa dirección. En tal virtud, el largo periplo de hostigamiento que inició en 1929 concluyó con el gobierno de Ávila Camacho. El primer requisito para lograr una etapa de estabilidad institucional se había dado. Todavía faltaría la reorganización interna de la Universidad, que se gestó con la promulgación de la Ley Orgánica de 1945. Pero ello sólo era posible en ese marco de reconciliación. El hecho de que el anteproyecto de ley fuera elaborado en el propio Consejo Universitario, y ya no en la Secretaría de Educación Pública como antaño, era una muestra del voto de confianza que se otorgó a los universitarios, abriendo con ello un nuevo capítulo en la historia de la institución.

- 11 *Compilación de legislación universitaria, op. cit.*, pp.173-179. Véase también Celia Ramírez, "Las academias. Presencia estudiantil en la Universidad Autónoma de México", en *Los estudiantes. Trabajos de historia y sociología*, México, UNAM, 1989, pp. 231-233.
- 12 Ocaranza, Fernando, *La tragedia de un rector*, México [s.e.] 1943, p. 527.





Los poetas cuyos textos se reproducen en las siguientes páginas son todos fundadores: fundidores de la tradición y la vanguardia, transformaron el lenguaje en un medio de construcción que sirvió para levantar la voz ante la Guerra Civil española, umbral de una conflagración mayor. Ambos movimientos sociales habrían de propiciar la aparición de una poesía en precario equilibrio entre pureza y revolución –para utilizar la expresión de José Luis Cano.

Cuando estos poemas fueron publicados en la revista *Universidad...*, sus autores se hallaban en plena posesión de sus poderes y en proceso de publicar sus libros mayores. Sintomáticamente, los españoles habían sido más precoces en el descubrimiento de su propia voz. Rafael Alberti y Federico García Lorca habían utilizado el verso de la tradición popular –ya reivindicado en el siglo de oro por Gil Vicente– para dibujar la modernidad.

De los poemas musicales, ligeros de trazo, de *El alba del alhelí*, Alberto pasó a la gravedad de *Sobre los ángeles*. En *Romancero gitano*, García Lorca había combinado –con imitable pero inigualable maestría– la música de siempre con la electricidad violenta del surrealismo. José Gorostiza, que había publicado sus *Canciones para cantar en las barcas*, prefigura en el poema aparecido en la revista... la hondura metafísica de *Muerte sin fin*. Carlos Pellicer, dionisiaco aun en sus temas apolíneos, hace su cala en el paisaje. El incansable Alfonso Reyes, desde Argentina, envía un poema que ilustra una vocación “sin prisa pero sin pausa” que merece ser leída con mayor atención.

La publicación de poemas y poetas de la intensidad y altura aquí incluidos demuestra que la revista de la Universidad fue, en los años treinta, un punto de encuentro entre poetas de ambos lados del Océano. El fin de la Guerra Civil española traería a nuestra tierra no sólo la lengua sino el trabajo y la humanidad de quienes orgullosamente adoptarían el nombre de trasterados para sembrar poemas, hijos y libros en nuestro México.

Vicente Quirarte*

* Poeta. Director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM



POEMA

José Gorostiza*

Esa palabra que jamás asoma
a tu idioma cantado de preguntas,
esa, desfalleciente,
que se hiela en el aire de tu voz,
sí, como una respiración de flautas
contra un aire de vidrio evaporada,
¡mírala, ay, tócala!
¡mírala ahora!
en esta exangüe bruma de magnolias,
en esta nimia floración de vaho
que —ensombrecido en luz el ojo agónico
y a funestos pestillos
anclado el tenue ruido de las alas—
guarda un ángel de sueño en la ventana.

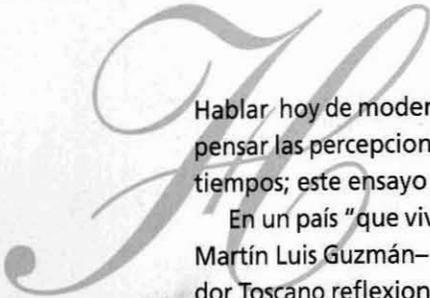
¡Qué muros de cristal, amor, qué muros!
¿ay, para qué silencios de agua?

Esa palabra, sí, esa palabra
que se coagula en la garganta
como un grito de ámbar,
¡mírala, ay, tócala!
¡mírala ahora!
mira que, noche a noche, decantada
en el filtro de un áspero silencio,
quedóse a tanto enmudecer desnuda
hiriente e inequívoca
—así en la entraña de un reloj la muerte,
así la claridad en una cifra—
para gestar este lenguaje nuestro
inaudible
que se abre al tacto insomne
en la arena, en el pájaro, en la nube,
cuando negro de oráculos atruena
el panorama de la profecía.

*Destacado poeta que perteneció a la Academia Mexicana de la Lengua. Entre las numerosas obras de Gorostiza (1901-1973), "Muerte sin fin" es quizá su poema más recordado. El que aquí se reproduce se publicó en *Universidad: mensual de cultura popular* octubre de 1936, tomo II, núm. 9.

¿Quién, si ella no,
 pudo fraguar este universo insigne
 que nace como un héroe en tu boca?
 ¡Mírala, ay, tócala!
 ¡Mírala, ahora,
 incendiada en un eco de nenúfares!
 ¿No aquí su angustia asume la inocencia
 de una hueca retórica de lianas?
 Aquí, entre líquenes de orfebrería
 que arrancan de minúsculas corrientes,
 ¿no echó a tañer al aire
 sus cándidas mariposas de escarcha?
 Qué, en lugar de esa fe que la consume
 hasta la transparencia del destino,
 ¿no aquí —escapada al dardo
 tenaz de la estatura—
 se remonta insensata una palmera
 para estallar en su ficción de cielo,
 maestra en fuegos no,
 mas en puros deleites de artificio?

Esa palabra, sí, esa palabra
 esa, desfalleciente,
 que se ahoga en el humo de una sombra,
 esa que gira —como un soplo— canta
 sobre bisagras de secreta lama,
 esa en que el aura de la voz se astilla
 desalentada
 como si rebotara
 en una bella úlcera de plata,
 esa que baña sus vocales ácidas
 en la espuma de las palomas sacrificadas,
 esa que se congela hasta la fiebre
 cuando no, ensimismada, se calcina
 en la brusca intemperie de una lágrima,
 ¡mírala, ay, tócala!
 ¡mírala ahora!
 ¡mírala, ausente toda de palabra,
 sin voz, sin eco, sin idioma, exacta,
 mírala cómo traza
 en muros de cristal amores de agua!



Hablar hoy de modernización, cambio, transformación, vieja y nueva universidad es común, no así pensar las percepciones de los actores y sus ideas sobre la crisis que la institución ha vivido en otros tiempos; este ensayo rescata justamente esto, la vitalidad de un tiempo difícil.

En un país "que vive a caballo", y en el que sólo una minoría se ha subido a los Packard que —dice Martín Luis Guzmán— cruzan sobre Reforma las vías del ferrocarril con rumbo a Chapultepec, Salvador Toscano reflexiona en torno a la Universidad que, con un cuarto de siglo de edad, enfrenta una crisis que no es del todo ajena a lo que hoy llamaríamos las "olas de la mundialización".

La crisis —percibe— no lo es por cuestiones meramente coyunturales sino porque la Universidad es liberal, en un país que no lo es del todo; liberal como libertad, rebeldía "contra la degeneración", renovación, progreso, "perspectivas diversas"; humanista a la manera en que Justo Sierra lo planteaba en 1910, interpreta Toscano: con filosofía, pero no escolástica, cartesiana, tampoco positivista o confesional; con extensión social, que no meras "teorías sociales", materialismos o demagogias cuanto que se derrame sobre la nación.

Porque le queda claro —y lo transmite así— que la Universidad sólo es posible en el contexto de un Estado, de un Proyecto de Nación, de una Idea Nacional —todas con mayúscula—; porque en la crisis, para la Universidad, el qué habrá hacia delante —afirma— depende del partido político en el poder, pero no menos del hecho de que la Universidad hunda sus raíces en el país, en pasados, en que identifique y se construya, en que la Universidad tenga la capacidad para renovarse, para resolver su existencia en las contradicciones de un México que cambia y en la capacidad para generar "reservas jóvenes" que den respuestas; que en el peor de los casos se conviertan en doctores Mora pero con talento.

Sugerente referencia para este presente, diría, es la riqueza de este texto exhumando en un tiempo que se vive como, que es, una crisis.

José Roberto Gallegos Téllez Rojo*

*Abogado, historiador y arqueólogo. Fundador del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM en 1936, secretario del Instituto de Antropología y colaborador de diversas revistas, como *Barandal*, *Arlas* y *Letras*. Murió en el Popocatepetl a los 37 años de edad (1949). Este texto apareció en *Universidad: mensual de cultura popular*, septiembre de 1936, tomo III, núm. 8.

TRAYECTORIA DE LA UNIVERSIDAD

Salvador Toscano*

Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy se adore una Atena sin ojos para la humanidad, y sin corazón para el pueblo dentro de sus contornos de mármol blanco; queremos que aquí vengan las elecciones mexicanas en teorías incesantes para adorar a Atena promakos, a la ciencia que define a la Patria.

Justo Sierra.

Cuando en septiembre de 1910 el maestro Justo Sierra pronunciaba el discurso oficial en la inauguración de la Universidad Nacional de México, se planteaba este problema que él mismo habría de resolver con visión incomparable: ¿surgía una nueva Universidad o se restauraba la vieja Universidad?

Decía Justo Sierra: "¿Tenemos una historia? No. La Universidad que nace hoy no tiene árbol genealógico; tiene raíces... Si no tiene antecesores, si no tiene abuelos, nuestra Universidad tiene *precursores*: el gremio y claustro de la Real y Pontificia Universidad de México no es para nosotros un antepasado, es el *pasado*". Y en estas palabras, mezcla de incompreensión y de justicia, de orgullo y de descastamiento —brotadas en una época todavía incapaz de mirar amorosamente nuestro pasado— resume Justo Sierra la realidad mexicana, fija siempre en el porvenir. La muerte de esa Universidad no habremos de sentirla en un pueblo joven, porque éste, como los árboles, florece siempre en el tiempo propicio. En México, más que en parte alguna, la Universidad vive destruyéndose minuto a minuto, para recrearse en el sentido definitivo: 1929, 1933, 1935.

Pero la Universidad que nacía en la época de Justo Sierra, ambiciosa, llena de significación espiritual, inmune a la afrenta, confesaba tener una raíz, un precursor, un pasado. Y a la inteligencia de esta fórmula del maestro, habrá siempre de aspirar esta Universidad que vive recreándose día a día, que florece y se despoja de sus mejores frutos.

Pero la Universidad Colonial es para nosotros, hoy más que nunca, un precursor, una raíz, un pasado. Murió en definitiva —y sentimos su muerte como necesaria— porque fue el resultado, no por cierto imprevisto de la trayectoria nacional: morían las últimas caudas coloniales y surgía una nueva realidad, orgullosa de su presente, injusta para un pretérito cercano.

La Universidad Real y Pontificia había nacido como la obra cimera del educador de la contrarreforma, y con ella habría de morir. Su neoescolasticismo, que lo era el de Suárez brillantemente entronizado por fray Alonso de la Veracruz, coronó la obra española durante más de dos siglos. Cuando Carlos, emperador universal, funda la Universidad en 1533, crea la arista definitiva de la Nueva España. Allí la cultura criolla, escolástico-barroca se habría de expresar en los nombre ilustres, cuyas almas se han apoderado de nosotros con ímpetu ciego, de fray Alonso, Cervantes de Salazar, Sigüenza, Kino, Clavijero, Alegre, Gamarra, León y Gama, Veytia, Bartolache, Alzate, espíritus cuya voluntad dispersa es como el numen que alimenta y vive en los recios edificios de san Ildefonso, Minería...

Aquella Universidad vivió más de tres siglos. Inconmovible, sin que siquiera el *siglo de las luces* y el racionalismo rasgaran su superficie. Entonces murió, murió de muerte natural. Años anteriores y decisivos aquella Universidad había transitado brillantemente del escolasticismo de fray Alonso, al cartesianismo de Gamarra; entonces era un cuerpo

vivo. Pero cuando el racionalismo penetra en todos los espíritus, aquel edificio envejecido parece no entender los tiempos nuevos, y no se robustece en la lucha sino sucumbe. De sus apretadas filas salen sus más destacados enemigos; resaltar entre ellos el doctor Mora, el precursor y el cerebro más claro de la Reforma Liberal: éste fue la piqueta demoledora. Hoy día, aprendices de Mora sin talento, creen dar muerte a nuestra corporación, sin entender previamente que el aniquilamiento de la misma es el supuesto en que descansó la extinción de la Nacional y Pontificia en 1833.

De entonces a 1865, en que muere definitivamente, su suerte está ligada al partido político en el poder. Es su época de pasión y miseria. En 1834 el hombre fuerte de Manga de Clavo la restaura, y Alamán le da vida todavía hasta 1857. En este año el Partido Liberal en el poder, Comonfort a la cabeza, vuelve a terminar con ella. Y un año más tarde, 1858, nuevamente es restaurada por el gobierno de Zuluaga y Miramón. Eran los años tumultuarios que precedieron a la Guerra de Tres Años; la Universidad entra en agonía definitiva: en 1861, el gobierno de Juárez clausura por tercera y última vez la Universidad Nacional y Pontificia. Ya ni siquiera al advenimiento del Imperio se la intenta restaurar, y es el propio Maximiliano quien en 1865 le da muerte definitiva: "lo que en la Edad Media se llamó Universidad ha llegado a ser hoy una palabra sin sentido". Moría, pues, porque fatalmente estaba condenada a morir, porque ya no era la "Casa de Aprendizaje Universal" que quería Newman; no fue asesinada en flor, no fue destruida por la barbarie, murió en la más opaca de las oclusiones, murió porque se aniquiló en una irrealizable contradicción.

La Universidad se pierde para México cuando incapaz de renovarse en el racionalismo, se encontró con las ideas vivas y fecundas de la época; cuando incapaz de acomodarse a ellas o superarlas, enquistó sus fuerzas en el culto romántico del pasado. Sólo años más tarde, al llegar de París Gabino Barreda, el discípulo de las cátedras de Comte, con su bagaje de filosofía positiva a entronizar el método experimental como filosofía, parece renacer la Universidad en sus colegios y facultades dispersos

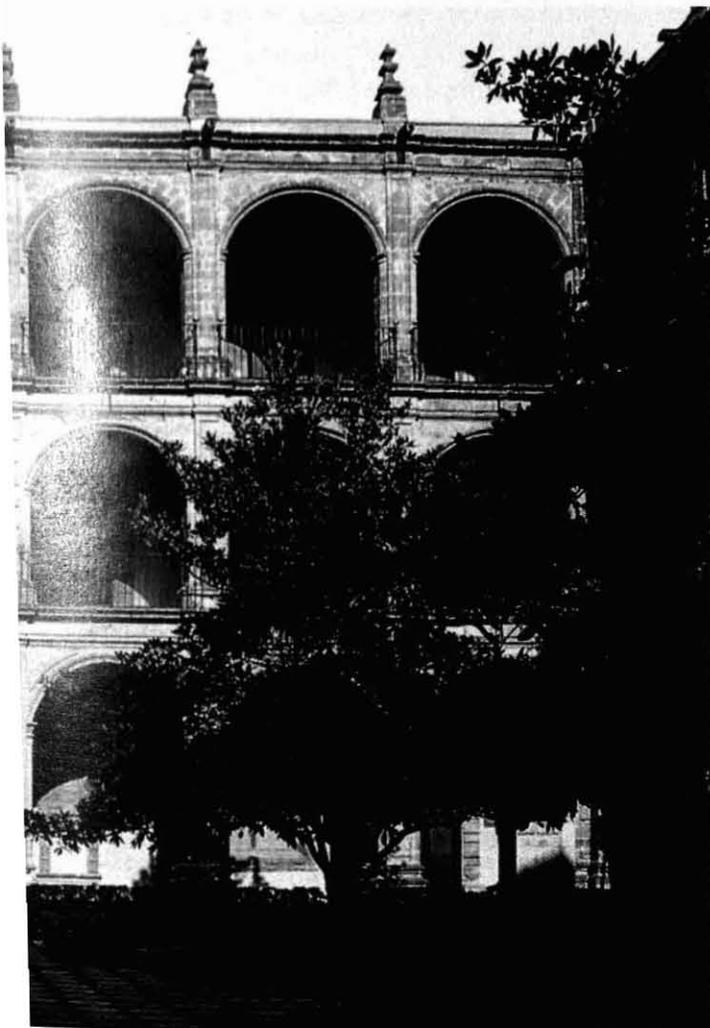
—integrados en Universidad más tarde por Justo Sierra— completando así el tránsito de México: ayer escolástico, más tarde cartesiano, hoy positivista.

En 1910 los nombres ilustres del humanismo atlántico vuelven remozados a México, eran los días en que Justo Sierra fundaba la Universidad Nacional de México, y en que en las entrañas de nuestro suelo se agitaba ya la Revolución mexicana. Pero Justo Sierra entendía lo cambiante del momento, y es ejemplo vivo del arquitecto futuro, cuando después de un elogio del método positivo, pronuncia estas palabras en que habla el revolucionario y el humanista:



Foto A Estrada

Una figura implorante vaga hace tiempo en derredor de la *templa serena* de nuestra enseñanza oficial: la filosofía; nada más respetable ni más bello. Desde el fondo de los siglos en que se abren las puertas misteriosas de los santuarios de Oriente, sirve de conductora al pensamiento humano, ciego a veces. Con él reposó en el estilóbato del Partenón, que no habría querido abandonar nunca; lo perdió casi en el tumulto de los tiempos bárbaros, y reuniéndose a él y guiándolo de nuevo se detuvo en las puertas de la Universidad de París, el *alma máter* de la humanidad pensante, en los siglos medios; esa implorante es la Filosofía, una imagen trágica que conduce a Edipo, el que ve por los ojos de su hija lo único que vale la pena de verse en este mundo, lo que acaba, lo que es eterno.



Si la Universidad Nacional de México, al hacerse ley la revolución en el año de 1917, no murió, fue justamente por este nuevo humanismo isócrono a las teorías sociales postuladas por los revolucionarios de México; este humanismo que previó con mirada genial el maestro Justo Sierra, y que habría de completar la generación del Ateneo, Caso y Vasconcelos.

Hoy no es una duda para nadie que, en cierto aspecto, la Revolución mexicana fue antiliberal. Lo fue en lo que se refiere a la economía, es decir, en lo único que se puede ser antiliberal: contra el dejar hacer y el dejar pasar en la industria y en la propiedad; pero no lo fue, y esto es timbre de orgullo para nosotros, en materia educativa. El pensamiento, después de la Revolución, siguió siendo libre.

La Universidad, por esta razón, pudo conciliar el humanismo naciente con las ideas sociales de la época. Y por ello su lucha por la libertad, desde que nació, estuvo implícita en ella: esta lucha no es la obra de una generación, es el impulso de la Universidad durante cerca de un cuarto de siglo. La autonomía era un rebeldía, en parte contra la degradación del Estado, en parte para poder satisfacer plenamente su tarea: empezó en 1915 y terminó en 1929.

Pero esta Universidad no podía ser, aun después de la consecución de su autonomía, la feliz y tranquila Universidad al modo europeo, el sitio de aprendizaje universal como Oxford, Leipzig, Heidelberg, Lovaina. Nuestra Universidad tumultuaria es, como aseguraba Alejandro Gómez Arias, *espejo fiel de una patria que vive a caballo*.

* * *

La situación de la Universidad, sin embargo, a la clara luz de la opinión pública, atraviesa por su crisis definitiva los años de fronda de 1933. Para la Universidad se planteaba el problema de una filosofía adaptada a la época y, como punto de partida, se escogía el materialismo histórico. Los grupos que entonces lucharon contra este intento, lucharon en sentido diverso: los liberales y un sector católico, contra la tesis misma; los comunistas, contra la demagogia y subversión del orden pues "a un Estado

marxista habrá de corresponder una Universidad marxista", y no precisamente a la inversa.

Se planteó la lucha, pues, en el Congreso de Universidades, no como una lucha contra la Universidad, sino por su renovación. Pero a los ojos vigilantes de los jóvenes se abrían perspectivas diversas e irresolubles. Todavía vibraban en el ambiente aquellas luminosas palabras del maestro Justo Sierra, abriendo las puertas a la Filosofía. Dogmatizar, en cualquier sentido, era cerrarla nuevamente para su función, porque ésta lleva implícita la idea de la libertad. No se concibe sin su previa autonomía en el pensamiento y en su administración; su función, ya definida por nuestro Estatuto no se realizaría sin su libertad: transmisión de enseñanza, es decir, eficaz docencia y eficaz capacitación profesional; investigación y creación de valores culturales, por medio de sus institutos; y extensión universitaria, porque la Universidad no es el recinto frío, "patria ideal de hombres sin patria", el laboratorio inerte, que no tiene "ojos para la humanidad y corazón para el pueblo", sino la Corporación viva que derrama ese patrimonio minoritario sobre la nación misma.

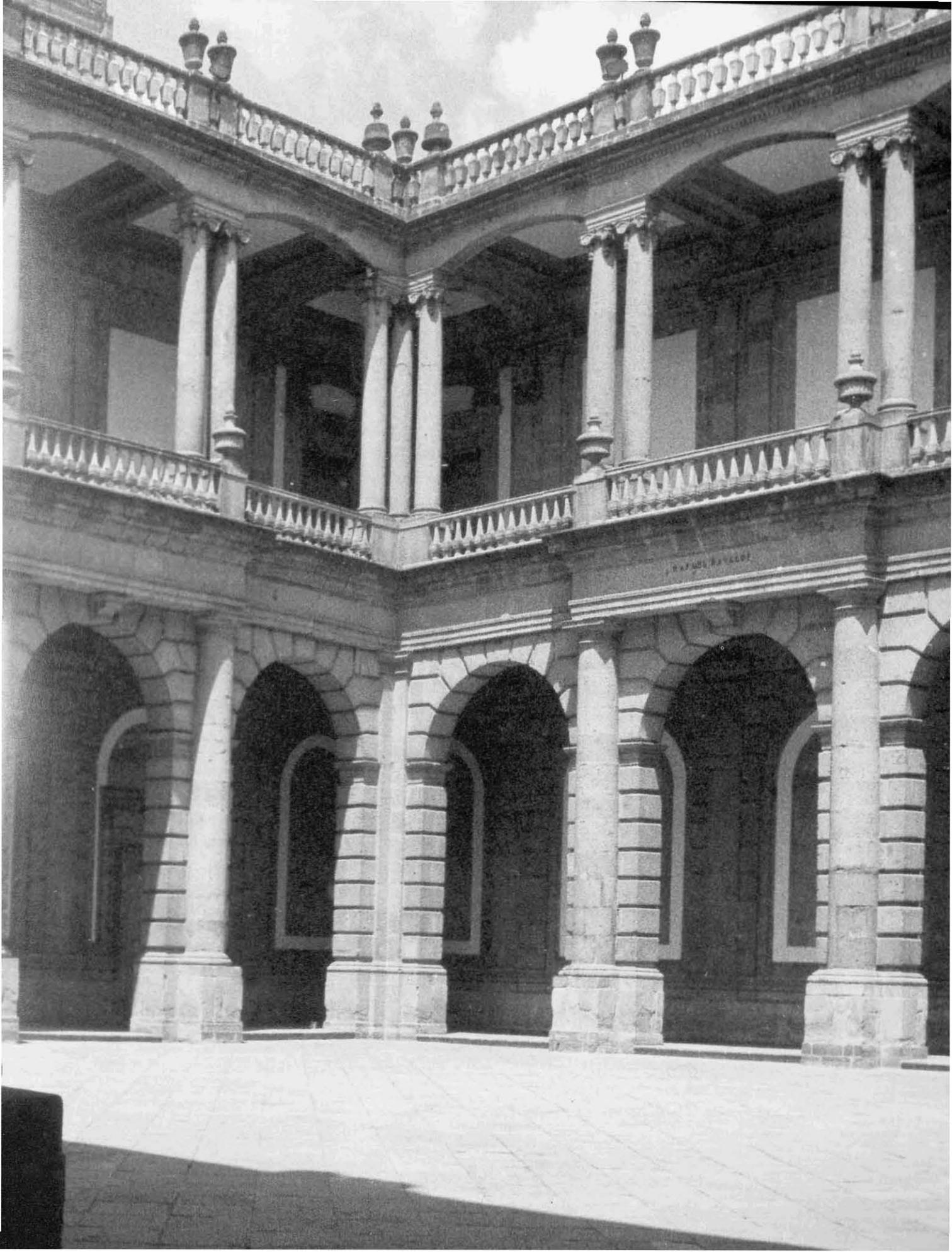
En 1933 la Universidad entra en la lucha definitiva: en 1934 hace crisis esta situación, pero si entonces no fue resuelta su ruta y si la Universidad no coronó grandiosamente su lucha, se debió más que todo a la indecisión de sus autoridades. De esta manera sólo se aplaza la crisis definitiva para 1935,

época en que el grupo entonces más destacado la abandona a su propia suerte y grupos más jóvenes y decididos arrancan su timón en pleno naufragio. Libertad, humanismo, extensión social: una nueva Universidad ha nacido y nuevamente la sombra majestuosa del maestro Justo Sierra vuelve a reconocer su tronco universitario.

Limpia bandera esta la del humanismo, bandera que es la de la nueva Universidad, que es la de Justo Sierra: Universidad escolástica, cartesiana, positivista, humanista. Un justo y ponderado humanismo, fuera de la demagogia materialista, fuera del humanismo confesional de los grupos que precedieron. Porque a la estéril discusión acerca de la separación de la Universidad y el Estado o la Universidad como órgano del Estado, sólo podemos responder que es en la armonía de ambos como las tareas se hacen menos estériles: así como pensamos que no es en la destrucción de una clase, sino en su armonía, como la vida se vuelve profunda y creadora.

Las universidades que murieron en México, murieron porque fueron incapaces de acomodarse a las ideas sociales de la época, o porque no pudieron superarlas. Pero ésta, que ha nacido por los impulsos generosos de los jóvenes, quiere superar la realidad presente y buscar sus rutas en sentido definitivo: ayer escolástica, cartesiana, positivista, humanista. ¿Y mañana? La respuesta habrá de brotar de las reservas jóvenes y mexicanas de nuestro suelo. ♪





IN HONORE REYALLOS

En su ensayo de 1930 el Dr. Rippey, autor del libro *The United States and Mexico* (N.Y., 1928) y entonces catedrático de la Universidad de Duke, en Carolina del Norte, se refiere al "problema" de los inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos como una cuestión que, haciendo tabla rasa de la vieja tradición migratoria cuya historia se alteró con el giro mundial que siguió a la intervención norteamericana y los Tratados de Guadalupe-Hidalgo de 1847, se remonta a la década de 1850. Este dato le permite señalar que si bien en la coyuntura de la Gran Depresión el problema no era algo "nuevo", se vislumbra ya su naturaleza catastrófica.

A la distancia, esta colaboración se valora por ciertos méritos de actualidad histórica. Más que un análisis de las consecuencias que la bancarrota económica de 1929 provocaría entre los migrantes mexicanos, el autor nos ofrece un fugaz contrapunto sobre el conflicto de intereses que en los Estados Unidos se enfrentaban en torno al fenómeno y sus alternativas. Por un lado los económicos, que con la marca de la casa se inclinaban por el uso intensivo y extensivo de una mano de obra abundante, eficiente y barata; por la otra, las posturas ideológicas de organizaciones nacionalistas identificadas con la opción restriccionista.

Ante una crisis de proporciones aún por definir, Rippey identifica a los actores de una pugna que involucra los pragmáticos intereses de agricultores, terratenientes, ganaderos, comerciantes y compañías ferroviarias que exigían una política de puertas abiertas, frente a la saga de ideólogos conservadores, puristas étnico-raciales, sindicalistas y toda clase de legionarios de la "homogeneidad" cultural americana, favorables a la implantación de cuotas para los inmigrantes mexicanos. De este conflicto, señala, dependería la actitud de Washington respecto a su política migratoria con México. Pero en 1930 se comprobó que las soluciones de equilibrio, como la permanencia transitoria de trabajadores mexicanos durante ciertos periodos, era una simple ilusión. Con todo, cuando la Gran Depresión adquirió forma de repatriaciones masivas los mexicanos eran legión y vivían en colonias; eran el germen de una nueva cultura en Norteamérica.

Jaime Vélez Storey*

LA INMIGRACIÓN MEXICANA EN LOS ESTADOS UNIDOS

J. Fred Rippy*

*Profesor de la Universidad de Duke y de la Escuela de Verano de la Universidad Nacional. El presente estudio lo presentó ante el "Institute of Public Affairs" de la Universidad de Virginia. Publicado en *Universidad de México*, diciembre de 1930, tomo I, núm. 2.

El problema de los inmigrantes mexicanos a los Estados Unidos no es un problema nuevo. Causó dificultades durante la década anterior a la guerra civil, ya que en aquella época las relaciones entre los Estados Unidos y México se vieron complicadas debido a los malos tratos recibidos por los mexicanos en Texas, California y Nuevo México. Los muleros texanos dedicados a transportar mercancías de las costas al interior declararon la llamada "Guerra de las Carretas" contra los propietarios mexicanos de carros de bueyes, que les hacían la competencia en la cuestión de fletes. Los agricultores texanos persiguieron a muchos mexicanos, a quienes acusaban de robarse a sus esclavos y esclavas y de casarse con éstas, hasta más allá de los límites de los condados y aun hasta del otro lado del río Bravo. Estos atropellos fueron la causa principal de las destructivas expediciones que llevó a cabo el mexicano Juan N. Cortina, que duraron hasta que un joven oficial del ejército, Roberto E. Lee, fue enviado a la frontera internacional. Los abusos sufridos por los mexicanos en California a manos de los mineros *yankees* fueron causa de choques y dieron motivo a que surgieran aventureros pintorescos con sonoros apellidos hispánicos. Se combatió ru-

damente en Nuevo México entre americanos y mexicanos por terrenos fértiles que aún permanecían sin dueño. Los acontecimientos ocurridos en estas dos regiones fronterizas fueron causa de que México se rehusara a pagar las indemnizaciones reclamadas por diversos súbditos de los Estados Unidos por supuestos malos tratos recibidos durante su permanencia en ese país.

El problema, por lo tanto, no es nuevo. Durante la última década, sin embargo, ha adquirido más importancia que nunca. Las opiniones encontradas que versan sobre el asunto constituyen una buena explicación de las fuerzas sociales y políticas que intentan dirigir la política del gobierno en Washington.

Hay personas que sostienen que nuestro gobierno se halla dominado por los llamados "intereses económicos". Debería preguntarse a estos individuos a qué intereses económicos se refieren, porque en este caso tenemos un choque de intereses económicos. Los siguientes organismos piden en forma apremiante que se permita a los mexicanos entrar a los Estados Unidos libremente: la Asociación de Terratenientes de Texas; la Cámara de Comercio del Sur de Texas; la Asociación de Algodoneros de Arizona; los Hortelanos del Valle Imperial (California); la Aso-

ciación Pro-California; el Comité Legislativo Agrícola de California; la Asociación Americana de Productores de Remolacha; la Great Western Beet-Sugar Company, la American Beet Sugar Company, la Compañía del Ferrocarril de Santa Fe y diversas Cámaras de Comercio de las ciudades fronterizas. A éstos habrían de agregarse muchos agricultores, hortelanos y ganaderos del suroeste que no pertenecen a las organizaciones anotadas. Opuesta a estos grupos y personas tenemos a la American Federation of Labor —la Federación Americana del Trabajo— que representa los intereses económicos de los braceros de todas las regiones donde se encuentran los inmigrantes mexicanos y que exige que se pongan en práctica enérgicas medidas de restricción.

Parece lógico suponer que la Federación Americana del Trabajo carecería del poder suficiente para enfrentarse con las fuerzas económicas que se le oponen. Y, sin embargo, la política reciente del gobierno es a favor de la restricción. Por lo tanto, debemos asumir que hay otros factores en juego aparte de los de un carácter verdadero económico.

¿Cuáles son estos factores? Las personas que temen al radicalismo, que temen la destrucción de la nación como consecuencia de la pérdida de su homogeneidad —la Legión Americana, la Liga para la Restricción de la Inmigración—, se hallan al lado de la Federación Americana del Trabajo.

Muchos de aquellos que abogaron porque se pusiese coto a la inmigración europea después de la guerra mundial o que han estado al frente del movimiento antijaponés, ahora claman porque se restrinja, en forma enérgica, la inmigración mexicana. John B. Trevor (graduado de Harvard); F. H. Kennicutt, de la Alianza de Asociaciones Patrióticas; Fred E. Marvin, en representación de los Key Men of America; Edward R. Lewis, de Chicago, autor de la obra *América: nación o confusión*; Madison Grant, de Nueva York, y U. S. Mc. Clatchy, periodista de Sacramento, California. Los votos de los mexicanos quizá deban tomarse en consideración. En 1920 un yankee dijo que quería más mexicanos, más trabajo, más republicanos en el suroeste. Los políticos se muestran aparentemente impresionados por la fuerza política de los partidarios de la restricción, ya

que la legislatura de California y el Senado de Arizona han clamado al Congreso en favor de la restricción de la inmigración mexicana, y John C. Box, de Texas, ha estado exigiendo desde hace mucho tiempo que se ponga por ley una cuota a dicha inmigración. El Departamento de Estado en Washington igualmente se muestra impresionado. El Secretario de Estado sabe que cualquier ley de esa naturaleza o bien las medidas del tipo que se han empleado contra los japoneses, no sólo ofenderían a México sino también a otros países de la América Latina. Por lo tanto, ha echado mano de otros medios de exclusión, con el fin de tener en jaque a los que reclaman medidas restrictivas del género indicado.

Lo cierto es que los partidarios de la pureza de la raza, de la homogeneidad nacional y de la protección de los braceros yankees han ganado, por lo menos transitoriamente, la victoria. Las cifras que siguen relativas al número de mexicanos que han entrado a los Estados Unidos tiene gran significación:

1918	-	17 602
1919	-	28 884
1925	-	50 602
1927	-	77 162
Promedio desde el 30 de junio de 1925 hasta el 30 de junio de 1929		
Primera mitad de 1930	-	56 747
	-	3 674

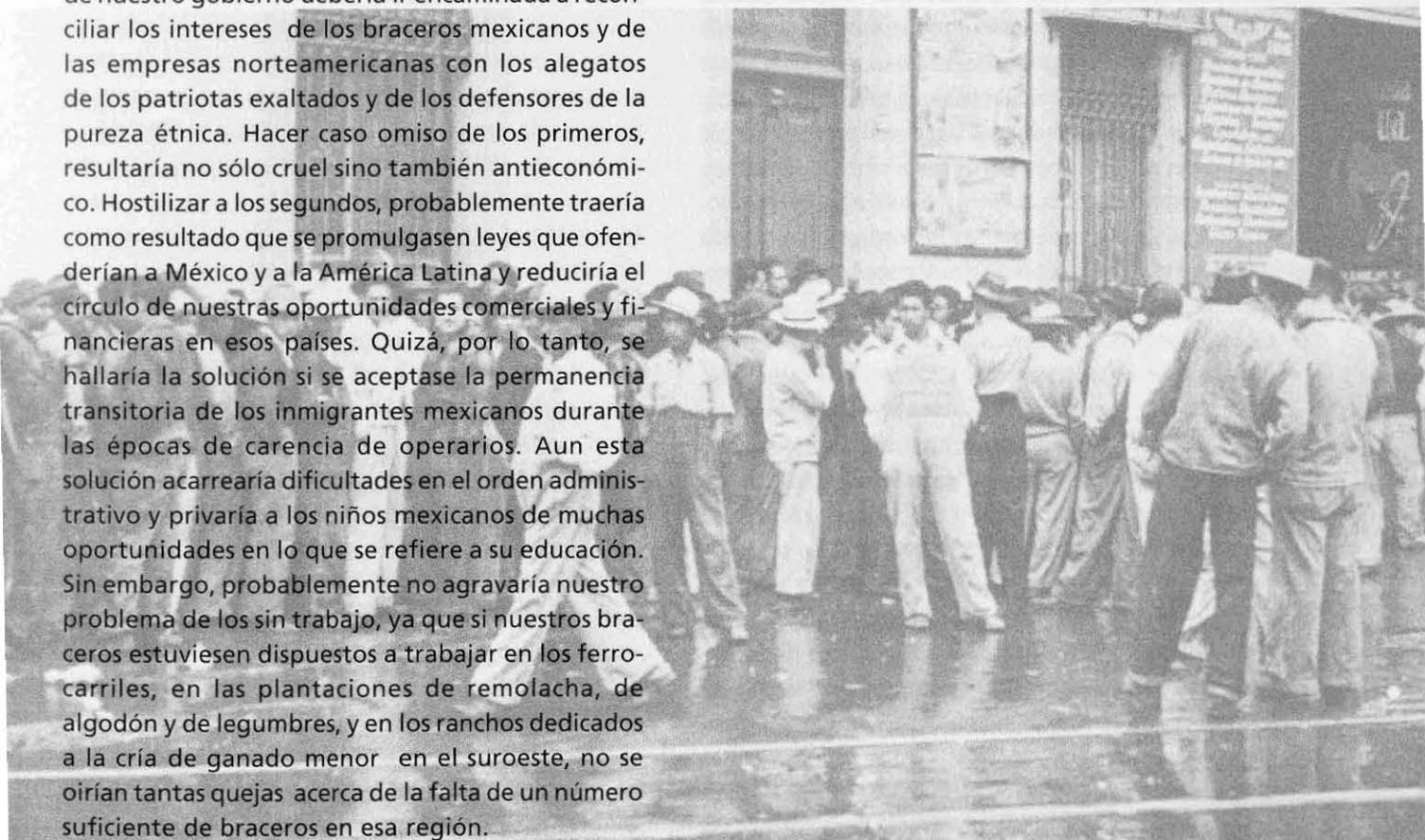
La Ley de 5 de febrero de 1917 dio al Ejecutivo de los Estados Unidos facultades para restringir la inmigración mexicana. Se le autorizó para que por medio de la Oficina de Inmigración negara la entrada al país a todos los trabajadores enganchados por contrata, y a todos los enfermos o analfabetos; además, se le facultó para hacer efectiva una contribución a razón de 8.00 dólares por cada inmigrante que cruzara la frontera. Más todavía, mediante una ley que entró en vigor el 4 de mayo de 1929, establecióse que habría de considerarse a cualquiera que entre al territorio americano sin haber satis-

fecho los requisitos legales como culpable de un delito punible. Hasta hace poco, la ley de 1917 no se había aplicado con rigidez. Se hacían concesiones en favor de determinados individuos o de empresas poderosas que clamaban por brazos baratos. Pero ahora ha cambiado la política del ejecutivo y pocos mexicanos entrarán al país mientras no logren ejercer más presión los intereses económicos del suroeste.

Se cree que la política de restricción que se está siguiendo actualmente perjudica a los algodoneros, los ganaderos, los hortelanos y los ferrocarriles del suroeste, no menos que a los mexicanos que no pueden encontrar trabajo en su propio país durante algunas épocas del año. Mientras México no resuelva el problema de sus desocupados y las empresas financieras de las comarcas fronterizas en el suroeste de los Estados Unidos no consigan suficientes braceros, no se llegará a una situación de equilibrio por medios naturales. Parece que la política de nuestro gobierno debería ir encaminada a reconciliar los intereses de los braceros mexicanos y de las empresas norteamericanas con los alegatos de los patriotas exaltados y de los defensores de la pureza étnica. Hacer caso omiso de los primeros, resultaría no sólo cruel sino también antieconómico. Hostilizar a los segundos, probablemente traería como resultado que se promulgasen leyes que ofenderían a México y a la América Latina y reduciría el círculo de nuestras oportunidades comerciales y financieras en esos países. Quizá, por lo tanto, se hallaría la solución si se aceptase la permanencia transitoria de los inmigrantes mexicanos durante las épocas de carencia de operarios. Aun esta solución acarrearía dificultades en el orden administrativo y privaría a los niños mexicanos de muchas oportunidades en lo que se refiere a su educación. Sin embargo, probablemente no agravaría nuestro problema de los sin trabajo, ya que si nuestros braceros estuviesen dispuestos a trabajar en los ferrocarriles, en las plantaciones de remolacha, de algodón y de legumbres, y en los ranchos dedicados a la cría de ganado menor en el suroeste, no se oírían tantas quejas acerca de la falta de un número suficiente de braceros en esa región.

Por lo tanto, sugiero que la mejor política que puede seguirse es que se permita la inmigración mexicana durante determinadas épocas. Es una política de transacción, como en la mayoría de los casos ocurre tratándose de determinaciones gubernativas afortunadas. El choque de intereses, la discusión, las concesiones mutuas: he ahí el proceso administrativo que se desarrolla en todas las entidades políticas debidamente organizadas.

Debo, sin embargo, decir, en conclusión, que abribo pocos temores con relación a la inmigración mexicana. No va a atravesar la frontera toda la población de México en masa. Más todavía: los mexicanos tienen diversos rasgos que podríamos imitar con provecho: su cortesía en el trato cotidiano y sus relevantes dotes artísticas, para no citar más que dos; y nuestra conformación étnica no ha de modificarse sensiblemente por el solo hecho de que uno o dos millones de mexicanos se establezcan permanentemente dentro de nuestro territorio.



GLORIA MUNDI

Julio Torri*

Los vuelcos de la fortuna son siempre lastimosos, pero cuando el sujeto es un empleado público, tienen algo de ridículo, sobre todo entre nosotros donde los cargos duran tan poco, y entre quienes la estabilidad de las posiciones burócratas se resienten algún tanto de la marejada política, que todo lo trastorna y derrueca.

Cierta infantilidad de nuestra psicología —signo de razas inteligentes— explica que nos cansemos hartos pronto de las gentes que tenemos delante de los ojos, escritores, gobernantes o artistas. La tabla de nuestros valores intelectuales y de cualquier otro orden, está gobernada por violentas sacudidas que la más veces no tienen otra causa sino la impaciencia de un público aburrido y ávido de todo cambio.

Muchos años hace que trabajaba yo en modesta sección de pomposo departamento. Mi jefe me ordenó cierta vez que arreglara en Industria un negocio de poca monta, pendiente, sin embargo, hacía meses. Con la grata perspectiva de salir a la calle (reléase *The Superannuated Man* de Charles Lamb), dejé gozoso las mangas de lustrina, tomé el sombrero, y ya al partir escuché de nuevo las instrucciones de mi superior inmediato:

—Busque a Medrano, que conoce el asunto y allanará toda dificultad.

Pronto llegué en busca de Medrano al viejo palacio neoclásico donde residía el Ministro de Industria. Pregunto a porteros y conserjes por Medrano, y todos rectifican: —¡Ah, el señor Medrano!— y ponen rostros graves.

—Suba al principal, y hágase anunciar en la segunda puerta de la derecha.

*Doctor en letras por la UNAM y maestro universitario que en 1953 fue distinguido como profesor emérito. Su inquietud le llevó a fundar la editorial *Cultura* así como el Departamento de Bibliotecas de la SEP. Fue jefe del Departamento Editorial de la Universidad y director de la colección "Clásicos" de la SEP. "Gloria Mundi" apareció en *Universidad: mensual de cultura popular*, febrero de 1936, tomo I, núm. 1.

Larga antesala en un salón oscuro con mugrienta alfombra y artesonado Renacimiento. Columnitas de alabastro por los rincones, con polvorientos candelabros de tintinantes almendras. Un largo diván empotrado en la pared ofrece cómodo asiento a una veintena de pretendientes, heroicos en su resignada cesantía. En todas partes la alientan egoístas displicentes con vagas esperanzas proferidas de mala gana, desde umbrales hostiles.

Por aquellos lejanos días, había renunciado a su cargo el ministro, y con él, el subsecretario, el oficial mayor, los directores generales y la mayor parte de los jefes de sección. Así que por algunos días vino a encargarse de los asuntos inaplazables y de mero trámite, un empleado inferior, Medrano, que asentó sus reales en el lujoso despacho del subsecretario. Como ocurrieron entonces algunas fiestas, no se proveyeron desde luego los empleos vacantes, y Medrano continuó, respecto de acuerdos que no cabe diferir, "al frente del Ministerio, encargado de él hasta nueva orden y en virtud de superior resolución", según rezaban las frases protocolarias que se estilan en tales casos.

Tras una hora de espera, el portero me hace pasar a un saloncito donde aguardan aún algunas personas. En esta nueva antesala se hallan individuos a quienes Medrano tiene algún interés en recibir, en tanto que la primera sala está repleta de importunos que se despedirá a la postre con la inhumanidad habitual.

Llega por fin mi turno, y el hosco guardián de la puerta me la franquea, anunciándome en alta voz. Medrano aparece sentado a una gran mesa abru-



mada con papeles, expedientes, libros, planos, pisa-papeles, diccionarios, códigos, un pesado tintero de cristal y unas estatuillas de bronce y ágata de notable mal gusto.

Medrano es corpulento, su voz robusta; viste levita negra y su ademán es imperioso. Fuerte ha de ser la impresión que haga en el tímido ánimo de pedigüños de empleos y pobres diablos.

Como es locuaz y grandilocuo, apenas si me deja enterarlo del propósito de mi visita. A causa de su encumbramiento reciente, le preocupa mucho mostrarse llano y campechano con todos. Además, hay en él ese leve descontento íntimo que trae a veces un cambio favorable de fortuna en ciertas gentes maltratadas de la suerte y limpias de corazón, y que las lleva a ofrecer excusas a los demás, y como a pedirles perdón por su próspera situación presente. Medrano, siguiendo un soliloquio apenas interrumpido por la mutación del interlocutor, se queja del exceso de trabajo, de lo delicado de éste, de sus grandes responsabilidades, etcétera.

—...Como no hay ministro, ni subsecretario, ni oficial mayor, yo los suplo hasta donde me alcanzan las fuerzas. Calcule usted lo pesado de mi labor. Además, todo el mundo quiere empleos; yo no puedo disponer sino de los pocos que hay vacantes; así que quedo mal con cuantos me vienen a ver. Mis amigos salen de aquí pensando que no soy con ellos el mismo de antes. Lo que pasa es que no puedo yo estirar indefinidamente las partidas del presupuesto de egresos. Ojalá no se me nombre en definitiva subsecretario, como se ha venido rumorando por ahí. No lo deseo de ningún modo. Nada más lejos de mí que tal pensamiento. En estas altas situaciones todo es acíbar, amigo mío, créame usted, Yo...

Después vuelve a mi asunto; apunta algo a lápiz en un cartapacio, y me tiende la regordeta mano con cordialidad estudiada y aparatosa. No he salido todavía del despacho, cuando lo atruena la potente voz: —¡Que pase el señor Camacho!

Y mientras Camacho penetra en el augusto recinto, me alejo meditando acerca de los hombres de autoridad y poder. Creo acabar de dejar a uno de ellos, del más puro tipo, por cierto, en su habitual ocupación, el jupiteriano ejercicio de fulminar y anonadar mortales.

* * *

Transcurren unos meses, tres o cuatro, y un día mi jefe me llama de nuevo a su despacho.

—Vuelva —me dice— a buscar a Medrano, pues aún no se despacha aquel negocio.

Ocurro de nuevo en busca de mi héroe. Seguro de hallarle, acudo a las vastas antecámaras que guardan criados galoneados. Nadie conoce ya a Medrano, a pesar de que son los mismos porteros de antes. Tras mucho indagar y trajinar, y repetir las señas, y ayudar a hacer memoria a ujieres y escribientes, alguien me indica que el caballero por quien pregunto acaso trabaja en los sótanos, debajo de la escalera de servicio.

En efecto, allá doy con el pobre hombre, que no conserva de su pasada y efímera grandeza sino el levitón, que sin duda le sirvió para casarse largos años ha. Inclinado sobre vieja máquina de escribir, con el desaliño de la miseria en las ropas, escucha una vez más la historia demasiado corriente del legajo perdido. Al hablar observo en el descuido de su barba, en sus zapatos llenos de polvo, en sus calcetines caídos, en su mal anudada corbata, los lamentables estragos de una mudanza brusca de la suerte. Me despido del pobre sujeto comprendiendo que dada su posición actual, su intervención en nuestro negocio es punto menos que inútil.

Estrecho su manaza con conmiseración sincera. ¡Pobre Medrano, cuánto habrá sufrido desconocido y olvidado de todos! A decir verdad, tenían muy serios motivos para triunfar y tener buen éxito: el imponente volumen de su cuerpo, su voz de barítono, su inane verbosidad... su levitón!

L El breve ensayo que don Luis Chávez Orozco —educador, político e historiador— dedicó en 1932 a Joel R. Poinsett, primer representante diplomático estadounidense en México,¹ refleja nítidamente la situación de la historiografía mexicana hacia el tercer y cuarto decenios del siglo xx, así como el debate político-ideológico entonces imperante. Si bien no menciona la palabra marxismo, perspectiva teórico-metodológica a la que abiertamente se adheriría poco después,² Chávez Orozco condena las interpretaciones históricas de naturaleza "romántica", basadas exclusivamente en los designios de "los individuos", y aboga por un análisis menos simple y más profundo, para así poder interpretar los fenómenos sociales. Recuérdese que, paralelamente, Antonio Caso y Vicente Lombardo Toledano polemizaron por esas fechas respecto a la viabilidad del marxismo, y que en 1933 se entronizó en el país la educación socialista. El texto de Chávez Orozco es, indudablemente, un fiel reflejo del espíritu de su época. Recuérdese también que poco después aparecería, aparejada con el gobierno cardenista, una historiografía marxista representada por José Mancisidor, Rafael Ramos Pedrueza, y Alfonso Teja Zabre, además del propio Chávez Orozco.

En términos historiográficos, la disciplina había estado dominada en México por intelectuales conservadores, la mayoría de ellos católicos y pertenecientes a las elites del Antiguo Régimen. La irrupción de colegas como Chávez Orozco, producto del proceso revolucionario, tuvo que provocar reparos y polémicas. Igual que en términos políticos, durante el Porfiriato se había llegado a una conciliación historiográfica. La historia científica, en tanto documentalista, o la historia positivista o evolucionista, habían desplazado a las historiografías católica o liberal, tan enfrentadas años antes, y ambas anticientíficas. La Revolución mexicana y la Guerra Cristera acabaron con el consenso y reactivaron las polémicas historiográficas. Chávez Orozco es un claro ejemplo de ello. Este es el segundo factor que define el contexto en el que se le debe ubicar. Chávez Orozco se adhiere a los historiadores liberales y acusa a los conservadores —católicos y/o hispanistas— de sobreestimar la influencia de Poinsett, de crearle una "leyenda" al que, por razones políticas o religiosas, consideran el responsable del "desorden" posindependentista. La prueba de que Poinsett fue una invención posterior radica, según Chávez Orozco, en que sus coetáneos nunca le atribuyeron tal importancia; es más, ni Mora ni Alamán mencionan siquiera su nombre.

En efecto, la obra de Poinsett sólo sería conocida en México pocos años después, cuando en 1935 Francisco Javier Gaxiola hizo una edición incompleta de la obra de Poinsett, para la editorial Cultura, y cuando la tradujo don Pablo Martínez del Río, para la editorial Jus, hacia 1950; sobre todo, la figura de Poinsett se sobredimensionaría, a pesar de las atinadas observaciones de Chávez Orozco, con la biografía que le hiciera don José Fuentes Mares, titulada, significativamente, *Poinsett, historia de una gran intriga*. Su imagen ha cambiado poco desde entonces, y por lo visto el reclamo de Chávez Orozco sigue vigente; de ahí la conveniencia de su exhumación por parte de la revista *Universidad de México*.

Javier Garciadiego Dantán*

* Doctor en Historia. Director General del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana

1 Lo reeditó siete años después, en un libro titulado *Ensayos de crítica histórica*.

2 Algunos títulos emblemáticos serían *La prehistoria del socialismo en México*, de 1936, y *la Historia económica y social de México. Ensayo de interpretación*, de 1938.

DEJEMOS A MR. POINSETT

Luis Chávez Orozco*

La historiografía mexicana, al interpretar el segundo decenio del siglo XIX, época sin duda alguna complejísima, lo hace de la manera más simplista que puede concebirse. Quizás la dificultad que presenta la interpretación misma es lo que ha orientado las mentes por ese sendero, como que es el más accesible. Y tal vez hasta haya un motivo de carácter moral que influya para que se adopte esa actitud.

La concepción romántica y optimista (muy explicable hace una centuria, cuando se leía a Rosseau y se creía en él, pero hoy absurda) de que la sociedad mexicana surgió a la vida independiente dotada de candores angelicales y aptitudes maravillosas que sólo se corrompieron o se defraudaron gracias al diabólico influjo de un hombre que en hora nefasta vino a vivir entre nosotros, todavía hoy inspira las páginas de todas las historias que tratan de la estancia de Mr. Joel R. Poinsett en México.

Esta manera de interpretar las cosas será muy cómoda y muy patriótica, pero solamente satisfará a quien infantilmente crea que los fenómenos sociales dependen exclusivamente de los designios del individuo.

Pesan sobre Joel R. Poinsett, ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en México, los cargos más atroces que se puedan imaginar. En él se ha querido ver un personaje diabólico que trama y ejecuta el mal por el placer de hacerlo. Aun más lejos se ha llevado la acusación: hay quien crea que Poinsett es el responsable de todos los desastres que han caído sobre México. Ni siquiera se le quiere abonar en descargo el que sus actos eran, más que hostiles a

* Reconocido historiador cuyas labores combinó con el desempeño de distintos cargos públicos como subsecretario de Educación Pública, jefe del departamento Autónomo de Asuntos Indígenas, secretario general del SNTE, y embajador en Honduras. Dirigió la colección "Documentos para la historia económica de México," el Archivo Histórico de Hacienda y el Archivo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Este artículo se publicó en *Universidad de México*, mayo de 1932, tomo IV, núm. 19.

México, contrarios a la política internacional de Inglaterra, nación que por su proceder con México se ganó la voluntad del pueblo y de las autoridades mexicanas.

Enumerar los cargos que han dirigido a Poinsett sería no concluir nunca. Mencionaremos sólo aquellos que puedan calificarse de tales, y concluiremos por discutir hasta qué punto es exacta la nunca negada aseveración de que el influjo de Poinsett en la política mexicana, así nacional como internacional, fue decisiva hasta considerarlo como verdadera árbitro y director de ella.

Lo que nunca llegaron a afirmar los coetáneos, hay quien hoy lo asegure por más que no exhiba ninguna prueba, ya no documentaria, pero ni siquiera proporcionada por la lógica. Poinsett —se supone— fue autor del "asesinato de Iturbide":

Si se reflexiona —decía don Manuel Puga y Alcal— en que, desde su regreso a los Estados Unidos, Poinsett debe haber sido el consultor de su gobierno en todos los asuntos mexicanos; en que el previsto regreso de Iturbide podía hacer fracasar los planes de ese gobierno, y en que don Bernardo Gutiérrez de Lara, quien, como diputado al Congreso de Tamaulipas, votó la muerte de Iturbide y, como gobernador del mismo estado, ordenó su reclusión, era el mismo que en 1812 había capitaneado una expedición de aventureros yanquis para apoderarse de Texas, se tendrá algún fundamento para admitir como probable que Gutiérrez de Lara, cuyas relaciones con el gobierno de los Estados Unidos seguían siendo

cordiales, no sólo acató la ley mexicana que condenaba a Iturbide si volvía a pisar territorio de su patria, sino que satisfizo, además, los deseos que sus amigos de Washington le habían previamente manifestado.

Parece imposible que un historiador de la seriedad de Puga y Acal haya sido capaz de urdir tanta falsedad en tan breves líneas. Una acusación de esa índole nadie se atrevería a consignarla sin exhibir la prueba documentaria. Si no posee, se tiene la obligación de buscarla, aunque sólo sea por medio de deducciones lógicas. Pero la lógica dice precisamente lo contrario. En primer lugar, si los Estados Unidos tenían algún interés en vernos sumidos en la anarquía, la presencia de Iturbide en México era el mejor instrumento para caer en ella. Por otra parte, es absolutamente falso que Gutiérrez de Lara haya sido nunca instrumento de los intereses norteamericanos: la negativa que dio a Mr. Adams al desempeñar su misión diplomática en Washington, en el sentido de que México no aceptaría la ayuda del gobierno de Estados Unidos bajo la condición que se le exigía de que una vez realizada la independencia habría de incorporarse a la Unión Norteamericana, es la mejor prueba del carácter calumnioso que tiene la aseveración de Puga y Acal.

El establecimiento y la organización de las logias masónicas en México es otro de los cargos que José María Tornel y Mendivil y quienes lo copian lanzan contra Poinsett.

Las logias, por el carácter secreto que tuvieron primitivamente, fueron agrupaciones cuya aparición siempre fue vista con gran repugnancia. Pero si se tiene en consideración que, al organizarse en México, perdieron todo ese aspecto tenebroso y adquirieron las características de un partido político, se verá que el cargo no puede ser más injustificado, sobre todo si se medita en que las cosas no pudieron haber sucedido de otra manera. En México todo el mundo ignoraba cómo organizar un partido político. Ni siquiera se sabía qué cosa era eso. Natural era, pues, que quienes trataban de organizar la vida pública nacional acudieran al único que podía ilustrarlos al respecto, y ese era Poinsett y no otro.

Y ¿qué responsabilidad puede tener Poinsett de los excesos a que se entregaron las logias masónicas? Lanzarle este cargo es desconocer nuestra historia. Las logias sumieron al país en la agitación más desasosegada, porque ese es el papel de los partidos en naciones como la nuestra, en que todavía no se llega a discernir claramente cuál es su función social. Por otra parte, ¿quién puede creer que el hecho de que Poinsett haya servido de vínculo para que la logia yorkina que se organizó en México recibiera sus cartas de la Gran Logia



Foto Col. Foto Fija

de Nueva York, fuese la causa de la orientación radical que adoptaron sus líderes?

Los yorquinos aparecieron en la vida pública del país "fulminando amenazas, anunciando riesgos, sembrando desconfianzas", como dice el doctor don José María Luis Mora; pero no porque Poinsett haya metido las manos en su organización, sino por el temperamento de sus líderes: Zavala, Alpuche y otros. Además, "sus elementos provenían de dos fuentes que nada tenían de común, a saber, los descontentos de todos los cambios efectuados después de la independencia y las clases ínfimas de la sociedad, que entraban a bandas seducidas por un sentimiento vago de mejora que no llegaron a obtener".

Para nada se necesita a Poinsett en este caso, si se trata de explicar los actos de los yorquinos. Lo que sucede es que la masa anónima y desposeída, la que había contribuido con su sangre a la Guerra de Independencia y se había visto defraudada al consumarse, los mestizos, siempre vejados y envilecidos por la fatalidad de su origen, al debatirse desasosegadamente, arrebatados por sus ambiciones y sus ansias, dieron esa nota de desorden que tanto repugna a ciertos historiadores que quieren exigir que las conmociones

sociales se lleven a cabo dentro de una regularidad absoluta, sin asperezas, sin riesgos.

Yo no sé hasta cuándo nuestra simplicidad nos dejará discernir con un poco de cordura al interpretar fenómenos sociales. Todo el mundo acepta que la consumación de la independencia nacional se efectuó en 1821; pero esto no es verdad, a menos que nos satisfagamos con las apariencias palpables de las cosas. La independencia de un pueblo no sólo es de carácter político. Para que se consume, es necesario que se rompan también los vínculos económicos, los intelectuales, los artísticos y religiosos y que se trastornen las costumbres y que se relajen todos los nexos que integran la sociedad. Y esto sólo empezó a anunciarse hasta 1825, cuando nos resolvimos a despojar definitivamente a los españoles de los puestos públicos (aspiración suprema de la Guerra de Independencia); cuando abrimos las puertas al capital extranjero, cuando empezamos a leer francés y a vestirnos a la moda de París y Londres y cuando nos decidimos a poner arreglo en nuestros asuntos religiosos de acuerdo con los intereses nacionales.

Este empeño de trastornar el orden social organizado en tres centurias, es lo que explica el desorden que se atribuye a Poinsett. Y admira cómo las cosas no llegaron a más, cuando entre los hombres que dirigían a los yorkinos había uno, don Lorenzo de Zavala, que fue capaz de concebir el reparto de tierras como un instrumento para dar fuerza a su partido: "los que conocen la influencia que he adquirido sobre la clase indígena—dice Zavala—; los que saben cuánto podría hacer hablando una sola palabra sobre distribución de tierras, me harán justicia sobre el resto de mi conducta política".

Los que ven en la Constitución Federal de 1824 uno de los obstáculos mayores para la integración de la nacionalidad mexicana, y quienes estiman que nuestro sistema constitucional, por haberse inspirado en la carta fundamental de los Estados Unidos, se inició con un fracaso, gratuitamente, y quizá hasta con mala fe, atribuyen a Poinsett la responsabilidad de haber orientado por ese sendero a nuestros legisladores.

En este caso, como en la mayor parte de los que se le lanzan, Poinsett no tuvo ninguna responsabili-

dad. Claro que si a Poinsett le hubieran pedido consejo, lo hubieran dado en ese sentido, pero no para hacernos un mal, pues él, como todos los hombres de su nación y de su época, veían, si se quiere equivocadamente, pero con absoluta sinceridad, que el sistema federal era la forma de gobierno más perfecta. Pero es el caso que Poinsett en esto no tuvo la menor influencia. Desde la caída de Iturbide hasta la promulgación del Acta Constitutiva, el problema constitucional preocupó todas las mentes, y esta preocupación trajo consigo un estudio asiduo de la Constitución de los Estados Unidos, como puede comprobarse examinando la bibliografía política de la época. No necesitamos explicar por qué las aficiones de los estudios se orientaron hacia el examen de la Constitución norteamericana. Fatalmente el prestigio del éxito nos seducía a los mexicanos hacia ella.

Si esto no bastara para comprobar que fue Poinsett muy lejano a que adoptáramos el sistema federal, poseemos una prueba documentaria que sirve para respaldar nuestras deducciones.

Esteban F. Austin, el organizador de la colonización de Texas, sujeto habilísimo, prudente, noble, amantísimo de México y de su prosperidad, radical por su ideología y sincero hasta lo infantil por temperamento, durante su primera estancia en la ciudad de México, al advertir el desorden mental que imperaba en la nación cuando se trataba de constituir, formó un proyecto en el cual conciliaba la Constitución de los Estados Unidos con la de España de 1812. Este proyecto, cuyo texto conocieron don Miguel Ramos Arizpe y Felipe de la Garza, sirvió al primero para formar su famosa Acta constitutiva, que se aprobó el día 3 de febrero de 1824.

Tampoco fue Poinsett responsable del decreto de expulsión de los españoles. Esta resolución que, juzgada a distancia, la calificamos de atroz por su crueldad y de perniciosa por sus consecuencias, fue el resultado del odio que envenenó la vida colonial por no sé que fatalidad. Cuando sabemos que el criollo, siempre, desde mediados del siglo *xvi*, sintió el encono más desnaturalizado por el español, y que, al correr del tiempo, ese encono fue tan grande que determinó en ciertos aspectos la Guerra de Independencia, ¿qué mucho que una vez consumada se haya decretado la

expulsión de quienes no sólo habían monopolizado la riqueza, sino que, imprudentemente, conspiraban contra la seguridad nacional? Adviértase, por otra parte, que los levantamientos revolucionarios que reclamaban la expulsión de los españoles se suscitaron en aquellos parajes en que la propiedad rural estaba en sus manos: en el Estado de México, en Cuautla, etc. El decreto de expulsión no maravilla tanto como que quienes empuñaron las armas para pedirlo no llegaran a mayores excesos.

Podría pensarse que Poinsett aplaudía la expulsión de los peninsulares porque de esta manera se desalojaba el capital español, como sucedió en efecto. Pero para que Poinsett deseara esto, se requería que el capital norteamericano hubiera estado ya dispuesto a invertirse en México, condición que no se presentaba entonces. La inversión del capital norteamericano no se inicia sino hasta después de 1876. Antes, las miras de los capitalistas yanquis se dirigieron a especular con los territorios de que fuimos despojados en 1848. Otro era el punto de vista de Inglaterra y aun de Francia. Estas dos naciones, inmediatamente después de la Independencia de México, invirtieron sus capitales en la minería y en el comercio de nuestro país. Promover la expulsión de los españoles y, por lo tanto, de sus capitales, era auxiliar a Inglaterra y a Francia para que se apoderaran, como en efecto se apoderaron, de los negocios abandonados. Un hombre como Poinsett no había de ser imprudente para apetecer semejante cosa.

Poinsett el "deus ex machina" que explica todos nuestros desastres y extravíos. El síndico del ayuntamiento de México, don Ramón Gamboa, en una exposición que publicó en 1829, hace a Poinsett responsable de todas las guerras civiles, de la destrucción de la marina nacional, del saqueo del Parián, del aniquilamiento de la agricultura, la ganadería e industria. "Acerquémonos a los sepulcros de tantos que han perecido en las últimas guerras interiores — dice Gamboa en tono patético— y preguntémosle a sus manes a quién debe su separación de esta vida. Una triste y lánguida voz nos contestará: 'A Poinsett'." Esto ya no puede tomarse en serio.

Veamos ahora si Poinsett, al desempeñar su gestión diplomática de acuerdo con las instrucciones que

le dio el Departamento de Estado de Washington, pudo conseguir sus pretensiones. La discusión de este aspecto de las actividades de Poinsett es la medida más adecuada para determinar la decantada influencia que se ejerció en nuestra política.

Henry Clay, Secretario de Estado de los Estados Unidos, concretó en los siguientes puntos las instrucciones que dio a Poinsett: primero, impedir que México auxilie la independencia de Cuba; segundo, concertar con México un tratado de comercio y otro de límites; tercero, conseguir la compra de Texas.

México aspiró a favorecer y aun a realizar la independencia de Cuba. Hasta llegó a desear su incorporación en la federación mexicana. México no consiguió ni lo uno ni lo otro. ¿Por qué?, ¿porque Poinsett se opuso? Aquí Poinsett no desempeña ningún papel. México no realizó su quimera porque su debilidad le impedía enfrentarse con los Estados Unidos. Si descartamos a los Estados Unidos, suponiendo que ellos no hubieran tenido un gran interés en hacer fracasar nuestros intentos, forzosamente hubiéramos tenido que tropezar con la oposición de Inglaterra, de Francia y hasta de Rusia.

Y en el tratado de comercio, ¿qué ventajas pudo arrancar Poinsett al gobierno mexicano? Ninguna. El gobierno de don Guadalupe Victoria siempre sostuvo el criterio de decidida protección a los países latinoamericanos. Vanos fueron también los esfuerzos de Poinsett por conseguir de nadie aquello que tan ahincadamente le pedía Clay que arreglase: la construcción de un camino internacional desde Missouri hasta Santa Fe de Nuevo México, primera manifestación del imperialismo mercantil de los Estados Unidos. Este negocio constantemente fue diferido en tanto que no se concertara el tratado de límites.

El tratado de límites fue el asunto diplomático que más molestias ocasionó a Poinsett. Su punto de vista personal siempre fue el de que los Estados Unidos habían de extenderse hasta el Rio Bravo. Ese mismo deseo alimentaba calladamente al principio y después de manera ostensible el Departamento de Estado de Washington.

Las pláticas se iniciaron a mediados de julio de 1825 y de acuerdo con las instrucciones que había recibido, Poinsett propuso la ratificación de lo esti-

pulado en el tratado Onís-Adams de 1819, aunque estimaba él que fuera preferible desechar ese tratado y trazar otra línea "más ventajosa". Alamán accedió, no por otra causa sino por la esperanza que tenía de que esta frontera "más ventajosa" lo fuera para México y no para los Estados Unidos.

Alamán y Poinsett procedían con muchos recelos recíprocos: ambos querían sacar ventajas. Este pretendía la apertura inmediata del camino de Missouri a Santa Fe de Nuevo México, de que arriba hemos hablado, a lo que Alamán reponía que era condición "sine qua non" para tratar de ello, el concierto previo del tratado de límites.

Lo que sucedió entre Alamán y Poinsett en estas conferencias preliminares no lo dice éste, pero sin duda algo debe haber pasado cuando consigna en su nota de 27 de julio de 1825, dirigida a Clay, los siguientes conceptos: "Me encuentro con que existen muchos recelos en la mente de la gente de este país, en el sentido de que el gobierno de los Estados Unidos pretende renovar sus pretensiones sobre el territorio situado al norte del Río Bravo del Norte, y sería de gran importancia tener en consideración su enorme susceptibilidad en este asunto." Y luego agrega en cifra: "Me parece que sería importante ganar tiempo si deseamos extender nuestros límites más allá de la línea estipulada en el tratado de 1819".

Las pretensiones de Poinsett se estrellaban con la oposición y aun con las ambiciones de Alamán, quién no sólo no estaba dispuesto a ceder en nada, sino que, por su parte, pretendía alejar más allá del Sabinas los límites de México, reviviendo de esta manera a las miras alimentadas por España antes de 1819.

Poinsett, en una nota muy extensa dirigida a Clay, atribuye a su personal influjo la salida de Alamán del ministerio. Esta nota principalmente se ha utilizado para comprobar con su texto el influjo del mismo Poinsett en nuestros asuntos nacionales.

Ahora bien, el sucesor de Alamán, don Pablo de la Llave, federalista y liberal, y por federalista y liberal merecedor, según ciertos historiadores, del calificativo instrumento de los intereses nortea-



mericanos, extrema aún más que Alamán su resistencia. El nuevo cismático, para sostener su punto de vista acerca de que la cesión de la Florida por España a los Estados Unidos, era nula, punto de vista que por lo radical no se puede menos de calificar de quimérico, llega hasta traer a cuento aquella famosa cédula de los reyes católicos en que bajo juramento se despojaron del derecho de enajenar en todo o en parte sus posesiones de Ultramar.

Quien sostenía semejante tesis no iba a permitir, por más simpatías personales que haya sentido por Poinsett, que México fuera a ser despojado de una sola pulgada del terreno que a la nación le asignaba el tratado Onís-Adams.

Poinsett firmó el tratado muy a pesar suyo y en realidad obligado por México, que no quiso otorgar su aprobación al de amistad y comercio a menos que el ministro norteamericano no firmase el de límites.

Por más que se sutilice, tampoco acierta uno a encontrar en ninguna parte el influjo de Poinsett en nuestros asuntos internacionales. Si en el tratado de límites no consiguió ninguna ventaja, es absurdo pretender descubrir en su negociación sobre la compra de Texas nada que pueda manchar la memoria de ninguno de los hombres que integraron las administraciones de Victoria y de Guerrero.

¿Cómo fue, pues, que se forjó la leyenda de Poinsett árbitro de la política nacional e internacional? La fuente hay que buscarla en la *Reseña histórica* de José María Torrel y Mendivil, enemigo personal de Poinsett, y en la preocupación con la cual se pretende explicar todos nuestros fenómenos sociales, atribuyéndolos a factores individuales.

Quizá la mejor prueba de que el influjo de Poinsett es tan sólo una manera fácil de explicarlo todo, la hallemos en el hecho de que ni el doctor don José María Luis Mora ni don Lucas Alamán mencionan jamás el nombre del ministro de los Estados Unidos como un factor decisivo en nuestros destinos nacionales.

Icono dilecto de la cultura política del México revolucionario, la doctrina mexicana de reconocimiento de gobiernos, llamada Doctrina Estrada por el jurista y diplomático paraguayo Juan José Soler en 1930, encuentra confrontada su condición histórica a la realidad concreta del mundo en los inicios del siglo XXI. A lo largo del siglo XX su enunciación recurrente desvirtuó su sentido específico y, en buena medida, terminó vaciándola de contenido real. Durante la fase del priismo apabullante, la Doctrina Estrada se utilizó para mantener a raya cualquier asomo crítico a la arbitrariedad del régimen en su acción interna. En meses recientes, políticos de diversas tendencias la han enarbolado para justificar sus filias y sus fobias, sin lograr distinguir que aun cuando está vinculada al principio de no intervención, los postulados atribuidos a Estrada no son un equivalente mimético. En eso haciendo, tirios y troyanos han contribuido a desvirtuar la aguda precisión de la Doctrina Estrada. Su campo específico, el reconocimiento de gobiernos, ha sido soslayado por el conjunto de nuestra clase política en beneficio de su interés particular y meramente coyuntural.

Esta funcionalidad icónica ha impedido reconocerla como un producto histórico surgido de circunstancias concretas y sujeto a codificaciones y descodificaciones específicas. La Doctrina Estrada es indisociable del orden posterior a la Primera Guerra Mundial y definido por los catorce Puntos de Wilson en 1917. En ese sentido, se inserta en el desarrollo de los procesos planetarios que a fines del siglo XX desembocaron en lo que la tradición francesa ha llamado "mundialización" y la anglosajona "globalización". En ese proceso, su acierto histórico y conceptual radicó en haber tenido como fundamento jurídico el de la continuidad de la personalidad internacional y su adecuación a una nascente coyuntura en la que la mera posibilidad del aislamiento de cualquier país, ponía en riesgo la integridad de las naciones excluidas del club de los poderosos.

De igual modo, la Doctrina Estrada dista de ser un chispazo de genialidad surgido de su mentor. Igual que el hombre político llamado Genaro Estrada, la doctrina que lleva su nombre debe mucho al efímero y poco estudiado régimen de Victoriano Huerta, en particular a las plumas de Carlos Pereyra, Antonio de la Peña y Reyes y Federico Gamboa. Valga como ejemplo del germen huertista de la Doctrina Estrada, la respuesta que en 1913, sobre la base de un documento escrito por Pereyra y de la Peña y Reyes, ofrece Federico Gamboa al enviado especial del presidente Wilson. En su respuesta el canciller Gamboa manifiesta refiriéndose al reconocimiento de su gobierno: "...pues las cosas que existen por sí mismas, no pueden ser susceptibles de reconocimiento."¹ Estrada habría de interceder para lograr el fin del exilio habanero de Gamboa y de la Peña y Reyes. Para el primero, Estrada recuperaría la cátedra de Literatura en la Escuela Nacional Preparatoria; al segundo lo acercaría como uno de sus colaboradores de confianza y a la postre lo nombraría Historiador en Jefe de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

En el mundo transnacionalizado del siglo XXI, el concepto de soberanía, en sí mismo un producto histórico sujeto a las determinantes de tiempo y espacio, no ha perdido vigencia, es verdad, pero es innegable que ha sufrido mutaciones definitivas. Hoy en día, contrariamente a lo que parecía ser el caso en 1930, la crítica extranjera sobre la capacidad legal de un régimen ha dejado de ser necesariamente atentatoria a la soberanía de una nación. No obstante, el espíritu de la Doctrina Estrada, la continuidad de la personalidad internacional como garantía para la existencia de un Estado, mantiene incommovible su vigencia. El reto de nuestra clase política es entenderlo.

Andrés Ordóñez*
La Habana, mayo de 2002.

* Poeta. Diplomático adscrito en la Embajada de México en Cuba
¹ *Diario Oficial de los Estados Unidos Mexicanos*, 50, tomo CXXVII, del 27 de agosto de 1913, p. 588.

LA DOCTRINA ESTRADA

Juan José Soler*

*El viernes 24 de octubre de 1930, el ministro de Paraguay, Juan José Soler, expuso ante el Instituto Americano de Derecho y Legislación Comparada, su opinión sobre la doctrina de México respecto a la actitud que debían seguir los gobiernos en relación con los *de facto*. Las conclusiones del señor Soler fueron aprobadas por los académicos del Instituto. *Universidad de México* publicó sus reflexiones en el número correspondiente a diciembre de 1930, tomo I, núm. 2.

Declaración de la Secretaría de Relaciones:

El señor don Genaro Estrada, secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores, celebró ayer a mediodía acuerdo ordinario con el señor presidente de la República, ingeniero don Pascual Ortiz Rubio. Entre los asuntos que el señor Estrada sometió a la consideración y a la aprobación, en su caso, del señor Presidente, figuró un documento, del que nos ocuparemos más adelante con toda amplitud, destinado a delinear la actitud que la Cancillería Mexicana asumirá en materia de "reconocimientos", tratándose de gobiernos llamados *de facto* en Derecho Internacional.

Tal documento, que en realidad es una declaración oficial del gobierno de México, hecha por la Secretaría de Relaciones Exteriores con aprobación del señor presidente de la República, contiene tres partes, igualmente importantes: una, que pudiéramos llamar expositiva, y dos que pudieran ser consideradas como resolutivas. Descomponiendo, en ese orden, el documento que ayer entregó por escrito a los periodistas nacionales y extranjeros el señor secretario de Relaciones, don Genaro Estrada, lo damos a conocer literalmente:

Con motivo de cambios de régimen ocurridos en algunos países de la América del Sur, el gobierno de México ha tenido necesidad, una vez más, de ejercitar la aplicación, por su parte, de la teoría llamada "reconocimiento" de gobiernos.

Es un hecho muy conocido el de que México ha sufrido como pocos países, hace algunos años, las consecuencias de esa doctrina, que deja al arbitrio de gobiernos extranjeros el pronunciarse sobre la legitimidad o ilegitimidad de otro régimen, produciéndose con este motivo situaciones en que la capacidad legal o el ascenso nacional de gobierno o autoridades parece supeditarse a la opinión de los extraños.

La doctrina de los llamados "reconocimientos" ha sido aplicada, a partir de la gran guerra, particularmente a naciones de este continente, sin que en muy conocidos casos de cambios de régimen en países de Europa, los gobiernos de las naciones hayan reconocido expresamente, por lo cual el sistema ha venido transformándose en una especialidad para las repúblicas latinoamericanas.

Después de un estudio muy atento sobre la materia, el gobierno de México ha transmitido instrucciones a sus ministros o encargados de negocios en los países afectados por las recientes crisis políticas, haciéndoles conocer que México no se pronuncia en el sentido de otorgar reconocimientos, porque considera que ésta es una práctica denigrante que, sobre herir la soberanía de otras naciones, coloca a éstas en el caso de que sus asuntos interiores puedan ser calificados, en cualquier sentido, por otros gobiernos, quienes de hecho asumen una actitud de crítica al decir, favorable o desfavorable, sobre la capacidad legal de regímenes extranjeros.

En consecuencia, el gobierno de México se limita a mantener o retirar, cuando lo crea procedente, a sus agentes diplomáticos y a continuar aceptando, cuando también lo considere procedente, a los similares agentes diplomáticos que las naciones respectivas tengan acreditados en México, sin calificar precipitadamente ni a posteriori, el derecho que tengan las naciones extranjeras para aceptar, man-

tener o sustituir a sus gobiernos o autoridades. Naturalmente, en cuanto a las formas habituales para acreditar y recibir agentes y canjear cartas autógrafas de jefes de Estado y cancillerías, continuará usando las mismas hasta ahora aceptadas por el Derecho internacional y el Derecho Diplomático.

La Doctrina Estrada

Ponencia del consejero del instituto, Excmo. señor doctor Juan José Soler, ministro de Paraguay, en la sesión de viernes 24.

El cumplimiento de un honroso encargo, me trae a este acto. El Instituto Americano de Derecho y Legisla-

ción Comparada, interesado en dilucidar las cuestiones de actualidad en la vida jurídica nacional e internacional, ha querido tratar en esta sesión pública la doctrina mexicana referente a la capacidad de los gobiernos llamados *de facto*, y me ha encomendado la tarea de la ponencia.

Voy a platicar, pues, no como ministro del Paraguay, sino como miembro del Instituto. No va a hablar el diplomático, sino el jurista que, haciendo honor al mandato expresado, os ofrece su aporte de buena voluntad, con todo el respeto a la opinión ajena, con toda la imparcialidad y el gran optimismo con que los hombres de estudio participan en la investigación científica.



El general Calles, el embajador de El Salvador y Genaro Estrada, secretario de Relaciones Exteriores, 1928. Acervo Histórico Diplomático

Las doctrinas hasta ahora conocidas en esta materia, giran en torno a estas dos: la *clásica* y la *moderna*.

La primera llamada también *europea* , por su origen, extrema las exigencias para este reconocimiento, tanto que en principio, puede considerársele contraria a él. Era el trasunto de las ideas legitimistas, de tanta influencia un tiempo en el viejo continente.

Un caso de gobierno interno era casi siempre un caso internacional. Cromwell, Napoleón, las actividades de la Santa Alianza, la candidatura Hohenzollern al trono de España, testimonian esas preocupaciones por los cambios de gobierno, y hasta de hombres, en la vida interna de los estados.

Pero, con el tiempo, la doctrina ha evolucionado hacia una mayor tolerancia. Golpes de Estado se han producido en varios países de Europa, durante los últimos diez años, sin una dislocación sensible en las relaciones diplomáticas. Desde el 7 de noviembre de 1917, fecha del golpe bolchevique, el reconocimiento de la Rusia de los soviets va prosperando, si bien con alternativas, acaso más por razones económicas que jurídicas.

La segunda doctrina, llamada también *americana* , por su origen, adopta un criterio más benévolo. Acepta en principio el reconocimiento, pero lo somete a exigencias de carácter político, *democrático* , a las cuales se han agregado más tarde otras de carácter *internacional* .

Su punto de partida son las declaraciones de Thomas Jefferson en 1793. Decía este insigne estadista:

Nosotros no podemos negar el derecho en que nuestro gobierno está fundado; que cada uno puede gobernarse por sí solo en la *forma en que quiera y cambiar dicha forma según su gusto* , poder tramitar sus negocios con las naciones extranjeras a cabo con cualquier factor que se crea conveniente, ya sea rey, convención, asamblea, comité, presidente o cualquiera otro que se escoja. La *voluntad de la nación* es lo único esencial que hay que considerar.

Desde entonces, la política de la gran nación americana, frente a los estados de Europa como de América, se ha encaminado a contemplar preferen-

temente en los gobiernos a reconocer, sus condiciones de estabilidad política y su aptitud para el cumplimiento de los compromisos internacionales. Su negativa al reconocimiento del gobierno húngaro en 1849, se basaba en la ausencia del primer requisito, así como se funda en la violación del segundo de estos extremos, su negativa al reconocimiento de la Rusia soviética.

Esta norma de conducta ha servido de pauta para este reconocimiento, a casi todos los países de nuestro continente.

Wilson, preocupado por la paz, que fue apostolado de su vida, creyó que para hacerla efectiva en el mundo y conjurar el peligro de la anarquía en América, había que supeditar el reconocimiento de los gobiernos *de facto* a la restauración del orden constitucional.

Discutida ampliamente la cuestión del reconocimiento por los publicistas, se buscó llevarla a un terreno más práctico, haciéndola estudiar por los estadistas y jurisconsultos. Constituyó una de las materias obligadas de todo proyecto de codificación del Derecho Internacional Público.

El proyecto de Pessoa, elaborado en 1910 para el primer congreso de Río, que fue creado por la tercera Conferencia Panamericana, se limita a hacer en varios artículos esta declaración general: "un estado pasajero de anarquía, las modificaciones de organización interna, no extinguen los derechos y obligaciones del Estado".

Pero la junta de jurisconsultos de 1927 creyó llegado el momento de reglamentar el reconocimiento de los gobiernos *de facto* , y fijó sus estatutos sobre estas bases: a) *Autoridad efectiva* , especialmente en lo que se refiere a *impuestos y servicio militar* b) *Capacidad* para cumplir las *obligaciones internacionales* preexistentes, contraer nuevas y respetar los deberes establecidos por el Derecho Internacional.

El espectáculo de la guerra civil, que es siempre impresionante e ingrato, inspiró al doctor Carlos R. Tobar una solución que se creía salvadora. Una intervención convenida, dice, no es propiamente una intervención. ¿Por qué no habían de unirse las repúblicas americanas, para negarse de consuno al

reconocimiento de los gobiernos *de facto*, interviniendo, siquiera mediata e indirectamente, en las disensiones internas? He aquí en esencia la tesis conocida en el Derecho Internacional con el nombre de "Doctrina Tobar".

La Doctrina parecía, en un principio, llamada a una gran prosperidad. Su autor la enunció en 1907, y el primer Congreso Científico Panamericano la incluyó en su programa para sus sesiones del año siguiente. Tobar la esbozó en el mes de marzo, y en el mes de diciembre del mismo año concluían los países centroamericanos un acuerdo destinado a ponerla en práctica.

La primera Conferencia de Washington sobre asuntos centroamericanos, clausurada el 20 de diciembre de 1907, dio nacimiento entre otras convenciones, a una, en que las repúblicas de Istmo se obligaban a no reconocer entre ellas un gobierno *de facto* "hasta que la representación del pueblo, libremente elegida, haya reorganizado el país en forma constitucional".

La segunda Conferencia, que duró del 4 de diciembre de 1922 al 7 de febrero de 1923, se propuso la negociación de ajustes destinados a hacer efectivas las disposiciones de los pactos anteriores.

Por el Tratado General de Paz y Amistad, se mantiene la referida prohibición de reconocimiento. La prohibición es tan severa, que en el caso de que el presidente electo en forma constitucional, fuere uno de los jefes del golpe de Estado o revolución, un pariente por consanguinidad o *afinidad* de uno de los jefes, o ministro en el gabinete dentro de los seis meses anteriores al *facto*, ese presidente ni su gobierno podrán ser reconocidos por los demás. Tampoco será reconocido en ningún caso, reza el convenio, el gobierno que surja de elecciones recaídas en un ciudadano inhabilitado expresamente por la Constitución para ser electo presidente, vicepresidente o designado.

El tratado estará en vigor hasta 1934, pero fuera de este caso *sui generis*, que acepta el acuerdo para el no reconocimiento, pero rechaza expresamente toda intervención, la Doctrina Tobar no ha tenido en América ninguna otra explicación.

Tal era el estado de la cuestión, cuando el 27 de septiembre próximo pasado, se dio a conocer la tesis mexicana.

II

Las doctrinas expuestas, como se ha visto, se basan en la necesidad de un *reconocimiento*, que puede ser expreso o tácito, conforme se ha establecido en el proyecto de Río de Janeiro, pero reconocimiento siempre.

Pues bien, la novedad de la doctrina mexicana consiste en que no cree necesaria una declaración de reconocimiento. Ni reconocimiento expreso ni reconocimiento tácito, si se toma este último en el concepto de una presunta legitimación del *facto* producido.

"El gobierno de México", dice el comunicado de la cancillería, "se limita a mantener o retirar, cuando lo crea procedente, a sus agentes diplomáticos, y a continuar aceptando, cuando también lo considere procedente, a los agentes diplomáticos extranjeros, sin calificar, precipitadamente ni a posteriori, el derecho de las naciones para aceptar, mantener o sustituir a sus gobiernos o autoridades."



Genaro Estrada, Dwight Morrow y otros embajadores, 1930. Acervo Histórico Diplomático. 581

Tampoco cree necesaria la petición de reconocimiento. Es excusado pedir lo que no debe ser otorgado.

"El gobierno de México", dice el comunicado de la cancillería, "no otorga reconocimientos, porque considera que ésta es una práctica denigrante, que sobre herir la soberanía de otras naciones, coloca a éstas en el caso de que sus asuntos interiores pueden ser calificados en cualquier sentido por otros gobiernos, quienes de hecho asumen una actitud de crítica al decidir, favorable o desfavorablemente, sobre la capacidad legal de regímenes extranjeros."

Ambas prácticas crean a los gobiernos, requeriente y requerido, situaciones a veces violentas y difíciles. Pero con la nueva tesis, ambas prácticas huelgan, desde el momento que el *facto* ocurrido no cancela la relación internacional, sino que la somete a una especie de reconducción tácita, sujeta en los hechos a una conformación o rectificación ulterior.



No se ha menester de un gran esfuerzo para comprobar que el primer fundamento jurídico de la nueva doctrina es la continuidad de la *personalidad internacional*.

Un Estado, una vez reconocido como tal, no puede, hasta que se extingue, sustraerse a la vida internacional. Y no puede hacerlo, tanto por sí mismo, cuanto por los deberes de conveniencia que ha contraído. A su vez, ningún otro Estado puede impedirle o dificultarle el cumplimiento de dichos deberes, bajo pretexto de un cambio de gobierno, esto es, por actos que son una expresión de su voluntad, el ejercicio de su derecho. Cualquier aislamiento provocado artificialmente, como lo es la negativa de un reconocimiento, repercute sobre países e individuos ajenos a la controversia, afecta la vida internacional, cuya complejidad económica exige cada día un mayor esfuerzo de cooperación y de solidaridad.

Otro principio básico de la nueva tesis es la igualdad jurídica de los *estados*.

La diferencia que hay entre el Estado y el individuo es que aquél no tiene infancia y, al nacer a la vida internacional, nace en plena mayoría. Me refiero a los estados soberanos, ajenos a mandatos, capitulaciones o restricciones orgánicas. Su capacidad de obrar es tan amplia como su capacidad de derecho, y cualquiera sea el proceso de su vida interna, ese proceso, por accidental, no puede alterar lo permanente, el estatuto de sus deberes y derechos preexistentes.

¿Que se ha operado un cambio de gobierno? ¿Que se ha producido un golpe de Estado? Bueno o malo el gobierno o el cambio operado, el juzgarle no competente a extraños, sino a los propios actores, interesados como ninguno en la restauración de la normalidad y dueños de darse las autoridades o el destino que les convenga.

Quien se califica es el propio actor, en sus comunicaciones a las cancillerías, que revelan su origen revolucionario, su carácter provisional. Y esta autocalificación, robustecida o debilitada por actos también propios, será para los gobiernos extranjeros, la determinante de su conducta diplomática, la medida de su confianza.

Planteada la cuestión del estatuto de los estados en la última Conferencia de La Habana, ella ha dado lugar a una controversia memorable, en que han hecho su profesión de fe todos o casi todos los países americanos. Todo hace pensar que este estatuto será el centro de gravedad de la próxima Conferencia, y que en torno de él se librará la gran batalla de nuestro Derecho Público Continental.

La igualdad jurídica nos lleva, lógicamente, a la igualdad de trato. Pero la teoría del reconocimiento será un estado de favor para el gobierno requerido. El gobierno afectado resulta un postulante que solicita un carta de idoneidad para sus propios actos, porque se ve de súbito sometido a una *capitis diminutio*. Los gobiernos no afectados, en cambio, se convierten en acreedores morales, sin quebrantos en su representación exterior y convencidos de su papel de maestros y de censores.

Producido un trastorno intestino en la vida de un Estado, lo que la nueva tesis busca es abrir frente a los acontecimientos una actitud expectante sin trazar a priori una línea de marcación entre el régimen pasado y el régimen presente. En otros términos, hacer que los demás gobiernos no sean censores sino observadores, que no sean acreedores sino cooperadores, que no sean maestros sino amigos benévolos, capaces de una ayuda, para restañar las heridas y mitigar las penas patrióticas que todo pueblo sufre en esas horas de tribulación nacional.

Para la nueva doctrina tampoco importa conceder a los gobiernos que, so pretexto de anomalías internas, desconozca sus obligaciones internacionales, una carta de indemnidad. Ni la coacción ni la impunidad. Tan absurdo sería un extremo como el otro.

Un memorándum a las cancillerías extranjeras, una franca interrupción de relaciones diplomáticas, el ejercicio de cualquiera de las defensas o de los arbitrios que autoriza el derecho, será o serán suficientes, en estos casos, para constreñir al gobierno *de facto* en un ambiente de desprestigio internacional, y hacerle reaccionar, *motu proprio*, contra su conducta.

Consulado de México en Londres, ca. 1930. Acervo Histórico Diplomático, SRE

III

Conocida la nueva doctrina en sus principios jurídicos, procede estudiarla en sus efectos, señalando sus ventajas doctrinales y prácticas.

Robustece el principio de no intervención. La violación de esta norma, que es a su vez un corolario de "la igualdad jurídica de los Estados", se produce, con frecuencia, con motivo de estos reconocimientos.

La verdad es que no resulta lógico exigir de un gobierno que tiene que hacer una declaración pública de reconocimiento, que lo haga sin examen propio. Y cuanto más detenido tenga que ser ese examen, mayor y más honda será la intromisión en la vida política del Estado afectado.

Alejar, legalmente, de la vida internacional ese motivo, importa, por tanto, contribuir a hacer efectiva la prohibición que nuestros jurisconsultos en Río de Janeiro establecieron de una manera terminante: "Ningún Estado puede intervenir en los negocios internos de otro."



Hace innecesaria la distinción de los tratadistas entre reconocimiento de un Estado y reconocimiento de un gobierno.

En el estado actual de la ciencia y de nuestras prácticas internacionales, dicha distinción se explica, diciendo que lo primero se refiere a la *personalidad internacional*, y lo segundo, a las relaciones *diplomáticas*.

Pero si se admite que ningún Estado puede calificar de bueno o malo al gobierno que el otro adopta, una vez que lo haya reconocido como Estado, las relaciones diplomáticas iniciadas con motivo de ese reconocimiento seguirán el curso que los acontecimientos les señalen. Serán motivos de interrupciones o de reanudaciones, cuantas veces lo exijan los intereses de cada Estado, sin necesidad de ir jalonado el camino, a cada cambio de gobierno, con declaraciones complementarias de capacidad.

Evita la cuestión, muy discutida, de saber si el reconocimiento de un nuevo gobierno es una *facultad* o una *obligación*.

La junta de jurisperitos de Río ha establecido la obligatoriedad del reconocimiento, pero dentro de ciertos requisitos que señala, sin estatuir quién debe autorizar su efectividad. Extraña obligación cuyo cumplimiento podrá ser eludido las veces que el Estado requerido se niegue a aceptar por perfeccionadas las condiciones de referencia.

Dentro del régimen del no reconocimiento expreso, la interrupción o reanudación de las relaciones diplomáticas no puede ser el servicio de una obligación, sino el ejercicio de una facultad concedida sin descuidar las exigencias del Derecho y de la convivencia internacional. En otros términos, se trata de un derecho, dentro de un círculo mayor, *obligatorio*, creado por un hecho propio, el reconocimiento anterior del Estado.

Evita los abusos del reconocimiento, pues dicho acto, desafortunadamente, no siempre se presenta en tiempo propicio. Son por demás conocidos los perjuicios que ocasiona a un país y a la economía internacional los reconocimientos diferidos o precoces. Pero también es un hecho notorio la apreciación discrepante que el mismo reconocimiento genera.

Para la Rusia soviética, el reconocimiento otorgado por Francia en 1920 del gobierno del general Wrangel, fue un reconocimiento prematuro, como lo es para México el reconocimiento del gobierno del general Huerta, lanzado por las potencias europeas, en oposición al criterio de los principales países americanos, como Estados Unidos, Argentina, Chile, Brasil, Cuba.

Tchicherine no dejaba de protestar en Génova, cuando la conferencia de 1922, contra las potencias que le ofrecían el reconocimiento del gobierno del sovieta a cambio de la aceptación de sus exigencias, fijadas con antelación en la Conferencia de Cannes.

Aceptada como innecesaria la práctica del reconocimiento expreso, desaparecen o se atenúan estas cuestiones, que en vez de enaltecer el acto a que se aplican, lo empequeñecen, materializándolo, debilitando su carácter jurídico.

Hace innecesaria toda distinción entre reconocimiento expreso y reconocimiento tácito, verbal y escrito, unilateral y bilateral, simples y condicionales, reconocimiento de *jure* y reconocimiento de *facto*.

Se trata de una flora de escasa utilidad surgida a propósito del reconocimiento de la Rusia soviética.

Francia, por el acuerdo franco-ruso del 20 de abril de 1920, la reconoció sólo como entidad *comercial* y técnica. El reconocimiento de Inglaterra, por el Acuerdo de 16 de marzo de 1921, fue de *facto* y *condicional*, tanto que en esa circunstancia se basaron los tribunales ingleses para negar a Krassine, agente oficial del gobierno de los soviets, la inmunidad diplomática judicial. El reconocimiento de Noruega, Suecia, Austria y Grecia, en 1924, se tiene como reconocimiento de *jure* y *unilateral*. En cambio, por el acuerdo italo-ruso del 7 de febrero de 1924, el reconocimiento resulta de *jure* y *recíproco*.

Publicistas muy autorizados se ocupan seriamente en averiguar si la diferencia entre reconocimiento de *facto* y reconocimiento de *jure* es una diferencia sustancial o meramente de grado. Por efecto de este alambicamiento se multiplican las clasificaciones, las sutilezas, que acusan en la doctrina del *reconocimiento*, un decadente escolasticismo.

Facilita la incorporación de los estados a los organismos de paz y de cooperación internacional.

Tanta es la importancia que se da a la teoría del *reconocimiento*, que se la ve incidir sobre la vida misma del Estado. Lo principal gobernado por lo secundario, tal sería el caso de un Estado que, por no tener un gobierno reconocido, se viera obligado a una ausencia forzosa de la Liga de las Naciones o de la Unión Panamericana.

Algo se ha hecho en los congresos panamericanos de Santiago y de La Habana. No es poco que los países americanos todos puedan concurrir a esos congresos y a la Unión, por *derecho propio*.

Pero había que dar un paso más para despejar todas las dificultades. Y eso es lo que traerá por secuela la doctrina que nos ocupa, al permitir en tales actos la representación de los Estados sin sujeción a un reconocimiento previo de gobierno, e independientemente de la relación diplomática que mantiene o deja de mantener con el país escogido para sede de esos organismos o congresos.

IV

Un acuerdo sobre el nombre que debe llevar esta doctrina, ofrece la ventaja de fijar conceptos y de facilitar su difusión. Todo lo que tienda a desempeñar su matiz político será en beneficio de su ciudadanía intelectual. Hay nombres que sin una violencia moral muy grande no pueden someterse a controversias o cambios de actitud, y toda inmutabilidad anticipada, cerrada a innovaciones, es contraria al espíritu evolutivo de la ciencia.

Llamarla Doctrina México, es como llamar a una tesis Doctrina Francia, Doctrina Paraguay o Doctrina Ecuador, expresiones poco usadas en el tecnicismo de la ciencia internacional. Más propiamente podría llamársela Doctrina mexicana, pero entonces sería de rigor el aditamento "sobre existencia o capacidad de los gobiernos *de facto*", cuidando de omitir la palabra reconocimiento, por ser la doctrina que nos ocupa contraria a esta idea.

Estanislao Zeballos, indiscutida autoridad en esta materia, desarrolló brillantemente una teoría de derecho privado humano, que se empeñó en llamar TEORÍA ARGENTINA. Pero sus empeños no han obte-

nido el éxito deseado. La nominación por gentilicios, aplicada a una doctrina, es un auxiliar estimable, pero difícilmente eclipsa el nombre de su expositor.

Dentro de esta corriente de ideas, podría llamarse a la tesis de referencia DOCTRINA ORTIZ RUBIO, tomando el nombre del ilustre presidente que rige los destinos del país. Le dan títulos para ello sus relevantes condiciones de estadista y de diplomático.



Pero ocurre que la doctrina no ha sido enunciada en un acto emanado directamente del Primer Magistrado. La doctrina llamada MONROE lleva el nombre del presidente americano, porque ella ha sido proclamada en un mensaje, el mensaje presidencial del 2 de diciembre de 1823.

Los catorce puntos que han servido de base para concertar la paz mundial y crear la Liga de las Naciones, se conoce en la ciencia con el nombre de Doctrina Wilson, porque fue este alto magistrado quien los esbozó en su histórico mensaje del 8 de enero de 1918.

Al igual del nombre del Presidente, se suele emplear también el nombre del ministro de Relaciones Exteriores o de su gestor diplomático, para caracterizar una doctrina.

Para no abundar en ejemplos, recuérdese el pacto *Briand Kellog*, los tratados *Bryan*, la Convención *Gondra*, la doctrina *Calvo*, la doctrina *Tobar*. Los Tobar, padre e hijo, han sido dos distinguidos diplomáticos ecuatorianos, habiendo llegado ambos a dirigir la Cancillería de su país.

Pero el caso típico es el de la *Doctrina Drago*.

El cobro compulsivo de las deudas públicas ha dado nacimiento a una memorable tesis, que se conoce con ese nombre en la ciencia internacional. No lleva el nombre del presidente, general Roca, que lo autorizó, sino el de su canciller, don Luis M. Drago, autor de la hermosa nota del 29 de diciembre de 1902.

Atento a los precedentes enunciados, pero respetando siempre la opinión de quienes creen que la tesis mexicana debe llamarse Doctrina México o Doctrina Ortiz Rubio, creo que es preferible llamarla *Doctrina Estrada*.

En esta última denominación van comprendidas las demás. Se entiende que la doctrina es de México, porque ella tiene una vieja y honda raigambre en su cancillería y mexicano es su autor. Y se comprende que es también una doctrina del presidente Ortiz Rubio, porque en todo acto oficial de la cancillería, va implícito el asentamiento del jefe de la nación.

Consulado de México en La Unión, El Salvador, ca. 1930.
Acervo Histórico Diplomático. SRE

V

No quiero dar fin a este trabajo sin antes destacar la oportunidad que rodea a la DOCTRINA ESTRADA.

Este año de 1930 es un año grávido de convulsiones políticas en América: el 2 de marzo se produjo un golpe de fuerza en la República Dominicana; el 15 de mayo, en Haití; el 27 de junio, en Bolivia; el 22 de agosto, en el Perú, y el 6 de septiembre, en la República Argentina.

Las caídas de Vásquez, de Borno, de Soles, de Leguía, de Irigoyen, significan la exaltación de otros tantos gobiernos de *facto*, que hacen de actualidad la materia que nos ocupa y proclaman la necesidad de someterla aun régimen legal o, por lo menos, de pensar en un principio de justicia que la regule.

Pues bien, la DOCTRINA ESTRADA es una solución que se agrega a las ya conocidas. Es una nueva orientación y una base de estudio para la ciencia y para los gobiernos. LA DOCTRINA ESTRADA nos ha hecho vivir una hora netamente americana y ha tenido la virtud de hermanar un pasado y un futuro: la tradición internacional de México con el ideal de libertad del continente.

Termino mi ponencia, señor Presidente, con esta preposición: Que la DOCTRINA ESTRADA sea también una doctrina del instituto, incorporada desde hoy a nuestro ideario y actividades.✻

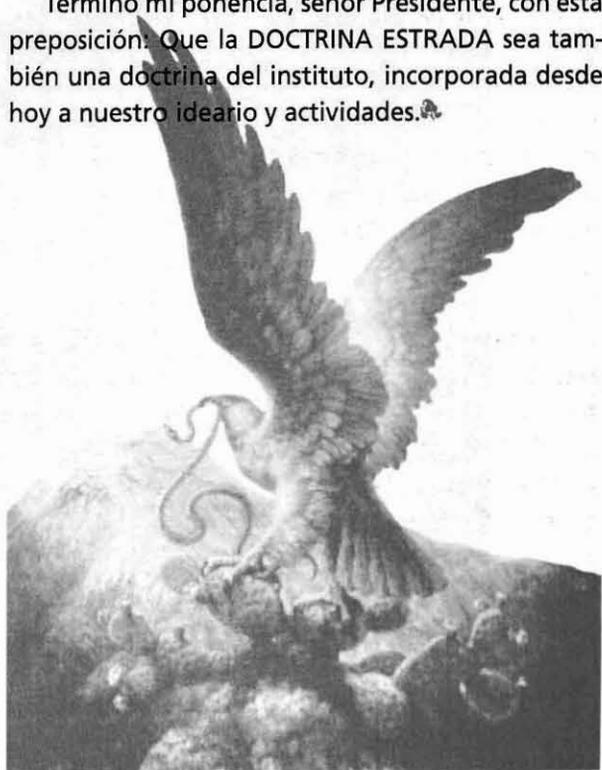




Foto Fondo: Diaz, Delgado y Garcia, 2008

SUFRIR

Alfonso Reyes*

Haré de mi corazón
un baluarte, una muralla,
para que tú te guarezcas
y vivas como abrigada.

Haré cuenta que perdí
lo que la vida me daba,
y cerraré a tentaciones
mis puertas y mis ventanas.

Compraré la dicha tuya
con la dicha que me falta;
ataré mis fantasías,
aherrojare mis ansias.

Que yo no sé andar en cieno
ni vivir pisando entrañas,
y entre todas las tristezas
escojo la de mi casa.

No será la vez primera
que deshago mi esperanza
y dejo secarse en mí
su rosa vistosa y vana.

Al cabo eres la nodriza
de mi amor, desde la infancia.
Tanto has penado conmigo
que te han nacido alas.

*La vida de Reyes (1889-1959) estuvo estrechamente ligada a los más importantes espacios y centros de creación nacional. Este poema, publicado en *Universidad: mensual de cultura popular*, agosto de 1937, tomo IV, núm. 19, lo escribió cuando se desempeñaba como embajador en Argentina.

Un lector mexicano de principios del siglo **xxi** sentirá un cierto vértigo ante los dos textos de Agustín Yáñez y José Vasconcelos: "Humanismo y filosofía en México" (1936) y "El progreso" (1937). Un verdadero abismo nos separa de las ideas que enuncian. Y sin embargo, ambos escritores expresaron, cada uno a su manera, las formas de pensamiento características del México de los albores de la etapa cardenista. Las intenciones unificadoras y reacias a la diversidad filosófica y cultural, en las que está empapado Agustín Yáñez han perdido vigencia. Empeñado en la consolidación de lo "nacional mexicano" –diferente a lo europeo y a lo indígena– se alegra de la derrota del positivismo francés y rechaza la intromisión del pragmatismo sajón. Se alarma ante una diversidad protegida por la libertad de cátedra, que mezcla la negación del alma, el psicologismo, el utilitarismo y otras escuelas en un inestable conjunto desorientador. Yáñez está obsesionado por la unificación. Vasconcelos también se inquietó por la unidad nacional, y se obsesiona por la idea de la semilla. El progreso radica en ese grano a partir del cual se desarrollará el futuro. Las sociedades, cree Vasconcelos, pueden escapar de la decadencia si logran conservar, así sea en forma latente, los gérmenes cristianos regeneradores. En contraste, la regeneración para Yáñez consiste en la promoción de una "revolución nacional" encaminada a fortalecer la integridad de nuestra "fisionomía cultural". A ninguno de los dos les agradan la influencia anglosajona ni los ímpetus capitalistas que vienen del norte. La mirada conservadora de Vasconcelos cree advertir en el futuro la caída del capitalismo, pero está convencido de que sobrevivirá la vieja moral. Yáñez quería lanzar en el crisol nacional a todos los hombres inútiles para fundirlos y lograr con ello una mejor humanidad. Hoy podemos comprender que ambos quedaron atrapados en su tiempo: la vieja moral fue derrotada y el crisol patriótico ha quedado arrumbado.

Roger Bartra*

* Antropólogo. Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM



HUMANISMO Y FILOSOFÍA EN MÉXICO

Agustín Yáñez*

Humanismo y filosofía son dos conceptos esenciales en la trayectoria espiritual de México, aun cuando alguna vez sean tan sólo palabras apuntadas hacia una intención inactual, fórmulas sin contenido, recuerdos o deseos, así y todo, fueron y son esos conceptos el índice que marca rutas exactas al espíritu nacional, el cual es como es y como fue hecho, cuyo genio y figura no puede mudarse sin consentir en la renuncia de su ser, en el trueque por otro espíritu, en la desvinculación de este peculiar organismo que se nos da como nación aquí y ahora, con tradición y destino específicos.

Porque lo nacional mexicano no es lo indígena, ni lo europeo, ni menos aún, dentro de lo europeo, lo inglés utilitarista ni sus derivaciones al activismo y la especialización angloamericanos que, en nuestras crisis de filisteísmo, en las más dolorosas etapas de nuestra evolución, hemos querido adaptar ciega e ilusionadamente. (Se rozan estas ideas con las exposiciones de Alfonso Reyes: *Discurso por Virgilio. Homenaje de México al poeta Virgilio...* 1931, p. 385); Samuel Ramos: *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, 1934; José Vasconcelos: *De Robinson a Odiseo-pedagogía estructuralista*, Madrid, 1935).

Cuando, derrotado el positivismo, estamos siendo víctimas de un nuevo asedio por el pragmatismo sajón, interesado en desfigurar la fisonomía mexicana con golpes directos a la frente y al perfil

*Obtuvo su maestría en Filosofía por la UNAM en 1951. Se desempeñó como profesor en la preparatoria de la Universidad de Guadalajara, en la Escuela Nacional Preparatoria y en la UNAM. Asimismo fue director de radio de la SEP y coordinador de Humanidades en la máxima casa de estudios. Gobernador de Jalisco (1953-1959), subsecretario de la Presidencia (1962-1964), secretario de Educación Pública (1964-1970). Miembro de El Colegio Nacional y de la Academia Mexicana de la Lengua, y en 1973 recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes. *Universidad: mensual de cultura popular*, julio de 1936, tomo I, núm. 6.

de nuestra educación (gestión y rastro de Moisés Sáenz a su paso por el Ministerio de Educación Pública), habrá de defendernos la renovación profunda y maciza de nuestras escuelas por el humanismo y la filosofía. Y ha de ser la Universidad el adelantado en esta marcha contra especialismo y pragmatismo.

Pero tal renovación exige energía en el obrar y autenticidad en el contenido de los conceptos, porque como ya se apuntó líneas arriba, a nuestro humanismo le ha faltado la más honda y urgente significación, ni nuestra filosofía ha sabido abrir anchurosamente el campo de sus actividades espirituales: filosofía de contrasentido y paradoja por sus limitaciones.

La estrechez de miras de un humanismo que señorea buena porción de la enseñanza mexicana, queda expresada por D. Mariano Cuevas en su discurso "Orígenes del Humanismo en México": "Humanista: es un hombre dedicado a las letras humanas... Por ser objeto de las humanidades las letras y no las ciencias, se excluyeron las ciencias naturales, las ciencias exactas, las jurídicas del campo específico de los humanistas... El humanista es el hombre que da una manera disciplinada (no por brotes primarios) cultiva las letras e ilustración humana. Como empero las galas del bien decir suponen materia sobre la cual ha de versar lo estudiado o ilustrado, el humanista aplica sus

letras, su buen gusto, su 'chispa' ya a la crítica, ya a ciencias exactas, ya a las que podemos llamar más propia de él, que son la historia, la filosofía y la psicología" (pp. 16-17).

Con toda precisión se restringe el humanismo al campo de las letras; pero en la realidad esta corriente limita todavía más el concepto humanista, proscribiendo la *opera omnia* de ciertos autores (Aristóteles, Petronio, Apuleyo, para no citar sino nombres greco-romanos), y ejercitando expurgación sobre casi todos los ingenios humanos con cuyo escogido fruto se organizan "selectas" para uso de las escuelas, en donde el estudiante ni ha conocido en realidad la obra de los clásicos, ni, por lo común, ha concebido afición para ir por sí solo a las amplias fuentes en donde con un rápido baño fueron tocadas las pastillas homeopáticas que ha probado en sus cursos de humanidades. A últimas cuentas el estudiante no sólo no ha cursado humanidades, sino que su conciencia, y sobre todo su subconciencia (elemento psicológico cuya importancia vital cada vez se advierte mejor) han sufrido falsificación y estrechamiento por las manipulaciones de sus directores. Aun cuando no se llegara a este extremo, la limitación literaria del humanismo bastará por sí misma para acreditar de manca e insuficiente la cultura de un hombre; de aquí la nulidad, ya tradicional en nuestro país y caracterizada cumplidamente en el Periquillo de Fernández de Lizardi, del seminarista que "destripa" al acabar el ciclo de humanidades, y esto por lo ralo de los programas que fuera del latín y algo de gramática castellana, si acaso incluyen elementalísimas nociones de historia, geografía, matemáticas, etc., pero con carácter de asignaturas secundarias. (Véase los programas correspondientes a diversas épocas en la obra "Historia del Seminario Conciliar de México", por el Pbro. Pedro J. Sánchez). Claro que esta pobreza del ciclo de humanidades obedece, en general, a la escasa

preparación de quienes, por lo común venidos de provincia, de aldeas, ingresan a los seminarios; problema que en otro lugar estudiamos detenidamente al examinar la influencia del resentimiento en la historia y destino de la educación mexicana. Cabe aquí únicamente apuntar cómo la denominación de humanidades, referida a los estudios gramaticales, con exclusión del ciclo filosófico tan importante en la organización de aquellos institutos, me parece inadecuada, pues no hay nada que llene de sentido al humanismo como las disciplinas filosóficas; si los "destripados" del primer ciclo arrastraron siempre la miseria típica de Perico Sarmiento, bien diverso fue el destino de quienes abandonaron el seminario al terminar los estudios de filosofía con los cuales propiamente acababa el bachillerato: nuestra historia del siglo XIX está llena de nombres ilustres con aquella ascendencia, tanto más generalizada cuanto eran los seminarios las instituciones únicas que ofrecían los estudios preparatorios, indispensables para abrazar una carrera "liberal". Más adelante será objeto directo de una mención,

la enseñanza de la filosofía en los seminarios, cuya importancia ha sido considerable en la historia cultural de nuestro país.

Resueltamente nos pronunciamos contra el humanismo restringido a las estrechas dimensiones de la gramática y la literatura. Humanismo —estudio de humanidades—, en síntesis última, ha de ser la comprensión y la participación activa del espíritu de todos los hombres valiosos, principalmente de aquellos que surgieron dentro de la cultura de occidente que nos es esencial. El concepto de humanismo, por lo tanto, apareja los sentimientos de cordialidad, simpatía, amplitud, inquietud, actividad. El humanista ha de hacer suyos el espíritu y las experiencias de los hombres creadores de valores; para ello, primeramente, ha de buscarlos, ungiendo su premura en el óleo de la simpatía; luego ha de entenderlos,



amarlos y seguirlos con fervor renovado. Simbiosis constante y consciente, como quiere Troeltsche. Biología de la tradición, según define Curtius.

De esta manera, estudiar humanidades no es aprender mecánicamente y con artificios que suplan a un entrañable interés, este o el otro idioma, claves de valiosas porciones de la humanidad; ni es tampoco acercarse con tiento y reserva a este y aquel espíritu, salvando cotos en sus obras y aceptándolas con parcial efusión; ni menos aun seleccionar disciplinas y experiencias para servirnos de algunas y desdeñar otras.

El humanismo es algo integral: por esto choca con su concepto el método exclusivamente analítico y especialista que llevado en nuestros días al terreno pedagógico, se traduce en el activismo de Dawey. Por el contrario, el humanismo exige la agilidad y el vigor de la síntesis que es cifra de la verdadera inteligencia; quien no posea este don, en vano estudiará humanidades.

Asimilación de los mejores espíritus, el humanismo no puede ser pasiva proyección sobre el pasado, sino re-creación, re-animación de lo que fue. El humanista re-vive en sí, conforme a su moderna circunstancia, pensamientos, sentimientos y fórmulas de un pretérito ejemplar; luego el humanista ha de ser hombre alerta, disparado en incesante actividad hacia la aprehensión de los valores que su simpatía intuye.

Y llegamos de este modo a la verdad suprema del humanismo; poco vale en él la letra y todo el espíritu. Es falso, en consecuencia, el humanismo que se aferra a la letra y de ella hace inextricable dogma, con desprecio absoluto de su espíritu: humanismo interesado, sin agilidad ni actualidad, es incapaz de re-vivir, de re-crear; quédese en la cripta de una muerta erudición sin destino ni posibilidades apreciables.

Entre el puro erudito y el real humanista, media la distancia que entre un esqueleto de fosa común y el magnífico corredor que anunció –en casi un vue-

lo–, el triunfo de Salamina; idéntica distancia que entre una ruda piedra de molino y la piedra hecha vida en la Victoria de Samotracia.

Semejante amplitud requiérese, asimismo, en los estudios filosóficos. Si cultura es alma, la filosofía es el alma de la cultura. Por desgracia la enseñanza de las disciplinas filosóficas en nuestras escuelas ha adolecido de inveterados defectos: o se trata de imposiciones sistemáticas absolutamente cerradas, o de un caos de ideas contradictorias, con solución de continuidad, abstrusas y frívolas,

insensatamente eclécticas. El primero es el sistema de enseñanza de los seminarios, patrón y única filosofía escolar durante muchos años: el pensamiento ajeno a la escolástica se trata fragmentariamente según va conviniendo a la apologética de las tesis propias; la discusión se entabla sobre prejuicios, sin que las doctrinas y los pensadores adversos sean previo objeto de exposiciones desinteresadas: exposición y crítica se resuelven implacablemente y por lo común la crítica precede a la exposición mutilada de los heterodoxos. (Véase, entre otras muchas, las alegaciones en pro,

del Obispo de Michoacán, don Clemente de Jesús Munguía, en la "primera serie" de sus *Obras Diversas*, y del Obispo de León, don Emeterio Valverde y Téllez, en sus diversos tratados sobre la historia de la Filosofía en México; y en contra pueden consultarse *La filosofía en la Nueva España, o sea disertación sobre el atraso de la Nueva España en las Ciencias Filosóficas, precedida de dos documentos*. Escrita en Lagos, por Agustín Rivera... 1885, y el *Ensayo histórico de las revoluciones de México*, por don Lorenzo de Zavala, tomo II, Cap. 9).

El segundo sistema que por lo común es el adoptado en las instituciones laicas, añade a los defectos señalados antes, sus constantes fluctuaciones y modificaciones, porque está siempre atento a las fluctuaciones y modificaciones continuas en el orden



político que demandan la bandera de un criterio filosófico; en el lapso de la carrera de un estudiante los planes y programas de estudios se modifican infinitas veces, de acuerdo con las exigencias políticas o simplemente con el gusto o capricho de los gobiernos: es raro que el primer acto de una autoridad escolar, que en México se muda por lo menos anualmente o antes si hay oportunidad, no sea el cambio de planes o programas; así un estudiante que comenzó a orientarse por el camino de un agudo psicologismo, a mitad de sus estudios, sin transición ni juicio suficiente, se enreda en las mallas de una nueva posición filosófica. Otra circunstancia agrava el daño de esta inestabilidad: el carácter episódico, discontinuo, de las enseñanzas filosóficas así de la materia como en el método; cuando, por ventura, algún instituto escapa de la heteronomía política, quédale el resabio de la discontinuidad en el conjunto de las disciplinas filosóficas que profesa; este aspecto de la cuestión se complica con un mal entendido de la libertad de cátedra, a saber, la ilimitación casi absoluta en que se deja a los profesores aun para determinar las grandes líneas de sus programas y el método de la enseñanza, que al fin resulta anárquica; en esta cátedra de psicología el alumno presencia el episodio de la negación del alma y del determinismo; más tarde, en la clase de ética, el alma goza de plena salud y el libre albedrío desempeña el papel de mayor importancia; en aquella clase la psicología es la clave del edificio filosófico, y luego, en esta otra clase de lógica, un secuaz de Husserl sostiene la memorable batida contra la intromisión psicologista y restaura el ordenamiento de la Escuela; en este curso de ética se examina con detenimiento el episodio de la libertad o el del utilitarismo, pero sin resolver todos los cabos, sin contraer el compromiso de una posición personal o aun recayendo en la conjuración del silencio contra los argumentos adversos a las ideas expuestas, se salta al estudio de



otros temas cuya conexión con el anterior no aparece clara a los alumnos; para salvar los inconvenientes apuntados, este maestro organiza un estudio total, panorámico, donde el discípulo aprenda el cruzadísimo mapa del pensamiento filosófico y sepa atenerse a esta orientación de conjunto cuando oiga tesis contradictorias, pero las proporciones que de ordinario tienen estos estudios dentro de la economía general de los institutos, dificulta la resolución favorable de la línea de sucesión sistemática de una idea, y estos cursos sufren el deplorable destino de

casí todos los cursos de las escuelas mexicanas: se quedan a medio desarrollar o se reducen a una retahíla, sin sentido, de nombres, y a una confusión de ideas disímiles e incomprensibles.

La falta de estudios preparatorios sistemáticos, de carácter sintético, pero completos, hace de todo punto inútiles y aun perjudiciales los cursos monográficos que se sustentan en las escuelas superiores.

La raíz de estas circunstancias tiene arraigo profundo, como que procede de que a su vez, los actuales profesores, fueron víctimas de tal desorganización; la di-

versa procedencia espiritual, y en muchos casos el autodidactismo aceptado como un recurso heroico contra las antítesis circundantes, prolongan sobre el presente, los yerros del pasado.

Toca, por todo ello, a la Universidad, y muy especialmente a su organismo céntrico, la Facultad de Filosofía y Artes, promover la renovación nacional de estas disciplinas; si ella no organiza con un profundo sentido de *uni-versalidad* (unidad de toda variedad), las tendencias dispersas y, como hemos visto, urgentes para la integridad de nuestra fisonomía cultural, el mal de las escuelas de México se multiplicará, pues, en todo el país se habrá perdido el vigor humanista y la filosofía de los ciudadanos será tan borrosa, que precisará llamar al Fundidor que en el "Peer Gynt", de Ibsen busca a los hombres inútiles para echarlos en el crisol de donde saldrá una mejor humanidad.²⁸

ELEGÍA DÉLFICA

Carlos Pellicer*

Apolo ha muerto.
Desnuda todas las cosas de la tierra y del mar.
Desnuda la nube hasta entonarla en lluvia,
y el aire de su impalpabilidad.

Los automóviles pasan melancólicos.
Y en la mecánica del tiempo
las poleas elegantizan los ángulos del taller
con una nueva elegancia por el dios desierto.

Apolo ha muerto.
Haced salir la Aurora a medianoche
seguida del divino Quetzalcóatl.
Abrid la tierra y echad las esmeraldas y las voces.

La velocidad camina paso a paso.
La orquesta del mundo ha olvidado sus partituras.
El pulso se adelanta —¿reloj de conspiradores?—
Los Príncipes ayunan, las llaves se herrumbran.

Apolo ha muerto.
Verted el vino sobre el mar inmóvil.
Cerrad el libro del otoño.
Partid con la noticia hacia la Dóride.

El bosque negro se adelgaza.
Brilla la Muerte en el horizonte.
Crecen, largamente, las pausas.
¡Apolo ha muerto! Cubrid las Liras-hombres
con la Noche desnuda que al pie de la Aurora, danza.

Delfos, 1929.

*Poeta tabasqueño (1897-1977) ligado a varias empresas culturales. Junto con otros intelectuales formó el Grupo Solidario del Movimiento Obrero. En 1953 ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua y en 1964 obtuvo el Premio Nacional de Ciencias y Artes. Este poema apareció en *Universidad: mensual de cultura popular*, enero de 1937, tomo III, núm. 12.

EL PROGRESO

José Vasconcelos*

Hay en la intuición del progreso un profundo instinto vital anterior a la zoología y que se manifiesta en el grano, cuyo desarrollo hacia adelante no sabe lo que serán las hojas y el fruto. En esencia, progreso es consumación de proceso y en ello reside su fuerza y su certidumbre. Pero se cae en el error o por lo menos en la duda, en el instante en que se generaliza la idea del progreso y se le supone indefinido y continuo. Pues la naturaleza, lejos de revelarnos la continuidad de sus procesos, nos los muestra alternados, combinados en ciclos cerrados, repartidos en especies y etapas.

En la teoría providencialista de la historia—Bossuet y Daniel—se revela el elemento de indeterminación que la ciencia moderna vuelve a reconocer en la naturaleza. La idea del progreso continuo, aplicado al desarrollo social, es una consecuencia de los falsos conceptos científicos del Renacimiento y el materialismo posterior. Vico supone el progreso indefinido cuando afirma su tesis de los tres periodos de la civilización: el salvajismo dominado por la sensibilidad sin inteligencia; la barbarie en que predomina la imaginación y produce genios como Homero y el Dante, y por último, la civilización que produce, con el concepto de la ciencia, la idea de que el Estado ha de gobernarse por leyes. Lo que condujo a Vico a declarar que el Imperio Romano

*En 1909 presidió el Ateneo de la Juventud. Fue agente de Madero en Washington y agente confidencial de Carranza en Inglaterra y Francia. Por apoyar el Plan de Agua Prieta, De la Huerta lo nombró jefe del Departamento Universitario y de Bellas Artes. A él se debe tanto el lema como el escudo de la UNAM. Fue titular de la SEP y editor de la revista *La Antorcha*, cuya primera época la hizo exiliado en París y Madrid. A su regreso al país se lanzó como candidato presidencial por el Partido Nacional Antirreeleccionista en 1929. Su derrota e infructuoso llamado a las armas le obligó a exiliarse de nueva cuenta en París. Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y fundador de El Colegio Nacional. “El progreso” se publicó en *Universidad: mensual de cultura popular*, septiembre de 1937, tomo IV, núm. 20.

era el modelo de la civilización. En la decadencia de éste la barbarie reemplazó a la civilización, y del caos volvieron a nacer, la poesía y el pensamiento. Y cosa análoga ocurriría en la política; la barbarie engendra jefes que se convierten en aristocracia; la tiranía y el exclusivismo provocan la revolución, de la cual nace la democracia. Se ve destruida ésta cuando baja el nivel de los jefes y sobreviene el desorden, con lo que se retorna a la barbarie. En cierto modo, cae Vico en la doctrina de los ciclos más bien que en la idea del progreso indefinido. Por su parte Voltaire, que no tenía otra ocupación que el anticlericalismo y era incapaz de pensamiento filosófico universal y coordinado, imaginaba que en vez de la providencia era el azar el dueño de los acontecimientos. Y fue Condorcet, el enciclopedista y precursor del materialismo de pretensiones científicas, quién generalizó y volvió abstracto, creó el mito del progreso indefinido, nada más porque sí, y por el simple transcurso del acontecer en el tiempo.

A partir de Condorcet y coincidiendo con la boga de la filosofía materialista científica, la idea del progreso toma formas diversas. Montesquieu atiende a las causas secundarias de la historia, como las costumbres, el clima, la raza, la geografía; Carlyle atribuye el progreso a la acción de los grandes hombres, los héroes, y Buckle fija la atención en los efec-

tos del saber humano acumulado; Ratzel insiste en la influencia predominante del medio geográfico; Ostwald identifica la civilización con el desarrollo de la técnica y Gobineau adopta la tesis de la raza como factor decisivo del éxito de las naciones. El tema de Comte: "era religiosa, era metafísica y era materialista" lo invierto yo poniendo al principio en la zona salvaje, el sensualismo ilimitado que halla aún a Dios, en la piedra y en el Tótem; la era racional que es la de los Estados organizados conforme a las leyes, y en general la civilización y la era estética que crea la cultura y ve nacer los grandes artistas, los filósofos, los grandes visionarios y creadores, definidores de la religión.

¿Quién tiene razón? Todos y ninguno. Cada pensador mira un aspecto de la verdad, y cada uno encuentra hechos en qué fundar su hallazgo. No hay nada más plegadizo y abundante que los hechos. Por eso lo más importante y lo decisivo en cada ciencia es el criterio. Y la verdad total sólo se daría a un criterio, no sólo amplio y vastísimo, sino también organizado, no según los cuadros de la inteligencia, sino conforme a los ritmos de la vida. En definitiva, el criterio que llamamos hoy estético y no es otro que el viejo criterio que ha creado los mitos, la filosofía y las religiones.

El filósofo francés Tarde, habló de tres factores: genio, momento, medio. Siendo éstos rara vez coin-



Foto: Fondo Díaz, Delgado y García, AGN

cidentes, no puede el progreso ser continuo. La aparición del genio es casual y cada vez la multitud de los mediocres, se interpone entre el genio y los humildes, y lo que debía ser progreso se queda en categoría de sueño. Una de las más peligrosas seducciones del materialismo seudocientífico es la que hizo creer a las masas en la posibilidad de su mejoramiento por simple acción colectiva, dirigida por uno cualquiera de ellos, con exclusión de los mejores. Privada de cabezas, la multitud ha caído en la servidumbre y la desilusión, después de los ensayos y las hecatombes, y hoy, el pensador se pregunta si tiene razón, por encima de los soñadores del progreso indefinido, la autoridad de Aristóteles, que junto con la mayoría de los griegos, sostuvo que: "las artes y las ciencias se han inventado y perdido un sin número de veces". El libro de Spengler, que comprueba esto mismo, en más de un millar de páginas brillantes, pesa hoy como un anatema sobre la conciencia de las naciones. Toda cultura, afirma Spengler, pasa por los tres periodos inevitables de infancia, madurez y decadencia. La tesis indicada hace extensiva a la sociedad, las fatalidades del individuo biológico y las especies. Considerando que hoy todos los procesos se ven acelerados, el ciclo triple de cada pueblo debería cerrarse, rápidamente,

de ser exacta la hipótesis. En el caso de los Estados Unidos, vemos cumplirse los tres periodos con rapidez singular. Pero todavía está por ver si de la actual crisis moral y económica, esta nación, que conserva latentes todos sus gérmenes cristianos, sale renovada o se condena. Lo más probable es que le ocurra lo que a Francia y a Inglaterra, a España y Alemania, y a la misma Italia, lo que ocurre a todas las naciones cristianas desde que se formaron, o sea que periódicamente la fuerza moral que en ellas guarda el espíritu, permite avatares y saltos, que no son el efecto de una acumulación del saber, como suponía Buckle, sino de la semilla eterna que reside en la observancia del Evangelio. La ley del progreso es, ya lo apunté en mi *Ética*, que las naciones suben o bajan en su trayectoria histórica, según que se apegan o se alejan de la moral revelada. Se disolvieron las naciones de la antigüedad, sin dejar sucesión, porque les hizo falta el agua de vida del espíritu; sus civilizaciones estaban subordinadas al factor material, y éste no resucita, se precipita en el descenso hacia el caos originario y nada más. Así se producen las ruinas que no se levantan, como las del Imperio Romano o las de la China de los Tang. La sociedad cristiana, en cambio, es una sucesión de primaveras; la Italia del Cuatrocento, la Italia del

Foto: Fondo Díaz, Delgado y García, AGN



Renacimiento; la Italia del Risorgimento; la Italia contemporánea, y desde casi dos mil años eso mismo pueden decir Francia e Inglaterra y España.

En los Estados Unidos ya se hace sentir la reacción hacia los viejos valores de la familia, propiedad individual y libertad política. Lo que por supuesto no significa que van a volver a dominar los trusts o a mandar los banqueros. Al contrario, una sociedad sin banqueros, porque el crédito será función del Estado, llegará más pronto a la pureza de costumbres y a la libertad. Veremos la caída del capitalismo, pero no la caída de la vieja moral. En todo caso, el capitalismo corrompió el hogar, no lo fundó, y no tiene derecho ahora de gritar al lobo, si el lobo de las reivindicaciones sabe tener cabeza y no se lanza como en Rusia contra las conquistas esenciales de la cultura. La verdadera revolución contemporánea será la que reforme la economía, la adapte a las necesidades nuevas, a la vez que ponga camisa de fuerza a los agitadores profesionales.

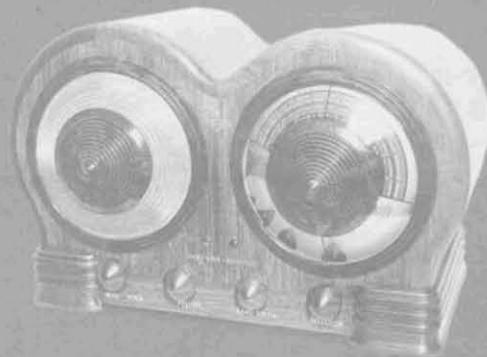
No existe el progreso ciego, la acumulación de cantidades que imaginaba el autor del *Esquisse d'un Tableau des Progres de L'Esprit*.

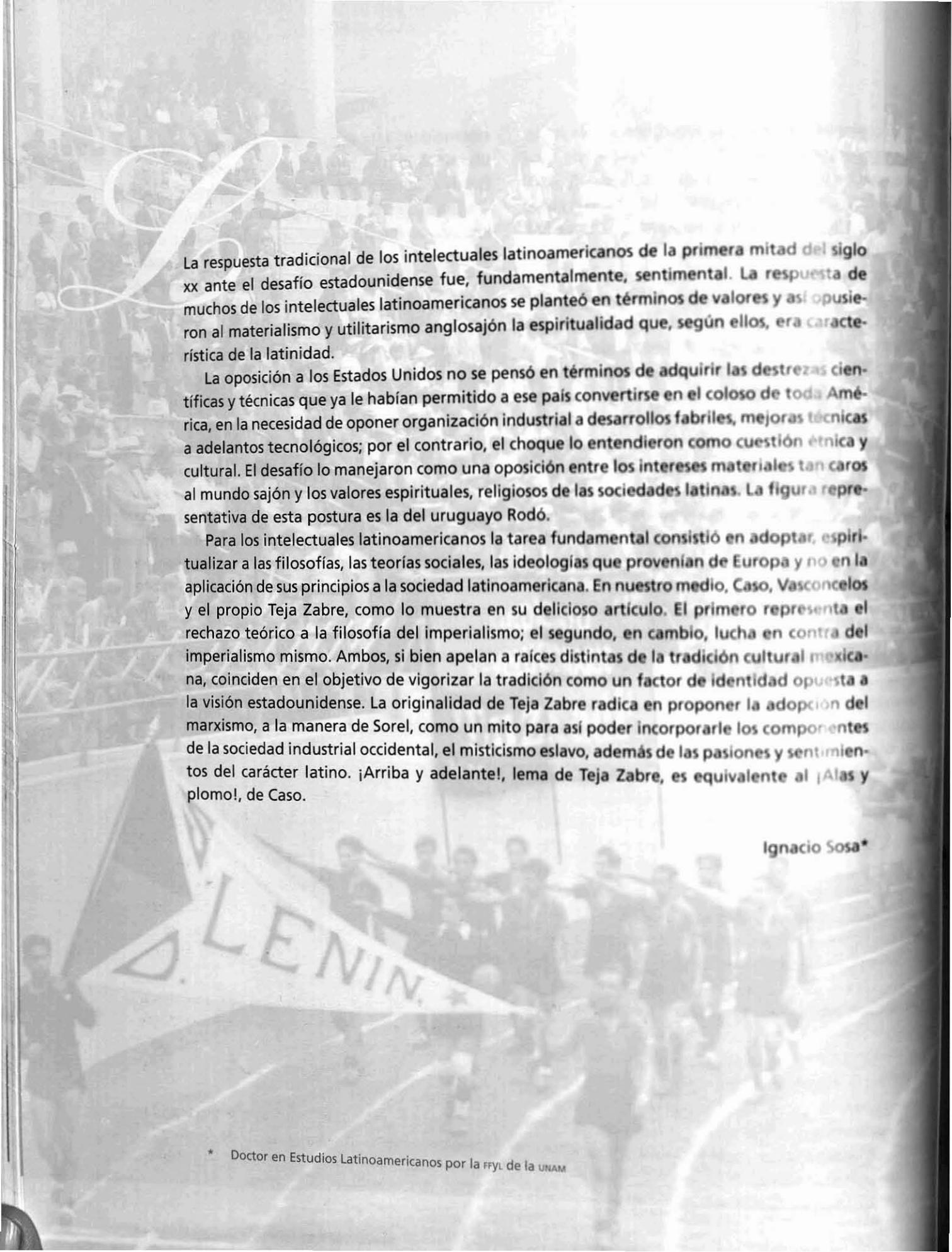
El futuro llegará vacío a manos de las generaciones venideras, si no sabemos colmar el presente de gérmenes. Abandonados a sí mismos los sucesos, no saben sino desmerecer. La perduración es obra de un afán constante, y la superación requiere el esfuerzo extraordinario periódico. Y esto es el genio, encarnación del milagro de las súbitas, poderosas y apasionadas exaltaciones de uno cualquiera de los aspectos de la tarea de la humanidad.

Y cada era contribuye al progreso, o más bien dicho, a la realización irregular de la historia, consumando aquellas tareas que son la posibilidad del momento. Así la técnica se desarrolla victoriosa en el siglo diecinueve, gracias a la máquina de vapor y los motores de hélice. La nueva técnica creó una situación desconocida por la antigüedad, pero que era exigencia derivada del descubrimiento del Nuevo Mundo. Al descubrirse la totalidad de la tierra, surgió el problema del establecer comunicaciones eficaces entre diversos y distantes territorios. Al mundo antiguo le bastaron el caballo y el carro; la era moderna habría sido imposible sin el motor y la

electricidad. A la vez ha disminuido el peligro de una desaparición total de la cultura por lo mismo que hoy se halla repartida entre naciones diversas y zonas lejanas. Los secretos de la ciencia y los archivos de la sabiduría ya no están a merced de un Omar. Tendría que ser quemado todo el mundo civilizado para que desapareciese la letra del Evangelio o los cálculos que sirven para construir el navío más pesado que el aire. Catástrofe universal semejante no es imposible, pero si es más remota, que el caso parcial de la disolución de la cultura en un pueblo que no deja herederos, tal como ocurría en la antigüedad.

Y si como dijimos al principio, la idea de progreso supone un fin y un término; el grano que evoluciona hacia el fruto, que a su vez derramará granos, resulta evidente que la idea de un progreso indefinido y simplemente cuantitativo es absurda. Los brotes del grano son contingentes. Y todo proceso lleva en potencia la imagen del fin que persigue, o no es acción natural, ni humana. Y en definitiva el límite de todo lo que se mueve y aspira es absoluto. El Dios que está haciendo, de ciertos teóricos superficiales, ebrios de devenir es un disparate; pero el Dios de siempre, el Dios eterno y absoluto, es una necesidad el mundo, de la mente y del corazón. ❧





La respuesta tradicional de los intelectuales latinoamericanos de la primera mitad del siglo xx ante el desafío estadounidense fue, fundamentalmente, sentimental. La respuesta de muchos de los intelectuales latinoamericanos se planteó en términos de valores y así opusieron al materialismo y utilitarismo anglosajón la espiritualidad que, según ellos, era característica de la latinidad.

La oposición a los Estados Unidos no se pensó en términos de adquirir las destrezas científicas y técnicas que ya le habían permitido a ese país convertirse en el coloso de toda América, en la necesidad de oponer organización industrial a desarrollos fabriles, mejoras técnicas a adelantos tecnológicos; por el contrario, el choque lo entendieron como cuestión étnica y cultural. El desafío lo manejaron como una oposición entre los intereses materiales tan caros al mundo sajón y los valores espirituales, religiosos de las sociedades latinas. La figura representativa de esta postura es la del uruguayo Rodó.

Para los intelectuales latinoamericanos la tarea fundamental consistió en adoptar, espiritualizar a las filosofías, las teorías sociales, las ideologías que provenían de Europa y no en la aplicación de sus principios a la sociedad latinoamericana. En nuestro medio, Caso, Vasconcelos y el propio Teja Zabre, como lo muestra en su delicioso artículo. El primero representa el rechazo teórico a la filosofía del imperialismo; el segundo, en cambio, lucha en contra del imperialismo mismo. Ambos, si bien apelan a raíces distintas de la tradición cultural mexicana, coinciden en el objetivo de vigorizar la tradición como un factor de identidad opuesta a la visión estadounidense. La originalidad de Teja Zabre radica en proponer la adopción del marxismo, a la manera de Sorel, como un mito para así poder incorporarle los componentes de la sociedad industrial occidental, el misticismo eslavo, además de las pasiones y sentimientos del carácter latino. ¡Arriba y adelante!, lema de Teja Zabre, es equivalente al ¡Alas y plomo!, de Caso.

Ignacio Sosa*

* Doctor en Estudios Latinoamericanos por la FFYL de la UNAM

EL ESPECTRO DEL MARXISMO CRIOLLO

Alfonso Teja Zabre*

El peor enemigo para los fariseos es un suave radical.

I. Leche de loba

El nombre de marxista criollo se usa con desprecio, pero bien se puede recibir con serenidad y tratarlo como a un resplandor de relámpago, bajo el espectroscopio.

Nosotros los americanos de origen ibérico, gustamos de exaltar nuestro nombre geográfico con el atractivo de una remota latinidad. Los conquistadores de hace cuatro siglos tenían antecesores godos, vándalos o árabes, tan extraños a la loba romana, como los celtiberos o los hijos de la tierra. Más lejos aún de Roma estamos los llamados latinoamericanos, relacionados directamente con los aborígenes y nutridos con la pura savia de la tierra americana. Sin embargo, recibimos y aceptamos el nombre de latinos para distinguir nuestro linaje del angloamericano. Y también porque la marca de las legiones romanas sobre la tierra ibérica fue tan profunda, que todavía subsiste en el lenguaje, las leyes, el arte, la religión y la cultura. No somos latinos por la sangre. Nuestra sangre y nuestros huesos son de América. Pero deseamos ser latinos por el alma. Si en verdad queremos ser dignos de tal nombre, cuando menos necesitamos tratar de aprender las virtudes latinas que fueron dulzura y fuerza de la leche de la loba. Esto es: el amor a la música, las alegrías, los símbolos y la luz del sol.

*Obtuvo el título de abogado por la Escuela Nacional de Jurisprudencia en 1911. Su carrera como abogado le llevó a ser agente del Ministerio Público y magistrado del Tribunal Superior de Justicia y del Tribunal Fiscal de la Federación. Fue embajador en Cuba, República Dominicana y Honduras. Su trabajo como historiador le valió pertenecer a la Academia Mexicana de la Historia. "El espectro del marxismo criollo" se publicó en *Universidad: mensual de cultura popular*, febrero de 1936, tomo I, núm. 1.

II. La lección de Ariel

Después de la penumbra de la teología colonial y de los sueños románticos y metafísicos, la juventud pensadora de la América Latina escogió como guías a los campeones más audaces de la renovación. El materialismo y el positivismo estuvieron de moda. Se amaba la gracia hereje de Renan cuando escribió la *Vida de Jesús*, como bella y libre novela. Nos deslumbraron las agudas palabras de Nietzsche que pretendía ser un Anticristo y en realidad era solamente un santo laico, un san Francisco extraviado por la sabiduría, la sangre envenenada, su mala vista y sus jaquecas. Sin embargo, hay ciencia y filosofía en Zaratustra. Una filosofía de montaña, con relámpagos de verdad y torbellinos de tinieblas.

Cuando el siglo xx estaba en su apogeo, la voz de Ariel llegó hasta la América Latina. El nuevo interprete era Rodó, de Uruguay. Su lección fue de prosa rítmica, primer preludio de música de hélice y anuncio de un nuevo sentido de la vida. Era algo ascendente, pero todavía con vacilaciones, como los primeros vuelos de la máquina "más ligera que el aire". Fue una victoria sobre el viejo espíritu de pesadez.

Así se abrieron las rutas del aire. Fue una nueva lección. La Gran Guerra y la Revolución fueron maestros muy rudos. De teología, metafísica, arte exquisito y alta cultura, pasamos a la vida, la vida verdadera, la vida real.

Muchos de nosotros creímos que la guerra y la revolución podrían librar al mundo de la tiranía, la injusticia, el odio y el hambre. Democracia y liber-

tad fueron ofrecidas como remedios. Pero la experiencia fue desilusión. El desorden económico ha prevalecido con las guerras que derrochan la riqueza industrial y las materias primas, las guerras de tarifas, de dinero, de fronteras y de finanzas, las guerras sin fin.

Los métodos antiguos están anulados y muertos. Hemos aprendido que la política no es retórica, ni debe de limitarse a negocios privados o rackete-rismo. Antes que nada debe ser economía política y su primer problema es la técnica de producción. Por lo tanto, todos los nuevos planes y plataformas deben deducirse de la vida misma, de la vida de familia, de las corporaciones, de los centros de trabajo, del campo y las fábricas, de las masas y del pueblo.

También se han abierto nuevas rutas para las costumbres, la moral, las leyes, el arte y la religión. Nuevos mundos y nuevos cielos para explorar y conquistar.

III. El canto de la hélice

La Edad Media, dice un fogoso pensador latinoamericano, vivió encerrada dentro de sí misma, hasta que Marco Polo y Vasco de Gama empezaron a romper la incomunicación. La China inventó la pólvora y Europa tuvo que redescubrirla. La causa primordial de este aislamiento fue la falta de medios de transporte. Hay periodos históricos en relación con la velocidad: la época del paso apenas aumentado por el caballo. Otro periodo es la época de la rueda mejorada por el motor, y por último, la nueva época de la hélice que empuja hacia adelante a los barcos y aeroplanos. Siguiendo el símbolo, encontramos la rueda neumática y el hélice que sube y progresa, cambiando el movimiento horizontal por el vertical, en el autogiro ascendente que apunta hacia la estratósfera. ¡Arriba y adelante!

En la ideología moderna, hay también alas y hélices para los vuelos del pensamiento. La primera prueba que demuestra la agilidad del nuevo pensamiento, consiste en afrontar los problemas más duros y pesados sin miedo ni odio. La palabra "marxismo" se ha convertido en tabú. Es un problema de dinero, de amor propio, de pan, sopa, sexo, política y, lo peor de todo,

un problema de palabras. Dialéctica, materialismo, comunismo, también son tótem y tabú. Un poco de música puede ayudarnos a describir un sendero de paz.

Un verso italiano y una mano de mujer me sirvieron de guía al encontrarme frente a la oscuridad estremecedora del marxismo. Karl Marx llamó en su ayuda al espíritu musical en la primera página de *Das Kapital*. Escribió:

Segui il tuo corso e lascia dir la gentil.

Sigue tu camino y deja que la gente murmure.

En los tiempos modernos el fantasma del marxismo, el espectro del viejo Marx, puede humanizarse bajo la influencia de ideas como las expresadas por Rosa Luxemburgo, cuando dice:

Únicamente como estudio económico puede juzgarse al marxismo terminado y clausurado. La interpretación materialista o dialéctica, la llave maestra de la ideología marxista, ofrece un método abierto para la investigación... y da alas a las mentes audaces para explorar campos desconocidos.

Estos nuevos campos pueden llamarse reforma social, revolución o marxismo criollo.

IV. El espectro

Los métodos modernos aconsejan proceder evitando al principio los laberintos altos y complejos. El progreso de la inteligencia, declaró Walter Pater, consiste principalmente en la diferenciación, en la resolución de algo oscuro y complejo en sus aspectos componentes. Es un error grave atacar desde luego los problemas políticos. Es también absurdo juzgar la obra de Marx y sus partidarios como un bloque compacto e indivisible. El marxismo aparece en la política como un mito, como esfinge en los debates filosóficos; Evangelio, Summa, Kabala, Maremagnum. Marx ofrece algunos rasgos de aparecido espectro o de *revenant*. Pero la buena y humilde razón que trata únicamente de aclarar una zona luminosa, puede estudiar de la gran aurora boreal un solo rayo de luz a través de un prisma de cristal.

Así podemos afrontar el espectro.

La mejor prueba de honradez y de seguridad en este trabajo, consiste en aplicar el método marxista a los hombres y las ideas del marxismo. No debe de tratarse a Marx como un fetiche, oráculo o santón, sino como a un intérprete de hechos y removedor de pensamientos. Un genio indudablemente, pero también un hombre. Marx buscaba la síntesis de la filosofía alemana con las escuelas filosóficas inglesas y francesas. Ahora, el marxismo renovado deberá asimilar no solamente las formas filosóficas, sino los modos y las formas de vida en todo el mundo. Debe adaptar el sentido práctico norteamericano, incluyendo el pragmatismo, la eficiencia y la producción en masa y para masas; la claridad, sabiduría, gracia y

buen sentido del espíritu francés; la energía mística y las pasiones profundas de origen eslavo y judío, y las pasiones rápidas y ardientes, el romance, los impulsos sentimentales de carácter latino, español y criollo.

Humanizar el marxismo quiere decir que nada humano le debe ser extraño. Música y romance son palabras hermanas. Sobre los antiguos dialectos góticos e ibéricos, la influencia romana formó los idiomas romanos: italianos, francés, español. Entre judíos y eslavos suenan el rumano y el sefárdico. El alma latina sobre la América india forma la cultura criolla. La corriente social e histórica conocida con el nombre de marxismo, fluye sobre los pueblos criollos como los vientos del norte en la atmósfera tropical.



V. Apolo y Dyonisos

La controversia religiosa no debe tampoco ser tabú. Podemos acercarnos al tabernáculo con limpio corazón y mente lúcida. Siguiendo nuestro método, evitaremos al principio lo complejo, tratando de buscar los "aspectos componentes". No hablamos de la Iglesia, sino de la Religión. No de los hombres o instituciones con propósitos religiosos, sino del sentimiento religioso esencial y primordial.

Ampliando generosamente la visión, podemos señalar la ruta desde el cristianismo primitivo hasta la ideología moderna. El libro ortodoxo del Padre Grandmaison, titulado *Jesucristo, su persona, su mensaje y sus pruebas*, usa el método de la historia moderna, examina documentos y fuentes de información, las tradiciones y la economía del mensaje de Jesucristo, y analiza el ambiente social y político, en donde se empezó a propagar el Evangelio.

El Mesías era una figura popular que atacaba todo lo que un verdadero israelita consideraba sagrado: la Ley, el Templo, la Ciudad de David, el orgullo de raza, el amor de la ganancia, el resentimiento en contra del yugo extranjero. Los enemigos de Jesús eran las clases privilegiadas, los sacerdotes y los fariseos turbados por el propósito cristiano de dirigirse a todos los hombres de buena voluntad sin excluir a la gente inculta, o tenida por impura. El Evangelio era amable para los artesanos, los pescadores, los cobradores de contribuciones y los vagabundos. El poder de los fariseos residía en la cerrada y estrecha interpretación de las leyes exclusivas, en la pureza de linaje y en la aristocracia. La esperanza en un Mesías era para los pobres y oprimidos una mezcla de deseos espirituales y materiales, condensados en la vieja sentencia: hambre y sed de justicia. Los primeros discípulos de Jesús escucharon las palabras: "Haced penitencia, porque se acerca el reino de los Cielos." La promesa de un reino celestial era para los hambrientos y sedientos como "el gobierno ilustrado" del siglo XVIII, la democracia del siglo XIX y la Dictadura Proletaria del siglo XX. Pero este siglo está envejeciendo y pasa con velocidad máxima de la mecánica a la aerodinámica.

"La religión es el opio del pueblo". Esta frase ha sido una piedra de escándalo, cuando en realidad

no era más que arma ocasional, y bala para rifles disparados en las barricadas. Marx creía que el hombre podía llegar a un estado tal de felicidad y satisfacción, que la religión le sería inútil, lo mismo que creía que la lucha de clases pronto acabaría con todas las clases sociales en un mundo perfecto de igualdad. Tal es el propósito, pero nosotros estamos aún al principio del viaje.

Como se ha dicho con más exactitud, Marx atacaba a la Iglesia porque deseaba ganar para el socialismo todos aquellos impulsos que mueven al hombre hacia la Iglesia. Atacó la teología porque deseaba dirigir hacia una revolución social la energía dedicada a la religión, la energía religiosa. Pero, a medida que la revolución se transforma, su ideología ha cambiado.

No debemos de temer al opio del pueblo. Sabemos que el opio es un remedio heroico que alivia los grandes males curados solamente por la muerte. No es absurdo ni hereje el creer que la religión tiene algo de enervante, de calmante, de descanso que conduce al sueño y a la quietud. Pero todo a su debido tiempo. El opio y la cafeína son como Apolo y Dyonisos. Uno es estático y el otro es dinámico; uno esta dedicado a la contemplación y el otro a la posesión. Para todos aquellos que son fuertes, sanos y expansivos, es el sentido dionisiaco de la vida. El sentido apolíneo es para los débiles, los cansados, los enfermos. El espíritu franciscano habita en los mansos y pobres, maestros de obediencia. El espíritu apostólico de san Pablo está en el hombre de acción, militante y triunfante.

La revolución social no carece del rito o ceremonia, que en su mayor parte es decoración y pompa extrema, diversión, representación, incienso o fumigaciones de opio. La fe en algo más allá de la vida diaria, la ilusión, el temor, todos los fundamentos de la religión también se encuentran en el socialismo. Pero lo que más se desea es el alma de la religión, la sustancia del sentimiento religioso, el corazón de la filosofía religiosa, la verdadera regla de oro que pueda dar paz a los seres humanos. Eso es el *sustine et abstine* de los estoicos, el nirvana budista, la vida sencilla y ascética, el desdén hacia lo superfluo, la resignación viril, la obediencia al des-

tino, el sentido de la unidad cósmica y la eternidad de todas las cosas. Hay matices del espíritu cristiano, budista o franciscano en el mundo moderno. Hay algunos santos laicos como Tolstoi o Ghandi. Pero la verdadera esencia o la verdadera aparición de Jesús o Gautama, está más lejos que la estrella más remota. El mito redentor, el único mártir que sufre la sed y la agonía en la Cruz, el pobre de hecho y de espíritu, es el hombre de las masas.

VI. Filosofía de la sangre

En nombre de la lógica y de la verdad pura, los llamados espiritualistas aseguran que el marxismo es una filosofía de segunda clase, porque no está elaborada en un cuerpo perfecto de doctrinas didácticas, ni tiene la belleza cristalina ni las líneas simétricas de un edificio de pensamiento como los construidos por Descartes o Spinoza. Es cierto, desde un punto de vista académico. Los sistemas filosóficos son las obras de arte más grandes. Pero una filosofía de segunda clase para la enseñanza escolar, puede ser en realidad de primera clase en la realidad. No es de perfecto cristal tallado, sino de carne y hueso. No es una criatura de lógica, sino con vitalidad que respira.

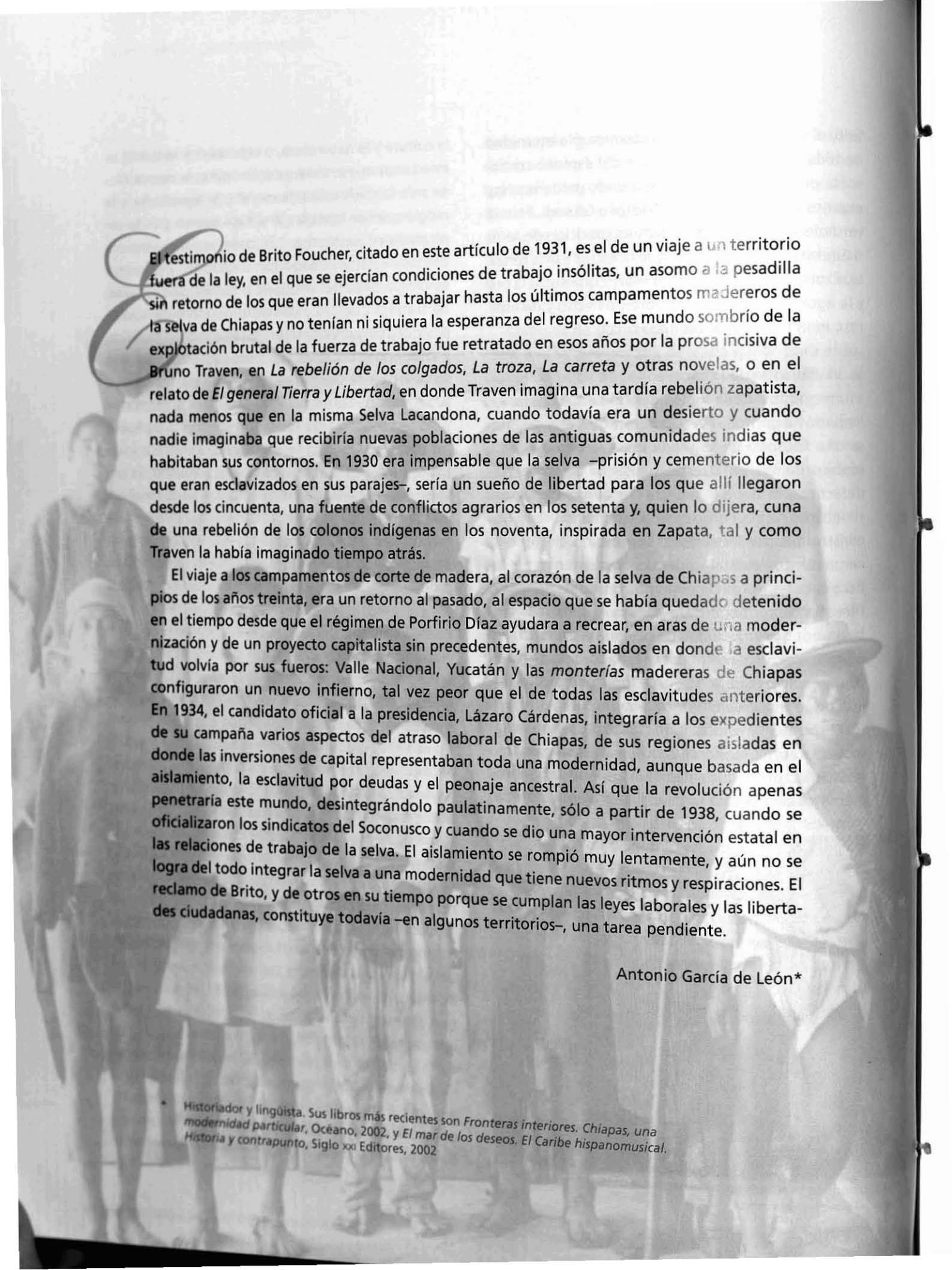
El problema principal de nuestro días no es de escuela, aun cuando el problema escolar es uno de los factores principales de la lucha social. El problema de la dialéctica entre el pensamiento y la vida,

la cultura y la naturaleza, o el hombre y la tierra, es insertar el nuevo sistema económico, la nueva técnica de la civilización, la moral y la ley, el arte y la religión, sobre la vieja estructura que no puede ser arrasada como hierba. Las clases sociales descendentes necesitan conquistar su puesto, y la nueva ideología debe desarrollarse por medio de síntesis, de trabajo ecléctico, de coordinación y de superposición. Lo que es antiguo, está ya hecho; ha vivido y el tiempo lo disuelve. Así como todas las religiones se unen en la verdadera teosofía, existen reglas superiores comunes para la ética, para la estética y para la economía de todos los pueblos y de todos los tiempos. En este terreno tendrían que encontrarse todos los hombres de buena voluntad. Es tan sólo el primer paso. Pero así empieza también el camino más largo. El camino está abierto. El laberinto cerrado, estancado y glacial del marxismo mal comprendido, se convierte en algo humano, llenó de vida y de vigor. Camina, vuela, se extiende en muchas dimensiones, irradia y se ramifica en corrientes, o en olas de energía. Debe considerarse como algo vital, cargado de poder suficiente para convertirse en universal, ecuménico, católico, en el original sentido griego de la palabra: que todo lo abraza, magnánimo, libre de prejuicios, incluyendo a todo el género humano. Después, debe volver a la tierra y adquirir el color, el olor y el sabor de cada país, adaptado a la realidad como el líquido en un vaso. Y finalmente, arraigado en todas las tierras de todos los países, alimentado por la perpetuamente renovada esencia de la vida, entonces será como la vida misma en su sentido eterno y cósmico: semilla, germinación, madurez, insurgencia y renovación... ¡La Vida !

Debemos quitar al espectro marxista sus rasgos de dogma o de tabú –el fuego ultrarrojo, más allá del ala izquierda cuando llega a lo que Lenin llamó infantilismo, o los rayos infravioleta de la derecha que parecen senilidad. Rechazarlo ciegamente o someterse a la rigidez sectaria es ofensivo a la sabiduría y a la cultura moderna. El espectro ya humanizado puede perder su grandeza dramática y fiera, pero gana capacidad de servicio, vitalidad, simpatía generosa y fuerza difusiva. Así se abre el camino aéreo para la paz con victoria. ¡Arriba y adelante!



Tina Modotti durante la investigación del asesinato de J. A. Mella, 1929.
Fondo Díaz, Delgado y García, AGN



El testimonio de Brito Foucher, citado en este artículo de 1931, es el de un viaje a un territorio fuera de la ley, en el que se ejercían condiciones de trabajo insólitas, un asomo a la pesadilla sin retorno de los que eran llevados a trabajar hasta los últimos campamentos madereros de la selva de Chiapas y no tenían ni siquiera la esperanza del regreso. Ese mundo sombrío de la explotación brutal de la fuerza de trabajo fue retratado en esos años por la prosa incisiva de Bruno Traven, en *La rebelión de los colgados*, *La troza*, *La carreta* y otras novelas, o en el relato de *El general Tierra y Libertad*, en donde Traven imagina una tardía rebelión zapatista, nada menos que en la misma Selva Lacandona, cuando todavía era un desierto y cuando nadie imaginaba que recibiría nuevas poblaciones de las antiguas comunidades indias que habitaban sus contornos. En 1930 era impensable que la selva –prisión y cementerio de los que eran esclavizados en sus parajes–, sería un sueño de libertad para los que allí llegaron desde los cincuenta, una fuente de conflictos agrarios en los setenta y, quien lo dijera, cuna de una rebelión de los colonos indígenas en los noventa, inspirada en Zapata, tal y como Traven la había imaginado tiempo atrás.

El viaje a los campamentos de corte de madera, al corazón de la selva de Chiapas a principios de los años treinta, era un retorno al pasado, al espacio que se había quedado detenido en el tiempo desde que el régimen de Porfirio Díaz ayudara a recrear, en aras de una modernización y de un proyecto capitalista sin precedentes, mundos aislados en donde la esclavitud volvía por sus fueros: Valle Nacional, Yucatán y las *monterías* madereras de Chiapas configuraron un nuevo infierno, tal vez peor que el de todas las esclavitudes anteriores. En 1934, el candidato oficial a la presidencia, Lázaro Cárdenas, integraría a los expedientes de su campaña varios aspectos del atraso laboral de Chiapas, de sus regiones aisladas en donde las inversiones de capital representaban toda una modernidad, aunque basada en el aislamiento, la esclavitud por deudas y el peonaje ancestral. Así que la revolución apenas penetraría este mundo, desintegrándolo paulatinamente, sólo a partir de 1938, cuando se oficializaron los sindicatos del Soconusco y cuando se dio una mayor intervención estatal en las relaciones de trabajo de la selva. El aislamiento se rompió muy lentamente, y aún no se logra del todo integrar la selva a una modernidad que tiene nuevos ritmos y respiraciones. El reclamo de Brito, y de otros en su tiempo porque se cumplan las leyes laborales y las libertades ciudadanas, constituye todavía –en algunos territorios–, una tarea pendiente.

Antonio García de León*

* Historiador y lingüista. Sus libros más recientes son *Fronteras interiores. Chiapas, una modernidad particular*, Océano, 2002, y *El mar de los deseos. El Caribe hispanomusical. Historia y contrapunto*, Siglo XXI Editores, 2002.

MÉXICO DESCONOCIDO: LAS “MONTERÍAS” DE CHIAPAS

Rodolfo Brito Foucher*

Entre todos los problemas que han agitado la conciencia del país en el transcurso de los últimos años, hay uno, por lo menos, cuya resolución ha quedado aparentemente aplazada. Y decimos aparentemente porque en todo lo que se refiere al sureste de la República, muy a menudo son tan vagos e imprecisos nuestros informes, tan escaso nuestro contacto con la masa del pueblo, tan deficientes las vías de comunicación, que ocurre que los acontecimientos que allá se registran, lejos de repercutir como deberían en todo el resto de la nación, pasan ignorados o por lo menos casi desapercibidos.

El fenómeno no debe llamarnos la atención. Más cerca de la ciudad de México se nos ha ofrecido, durante varias generaciones y hasta hace poco tiempo, el caso extraño de una zona extensa del estado de Guerrero, antes muy ligada con la vida capitalina y después, a resultas de esa desviación de las corrientes vitales, que vino a consecuencia del trazo impuesto a las vías ferrocarrileras, hasta cierto punto segregada del resto de la República.

Desde hace ya muchos años han ocupado la atención del público, en forma intermitente, las noticias que de vez en cuando nos llegan sobre las condiciones de vida de los trabajadores que prestan sus servicios en esas empresas de triste renombre: las “monterías” del estado de Chiapas. Parece que a pesar de todos los esfuerzos realizados por las autoridades, y debido a una serie de factores

*Obtuvo el título de licenciado en derecho por la Universidad Nacional y fue profesor en esa institución de 1927 a 1935 y rector de la misma entre 1942 y 1944. Durante la rebelión delahuertista fue gobernador de Campeche. Sus incursiones en la política no siempre fueron afortunadas. En julio de 1935 dirigió la “expedición punitiva” de 21 jóvenes que fueron a Tabasco, donde tuvieron un enfrentamiento armado con la gente de Garrido Canabal. En la refriega murió su hermano. Esta referencia a la realidad chiapaneca de aquel entonces se publicó en *Universidad de México*, febrero de 1931, tomo I, núm. 4.

topográficos que restringen la acción gubernativa, las expresadas monterías siguen convirtiendo hasta la fecha una parte importante de aquella entidad federativa en inmenso ergástulo verde, donde hombres que tienen derecho de decirse libres y a considerarse ciudadanos mexicanos, se ven reducidos a un estado muy semejante al que en la mayoría de las naciones civilizadas se reserva únicamente para los grandes criminales.

He aquí lo que sobre el particular y durante una comida celebrada hace pocos meses, decía un profesionalista bien informado sobre el asunto, el abogado Rodolfo Brito Foucher:

Existen en el sureste de México, en Belice y en el norte de la República de Guatemala, una gran extensión territorial que geográficamente puede considerarse como una unidad, aunque políticamente se divide entre los tres países señalados. Se trata de una inmensa región de selvas vírgenes que en parte permanecen inexploradas por el hombre hasta la actualidad. Allá por el año 1908 o 1909, cuando yo era todavía un niño, llegaban a mis oídos, en el estado de Tabasco, las leyendas sobre los misterios de aquellas selvas, y se traían a las ciudades flechas de esos indios lacandones que se quiere comprender dentro del próximo censo. Según explicaré más adelante, los indios lacandones se encuentran diseminados en grupos pequeños entre la espesura de los bosques desiertos e inmensos. Pero lo que más despertaba e impresionaba la

imaginación popular antes de 1910, eran las grandes negociaciones madereras que se habían establecido en el corazón de esa zona y que son conocidas en el sureste con el nombre popular de "monterías".

En el estado de Tabasco y en el estado de Chiapas por aquel entonces existían propiedades rurales en las que casi la única autoridad era el administrador o el dueño de la hacienda. Imperaban el látigo y el cepo de campaña, y cuando había un trabajador incorregible, le amenazaban con enviarlo a las monterías. Inútil decir que muchas veces la amenaza se cumplió y la cuenta del trabajador de campo se vendió a la empresa dueña de las monterías, y el trabajador enviado a ellas no volvió jamás.

El recuerdo vago de todas esas leyendas populares perduraba en mi mente hasta que en el año 1924 recorrí la región de que me vengo ocupando. El viaje se inició en la ciudad de Tenosique, último lugar habitado del estado de Tabasco; después de Tenosique no hay más que la selva misteriosa. Una de las empresas madereras, yo no sé si con gusto o al contrario, me proporcionó un guía, porque en aquellas soledades nadie puede internarse sin alguno que sea un verdadero conocedor del terreno.

Emprendimos el viaje a caballo cinco amigos y yo, llevando bestias de repuesto y víveres suficientes, ya que sabíamos que en toda la expedición no se encontraría nada que comer ni para los hombres ni para las bestias.

Las condiciones geográficas del terreno obligan a hacer los viajes distribuyéndolos en jornadas de diez a quince leguas diarias. Se pasa por terrenos a veces pantanosos, a veces accidentados, pero siempre dentro de selvas vírgenes, en ocasiones sin ver el sol —tan espeso es el follaje— y encontrando a cada paso los rastros de los tigres, y accidentalmente, allá muy de cuando en cuando, algunas serpientes venenosas.

Se impone salir muy de madrugada para llegar, ya al caer la noche, a un lugar que se denomina "paraje". Un paraje consiste de una choza o a veces de cuatro postes y un techado, donde se puede pernoctar, si bien con todo género de incomodidades.

Después de quince leguas llegamos al primer paraje, que irónicamente se denomina "El ensueño".

El segundo paraje no tenía nada de particular, ni tampoco el tercero, pero en el cuarto, o sea cuarenta leguas selva adentro, empecé a tropezarme con problemas mexicanos.

En este paraje había dos chozas: en una de ellas vivía una mujer que era la cocinera del cuidador: joven de veinte a veintidós años de tipo mestizo y nacida en Comitán de las Flores, Chiapas. La pobre muchacha me contó llorando amargamente, que hacía cinco años que un enganchador de las monterías había llegado a Comitán y la había contratado a ella y a cinco compañeras más para que vinieran a trabajar como cocineras durante seis meses; y tenía cinco años de estar ahí... De las compañeras nada sabía, pero el hecho importante e interesante es que hacía cinco años que había sido sepultada en la selva y no podía recobrar su libertad.

En la otra choza vivía un contratista recién llegado del pueblo de Ocosingo, también del estado de Chiapas. Este contratista traía como peones a tres niños indígenas de los cuales el mayor tendría catorce años de edad y el menor apenas diez. No pude comunicarme con ellos, porque los tres sólo hablaban su lengua nativa. Ninguno conocía el español, y aquí digo que tropecé con otro problema nacional, porque en México se considera que hay aproximadamente dos millones de habitantes que no hablan español, y entre esos dos millones se encontraban el contratista y los tres adolescentes. Muchas veces me he preguntado si aquellos tres niños habrán logrado salir de la montería.

Cuando llegamos al quinto paraje, a cincuenta leguas de la civilización, sentí que el desierto y la soledad de la selva se apoderaban de mí, y esta sensación no era solamente una imaginación humana, sino que algo también tenía de psicología netamente animal. Por las noches soltábamos a las bestias libremente y en las mañanas las cogíamos sin ningún esfuerzo. Los caballos también sentían el aislamiento y no pretendían huir.

En este lugar encontramos un guarda casi anciano, que hacía treinta años se había ido a trabajar a aquellos lugares. Había perdido la noción del tiempo y todo recuerdo de las cosas, tornándose en un ser primitivo, no por nacimiento, sino por regresión.

Entre otros relatos el guarda nos contó que en el año de 1914, al triunfo de la Revolución, los peones de la montería Zendales fueron puestos en libertad. Aquellos hombres huyeron desesperados, temiendo que su libertad de un momento se desvaneciese; tomando, por lo tanto, sus machetes y los instrumentos más indispensables, emprendieron el camino desde el corazón de las selvas hasta la ciudad de Tenosique. Como no llevaban víveres ni iban preparados para el viaje, diez o quince murieron en el camino. Como se verá, el problema fundamental es la falta de comunicaciones, y los trabajadores que se encuentran en las condiciones que voy a describir, son víctimas de una prisión geográfica, más que de una prisión de otra índole.

Al cabo de sesenta leguas llegamos a Zendales, que es la montería legendaria a donde se amenazaba

llevar a los trabajadores en las haciendas de Tabasco y Chiapas. En la casa principal había diez o quince personas; me dijeron que los braceros de la negociación, que ascendían a varios cientos, se hallaban distribuidos en grupos entre la selva. Uno que otro sirviente indiscreto me contó de un famoso administrador que hubo allí, que todas las mañanas formaba a los trabajadores y les pasaba revista al estilo militar. Los infelices temblaban bajo la vista del feroz administrador, como seguramente nunca han temblado los soldados delante del instructor más cruel del ejército.

En los primeros días del viaje, el guía se mostraba reservado: era un hombre de confianza de la empresa, pero poco a poco los peligros, la vida común y las gratificaciones fueron ablandando su corazón y me reveló que hacía como un mes un sirviente y una mujer se habían ido de la "montería" rumbo a Ocosingo. Entonces él y el hijo del administrador salieron en su persecución hacia el pueblo. Al llegar a las cercanías de Ocosingo se encontraron a la mujer tan extenuada por el hambre, que casi había perdido el juicio, y el hombre viéndola en ese estado—ocasionado por las largas penalidades durante muchos días de selva—, la había abandonado y continuado solo la fuga. Como se encontraba en las fronteras de la civilización, decidieron dejar a la mujer, que era un desecho humano, y no perseguir al hombre, que se había escapado y había logrado llegar a terrenos controlados por las autoridades mexicanas.

En Zendales cambiamos de guía. Después de dos o tres días de camino, éste me confesó que mes y medio o dos meses antes, otro trabajador había pedido que lo dejaran salir. Lo llevaron al campamento central, que queda cuarenta leguas más adelante, o sea a cien lenguas de Tenosique; ahí los empleados lo apalearon y después, tendido sobre una camilla, lo sacaron de la casa principal y se lo llevaron río abajo en una canoa. Mi interlocutor no sabía si aquel hombre se había muerto o si después de apalearlo lo habían llevado al río para darle su libertad.

Lo cierto del caso es que después de muchos días de camino debíamos pasar por un campamento de trabajadores, y ya cuando estábamos a unas tres le-



Agustín Castillo desorejando a los Tzotziles en Chiapilla

guas de distancia de él, el guía recibió contraorden de no llevarnos por allí. Nos hizo dar una vuelta como de diez leguas y nos condujo por otro rumbo, de tal suerte que llegamos a la frontera con Guatemala por un lugar llamado Pico de Oro Nuevo, sin haber logrado ver un solo campamento de trabajadores de este lado de la frontera.

Cruzamos al lado guatemalteco y allí, después de unas seis horas de camino, nos encontramos con el primer campamento. Por campamento debe entenderse un claro de unos cien o doscientos metros de diámetro en el bosque, donde se hallan colocadas diez o quince chozas provisionales, o mejor dicho, otros tantos armazones rudimentarios que sostienen un techo. Aquí conocimos a un trabajador mexicano que debía tres mil pesos; aunque hacía veinte años que los estaba pagando, todavía no lograba solventar la cuenta, y todos los demás braceros parecían encontrarse en condiciones análogas.

Varios días después, al atardecer, llegamos a otro campamento semejante. Iba a colgar mi hamaca, junto con mis amigos, dentro de la tienda del capataz, cuando un joven dos o tres años mayor que yo, llamándome aparte, me insistió mucho para que durmiera en su choza. Acepté, y cuando todo el campamento se hallaba dormido, este joven, con profunda emoción, me contó su triste historia.

Allá por el año de 1908 había vivido en Chiapas con sus padres, su hermana y su cuñado; después, en condiciones que no me explicó, había sido llevado a la montería, probablemente como aquellos niños de quienes ya he hablado. Hasta el año de 1914 sostuvo correspondencia con su familia, pero desde esa fecha, es decir, coincidiendo con el triunfo de la Revolución, la empresa maderera le cortó toda comunicación con sus deudos, y ahora no sabía si vivían o habían muerto: "Cuando usted abandone estos lugares y salga a la civilización—me decía—, no se olvide de que aquí estamos nosotros condenados a vivir en este lugar eternamente". Esta víctima de la rapacidad humana alcanzaba ochocientos pesos, pero el alcance era ilusorio. Cuantas veces había pedido su libertad, se la habían negado. "Hay veces que me siento enloquecer—añadía—, otras que quiero huir, que quiero lanzarme a la selva para ver si puedo

salir"; pero comprendía que era inútil, porque para salir de ahí se necesita recorrer cerca de cien leguas por el corazón de la selva virgen, evitando precisamente todos los caminos y todos los parajes, desafiando a los tigres y a las serpientes, cruzando los ríos y, por último, eludiendo a los perseguidores. Según se me dijo en aquella fecha, la fuga a Guatemala era inútil, porque existía una ley en el sentido de que al peón que se fugase lo aprehendiesen las autoridades, lo devolviesen a la negociación de su procedencia para que cumpliera con su compromiso y los gastos de su persecución se le cargasen a su libreta.

La vida de estos trabajadores, desde el día que llegan hasta que mueren, es de una monotonía y de una dureza indescriptibles. A las tres o cuatro de la mañana el capataz suena el cuerno, los peones se levantan y toman café negro y frijoles. Al rayar el sol deben estar al pie del árbol que van a cortar, o al lado de la troza que habrán de labrar. Allí trabajan hasta mediodía, hora en que toman algún ligero refrigerio. Por la tarde regresan al campamento, toman más café negro y frijoles y duermen para levantarse al día siguiente y recomenzar la eterna tarea. Se hallan vestidos de pantalón de dril, camiseta de manta, sombrero de paja y huaraches.

Si por esclavos se entendía en la antigüedad a hombres que trabajaban a cambio de lo necesario para existir, es evidente que en nada se diferencian estos hombres de los esclavos antiguos, puesto que, aunque disfrutaban de un salario nominal, en realidad, la verdad de las cosas es que son propiedad absoluta de las empresas madereras, para quienes trabajan toda su vida, de sol a sol, a cambio de un par de huaraches, de un pantalón de dril, una camiseta de manta, un sombrero de paja y una mísera alimentación.

Este estado de cosas debe, evidentemente, cesar. ¿Cuál—se preguntará—es el remedio? En realidad el remedio se tiene a la mano y con el tiempo y perseverancia no sería difícil aplicarlo. La causa fundamental de esta situación es, como hemos visto, el aislamiento de toda aquella región, que la pone fuera del control de la opinión pública y de las autoridades. Se necesita, por lo tanto, la intervención de la Secretaría de Comunicaciones. Pero eso no basta.

Debe también intervenir la de Agricultura, estableciendo dos o tres centros rurales de población y, sí es posible, emprendiendo un verdadero trabajo de colonización. Por último, resulta indispensable la acción de la Secretaría de Industria, que, ejercida con toda la eficacia que requieren las circunstancias, por medio de un cuerpo de inspectores competentes y honorables, pronto cambiarían radicalmente las condiciones de vida de aquellos desgraciados...

No es esta la primera intervención del abogado Brito en este asunto. Al contrario, ya desde fines del año 1925 se había dirigido a uno de los principales periódicos de la ciudad, o sea *El Universal*, consiguiendo que dicho diario se interesase, en forma que hace honor a su personal directivo, por la suerte de nuestros desdichados compatriotas.



Efectivamente y en su número correspondiente al 7 de enero de 1926, el diario en cuestión publicó, en sitio prominente, una larga y detallada carta del abogado Brito, bajo una serie de rubros, todos ellos enderezados a llamar la atención del público sobre el particular. La publicación de la carta provocó, desde luego, una vigorosa protesta por parte de un extranjero distinguido, el cual hizo notar que los contratos de trabajo para las monterías se hacían con la intervención de las ligas de resistencia del estado de Tabasco, en Frontera y Villahermosa, y por un plazo que fluctuaba, a voluntad del interesado, entre seis meses y un año, al final de cuyo término solían los trabajadores percibir un saldo que en algún caso había llegado a alcanzar la respetable suma de 6 mil pesos.

No obstante lo anterior y dos días más tarde (el 11 de enero), el diario volvió a abordar el mismo tema, basándose en algunos datos adicionales que le fueron proporcionados por los señores Pedro Díaz Leal y Rafael M. Saavedra, que se declararon testigos presenciales de los malos tratamientos de que eran víctimas los trabajadores y, por lo tanto, confirmaron en todas sus partes lo manifestado por el abogado Brito.

Reproducimos de entre los informes dados por uno de los expresados caballeros, lo siguiente:

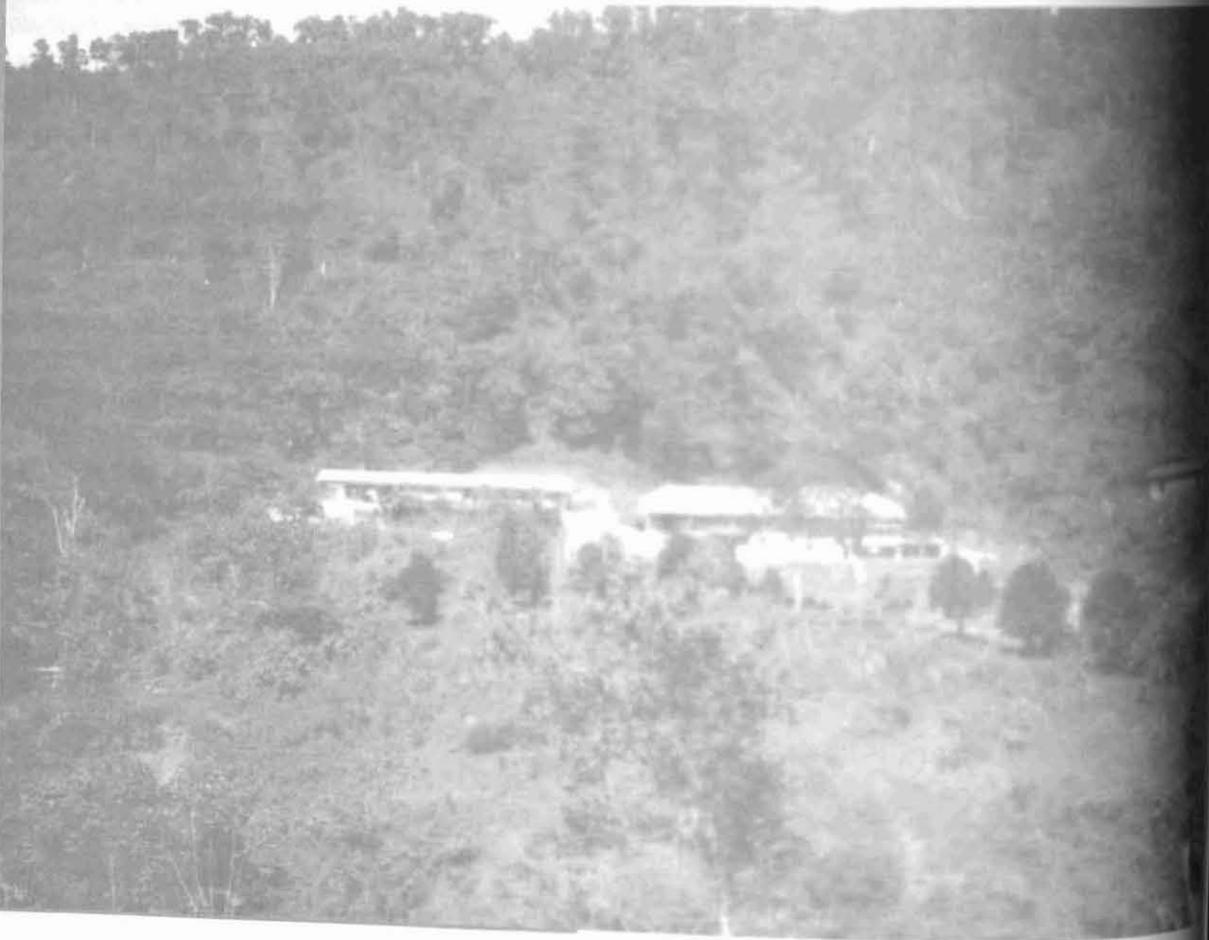
En cuanto al peón, en realidad es increíble lo que sufre. Es el empleado inferior a quien no se le hacen contratos, y si se le hacen no se le cumplen nunca. Durante mis estancias en aquellos lugares pude observar y me di perfecta cuenta de los procedimientos que siguen las negociaciones madereras y contratistas para con los peones. Generalmente, cuando deseosos de trabajar se internan los jornaleros en aquel infierno, llevan la engañadora y nunca realizada esperanza de regresar después de un año de destierro, con unos cuantos cientos de pesos con que poder luchar en la vida. Mas cuando termina el año de trabajo y al hacerle la negociación o el contratista la liquidación de sus salarios, se le descuentan a precios sumamente elevados, la ropa, los instrumentos de trabajo y la alimentación que se le proporcionó durante el año, además de las medicinas que hubiera nece-

sitado al enfermarse de paludismo o al ser mordido por alguna víbora, cosa general en aquellos lugares. Así resulta que en la liquidación ya no es el contratista o la compañía explotadora la que debe al peón, sino es éste quien adeuda una fuerte suma y, por lo tanto, debe trabajar todo el año siguiente para pagar su adeudo, el que va aumentando de año en año hasta quedar reducido el jornalero a ser esclavo de la casa contratante, la que lo persigue y lo caza como fiera cuando trata de escaparse. Y nunca consigue eludir esta criminal persecución, por encontrarse tan alejado de cualquier centro de civilización.

Ya con todos estos antecedentes podrá el lector formarse su propia opinión acerca de la situación que prevalece en esa comarca. Sin negar la posibilidad de

que se haya registrado alguna mejoría en los últimos tiempos, gracias a la actuación de las autoridades y de las agrupaciones sindicales, nuestros informes son en el sentido de que existe todavía un sinfín de abusos que escapan a la acción gubernativa y que es urgente corregir. Se necesita, en forma apremiante, la intervención del gobierno federal, ya sea ejercida como lo sugiere el abogado Brito o de cualquier otra manera. Y al preocuparse por la suerte de esos desgraciados, es necesario que, igualmente, se vaya estudiando la manera de que toda esa zona tan rica, como lo es aquella de que venimos tratando, llegue, mediante los trabajos de rigor (desmontes, carreteras, saneamientos de pantanos y todo lo demás), a ocupar el importante puesto que le corresponde en la estructura económica de la República. 

La Gloria, hacienda de Utlapa.



MÉXICO

Rafael Alberti*

El indio

1

Todavía más fino, aún más fino, más fino,
casi desvaneciéndose de pura transparencia,
de pura delgadez como el aire del Valle.

Es como el aire.

De pronto suena a hojas,
suena a seco silencio, a terrible protesta de árboles,
de ramas que prevén aguaceros.

Es como los aguaceros.

Se apaga como ojo de lagarto que sueña,
garra dulce de tigre que se volviera hoja,
lumbre débil de fósforo al abrirse una puerta.

Es como lumbre.

Lava antigua volcánica rodando,
color de hoyo con ramas que se queman,
tierra impasible al temblor de la tierra.

Es como tierra.

2

Como tierra de cactus y magueyes,
de órganos que edifican verdes templos
con bóvedas de aire, con techumbres
limpísimas de aire, sol y agua.

Los caminos se cansan, se desploman
de tanta hundida huella de huarache.
Kilómetros y leguas, derrotados,
abandonan las largas lejanías.

Se sabe, se comprueba que no eres
esa curva monótona y sin músculo
que por los anchos muros oficiales
Diego Rivera ofrece a los turistas.

Contra el gringo que compra en tu retrato
tu parada belleza ya en escombros,
prepara tu fusil. No te resignes
a ser postal de un álbum sin objeto.

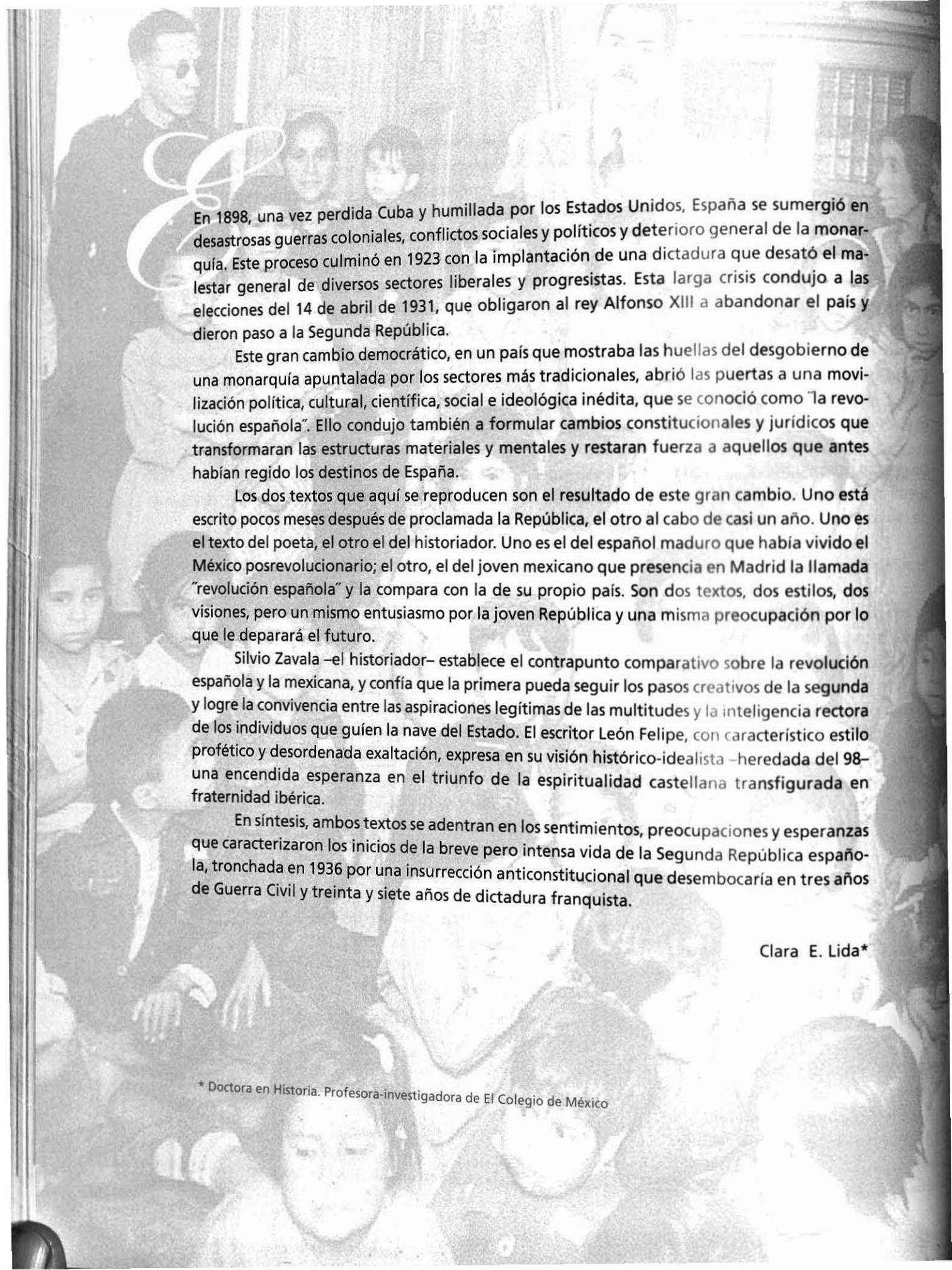
Que no eres sólo el tema de una estrofa,
ni el color completo del paisaje,
ni ese perro furioso que se tumba,
dócil, después de herir, al pie del amo.

Eres México antiguo, horror de cumbres
que se asombran batidas por pirámides,
trueno oscuro de selvas observadas
por cien mil ojos lentos de serpientes.

Contra los gachupines que alambican
residuos coloniales por sus venas,
prepara tu fusil. Tú eres el indio
poblador de la sangre del criollo.

Si él y tú sois ya México, ninguno
duerma, trabaje, llore y se despierte
sin saber que una mano lo estrangula,
dividiendo su tierra en dos mitades.

* Poeta de la Generación del 27. Con la revolución española su poesía derivó hacia temas sociales. Al final de la guerra civil inició un largo exilio que terminó en 1977. Su vida transcurrió a la par del siglo xx (1902-1999). Poema aparecido en revista *Universidad: mensual de cultura popular*, julio de 1936, tomo I, núm. 6.



En 1898, una vez perdida Cuba y humillada por los Estados Unidos, España se sumergió en desastrosas guerras coloniales, conflictos sociales y políticos y deterioro general de la monarquía. Este proceso culminó en 1923 con la implantación de una dictadura que desató el malestar general de diversos sectores liberales y progresistas. Esta larga crisis condujo a las elecciones del 14 de abril de 1931, que obligaron al rey Alfonso XIII a abandonar el país y dieron paso a la Segunda República.

Este gran cambio democrático, en un país que mostraba las huellas del desgobierno de una monarquía apuntalada por los sectores más tradicionales, abrió las puertas a una movilización política, cultural, científica, social e ideológica inédita, que se conoció como "la revolución española". Ello condujo también a formular cambios constitucionales y jurídicos que transformarían las estructuras materiales y mentales y restarían fuerza a aquellos que antes habían regido los destinos de España.

Los dos textos que aquí se reproducen son el resultado de este gran cambio. Uno está escrito pocos meses después de proclamada la República, el otro al cabo de casi un año. Uno es el texto del poeta, el otro el del historiador. Uno es el del español maduro que había vivido el México posrevolucionario; el otro, el del joven mexicano que presencia en Madrid la llamada "revolución española" y la compara con la de su propio país. Son dos textos, dos estilos, dos visiones, pero un mismo entusiasmo por la joven República y una misma preocupación por lo que le deparará el futuro.

Silvio Zavala –el historiador– establece el contrapunto comparativo sobre la revolución española y la mexicana, y confía que la primera pueda seguir los pasos creativos de la segunda y logre la convivencia entre las aspiraciones legítimas de las multitudes y la inteligencia rectora de los individuos que guíen la nave del Estado. El escritor León Felipe, con característico estilo profético y desordenada exaltación, expresa en su visión histórico-idealista –heredada del 98– una encendida esperanza en el triunfo de la espiritualidad castellana transfigurada en fraternidad ibérica.

En síntesis, ambos textos se adentran en los sentimientos, preocupaciones y esperanzas que caracterizaron los inicios de la breve pero intensa vida de la Segunda República española, tronchada en 1936 por una insurrección anticonstitucional que desembocaría en tres años de Guerra Civil y treinta y siete años de dictadura franquista.

Clara E. Lida*

* Doctora en Historia. Profesora-investigadora de El Colegio de México

LA REVOLUCIÓN MEXICANA Y LA ESPAÑOLA

Silvio A. Zavala*

Para enunciar la Revolución mexicana acogeré la tesis admitida generalmente y que parece recoger los rasgos esenciales.

Como panorama de México se tenía un pueblo de enorme desigualdad: honda miseria y abandono abajo; opulencia en los de arriba. El problema se agudiza en derredor de la tierra y de las empresas industriales: la riqueza agrícola en manos de terratenientes contados; la riqueza industrial casi en su totalidad en poder de fuertes compañías extranjeras.

Del régimen estacionario de la dictadura de Díaz se pasa al choque violento e inevitable, y la revolución, cuyo prelude político es Madero, adquiere pronto hondos matices sociales. Las fuentes populares abren sus recipientes de dolor, y cual floración del propio suelo, crecen y se mueven las grandes masas bronceadas que yacen en los fondos de la sociedad mexicana.

La intensidad borra los detalles. El lirismo democrático de Madero va quedando cada vez más olvidado. Los principios, las teorías, los hombres de ciencia, todos pasan a un plano secundario. El dibujo central lo da el proletario que muere anónimamente, que lucha por instinto más que por razón, que roba para sentir por primera vez la sensación

*Formado en la universidad del Sureste y en la Nacional de México, hizo su doctorado en la Central de Madrid. Le tocó presenciar la transición hacia la República en España en 1931. A su regreso fundó y dirigió el Centro de Estudios Históricos del Colmex y la *Revista de Historia de América*. Sus preocupaciones y estudios por los temas americanos le permitió dirigir el Instituto Panamericano de Geografía e Historia y ser delegado permanente y miembro del Consejo Ejecutivo de la UNESCO. Fue embajador en Francia entre 1966 y 1975 y actualmente es miembro de El Colegio Nacional, del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México y de la Academia Mexicana de la Historia. Sus reconocimientos son varios, entre los que destacan el Premio Nacional de Letras, la Presea Vasco de Quiroga, el Premio Rafael Heliodoro Valle, la medalla Eligio Ancona, el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales, y la medalla al Mérito Ciudadano. El presente texto se publicó en *Universidad de México*, febrero de 1932, tomo III, núm. 16.

de la propiedad, que llega a las ciudades en son de revancha, que inflama sus fibras distendiéndolas desmedidamente, en relación causal con su estrechez y doblegamiento anteriores.

Calma después la avalancha: el hombre de estudios viene a interpretar el tremendo sacudimiento y a concretar las leyes y la nueva organización. En el Congreso de 1917 se reúnen en extraño consorcio el abogado joven que sale de la Universidad y el revolucionario oscuro que viene de los campos. No siempre se entiende, pero, al cabo, construyen la ley fundamental.

Viene al acomodamiento posterior, la estabilización que sigue a la lucha y queda escrita la página revolucionaria mexicana.

* * *

La revolución española, aún en desarrollo vivo, no puede encerrarse con facilidad en una interpretación. Fijemos únicamente los puntos más claros.

El elemento grave surge al estudiar la situación real del pueblo español; no el artificial y acomodaticio de la gran ciudad, sino el que vive oscuramente en los campos olvidados. La lucha, cuando es profunda, encuentra allí sus raíces hondas; por eso conviene saber del pequeño pueblo, de la masa que es

carne de las revoluciones. No olvidemos por eso al obrero organizado de la ciudad española, que puede ser un factor importante.

¿Hay en los pueblos conformidad? ¿O existe la distancia entre los pobladores, que crea el odio?

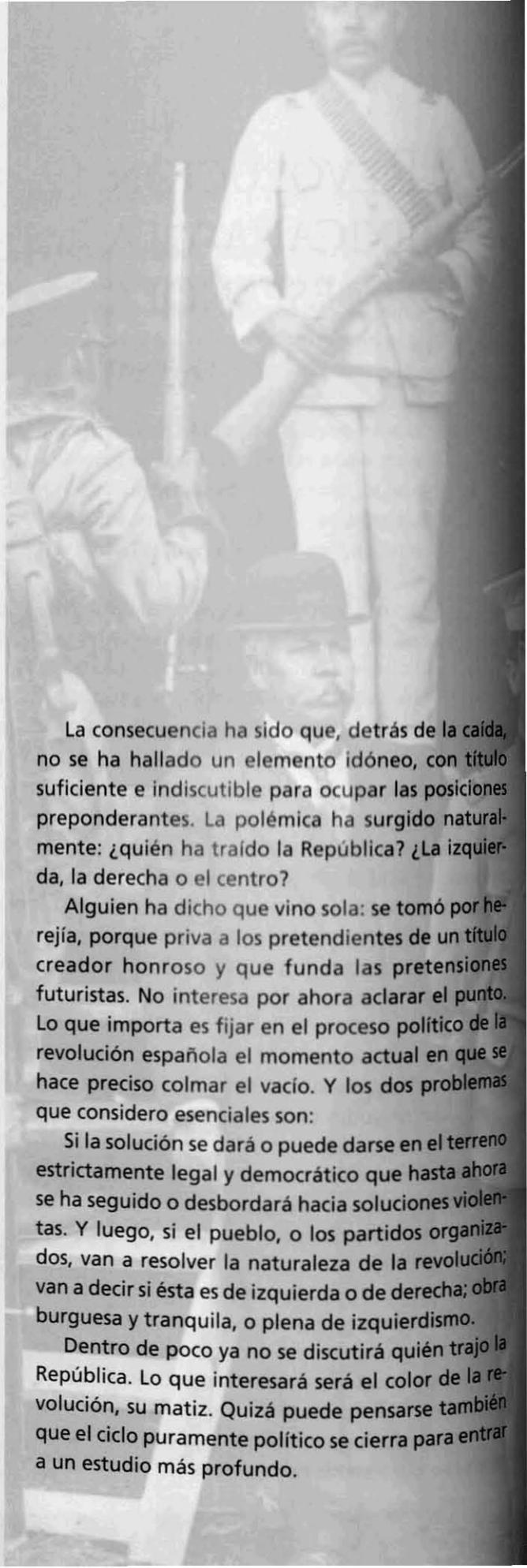
El pueblo de España no acusa seguramente los contrastes del mexicano; tiene mayor fijeza, más hondo sentido de su asentamiento. En México la distancia era tal que impedía el odio; lo que nacía entonces era la conciencia de una vida en planos diversos, y el choque era un salto inmenso y una explosión violenta entre fuerzas tan distintas que apenas podían llamarse contradictorias. En España el pueblo es más homogéneo, pero parece fijado con dureza en torno de su asiento. El libre desplazamiento es menor y las distancias también: los enemigos pueden considerarse del mismo planeta. Están en puestos de combate que no necesitan del proyectil lejano para encontrarse, basta el arma corta. Y precisamente porque su distancia es menor, el odio parece crecer con tonos crudos. Rudamente asentadas, estas fuerzas giran en espera de un encuentro fatal.

En la ciudad, la disciplina, la dirección y el ambiente general dan otro matiz al problema; el ariete puede obedecer ya una fuerza inteligente: tal vez sea lícito hablar de un "control".

Pero lo fundamental es reconocer la existencia de un problema hondo. Sin esta premisa podrá haber cambios políticos, pero no una revolución social. Este factor casi no ha figurado hasta ahora en el movimiento español. Por la preponderancia de la forma política, le dedicaremos unas apreciaciones aquí.

Se afirma la desaparición de las minorías agrupadas en derredor de la monarquía: alto clero, aristocracia, ejército. Crecidas al abrigo, eran débiles.

Pero al desaparecer han dejado un vacío. La obra externa, que fue indispensable para la destrucción del régimen monárquico, no ha sido homogénea, ni la impulsó una fuerza única preparada con anterioridad que por ley de crecimiento y por necesidad de ocupar el poder haya desplazado al régimen que antes lo llenaba. La descomposición vino y coadyuvaron fuerzas variadas unidas por la finalidad, pero no por sus condiciones intrínsecas.



La consecuencia ha sido que, detrás de la caída, no se ha hallado un elemento idóneo, con título suficiente e indiscutible para ocupar las posiciones preponderantes. La polémica ha surgido naturalmente: ¿quién ha traído la República? ¿La izquierda, la derecha o el centro?

Alguien ha dicho que vino sola: se tomó por heréjica, porque priva a los pretendientes de un título creador honroso y que funda las pretensiones futuristas. No interesa por ahora aclarar el punto. Lo que importa es fijar en el proceso político de la revolución española el momento actual en que se hace preciso colmar el vacío. Y los dos problemas que considero esenciales son:

Si la solución se dará o puede darse en el terreno estrictamente legal y democrático que hasta ahora se ha seguido o desbordará hacia soluciones violentas. Y luego, si el pueblo, o los partidos organizados, van a resolver la naturaleza de la revolución; van a decir si ésta es de izquierda o de derecha; obra burguesa y tranquila, o plena de izquierdismo.

Dentro de poco ya no se discutirá quién trajo la República. Lo que interesará será el color de la revolución, su matiz. Quizá puede pensarse también que el ciclo puramente político se cierra para entrar a un estudio más profundo.

* * *

El rasgo fundamental de la Revolución mexicana es el sacudimiento social: es la movilización de masas en torno de anhelos más o menos confusos, pero lo suficiente vivos para provocar el movimiento. En la revolución española, hasta ahora, lo típico ha sido el rasgo democrático: la dirección política consciente, la reflexión.

En México los intelectuales se incorporan a la corriente central como colaboradores de última hora. Comentaron en leyes la revolución en vez de causarla. Una revolución popular usa más la sangre que la tinta: es poco propicia para la obra del intelectual. En España el intelectual prepara la caída del régimen anterior. La causa en gran parte. En admirable posición de adoctrinamiento señaló la ruta, marcó los pasos y triunfó. Escribió con tinta la revolución y no con sangre.

Dentro de la Revolución mexicana, el proceso político previo careció de trascendencia para la estructura del país, aunque históricamente lo tenga de primer orden. El proceso político posterior a la revolución social tampoco es fundamental. En la revolución española, hasta ahora, el plano político ha ocupado el primer puesto y pretende recabar los derechos para continuar dando las normas para el cambio social, modulándolo, haciéndolo a su manera con plena conciencia y reflexión.

En un caso, visión de masa que empuja irresistible. En otro, solución esencialmente democrática y tranquila.

Además, en la Revolución mexicana el movimiento que parece surgir de las entrañas mismas de la nación, que se yergue en forma casi natural, irresistible, acusa desde el principio y por su sola vida sus caracteres, y el país no es sino un vasto recipiente pasivo que recoge las convulsiones que le imprime la corriente central revolucionaria. En España la revolución nace con lógica, pero sin esencia propia, sin caracteres indelebles e irremediables. Por eso es posible discutir en polémica viva quién la ha traído. Se quiere a través de la paternidad fijar sus rasgos. Por eso también, en el momento actual, cuando se llega al borde inevitable en que hay que matizar en definitiva al engendro, en que siguiendo la costum-

bre cristiana, hay que bautizarlo, se discute si la revolución ha de ser burguesa o de izquierda, blanca o roja. Y la decisión, el poder sentenciador, se atribuye bien al juego de los partidos hoy existentes, dentro de un terreno estrictamente parlamentario y democrático, o bien al pueblo español, a la voluntad general no encerrada en partidos.

Lo interesante es que el país resulta modulando su revolución. Aquí el papel pasivo corresponde al movimiento y no a la nación.

Pero al llegar a este punto de nuestras comparaciones, encontramos un momento crítico: las fuerzas políticas españolas han sido hasta aquí omnipotentes y han conseguido normar la vida revolucionaria, pero hay el anuncio claro de un cambio, que no se puede desconocer. Se está pasando al periodo orgánico social. La fuerza de los sucesos plantea problemas de fondo que se ligan a la vida misma del país, a su ordenación íntima.

En Castilblanco, en Arnedo y en otros tantos sitios se dan los primeros síntomas de un algo que precisa esclarecer y solucionar. Vecinos desheredados u obreros chocan con la fuerza pública y pagan algunos con la vida su furia contra el orden y la fuerza legal. Caen también algunos guardias civiles y España toda parece dividirse en dos inmensos sectores: uno que siente la muerte de los representantes de la autoridad, paga misas por sus almas y recauda dinero para las familias. Otro que se solidariza con los obreros caídos.



Manifestación tras el triunfo del Frente Popular, Madrid 1936.
Foto: Alfonso Sánchez de García



La boda de los milicianos, 1936.
Foto: Alfonso San de García

El sentido consciente e inteligente que hasta aquí ha ostentado la revolución de España llega a su prueba crítica. Se trata de saber si en el nuevo sector que ahora se abre puede mantener su hegemonía, o va a perderla ante un fenómeno de brusca precipitación y arrastre que anule y destruya las notas predominantes hasta ahora.

Y la solución no sólo tiene el interés de fijar en definitiva los rasgos de la revolución española, sino además tiene el muy importante de servir, en caso de que prevalezca la dirección técnica hasta el fin, de ejemplo importantísimo a los otros países, especialmente a los hispanoamericanos, que, acostumbrados a ver el nacimiento de sus revoluciones como brotes hondos e irresistibles, van perdiendo la fe en el poder de encauzarlos y dominarlos técnicamente.

Además, puede España resolver un problema de tipo general: el de saber si puede hacerse sin sacudimientos, con técnica, sin violencia, con orden, una revolución profunda.

La Revolución mexicana, como proceso típico de desencadenamiento social, como obrera instintiva de un pueblo, sirve bien por sus caracteres vivísimos para estudiar los movimientos que nacen de la estructura misma de un país, que viven irresistiblemente y dejan su huella honda por encima de sus elementos individuales y sus concreciones legislativas. Como inmenso bloque de granito, presenta sus aristas firmes a la observación y deja en el ánimo impresión de fatalidad, de impotencia humana ante los sacudimientos sociales.

Por otra parte, absorbe y aniquila los pasos políticos que le preceden y que la han seguido. Su cuerpo central de rudas dimensiones, apenas permite importancia a la introducción y al final políticos. Y luego, en correlación con la intensidad de la revolución, se aprecian en grado máximo los efectos que causa, tanto en el orden económico como en el social; tanto en la vida material como en el espíritu de las gentes. Los que nacen bajo el signo revolucionario.

rio aprenden a tenerlo como una sombra perpetua que los cobija. La juventud universitaria de México –me refiero a la actual–, a pesar de haber nacido después de consumada la revolución, siente todos sus pasos bajo la tutela del gran acontecimiento. Se desplaza con libertad únicamente dentro de los límites ideológicos revolucionarios. Salirse de ellos le parece un suicidio: si aquello ha sido tan fatal e irremediable, no cabe sino aceptarlo; vivir dentro del gran proceso creado a raíz del sacudimiento. Por eso quizá la juventud de México no se ha dedicado a una labor de crítica, sino más bien de interpretación.

Y en compensación a esta falta de movimiento, encuentra en cambio una maleabilidad social maravillosa dejada por la revolución. Dentro de las normas revolucionarias no hay imposibles. Toda la materia social se encuentra blanda; la mano puede plasmar en ella sin miramientos, sin tener en cuenta los innumerables factores que parecen esenciales en las sociedades de tipo estático. Después de la revolución, la vida de México se ha aligerado; se marcha sin obstáculo de un extremo a otro. Es lo que los observadores extranjeros han llamado “la audacia mexicana”.

Es indudable que hay en esto un fondo americano general que hace más ligera la vida y permite una movilidad que en Europa se alcanza difícilmente; pero el fenómeno de acentuación debido a la Revolución mexicana es sumamente fácil de apreciar.

Apartándonos ahora de México, veamos lo que España nos enseña hasta hoy.

Acción consciente sobre los sucesos sociales, y no acción cualquiera, sino profundamente reflexiva y técnica. Modulación lenta del proceso revolucionario.

Vuelta continua de los dirigentes hacia el proceso que van creando para examinarlo y juzgarlo; hasta para criticarlo con el sentido más elevado que puede tener una crítica constructiva.

Vemos esfuerzos por “rectificar” la República. Escuchamos también la voz que invoca las razones históricas, la que siente la grave responsabilidad del hombre que “se ha puesto a crear historia”.

La preocupación de crearla bien, la conciencia de que se esta creando, la confianza en la acción inteligente del hombre, son notas elevadísimas del momento español.

La obra política ha sido preponderante, es verdad, pero no de política corriente, sino acusando complejidad: rige al país, pero también trata de encauzarlo por los marcos históricos. Hasta puede pensarse en la aparición de un nuevo tipo de director público: aquel que no sólo atiende a las vibraciones del momento, sino que tiene después que pasar sus resoluciones por un segundo tamiz mucho más exigente: el de la conformidad histórica de su acción, el de su validez no sólo pasajera, sino definitiva.

Pero hablo, naturalmente, de lo hecho hasta hoy, y no se puede olvidar que la prueba más dura está por venir y derivará de la nueva clase de materias que hay que enfocar: leyes complementarias, reforma agraria, nuevas bases de organización social... ardua labor que lo mismo puede conducir al triunfo definitivo del sentido técnico y democrático español que a su fracaso doloroso, que no será atribuible, seguramente, a defectos propios, sino a la imposibilidad abstracta de la tarea. Será la negociación de las revoluciones conscientes, ordenadas y de tipo técnico.

Y si el fracaso se ocasiona por resistencias de los sectores privados que sufran a causa de los cambios inteligentes que se requieran para la obra revolucionaria, habrá que concluir que faltó esa “suavidad”, esa “movilidad” que vemos existe en México y que permite estrechar los intereses privados hasta los límites indispensables.

Mas si la suavidad nace del movimiento violento, llegaremos fatalmente a pensar que en España, al igual que en México, ha de seguirse la ley irresistible: sacudimiento que dé al ambiente la plasticidad necesaria para construir los nuevos modelos de vida.

Las enseñanzas de tipo mundial que pueden derivar de la revolución española en estos momentos en que la masa parece asentar por doquiera su planta, constituyendo anónimamente sus procesos, merecen el mayor interés y aumentan la nota de responsabilidad en las individualidades creadoras.

Madrid, enero de 1932

ESPAÑA (ORACIÓN)

León Felipe*

Prólogo y justificación

La conferencia que el señor Embajador de España, don Julio Álvarez del Vayo, pronunció el día 13 del mes de julio en la Escuela Nacional Preparatoria, abrió una tarea espiritual entre los españoles de México, que era necesario continuar.

Nos obligó, de una manera irrecusable a todos aquellos de entre nosotros que disponemos de un poco más de ocio para la meditación y las labores del espíritu. Fue aquello una invitación que después nos ha reiterado a los que queremos ayudarle; un deseo que rompió las últimas resistencias que el tono menor de mi voz, lírico y recatado, había levantado siempre contra las exigencias ordinarias de la tribuna.

Y, libre ya de fantasmas y de prejuicios estéticos, vengo hoy con lo mío a los campos, en siembra, de la vida contemporánea española. Lo cual no quiere decir: "también yo soy orador". No. Lo mío no es la oratoria. Es un gesto más impopular. Un gesto casi desprestigiado por las antiguas actitudes políticas. La palabra "lírico", aun en América, tiene ya una connotación abiertamente peyorativa entre los hombres de acción.

Sin embargo, el momento actual del mundo requiere a los poetas también. Yo he oído el clarín agudo de su llamada angustiosa. Lo han oído ya muchos. Un grupo de poetas de la vanguardia más disciplinada de Europa, para acabar por ahora con el bizantinismo y con la lírica de la hoz y del martillo, ha vuelto a dar a la poesía su prístina y primordial prerrogativa de propaganda. La poesía es propaganda. Propaganda religiosa, para evitar derivaciones mezquinas y quitándole a la palabra toda implicación dogmática y clerical. Propaganda fue la primitiva poesía épica, desde Homero hasta nuestro Mío

*Por gestiones de Alfonso Reyes, vino a México por primera vez en 1923. Durante la Guerra Civil española participó en actividades culturales. Al triunfo de los fascistas retornó a México, donde se exilió definitivamente.

Entre sus obras destacan *El payaso de las bofetadas* (1938), *El hacha* (1939), *Llamádme republicano* (1950) y *Oh, este viejo y roto violín* (1968). "España (oración)" se publicó en *Universidad de México*, noviembre de 1931, tomo III, núm 13.

Cid; propaganda fue la poesía de Lucrecio y de Virgilio; propaganda fue la poesía de Dante, y propaganda y hasta poesía de circunstancias, la poesía de Goethe. Al final aclararé más esta afirmación.

Los hallazgos felices de un arte de laboratorio pueden ser elementos aprovechables para el poeta, pero, ellos de por sí, no son la poesía, y un movimiento político actual puede quedar circunscrito dentro del foco enorme proyectado sobre la tierra desde una estrella, pero en ese movimiento circunstancial aislado no está la poesía tampoco. Si está ahí, es porque está en muchos otros sitios también. Es porque está en todo el universo.

Ni la poesía es propaganda tan sólo. Es eso y mucho más también. Pero conviene hoy insistir sobre la simpatía y la magia que tiene un verso limpio para abrir todas las puertas. Y los poetas de empinadas aristocracias, que no quieren romper los escrúpulos que les aíslan y les emparedan en la atmósfera mortal e inhumana del Castillo de Axel, debían de recordar que el verso más puro puede cabalgar muy bien, acurrucado como Pulgarcito, en los alados calcañares de Mercurio. Entre gritos de Güelfo y pregones escolásticos florecieron los tercetos inviolables de *La Divina Comedia*. No hay poesía aristocrática ni poesía socialista. En la poesía va ya implícita la más alta jerarquía humana. Y en su reino amplísimo, que abarca desde la piedra más humilde hasta la estrella más remota, los intereses políticos de partido se pierden en los anhelos eternos y universales del corazón humano.

Entramos en un momento de firmes y amplias colaboraciones. ¡Que haga cada uno lo suyo! Pero disparando hacia el mismo blanco convergente. ¡Que haga cada uno lo suyo! Pero que todos dirijan su

esfuerzo hacia el corazón mismo del sol. ¡Que haga cada uno lo suyo! Lo mío, hoy, es abandonar y demoler la vieja torre del solitario y descender al valle con una ofrenda humilde en las manos. Lo vuestro, por ahora, no pedir más de lo que traigo. Y lo que traigo no es un discurso, es una canción. Esto es sólo una canción. O una oración, es lo mismo. Pero también España, la Nueva República, la colonia española de México y México mismo necesitan ahora un canto de exaltación y de esperanza que nos haga más llevadero este momento sombrío de nuestro destino.

I. Vida, pasión y penitencia

El señor Embajador nos explicaba hace dos meses el proceso orgánico precursor de la República española, partiendo del primer esfuerzo de don Francisco Giner de los Ríos. El nacimiento inmediato de la República data, en efecto, de aquel esfuerzo que engendró toda la nidada de los hombres del 98. Pero aquel esfuerzo produjo algo más que la República. La República es sólo el nombre de un movimiento hijo de aquel esfuerzo, que tiene una proyección espiritual mucho más alta. La República es un paso, un trecho nada más, parte de un camino muy largo. Dentro de algunos años su nombre no nos dirá nada. Y la veremos desde una loma como las huellas históricamente recogidas de un camino infinito. Tenemos que retener los nombres de las cosas cuando aún no podemos inventar otros. República es un nombre con un viejo significado, que acaso no tiene un sentido limpio y satisfactorio para nosotros.

La República, en abstracto, no existe ni puede ser definida. Existe la República de Francia, existe la República de México... y ahora la de España. Cada definición de estas repúblicas entraña necesidades históricas específicas. Y la República española tiene que ser una República distinta de todas las demás. No se trata de exaltar una calidad; de decir: esto es mejor que aquello. Se trata solamente de afirmar un resultado histórico diverso, un proceso orgánico peculiar, una jornada diferente. Hay que explicarla como un franco desenvolvimiento biológico, para que los buenos españoles-mexicanos que ayer mis-

mo eran monárquicos y que hoy se encuentran confusos por los *nombres*, den de lado todas esas fórmulas políticas, necesarias para entendernos nada más, y vean este movimiento sólo como un hecho históricamente vital en el que ellos, consciente o inconscientemente, estén aquí o estén allá, sólo por ser españoles, toman parte; y no para colocarse en un bando o en otro, sino para ser llevados, de una manera inapelable, por el torrente fatal de los hechos.

Nadie se avergüence de haber sido monárquico ayer mismo y nadie se lo eche en cara a otro como un insulto. ¿Qué español, desde hace tres siglos, sabe en realidad lo que ha sido? Ahora vamos a empezar a ser, a volver a ser. Desde los comienzos del siglo XVII, no hemos sido más que sonámbulos todos, hombres que dormían, hombres exhaustos, hombres desjartados, jadeantes, sin resuello, que tenían que descansar, que tenían que dormir como todo el que acaba de ejecutar una obra superior a sus fuerzas.

Entre el sueño y la pasión hemos caminado por la historia.

Habíamos salido de la reconquista, con el espíritu de proselitismo que ganamos en una Guerra Santa de siete siglos, cargados de fe y con una enorme misión histórica que cumplir. La emprendimos ciegamente, furiosamente, sin calcular nuestras fuerzas para la tarea que nos deparaba el destino. Éramos 8 millones de hombres medievales que habían luchado siglo tras siglo por la cruz, y que con la cruz en la mano, jadeantes ya por una guerra sin tregua de siete centurias y sostenidos sólo por la pasión y la fe, entramos en el mundo del Renacimiento a domeñarlo todo y a unificarlo todo en un imperio y una iglesia. Se nos abrieron milagrosamente las puertas de esta Atlántida olvidada, y aquí nos desbordamos desde Colorado hasta la Patagonia. Nuestro mejor esfuerzo se quedó en el Adriático, en Lepanto. Alientos fogosos dejamos en Italia y sangre fanática en Holanda. Nuestro último empeño, en las costas de Inglaterra. Toda España era un marchar incesante por rutas sin tregua y sin fin. Todo era andar y andar. Todo eran cruzadas sin descanso. Todo era aventura sin mesón. Todo eran caminos. Por ellos se fueron los conquistadores, los pícaros, los místicos, don Quijote. España entera.



Teníamos que parar, teníamos que descansar.

Y, ya vencidos, después de darlo todo y de perderlo todo, nos echamos a dormir. Para que no nos muriésemos de pena y para enseñarnos a perder, Cervantes escribió un libro. *El Quijote* nos arrulló. Ramiro de Maeztu ha llamado a nuestra biblia "el libro de la decadencia". No hay inconveniente en hacer coincidir la fecha de la aparición del *Quijote* con el comienzo de nuestro descanso. Nos dormimos al comenzar el siglo xvii. La historia ha dicho que degeneramos. Nos dormimos tan sólo.

Habíamos querido mucho, habíamos luchado mucho, habíamos andado mucho... y teníamos que dormir bien. Casi tres siglos. Aquellos gestos de la Guerra de la Sucesión y de la Guerra de la Independencia, fueron manotazos de sonámbulos. Las mismas guerras carlistas no son más que patadas que nos dimos unos a otros inconscientemente en el hacinamiento de la yacija. Despertamos al acabar el siglo pasado.

Hay un grupo de hombres, al finalizar la última década del siglo xix, que se levantan los primeros, que se desesperan, que se restriegan los ojos fuertemente con el dorso de la mano y empiezan a gritar a su alrededor: "¡Eh, arriba, ya habéis dormido bastante!" Se les ha llamado "los que despiertan". Los que despiertan y los despertadores. Son hombres de voces bíblicas, ásperas, rotundas. No dicen grandes cosas: gesticulan, más bien. Usan a veces paradojas absurdas y conceptos extravagantes. Su evangelio de fe se expresa en formas violentas: gritan contra la modorra, contra la abulia, contra la falta de entusiasmo. Se confunden y se contradicen a veces. Son campanas del amanecer, aldabonazos sobre las puertas cerradas; gritos, alborotos de la madrugada. Aun no es la hora de la disciplina, de la división del trabajo y de la razón. Estos hombres se llaman Costa, Galdós, Picavea, Ganivet, Unamuno... Casi todos llevan un látigo en la mano. Al que no se despierta por las buenas, lo despiertan a latigazos. Hay luchas, cardenales y ronchas de sangre. Y hay quien no quiere despertar. Se habla de la encefalitis letárgica nacional y por un momento se pierde toda esperanza de resurrección. Los más remolones, los empedernidos, son los que se han envuelto en la capa vieja y acartonada de una tradición

infecunda: la clase aristocrática, el clero y el rey. El rey no ha despertado aún... soñando se lo han llevado a Francia.

Después de la guerra mundial, más de la mitad de España está ya despierta.

Aquellos hombres extraordinarios del látigo crearon una minoría vigilante que hemos llamado "hombres del 98": Cajal, Benavente, Pidal, Azorín, Baroja, Maeztu, Valle Inclán, Machado, Jiménez y el mismo don Miguel de Unamuno. Son los hombres que se reparten al fin los distintos campos del reino espiritual de España. Después de vagas e infantiles revueltas se tornan en cruzados silenciosos, y cada uno desde su camino: desde la novela, desde el teatro, desde el periódico, desde la cátedra y desde el laboratorio, siguen removiendo y despabilando a España. Su gran levadura se va entrando en la masa dormida. Hacia el año diez habían ganado refuerzos potentísimos: Ayala, Miró, Araquistáin, Bagaría, Gómez de la Serna, médicos, científicos, investigadores, pedagogos y el gran capitán Ortega y Gasset. Todos soldados de la inteligencia. Hay otros hombres también. Otros hombres de inteligencia y de corazón a la vez. Personalidades más dinámicas que han ido a encontrar al pueblo directamente en el mitin, en la plaza, en el campo, y le han sacudido, sin miedo a las balas, en la modorra de su vida diaria.

Pero vengo enfocando los hechos por un lado solamente, por el lado en que se ha dado la batalla principal y porque es necesario entender que la revolución, más que una guerra política, ha sido una guerra de la inteligencia. Vista así, además, es como la República española revela sus caracteres específicos y no puede confundirse, de ninguna manera, con las viejas repúblicas americanas, nacidas de otras necesidades más modestas y más simples, y organizadas por hombres más ingenuos también. Antiguos estados liberales habrán tenido un gesto de condescendencia y de superioridad para España y la habrán visto venir, de seguro, a la República, como el viejo marino que contempla sonriendo y sin quitarse la pipa de la boca, al grumete intonso que acaba de llegar. Pero España no viene a la República, a su República, a su concepto de República. Y sus capitanes no son los viejos capitanes de la república nor-





teamericana, por ejemplo. Hemos confiado, por primera vez, nuestro destino a los hombres mejores de España, a los más inteligentes, a los más preparados, a los que han oído mejor el latido histórico de nuestro suelo. Tiene que pasar mucho tiempo para que en Norteamérica (para citar un nombre) se haga lo mismo. La minoría norteamericana correspondiente a la minoría española que ha ganado ahora el poder, es tan inerte y tan pequeña aquí arriba, y es tan extraña a la masa enorme y estandarizada, que no se concibe su triunfo sino a través de muchos años de lucha todavía, o de una gran revolución social. El gobierno de España es una República; pero es una República que está a la vez en las manos de los mejores. Ahora, somos más aristócratas que ayer; pero nuestra aristocracia es la otra, la buena, la legítima... la del sacrificio.

Frente al rey y frente a la vieja aristocracia, que era la encarnación de la terca modorra nacional, interesada y estéril, sin más ideal que defender una institución infecunda, sin validez y sin sentido ya, está otra aristocracia, joven y sana, de la inteligencia que se aprieta al pueblo para despertarlo y para levantarlo con un mensaje positivo en la mano.

Para simbolizar este contraste entre la vieja aristocracia desprestigiada y la nueva inteligencia, se contaba una anécdota en España, ya por el año veinte, que tal vez no era cierta y que acaso fue inventada tan sólo para poner de manifiesto la realidad de esta oposición entre el rey y la clase intelectual. Debíó nacer en el Ateneo o en la revista *España*. Decía así: comía el rey con varias personas de prominencia universitaria, en un afán, un poco forzado ya, por conocer otros valores del reino que no fuesen los políticos y los de los jugadores de polo. Entre los comensales estaba José Ortega y Gasset. Quiso enterarse el rey de lo que era y de lo que hacía cada uno, y luego de un interrogatorio frívolo y variado, se encaró con el autor de *España invertida* y le dijo: ¿Y tú, qué haces? Yo, respondió Ortega, enseñé metafísica, señor. Y entonces el rey, con el gracejo y el ademán achulapados que le ganaron tantas simpatías entre los incautos, respondió: "¡Arrea, metafísica!"

Sin duda es un cuento. Pero encierra una verdad de símbolo. Y la verdad del apólogo también. No quisiera, sin embargo, que se le diese otro propósito que el de aclarar un punto de mi oración. La cual no pretende levantar nuevos odios ni eternizar viejos rencores innecesarios ya. Ya no es rey de España don Alfonso de Borbón, pero es un español aún y un hombre vencido. Y yo sé muy bien que aunque la historia lo condene, el pueblo de España, a poco que él haga, le dará, si no la corona otra vez, si un acomodo en el cielo.

Son el arte y el pueblo español, y el arte y el pueblo en general, amigos de salvar a los reyes caídos, si ellos saben justificar su salvación con el arrepentimiento y la penitencia. No hace falta recordar aquí la tragedia de Edipo ni la del rey Lear, ni la del rey Carlino. Hay en el Romancero español un viejo romance del siglo quince que se llama "La penitencia del rey don Rodrigo".

Fue don Rodrigo el último rey de España, de la dinastía visigótica, y por sus pecados de amor, perdió él un día el reino y perdimos la patria nosotros. La historia lo deja muerto en la batalla de Guadalete, sin esperanza de redención en la otra vida. Pero el pueblo, al llevar al romance el episodio, le salva amorosamente, no sin una terrible penitencia, claro está. Eran los reyes de hechura divina, y grande había de ser su responsabilidad y severo el castigo de sus yerros. En la leyenda y en la tragedia, y en este romance también, los vemos peregrinar descalzos y harapientos bajo el encono de los cielos. Don Rodrigo encuentra al fin a un ermitaño, y dice:

El desdichado Rodrigo
yo soy que rey ser solía,
el que por yerros de amor
tiene su alma perdida,
por cuyos negros pecados
toda España es destruida.
Por Dios te ruego, ermitaño,
por Dios y Santa María,
que me oigas en confesión
porque finarme quería.
El ermitaño se espanta
y con lágrimas decía:

"Confesar, confesarete,
 absolverte no podía."
 Estando en estas razones
 voz de los cielos se oía,
 "Absuévelo, confesor,
 absuévelo por tu vida,
 y dale la penitencia
 en su sepultura misma."
 Según le fue revelado,
 por obra el rey lo ponía.
 Metióse en la sepultura
 que a par de la ermita había;
 dentro duerme una culebra,
 mirarla espanto ponía:
 tres roscas daba a la tumba,
 siete cabezas tenía.
 "Ruega por mí el ermitaño
 porque acabe bien mi vida."
 El ermitaño le esfuerza,
 con la losa lo cubría.
 Rogaba a Dios a su lado
 todas las horas del día.
 "¿Cómo te va, penitente,
 con tu fuerte compañía?"
 "Ya me come, ya me come,
 por do más pecado había
 en derecho al corazón
 fuente de mi gran desdicha."
 Las campanicas del cielo
 sones hacen de alegría;
 las campanas de la tierra
 ellas solas se tañían;
 el alma del penitente
 para los cielos subía.

No es del todo inoportuno recordar ahora este romance aquí. Con él se cerró una monarquía hace siglos y con él podemos cerrar otra ya para siempre y sin odios.

El arte ha venido siempre a rectificar la historia. En las manos del pueblo ha servido para salvar piadosamente nuestros engaños. Para levantar la vida, para agigantar a los hombres, para divinizar a los reyes. Y coronados por Dios ha visto el pueblo a sus monarcas cuando han sabido llevar sus infortunios como santos.

No es el Salomón de las concupiscencias ni el de la suntuosidad el nuestro. Ni el de la sabiduría. Ni el Salomón de la buena justicia tampoco. "Un día todos sabemos hacer justicia."

También como el rey hebreo
 la hizo Sancho el escudero
 y el villano Pedro Crespo.

Al del arrepentimiento, al Salomón del Eclesiastés es al que admiramos.

Cualquier hombre hubiese perdido a España por la belleza de la cara. Pero arrepentirse y meterse vivo en una sepultura con una culebra de siete cabezas es una hazaña que está más allá de la voluntad de los hombres, digna de reyes pecadores coronados por Dios... Y no es el rey el que importa aquí, sino el pueblo, la nación misma (no hay que hablar en estos casos de responsabilidades, sino de penitencias voluntarias). No se busca en el romance el honor de don Rodrigo sino el honor de España... la defensa de nuestro engaño: ¡Que sea Dios todavía quien nos mandó el último rey! Y por España hubo que hacer a don Rodrigo, no como fue, sino como debió de ser, como pudo ser... como fue en realidad. En la realidad del arte, en la realidad de nuestro deseo, en la realidad de nuestra imaginación, más real que la realidad misma de la historia. El arte es el que va levantando la historia y nos va haciendo a nosotros levantar la cabeza con normas excelentes. Todo, todo se lo perdonaremos a don Alfonso de Borbón. Todo, menos que ahora, en su destierro, no nos deje un sitio limpio entre sus pecados para que el arte pueda levantar un mito. No queremos que sea un nuevo Aristófanes quien le cante. España es un pueblo de tragedia, y sus reyes desterrados no pueden ir a enriquecer las operetas de Europa. Los reyes españoles que han perdido la corona, como don Rodrigo, se meten en una sepultura vivos y con una culebra de siete cabezas.



Los últimos detalles de la revolución, el despertar absoluto de la clase media y del pueblo todo, la actitud vigilante de la nación en los comicios y el triunfo del espíritu alerta, los recogimos de labios del Embajador de España, hace dos meses, en la Escuela Nacional Preparatoria.

II. Pasión y sabiduría

Y he aquí a España ya despierta del todo.

Entre el sueño y la pasión hemos caminado por la historia.

Nuestro fue el sueño.

Y nuestra es ahora la pasión. Estamos en el arranque mismo de la pasión despierta.

Es una fuerza del mundo. No sé si engendra la fe o es hija de la fe, pero sin ella no hubiesen llegado en otro tiempo a estas costas las carabelas de Colón. Es una gran herramienta del destino. No es mejor que otras, pero cuando es requerida por la historia y su oficio se impone, ella es la que rige. Puede abrir grandes brechas en horas de desespero y de tinieblas y suyo es el arrojo temerario que talará los horizontes inexplorados. Pero es un arma de dos filos que mata y que exalta. Ella ha labrado nuestra historia, llevándonos ciegos a empresas prometeicas y hundiéndonos luego en un sueño de madrugada perezosa y lejana. El gráfico sísmico de España le marca ella en un ángulo fino que se agudiza hacia arriba como el de una llama. Al lado izquierdo está el impulso, la ciega acometida, el amor sin freno, la locura, la rápida ascensión; al otro el desaliento, el cansancio, el sueño, el descenso furioso del alud hasta el valle, hasta la muerte casi. No es así la línea de la vida. Nosotros no hemos vivido nunca. Ni la pasión ni el sueño son la vida. La felicidad de este mundo no ha sido para el español. Ningún español ha sido nunca terrenalmente feliz. Al mejor de nosotros, la felicidad le ha venido de una estrella o de un sueño o de la farsa de un sueño, como a Segismundo. No fue este el mejor legado del destino, pero él implicaba una obra y un sacrificio que alguien tenía que cumplir.

Y dijimos: aceptarlo valientemente es una gran ejecutoria humana.

Pero ahora decimos: aceptarlo valientemente y aprovecharlo con reflexión y con medida, con vigilancia y con sabiduría, ha de ser el nuevo camino de nuestra historia venidera.

Ahora decimos: la pasión es una fuerza motriz, un salto de agua que tenemos que usar inteligentemente, un caudal que debemos emplear con economía y con el mayor rendimiento posible, como el hombre rico emplea su dinero y el hombre sabio su sabiduría.

Y hemos hecho ya un lema de esta paradoja: la pasión fría, la pasión razonada.

Ahora decimos: Ya no es necesaria la pasión desmedida. Sin perder el hilo de oro de nuestro destino, queremos corregir ciertos rasgos de nuestra historia y de nuestro carácter.

Algunos de aquellos visionarios del látigo que despertaron a España –Unamuno y Ganivet– recogieron el símbolo de *La vida es sueño* y vieron en él la presciencia que hay ya en la aventura de Segismundo. Es la aventura de España. Con el sueño y el despertar primero, lleno de violencia y el despertar segundo, el que ahora nos llega, lleno de cordura y de bondad. Estamos ahora cargados de pasión, pero también lo estamos de experiencia y con la vigilancia desplegada. Al despertar lo hemos recordado todo. Todo. Nuestra historia entera. Nuestras locuras. Nuestros pecados y nuestros aciertos.

Nuestros pecados. Nuestra soberbia:

¿Qué tengo más de saber
después de saber quién soy
para mostrar desde hoy
mi soberbia y mi poder?

Son palabras de Segismundo al despertar de su primer sueño.

Nuestros instintos bestiales:

Nada me parece justo
en siendo contra mi gusto.

Son palabras del primer Segismundo también.

Nuestra pertinacia en defender el error:

Procure siempre acertarla
el honrado y principal;
pero si la acierta mal,
sostenerla y no enmendarla.

Esto es de la más terca y de la más mala tradición
española. Se afirma en una de las interpretaciones
renacentistas del Cid.

Pero si la acierta mal
sostenerla y no enmendarla.

Es nuestra historia siniestra.

Y aquí es donde Unamuno y Ganivet nos aconsejaban hacer acto de contrición colectiva. Pero recordamos nuestros aciertos también. Nuestra buena tradición. El hilo de oro de nuestro destino. Y nuestros problemas iniciados, que no tuvimos tiempo, ni fuerzas, ni medios, ni serenidad para fijarlos y prolongarlos. Ahora ya nos conocemos. El sueño y las tribulaciones han aclarado nuestra mente y han limpiado nuestro corazón. Ahora sabemos lo que hay que hacer y lo que hay que no hacer. Sabemos ya dónde y cómo debemos aplicar la fuerza de nuestra pasión. Ella de por sí es ciega, pero la pueden conducir cuerdamente los descalabros, la sabiduría y el amor.

Venimos, además, en este despertar nuestro de ahora, a un mundo que nos espera, a un mundo que quiere definirse con lo mejor y lo más específico de nuestro carácter. A un mundo que busca como salvación aquellas virtudes humanas que afirman al individuo y que el español no ha perdido nunca: la exaltación de la persona y el esfuerzo por integrar esta persona en lo universal y en lo imperecedero. El arte de hoy, el posexpresionismo, el realismo mágico, es, como si dijéramos, nuestra propia casa. La objetivación, la solidificación de la realidad, para proyectar sobre ella los anhelos espirituales y religiosos del hombre –lo mágico y lo misterioso, dicen los artistas revolucionarios miedosos de pronunciar la palabra religión– que pregonan todo el arte moderno, es lo que hemos buscado nosotros de continuo. Es la inquietud de todo nuestro arte, que es realismo

y espiritualidad. Y la integralidad del hombre, tras la cual va la filosofía actual, es lo que ha defendido y conservado siempre inconscientemente y con ahínco el último labriego de Castilla.

III. Luz y ascetismo

Y ya en este mundo, y despiertos, con nuestra pasión refrenada por la inteligencia y por la vigilancia, atentos a cultivar lo legítimo y a cercenar lo arbitrario... ¿a dónde vamos?

¿A dónde vamos? Pues no vamos ni a ganar una ínsula, ni a conquistar un imperio, ni a hacernos ricos, ni a luchar por un régimen pragmático, ni a repantigarnos satisfechos en el sillón de la República. No vamos a ninguna parte. Vamos a continuar de la mejor manera y con las mayores libertades la línea verdadera y desbrozada ya de nuestro destino. El cual, si ayer fue, o pareció ser, un destino guerrero, hoy no lo es. No hay ningún destino que sea ni que haya sido guerrero, fundamentalmente guerrero. El gesto épico fue sólo una herramienta interina. Bajo él estuvo siempre palpitante un ideal.

Y he aquí otra cosa que vimos al despertar ahora: que Castilla no es épica ni guerrera. No lo fue nunca. Aquel empeño de lucha por la tierra, fue sólo empeño de lucha por la luz. Y cuando España, grande otra vez, sea una o diversas, unitaria o federal, Castilla, más que una región o un centro político o una fuerza material, será, ante todo, lo que ha sido siempre y lo que debe ser: un altar. Un sitio santo de peregrinación a donde todos los españoles suban en las horas de agobio a meditar y a purificarse. A hacer penitencia bajo sus normas ascéticas y luminosas. A llevar las ofrendas plurales y mejores de su esfuerzo para que la tromba de la meseta las levante y las integre en el azul inmaculado.

Tal vez no hay otro pueblo en el mundo como España, donde, a pesar de la línea violenta de montes y de valles, la vieja tierra nacional, la península toda, se estructure topográficamente de una manera tan orgánica –humanamente casi– y con una estructuración de nobles preferencias, porque la disposición y la valoración de las tierras se ha hecho partiendo de las altas jerarquías del espíritu y del sacrificio, no partiendo de las terrenales prerrogati-



vas de la fuerza y del poderío. Castilla es el corazón y el alma de España, no sólo por ser núcleo y cúspide, sino porque es, además, el sitio más estratégico para las batallas del espíritu. Su excelencia no se apoya en antiguos privilegios de poderío político, sino en privilegios de luz y de renunciación. Cuando todo esté sombrío como ahora y los horizontes sean una muralla negra, sus normas luminosas y ascéticas nos salvarán siempre, no su vieja lanza. Si se van todos los frailes de España y se desmoronan una a una todas las abadías, que no se inquieten los devotos... siempre nos quedará la disciplina espiritual de la meseta. Ella hará nuevos místicos de la España que empieza. Ella ha hecho nuevos cristianos ya para esta España de ahora. El momento es revolucionario, mas no arreligioso ni anticristiano.

No se trata de suprimir, sino de cambiar, de purificar sobre todo, de vitalizar, de darle un ritmo humano y actual a todo lo que perezosamente se había dormido. Y nada se ha improvisado ahora. El decreto que ha separado a la Iglesia del Estado lo han provocado los hombres religiosos de España, que, como don Miguel de Unamuno, han venido diciendo desde hace mucho tiempo que el cristianismo es apolítico. Y no son vientos jacobinos los que soplan. La Iglesia lo sabe, y lo saben las órdenes jesuíticas también. No es el deseo de unos cuantos enciclopedistas españoles que quieran otra vez seguir arbitrariamente el ritmo de Europa. Es Castilla, el corazón de España que con un "latido agónico pide el cristianismo legítimo: aquel cuyo reino no es de este mundo". "El cristianismo de san Pablo, no el de san Pedro. El cristianismo que vela, no el que duele." Castilla, con las cláusulas de sus nuevos decretos y con la fe de sus hombres nuevos, quiere ser otra vez sencilla y desinteresadamente cristiana. Castilla es la regla vernácula y cósmica, viva siempre y desligada de lo próximo y perecedero, contra la disciplina ocasional y pragmática que a veces se llena con intenciones de poderío inmediato. Castilla es lo normativo, lo cósmicamente normativo en religión, aunque ahora aparezca como herética. Ella corrige desviaciones y nada más que corrección ha de ser hoy toda nuestra revolución religiosa. Se trata sólo de enderezar una viciosa torcedura. Por la historia sabemos que estas

correcciones se hacen de una manera periódica, y no es la primera vez que Castilla coopera en estas empresas. Ahora, al meterse en las entrañas puras de un catecúmeno que sube a la meseta desde las bárbaras cañadas vizcaínas, limpias de toda metafísica, nos descubre otra vez a Dios, al Cristo y a san Pablo, con la pujanza y la virginidad de los días evangélicos, en un gesto de lucha y de herejía, que es tan sólo el esfuerzo por acoplar de nuevo lo cósmico y lo actual.¹

Cuando España se amodorra en el siglo xvii, se amodorra espiritualmente también; cuando se para el cauce que daba lozanía y empuje a nuestras quimeras y a nuestros ideales, la mística, la exaltación religiosa se duerme como las demás fuerzas de la raza. Y se duerme no sólo en los conventos, donde había hecho de preferencia su nido, sino en Castilla también. No era un pájaro monacal que se había acogido al regazo de las abadías. Era y es el ave simbólica de Castilla que a veces gusta posarse a descansar en los páramos más austeros y limpios de la meseta. Que no son los claustros los que crean los místicos españoles, sino el cielo y la tierra de Castilla.

El esfuerzo de Menéndez y Pelayo por denunciar después del siglo xviii el rastro de la mística al través de los conventos, de donde dice que no ha huido jamás, está más lleno de generosidad que de justicia. Tal vez con un poco de severidad estética pueda decirse que después que el espíritu de cruzada religiosa desaparece de Castilla, de los conventos no salen más que obras y versos de artificio. Ingeniosos y gongorinos.

La exaltación religiosa huye de Castilla por cerca de tres siglos. Vuelve cuando España despierta. Y vuelve a hacer su nido en la meseta otra vez, como siempre. Pero ya no en los conventos. El sentimiento religioso ahora se seculariza, se *desclericaliza*, se *re-humaniza*. Y se encarna en hombres laicos que se yerguen sobre la meseta con una voz no monacal, sino castellana. Y Castilla es la que habla ahora, no Roma.

En cierto sentido, podría decirse que todos los escritores del 98 son místicos y castellanos: místicos, porque por encima de sus formas heréticas y anticlericales se destaca el empuje ascendente, lumino-

so y sintético que buscan todos para ellos y para España. Y castellanos, porque ese empuje lo encuentran y lo sienten sólo dentro de la tromba que sube de la meseta. Al que no es de Castilla, Castilla lo gana. Y el carácter más fuerte y que da más unidad a ese grupo de hombres es la exaltación reverente que todos hacen de Castilla. ¿Para qué citar nombres y ejemplos, si desde Giner de los Ríos hasta Ortega y Gasset esta generación y su secuela fue y sigue siendo ante todo y sobre todo la canción permanente de Castilla? Por este solo gesto España ha contraído con estos hombres una deuda que no pagará jamás. Que ese gesto es el que tiene hoy encendidas todas nuestras esperanzas. Y no porque es un gesto castellano (que esto podría sonar ahora a parcialidad regionalista), sino porque es un gesto místicamente castellano. Un gesto de amor, de luz y de unidad. El gesto que ha de llenar de confianza a Cataluña y ha de hacer mañana fecunda la fraternidad efectiva de Portugal.

Castilla es sólo una fuerza espiritual. "¡Se ve tan bien desde allí, y se come tan mal!" Creo que son estas palabras de Ortega y Gasset. Más sencillamente y mejor no se ha definido nunca a Castilla. Pero en Castilla se come mal, no por la imposición sórdida de la tierra, sino por la dictadura espiritual de la luz. Aquí, *para ver*, hay que ayunar. Este lema místico y castellano está escrito en el cielo, no en los surcos. Y entendamos bien esto: que el ascetismo impuesto por la luz, es gracia, y el ascetismo impuesto por la tierra, es miseria.

Ahora que el mundo vira hacia lo espiritual y religioso, los pueblos esencialmente ascéticos, como España (y México también), deberían emplear con sabiduría esta fuerza poderosa y humilde, y ponerla generosamente en las manos de los hombres selectos y de buena voluntad que quieran sacrificarse también y gobernarlos. No es la imposición de un proyecto de economía nacional lo que nos salvará en estos momentos, sino el ofrecimiento voluntario de nuestro sacrificio. Hay que adelantarse valientemente a las necesarias exacciones del gobierno, a las contribuciones, a los reajustes, a los descuentos, para conservar nuestra alegría y sentir nuestra cooperación en los grandes problemas del mundo. Que

nuestra pobreza actual no sea un castigo forzado, sino una disciplina voluntaria.

Con este ascetismo (que implica, no el enojo consigo mismo, y la complacencia en el descuido y la carroña, sino la disciplina y el esfuerzo regulado; el *mínimum* necesario de cosas materiales y el cielo abierto a las ambiciones del espíritu), con este ascetismo y a la luz milagrosa de Castilla, que va transformando y levantando gradualmente las cosas hasta una metamorfosis platónica y divina, se ven más claros aún los problemas que nos ha planteado la historia y que nosotros no hemos resuelto todavía.

Voy a explicar esto con un episodio *del Quijote* y con una pintura de Velázquez. Dos disparos españoles y eternos, cuya línea he seguido yo en un poema, porque esos disparos fueron lanzados para que los siguiese y los prolongase hoy la luz misma que los produjo, la cual, andando el tiempo, seguirá levantándolos a altitudes superiores, accesibles a la retina de los poetas venideros.

IV. Bacía... yelmo... halo

Acaba de empezar su peregrinaje don Quijote. Va ya con Sancho de la mano. Atrás quedan la venta, los molinos, el polvo de los rebaños, la cortesía de los cabreros. Apenas repuestos del estruendo misterioso de los batanes, salen sosegados al fin. Don Quijote de la burla, y Sancho del miedo, al camino sin trabas, lleno de luz. A lo lejos se ve un hombre, caballero en un asno. Trae sobre la cabeza una bacía: un utensilio doméstico de bajos menesteres. Es de azófar, de latón pulido, y brilla entre una lluvia tenue y bajo la luz milagrosa de la meseta.

Y ¿qué es aquello?, dice don Quijote. ¿Es nuestra vida diaria, el mundo aldeano y sin horizontes, el enojo de nuestras necesidades inmediatas, y por lo único que nos cabe luchar? La luz le hace un guiño. El encantador amigo está con él. El azófar brilla ahora como si fuera de oro... es ya oro de verdad. Y el milagro se cumple. Aquello que relumbra allá lejos no es una bacía... es el yelmo de Mambrino. No es la vida diaria que nos liga a la tierra con la terca rutina de los hechos urbanos. Es una llamada, como el parpadeo luminoso de un faro; el grito exaltado de las cosas pequeñas, la vida humilde que quiere ser más de lo que es.



El yelmo no era un símbolo máximo para Cervantes. Era el arranque de un ideal. La aventura frente a la modorra lugareña. Una medida de transición. Para nosotros y para don Quijote también, el yelmo no significa ahora más que la bacía. Un general no vale ya más que un barbero.

Y he aquí al caballero otra vez... Sobre el mismo camino de La Mancha, en uno de estos últimos años de revueltas universales. Vuelve a su tierra después de tres siglos de aventuras por el mundo. Con todos los pueblos ha vivido y con todos ha luchado. Ya no es tan español como creemos nosotros, aunque a nosotros nos obligue más que a nadie. Se ha hecho amigo de todos y ha tenido corazón para todos. Sigue siendo un luchador aún, pero ahora, desde hace algunos años, milita en otras filas.

A lo lejos se ve un caballero de verdad. No es un barbero que cabalga sobre un asno. Es el último héroe de todas las guerras. Sobre su frente refulge glorioso el oro macizo de un casco guerrero: el auténtico yelmo de Mambrino.

Y ¿qué es aquello? dice otra vez, don Quijote. ¿Es la guerra, la pertinacia de la guerra, la llamada sin tregua del odio y de la sangre? La luz mágica de Castilla le guiña otra vez. Y Dios, el buen encantador, le enciende de nuevo su divina locura. Otra vez el milagro se cumple: el yelmo se funde en los rayos del sol... el oro se hace ingrávito y se cambia en un resplandor de santidad... y don Quijote grita:

Bacia... yelmo... halo...
este es el orden, Sancho.

En Castilla y en nuestro arte, la luz subraya siempre todos nuestros problemas y es el índice que nos guía. "Es una fuerza que levanta las cosas rotas de España, como en una danza que marcha hacia Dios", traduje yo un día. Son las palabras de un escritor norteamericano, muy amigo nuestro ya, que nos ha ayudado con denuedo a buscar nuestra fe.

En *El Niño de Vallecas*, el retrato desolador de Velázquez, donde se pinta la tragedia entera de nuestro pueblo inerte, paralítico, idiota, con los resortes del espíritu quietos y con el cerebro sin riego; roto y malogrado el hombre, la luz entra por todos los rincones

pregonando y denunciando nuestra injusticia y nuestro abandono. Se queda roja sobre la mitad del fondo, en un cortinaje donde se perfila la deformidad infantil del idiota. Es como un grito agudo todo ese medio fondo. Luego se escapa al campo abierto, a un paisaje severo de Castilla, para ofrecernos las fuerzas de la naturaleza y el horizonte sin límites. Allá lejos está Dios, esperando sin prisas a que nosotros enderecemos nuestros yerros. Este problema lo subraya aún cien veces Velázquez. Y ahí está, en el aire todavía, su disparo limpio y derecho como el de Cervantes. Yo he recogido los dos en este poema para unirlos y prolongarlos juntos con un ademán moderno:

Pie para *El Niño de Vallecas*,
de Velázquez

Bacia... yelmo... halo...
Este es el orden, Sancho.

De aquí no se va nadie.
Mientras esta cabeza rota
del Niño de Vallecas exista,
de aquí no se va nadie. Nadie.
Ni el místico ni el suicida.
Antes hay que deshacer este entuerto.
Antes hay que resolver este enigma.
Y hay que resolver entre todos,
y hay que resolver sin cobardías,
sin huir

con unas alas de percalina
o haciendo un agujero
en la tasiana.
De aquí no se va nadie. Nadie.
Ni el místico ni el suicida.
Y es inútil,
inútil toda huida
(ni por abajo
ni por arriba).
Se vuelve siempre. Siempre,
hasta que un día (un buen día)
el yelmo de Mambrino—
halo ya, no yelmo ni bacía—
se acomode a las sienas de Sancho
y a las tuyas y a las mías

como pintiparado,
 como hecho a la medida.
 Entonces nos iremos TODOS
 por las bambalinas:
 Tú y yo, y Sancho, y el Niño de Vallecas
 y el místico y el suicida.

Estas dos inquietudes de nuestro arte tradicional, que yo he subrayado y prolongado aquí, son los dos problemas urgentes de España, a los cuales la nueva República está atendiendo con empeño y con amor. Son el problema militar y el problema de la educación, que desde hace mucho tiempo vienen formulados en términos sociales, de esta manera: menos soldados y más escuelas. Más amor y más cuidado por el hombre y menos afán por destruirlo.

V. Conclusión

Al comenzar he dicho que la poesía es propaganda, pero es propaganda porque es coincidencia también en un gran ideal que nace y que está ya en el corazón de los mejores y de los más alertas. La misión del poeta es pregonar estos ideales que han henchido también su corazón. Un pregón fueron la *Iliada* y la *Odisea*. Del caracol mañanero del ciego bardo de la Hélade salieron tan sólo viejos mitos de significado religioso vestidos de fiesta. Una llamada hacia los campos abandonados de Roma y hacia la agricultura desdeñada, fueron las *Geórgicas* de Virgilio. Años antes, casi en el mismo siglo, Lucrecio había dado al viento en una canción las doctrinas de Epicuro y la teoría de los átomos, de Leucipo, que aún suena limpia en los oídos de la ciencia contemporánea. Propaganda de abadía, bajo el patronato de un santo, nos dicen ya que es toda la épica medieval y propaganda de la interpretación escolástica del mundo fue *La Divina Comedia*. Goethe es el megáfono de la filosofía del siglo XVIII. La onda magnificada y embellecida de su pregón rehabilita el gesto prometeico del hombre hasta que lo recoge Nietzsche, otro gran pregonero.

Del empuje de su voz y de la amplitud de su canto arrancan los privilegios del poeta. Y de la forma accesible y amable de su relato también. De aquí la canción, la música, la cadencia, la imagen... la miel, como

gustaba Lucrecio de llamar a sus versos. La miel en los bordes amargos de la copa de cuasia. La aceptación de un nuevo ideal implica siempre amarguras y renunciaciones. La flor y el brillo de las gemas suntuosas, tan del gusto de la poesía pagana, no han sido elementos estériles, han ocultado siempre una espina y una lágrima. Bajo el temple sonoro de los versos de Augusto se ha apagado siempre una trágica lamentación.

Propaganda y coincidencia. Lo más esencial de mis palabras aquí, es coincidencia con problemas planteados por el arte tradicional y por la verdadera y eterna poesía de España, que aun están sin resolver. Tan vibrantes se alzan en los cuadros de Velázquez y en los símbolos de Cervantes, como en la tragedia española de ahora y en los anhelos de nuestra vida espiritual contemporánea. Igual que lo sintieron los mejores de nuestros antepasados, lo sienten los poetas y los mejores gobernantes actuales. Y de esta coincidencia va saliendo el programa de la nueva República, el programa de los últimos anhelos del corazón histórico de España... programa en el que estaremos de acuerdo, al fin, ya los dos: los que sueñan y los que mandan; los poetas y los gobernantes.



1 Léase *La agonía del Cristo*, de D. Miguel de Unamuno.

UN POEMA INÉDITO DE FEDERICO GARCÍA LORCA*



Poesía de misterio y horror en la que García Lorca, ya tan naturalmente trágico entre su auténtico ambiente andaluz, logra en este *Paisaje* en donde lo espiritual de la expresión no se allanaría a una fina comprensión sin el auxilio de lo plástico, aquello mismo que Dalí realiza con idénticos elementos expresados con dibujos finamente afilados en composiciones en donde los elementos objetivos se presentan con toda la hondura de un lenguaje extraño, pero tácitamente cargado de infinitas interpretaciones misteriosas.

Genaro Estrada

Paisaje con dos tumbas y un perro asirio

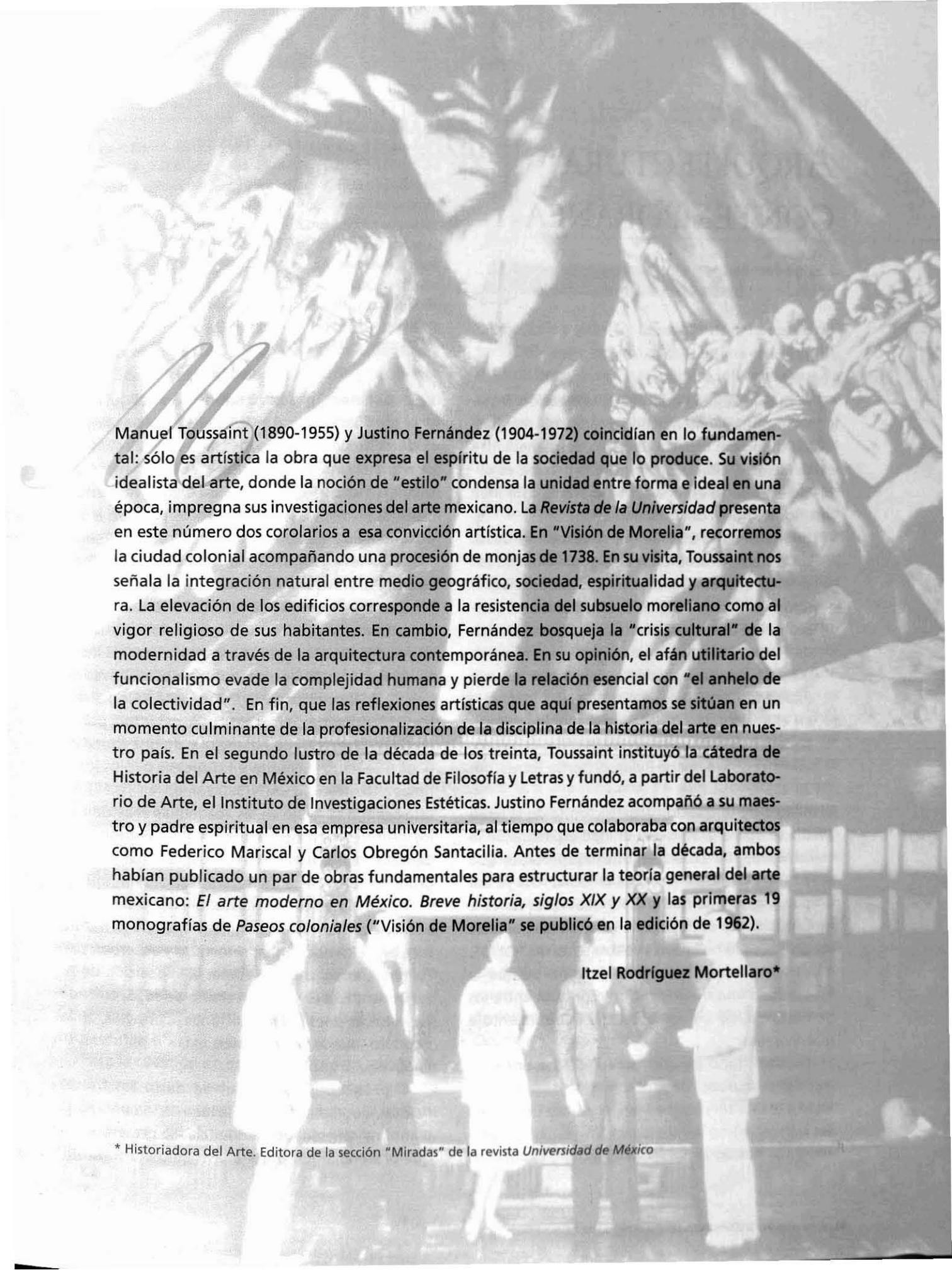
Amigo:

Levántate para que oigas aullar
al perro asirio.
Las tres ninfas del cáncer han estado bailando,
hijo mío.
Trajeron unas montañas de lacre rojo
y unas sábanas duras donde estaba el cáncer dormido.
El caballo tenía un ojo en el cuello
y la luna estaba en un cielo tan frío
que tuvo que desgarrarse su monte de Venus
y ahogar en sangre y ceniza los cementerios antiguos.

Amigo:

Despierta, que los montes todavía no respiran
y las hiervas de mi corazón están en otros sitio.
No importa que estés lleno de agua de mar.
Yo amé mucho tiempo a un niño
que tenía una plumilla en la lengua
y vivimos cien años dentro de un cuchillo.
Despierta. Calla. Escucha. Incorpórate un poco.
El aullido
es una larga lengua morada que deja
hormigas de espanto y licor de lirios.
Ya viene hacia la roca. ¡No alargues tus raíces!
Se acerca. Gime. No solloces en sueños, amigo.
¡Amigo!
Levántate para que oigas aullar
al perro asirio.

*En 1921 apareció *Libro de poemas* de Lorca (1898-1936). Sin embargo, fue con *Canciones* (1927) que obtuvo reconocimiento y éxito. Murió fusilado al iniciar la Guerra Civil española. Este texto se publicó en *Universidad: mensual de cultura popular*, noviembre de 1937, tomo IV, núm. 22. Este poema y la nota respectiva, del extinto escritor don Genaro Estrada, se hallaban en poder de Guillermo Jiménez, quien se sirvió cederlos a la revista.



Manuel Toussaint (1890-1955) y Justino Fernández (1904-1972) coincidían en lo fundamental: sólo es artística la obra que expresa el espíritu de la sociedad que lo produce. Su visión idealista del arte, donde la noción de "estilo" condensa la unidad entre forma e ideal en una época, impregna sus investigaciones del arte mexicano. La *Revista de la Universidad* presenta en este número dos corolarios a esa convicción artística. En "Visión de Morelia", recorreremos la ciudad colonial acompañando una procesión de monjas de 1738. En su visita, Toussaint nos señala la integración natural entre medio geográfico, sociedad, espiritualidad y arquitectura. La elevación de los edificios corresponde a la resistencia del subsuelo moreliano como al vigor religioso de sus habitantes. En cambio, Fernández bosqueja la "crisis cultural" de la modernidad a través de la arquitectura contemporánea. En su opinión, el afán utilitario del funcionalismo evade la complejidad humana y pierde la relación esencial con "el anhelo de la colectividad". En fin, que las reflexiones artísticas que aquí presentamos se sitúan en un momento culminante de la profesionalización de la disciplina de la historia del arte en nuestro país. En el segundo lustro de la década de los treinta, Toussaint instituyó la cátedra de Historia del Arte en México en la Facultad de Filosofía y Letras y fundó, a partir del Laboratorio de Arte, el Instituto de Investigaciones Estéticas. Justino Fernández acompañó a su maestro y padre espiritual en esa empresa universitaria, al tiempo que colaboraba con arquitectos como Federico Mariscal y Carlos Obregón Santacilia. Antes de terminar la década, ambos habían publicado un par de obras fundamentales para estructurar la teoría general del arte mexicano: *El arte moderno en México. Breve historia, siglos XIX y XX* y las primeras 19 monografías de *Paseos coloniales* ("Visión de Morelia" se publicó en la edición de 1962).

Itzel Rodríguez Mortellaro*

* Historiadora del Arte. Editora de la sección "Miradas" de la revista *Universidad de México*

ARQUITECTURA CONTEMPORÁNEA

Justino Fernández*

La complejidad esencial de la creación arquitectónica, entendiéndola como una manifestación del espíritu colectivo, contiene, entre otros factores, el afán de alcanzar la belleza; es decir, de expresarse en una forma elevada. Esta idea justifica las frases de Chesterton:

...Renacimiento que fue una resurrección de las cosas viejas, descubiertas en algo sin vida. En ese sentido el medievalismo no fue renacimiento, sino más bien *un nacimiento*. No moldeó sus templos sobre tumbas, ni invocó a los dioses muertos de Hades. Produjo una arquitectura tan nueva como la ingeniería moderna, y *en verdad que aún está siendo la más moderna arquitectura*. Sólo que en el Renacimiento fue seguida por una arquitectura más anticuada. En ese sentido, el Renacimiento podía llamarse Relapso. (*Santo Tomás*, pp. 39-40).

El milagro de la creación arquitectónica de la Edad Media se operó gracias a la unidad espiritual de la colectividad, y no a cualquier otra interpretación que se le quiera dar. De entonces a la fecha, rota ya esa unidad, no se han hecho sino creaciones libres e individuales, de entre las que resaltan las obras de los genios; pero no hemos vuelto a tener un "estilo", en el sentido profundo de la palabra, porque la tendencia a una desunificación espiritual entre los hombres ha ido en aumento, del Renacimiento a nuestros días.

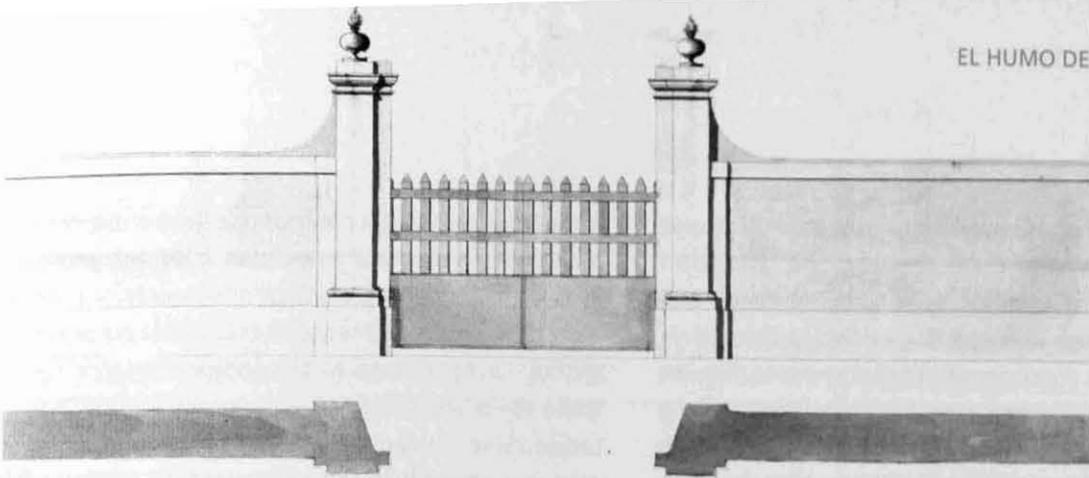
Tiempos hubo en que "se adjudicó *a priori*, al clasicismo un poder de subordinación de la sensibilidad a la inteligencia y en una voluntad decidida a ser *clásicos* (como si ello no constituyese una fantasía romántica de la más pura especie)". (Salazar, *El*

*Historiador y crítico del arte (1904-1972). Maestro en historia (1953) y doctor en filosofía por la UNAM (1954). Comenzó a trabajar en el Instituto de Investigaciones Estéticas desde 1936 y fue su director de 1956 a 1968. Autor de numerosas obras y catálogos. Miembro del Instituto Internacional de Historia del Arte, de París (1959-1972); del Consejo Consultivo del gobierno mexicano ante la UNESCO (1960-1972), y de la Academia Mexicana de la Historia (1970-1972). Premio Nacional de Ciencias y Artes (1969). "Arquitectura contemporánea" se publicó en *Universidad: mensual de cultura popular*, abril de 1938, tomo V, núm. 27. *Cuadernos de arte* 4.

siglo romántico, p. 26). La imposición del gusto clásico, por fuerza, por convencimiento o por lirismo, no fue sino un vendaje sobre la herida; es el mismo caso que ahora presenciamos, de querer imponer a la colectividad lo que llaman un "estilo moderno", cuando, en realidad, sus miembros piensan individualmente de manera muy diversa, cada cual según sus aficiones y gustos. Es la diferencia que se produce entre una actitud espiritual íntima, basada en un ideal común, que da por resultado la unidad real, espontánea, sin decretos ni imposiciones y la unidad aparente, conseguida a base de medios industriales y de leyes que no son representativas del anhelo de la colectividad. ¿Dónde está, pues, el adelanto? "Los primeros románticos rechazaron, por mil motivos, la mascarada helenista o de una Roma pagana que había envuelto en túnicas y peplos los últimos años del siglo XVIII". (Salazar, *op. cit.*, p. 16). Por este camino se relajó en las academias el estudio de los cánones clásicos, cayendo en una franca tendencia romántica hacia lo exótico, en que la incongruencia tomó carta de naturalización.

Vino después el "art nouveau", lleno de pretensiones, con sus ridículas estilizaciones de la naturaleza, produciendo formas retorcidas y absurdas, para culminar, en su próxima etapa: la Exposición de Artes Decorativas en París, en el año de 1925, con nuevas estilizaciones y composiciones abstractas, en las que sólo puede verse, si bien más simplificado, un "nouveau-art-nouveau".

El próximo grito habían de darlo los funcionalistas, dogmatizando con la idea racionalista, pura o impura —pues las dos tendencias se presentaron, que pretendían despojar a la arquitectura no sólo



de toda ornamentación, sino de toda intención de belleza, como factor en la composición subordinando las ideas a lo estrictamente utilitario y funcional. A este respecto dice Weidlé ("La construcción utilitaria simple y desnuda, purificada de toda ornamentación, que tanto abunda hoy día, podrá no ofender a la vista y hasta serle agradable, sin convertirse por eso en obra de arte" *La muerte del estilo*, p. 68). Precisamente es el caso: si la arquitectura ha de ser un resultado solamente utilitario y funcional, cae en el campo de la máquina: las casas serán la "machine a vivre" de que ya ha hablado Le Corbusier, y nada más; lo que quiere decir que estas construcciones no pueden admitirse como producto artístico, en ningún sentido: es decir, carecen del factor emocional que logra la expresión artística. Por otro lado, si la arquitectura de nuestros días ha de ser, como lo han considerado los grandes arquitectos europeos, lo que fue en épocas pasadas, no un producto unilateral que sólo satisfaga las apremiantes necesidades humanas, sea complejo y lleno de todas las exigencias, de orden espiritual y material, impuestas por el hombre, entonces la arquitectura, como todas las artes, se encuentra viviendo en un pleno romanticismo que, por el momento, se interesa, desde un punto de vista estético, por la máquina. En pocas palabras puede decirse que si la arquitectura es igual a las máquinas, no nos interesa como producto artístico, y que, si la arquitectura es artística, sigue estando en libertad de vestirse el "traje que guste, en este gran baile de máscaras del romanticismo".

Pero la cuestión no es tan sencilla para resolverla en dilema; existen las circunstancias especiales de ambiente y costumbre, que impresionan el espíritu del hombre, que lo emocionan, y que él asimila, para, a su vez, devolverlas al mundo exterior por

medio de la expresión. Lewis Mumford ha hecho notar la influencia estética de la máquina en el espíritu del hombre, y el resultado de esa influencia que ya se ve en algunos productos de la época. Los pintores cubistas fueron los primeros en tratar de elevar al campo del arte la plástica de la máquina que sin duda, había hecho impresión profunda en el espíritu humano, desde su aparición. Esta es en parte la importancia cultural del movimiento cubista, y una de sus enseñanzas para las generaciones posteriores a él. ¿Qué hicieron los modernos cubistas? Extrajeron del ambiente orgánico únicamente esos elementos que podían ser expuestos en abstractos símbolos geométricos; traspusieron y reajustaron los contenidos de la visión con tanta libertad como el inventor reajustó las funciones orgánicas; crearon, incluso en el lienzo o en el metal, equivalentes mecánicos de los objetos orgánicos; pintó Léger figuras humanas que se parecían a los productos salidos del torno, y Duchamps-Villon modeló un caballo que se parecía a una máquina. "A este proceso de experimento racional con abstractas formas mecánicas dieron nuevo impulso los constructivistas... estos experimentos constructivistas aguzaron la reacción en favor de la máquina como un objeto estético.... Con esta percepción de la máquina como un manantial artístico, los nuevos pintores y escultores esclarecieron toda la cuestión y libraron al arte de los prejuicios románticos contra la máquina, que veían en ella algo necesariamente hostil al mundo de los sentimientos". (Lewis Mumford, *Revista de Occidente*, octubre, 1953).

La arquitectura, que más lentamente admitió las formas puras mecánicas, trató durante el siglo XIX y el primer cuarto del siglo XX, de disfrazar los productos mecánicos y las formas racionales con "ramitos de flores" y toda clase de columnas y órdenes

griegos y romanos, haciendo arabescos y celosías góticas que muchas veces desvirtuaban la función misma de los elementos. Más tarde se buscó una plenitud estética más positiva, en intención que representara las condiciones impuestas por la función y el medio maquinista, y se llegó a la depuración y aceptación de esta nueva plástica, derivada de la influencia de la máquina, como base de la composición arquitectónica. "La forma sigue a la función, subrayándola, cristalizándola, esclareciéndola, haciéndola real ante la mirada" (Munford). Esta aceptación de la plástica mecanicista como elemento estético en la composición, es, a nuestro modo de ver, un esfuerzo desesperado para mantener la unidad que debe mostrarse en todo producto humano, y por lo tanto, una actitud respetable por la naturaleza de su intención. La idea puramente utilitaria, encargada de satisfacer únicamente las necesidades físicas, conduce a la desintegración orgánica del individuo, a la desunión del esteta y del técnico, produciendo una situación arbitraria e incongruente, fuera de toda realidad vital. Este afán de nuestra época de querer evadir la complejidad de la vida resolviéndola unilateralmente con teorías simplistas ajenas a la razón, da idea de un retroceso a un crudo primitivismo en que las estridencias, los gritos, los instintos animales, los paroxismos del amor propio y el odio se resuelven en fórmulas que llaman racionales. Malos han sido siempre los extremos; porque al no conservar un nivel que aproxime y unifique los distintos elementos y calidades humanas, tienden, si no a la desintegración, cuando menos a la preponderancia de un solo factor sobre los demás. Es el caso de la "arquitectura artística" de fin de siglo, y es el caso de la "arquitectura funcional". Únicamente cuando se llega a una plenitud en que todos los distintos valores tienen su lugar adecuado, es cuando puede decirse que se ha logrado la unidad de la obra y, por lo tanto, su intención de universalidad.

Ahora bien, dada la crisis cultural en que nos encontramos, es inútil todo esfuerzo individual para la creación de una arquitectura, llamémosle integral, ya que no se tienen en la mano los elementos culturales que permiten esa creación. Se volverán los ojos

hacia las arquitecturas pasadas o se hará una arquitectura que corresponda en calidad a los automóviles, es decir, cuya belleza plástica nos impresione en lo sensorial, pero inútilmente se tratará de crear en un sentido artístico. Esta es la condición trágica resultante de la crisis cultural que hemos venido apuntando. Sólo un camino queda abierto y es colocar esto que siguen llamando arquitectura en el campo científico que le corresponde.

El movimiento conocido con el nombre de "funcionalismo" se introdujo en México por el entusiasmo de los arquitectos jóvenes, algunos de los cuales tienen un sentido artístico, en el auténtico significado de la palabra. Paradójicamente, como sucede tan a menudo, los que tienen una inclinación más bien científica buscan la expresión artística en sus composiciones, no queriendo llevar al extremo la teoría, y aquellos que son artistas, tratan de ser científicos y racionalistas con el entusiasmo propio de los espíritus líricos. Este entusiasmo y actitud radical, para cortar con el pasado, son típicos en todo movimiento romántico que desea crear un nuevo estilo.

Las mejores creaciones de los arquitectos mexicanos tienen esa mezcla de una delicada sensibilidad hacia la expresión plástica, y una mirada clara y comprensiva para lo funcional; ésta es la razón de que sean tan atractivas. Los arquitectos funcionalistas rechazan el título de artistas; quieren ser científicos. ¡Ojalá que todos lo fueran!; pero hay algunos de ellos que tienen algo más que decir. Nosotros creemos muy difícil que el funcionalismo puro tenga buen éxito en México, y de hecho lo estamos presenciando; el público necesita algo más que una máquina, aunque ese "algo más", a veces, desearíamos que no existiera.

Volvamos rápidamente sobre nuestros pasos para considerar que "no hay nada nuevo bajo el sol"; el buen gusto en materia artística seguirá siendo escaso, mientras la vulgaridad llegará hasta el último lugar de la tierra.

Los movimientos en materia de arquitectura, como tantos otros, se han recibido siempre en México con algún atraso, no así el "funcionalismo" que pronto encontró adeptos y divulgadores, trabajando en un ambiente hostil. En efecto, la situación en

ese sentido, era caótica y, por desgracia, no ha mejorado grandemente. México, como otros países, había pasado por toda la serie de "estilos" extravagantes, que son el resultado de la actitud romántica en que cayeron las academias. La influencia del "art nouveau" y con especialidad del academismo decadente, persistió durante la segunda década del presente siglo, hasta que la idea de una arquitectura nacionalista se puso de moda. Se buscó la solución en las formas barrocas del siglo XVIII y en la arquitectura popular; se intentó también, sin buen éxito, crear un "estilo nacional" a base de las formas y decoración de los monumentos arqueológicos precortesianos y se hicieron edificios con aplicaciones de esculturas toltecas y mayas. Hubo quien pretendió crear la arquitectura nacional a base de ciertos órdenes observados en los monumentos arqueológicos de la cultura maya, que por supuesto resultaron del todo inadaptables y falsos dentro de las necesidades presentes. La búsqueda de un "estilo nacional" se refería tan sólo a las formas arquitectónicas en un sentido decorativo, pues en cuanto a los diferentes problemas de orden funcional, nada se había mejorado en las construcciones, a pesar de alguno que otro esfuerzo aislado en ese sentido. Hoy todavía hay quien busca el "estilo nacional" sin encontrarlo, como siempre sucede cuando se busca intencionalmente algo que sólo podrá crear el espíritu colectivo de una época que coincida en un mismo ideal.

La famosa Exposición Internacional de París, en 1925, repercutió en México creando cierto entusiasmo por lo atractivo de las nuevas ideas de simplificación y estilización de las formas, que desde luego ya preparaban a gustar las escuetas composiciones que habían de seguir.

Dentro de este cuadro aparecieron los precursores del funcionalismo en México que tuvieron una fuerte lucha para imponer las nuevas ideas pero que al final aportaron una muy saludable limpieza en los talleres de los arquitectos. La apertura de una nueva escuela técnica de la Secretaría de Educación, en 1932, la Escuela Superior de Construcción, dirigida por los elementos más destacados del nuevo movimiento, aunque encontró cierta oposición en un principio, sirvió, en cierto modo, de estímulo en el

ambiente, si bien ya en años anteriores las nuevas doctrinas habían arraigado en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional y fue allí donde por primera vez en México se trató de dar una orientación moderna a la arquitectura.

El actual estado de cosas, en lo que se refiere a la teoría, presenta, por un lado el bando que mantiene la idea de un "funcionalismo" puro, sin dar cabida a ninguna complicación de orden espiritual, y por el otro los que pretenden sostener el concepto clásico de la arquitectura dentro del movimiento moderno, sin preguntarse *si puede aún ser válido en nuestro tiempo*, en un sentido práctico. De estas discrepancias en la manera de interpretar las nuevas ideas resulta una anarquía cuyo producto en general es lamentable aunque aisladamente los más capaces logren soluciones interesantes y de positivo valor.

Los que no creemos, ni queremos vivir, en el vigorismo de las leyes o los reglamentos, nos mostramos escépticos, por el momento, del resultado de estos procedimientos, pues no es posible que se produzca un *estilo* en el sentido profundo de esta palabra, si no emana del sentir de la comunidad, en torno a un ideal; de esta manera sí resultaría la unidad positiva que sólo puede florecer a la luz de un *estilo de vida definido*.

La realidad misma nos demuestra que lejos de lograrse en esta época una unidad estilística positiva, siguen conviviendo los "estilos" más absurdos, resultado de lo que puede llamarse aun "romanticismo". Se pide todavía una libertad que no puede ir de acuerdo con las ideas "funcionalistas" y que seguirá contribuyendo a la anarquía que hemos venido apuntando.

Dos escritos, con cien años de diferencia, son los síntomas que tomaremos de ejemplo para comprobar lo que la misma arquitectura contemporánea nos muestra. El primero, publicado el siglo pasado por Nicolás Gogol, dice así:

¿Cuándo se acabará, pues, con esa manera escolástica de imponer a todo lo que construye un gusto común y una misma medida? En toda ciudad ha de haber gran diversidad de masas si queremos que cause placer a la vista. Que haya

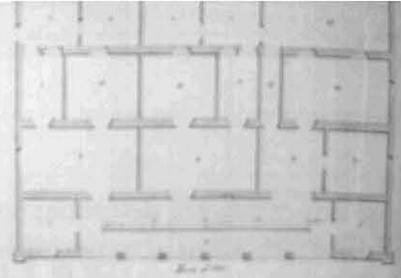
en ella gustos más diversos. Que se levanten en una misma calle un sombrío edificio gótico, una construcción decorada con el más fastuoso gusto oriental, un colosal palacio egipcio, una vivienda griega de armónicas proporciones! ¡Que se vean, una al lado de otra, la cúpula láctea ligeramente cóncava, la elevada flecha religiosa, la mitra oriental, el techo plano de Italia, el tejado flamenco escarpado y lleno de ornamentación, la pirámide tetraédrica, la columna redonda, el obelisco anguloso!

Así se mostraba el entusiasmo del entonces joven escritor. El segundo documento lo hemos recogido de un periódico capitalino, que lo publicó a propósito de una reciente polémica sobre arquitectura:

Mejor es que la arquitectura, como cualquier otro arte, se desenvuelva espontáneamente, o, si se prefiere, obedeciendo a sus propias determinaciones internas, sin tiranías arbitrarias del exterior. Lo único que, en beneficio general podría admitirse es que la autoridad cuidara de que no se ofenda al buen gusto *en no importa cuál de los estilos arquitectónicos* elegidos por los particulares para sus construcciones. Sólo que habría que garantizar primero el buen gusto de la autoridad, no siempre garantizable, por desgracia.

Compárense estas frases con las de Gogol y se verá que no hemos adelantado un ápice: seguimos pidiendo una libertad que oscila entre la incongruencia y la negación. Mientras no haya "determinaciones internas" que den unidad a la producción, se seguirá construyendo "en no importa cuál de los estilos arquitectónicos".

Las personas interesadas encontrarán útil la bibliografía que insertamos a continuación y se refiere a libros, folletos o artículos relacionados con la materia, en una forma o en otra; en ella van incluidas las publicaciones hechas en México, que tienen especial interés, y algunas otras que se refieren a planificación.



BIBLIOGRAFÍA

- ACEVEDO, Jesús T. *Disertaciones de un arquitecto* (Biblioteca de Autores Modernos), México, 1920.
- "CASAS", *Revistas de Arquitectura y Planificación*, México, año I, núms. 1 y 2, de abril y julio de 1935, editada por el Arq. Alfonso Pallares.
- CONTRERAS, Carlos, Arq., *National Planning Project for the Republic of Mexico*, Reprinted from city Planning, July 1935.
- "El Plano Regulador del Distrito Federal, 1933".
- CHESTERTON, G. K., *Santo Tomás de Aquino*, Espasa-Calpe, Madrid, 1934.
- "EL ARQUITECTO", Serie II, núm. V, sept. 1925, informe leído por el Arq. C. Contreras, en la International Town, City and Regional Planning Conference, en Nueva York, 1925.
- 2ª etapa, vol. I, febrero de 1932, marzo 31 de 1932, enero 1º de 1933.
- octubre de MCMXXXIV, número "In Memoriam" del Arq. Juan Legarreta, editado por el Arq. Alfonso Pallares y Justino Fernández.
- FERNÁNDEZ, Justino, *Aportación a la monografía de Acapulco*, México, 1932, editado por "Alcancia".
- *El arte moderno en México siglos XIX y XX*, México, 1937, editado por José Porrúa e hijos, prólogo de Manuel Toussaint.
- MUNFORD, Lewis, "Asimilación de la máquina", artículo en la *Revista de Occidente*, Madrid, octubre, 1935, año XIII, núm. CXLVIII.
- New architecture in Mexico*, by Esther Born, with supplementary article on Painting and Sculpture by Justino Fernández, the *Architectural Record*, William Morrow & Co., New York, 1937.
- O'GORMAN, Juan, "Arquitectura contemporánea", México D.F., 1914. (Folleto).
- "El arte artístico y el arte útil", México, D.F., 1914. (Folleto).
- Planificación*, revista. Órgano de la Asociación para la planificación de la República mexicana, 1ª etapa, 14 números, de septiembre 1927 a marzo 1929; 2ª etapa, 6 números, de enero 1933 a diciembre de 1934.
- "Pláticas sobre arquitectura", Sociedad Mexicana de Arquitectos, México, 1934. (Folleto).
- "Primer congreso nacional de planificación de ciudades y regiones", México 1926. (Folleto).
- ROH, Franz, "Realismo mágico", Post expresionismo, traducido de Fernando Vela, biblioteca de la *Revista de Occidente*, Madrid, 1927.
- SALAZAR, Adolfo, *El siglo romántico*, Madrid, 1936.
- Tolteca, Revista publicada por "La Tolteca", Cia. de cemento Portland, S.A., números 20 y 21.
- WEIDLE, Wladimir, "La muerte del estilo", artículo en la revista *Cruz y Raya*, núm. 37, Madrid, abril de 1936, traducción de J. Sabartes.
- VALLE ARIZPE, Artemio, "El palacio nacional", México, 1936. *Excelsior*, periódico diario, México, D.F., 7 noviembre de 1936, p. 12; información relativa al asunto del Hotel Reforma.
- "The architectural record", número de abril 1937. Monografía sobre la arquitectura moderna en México, por Mrs. Esther Born.

PASEOS COLONIALES

VISIÓN DE MORELIA

Manuel Toussaint*

Un misterio rodea la fundación de la ciudad de Morelia, como la de tantas otras poblaciones coloniales: no se sabe a punto fijo la fecha en que don Antonio de Mendoza, el virrey cazador, descubrió el sitio en que propuso a Carlos V la fundación de la antigua Valladolid. Como Puebla, como Querétaro, la ciudad parece querer guardar un secreto relacionado con su origen, como para hacer más incitante su impresión en el viajero que desea poseerla. Se ha dicho que las fechas de las reales cédulas relativas a la fundación de Valladolid están alteradas y que el virrey no estuvo en Guayangareo sino en 1540; pero ¿cómo habría de proponer en 1537 la fundación de la ciudad dando toda clase de detalles acerca de un sitio que sólo tres años después había de conocer? Más que modificar la fecha de las cédulas hay que aceptar la idea de que el virrey, a quien gustaba en extremo viajar, puede haber estado antes en el fértil país de los tarascos.

Sea como fuere, lo que sabemos de cierto es que el 18 de mayo de 1541 los comisionados del virrey tomaron posesión del sitio y que, un poco más tarde, el alarife Juan Ponce hizo la traza de la ciudad. Juan Ponce parece haber sido hombre de las confianzas de don Antonio de Mendoza, pues a mediados del siglo XVI cuidaba, por comisión suya, de la traza de la ciudad de México que levantara a raíz de la conquista Alonso García Bravo.

La primera impresión que causa Morelia en el visitante es la de una grandeza inusitada. Todo ha sido hecho en proporciones señoriales, todo ha sido edificado con una bella cantera gris que da a la ciudad el aspecto de una población de Castilla la Vieja. Monumentos eternos los suyos, hechos para resistir el desgaste callado de los siglos y salir triunfadores de la prueba. Para quien conoce Oaxaca el contraste entre ambas poblaciones es muy vigoroso: Oaxaca,

*Reconocido historiador del arte, cuya obra dejó una profunda huella por todas las instituciones por donde pasó. La UNAM, Museo de San Carlos, el INAH. Miembro de El Colegio Nacional, la Academia Mexicana de la Historia y de la Lengua. En 1953 recibió el doctorado honoris causa por la UNAM. Murió dos años después, a los sesenta y cinco años de edad. Este texto se publicó en *Universidad: mensual de cultura popular*, noviembre de 1936, tomo II, núm. 10.



Foto: José Rogelio Alvarez N.

toda temerosa de terremotos parece adherirse al suelo con garra formidable y no levantar sus muros más allá de donde la prudencia medrosa lo permite. Morelia, edificada sobre una suave colina, cuyas entrañas de rocas resisten vigorosamente, parece tender a elevarse en un anhelo de ágil espiritualidad. Sus columnas son ligeras; los arcos de sus galerías nos recuerdan por su gracia y esbeltez, los patios italianos del Renacimiento. La piedra parece haber olvidado su pesantez y trata de elevarse por encima de la tierra. Por eso las torres de sus iglesias buscan las alturas; por eso las fachadas de sus templos conventuales se elevan a manera de piñón en una forma característica y peculiar de Morelia; por eso la catedral, situada en la parte más alta de la colina, erige los dos centinelas de sus torres barrocas, cuyos defectos no puede vencer su afán de ligereza y esbeltez que nos recuerda levemente las torres de la catedral compostelana en España.

Morelia conserva bastante puro su carácter de población virreinal. El afán modernizador no ha herido sus viejos muros sino en partes; tiempo es de que sus hijos y sus gobernantes se den cuenta de que, si aceptan sin medida el impulso del mal llamado progreso, descartarán su ciudad para convertirla en una población sin carácter, en que los monumentos parecen arrinconados como en la bodega de un museo, pero donde se ha perdido todo el ambiente castizo y personal, como pasa en Puebla, en Orizaba y en tantos otros lugares de nuestro México. Bien está el progreso, bien las construcciones modernas, a fines de nuestra época, pero en su sitio, sin destruir lo que existe; el verdadero progreso no puede ignorar el valor del pasado ni menos dejar de aprovecharlo; cuando tal hace, sólo es ignorancia disfrazada.

En la sacristía de la iglesia llamada de las Monjas se conserva un cuadro mural que representa el traslado de la comunidad de su antiguo convento a éste, posteriormente edificado. El cambio se verificó el día 3 de mayo de 1738, en la tarde, y el cuadro parece evocarnos toda la Valladolid colonial con su nobleza, sus mujeres, sus religiosos y sus indios. Las monjas caminan a pie con paso marcial, los rostros descubiertos, y van en parejas escoltadas por dos sacerdotes. Un grupo de indios flecheros, acaso supervivientes chichimecas, aparece en primer término. A la derecha figuras de gigantes y, delante de ellos, las trompetas y los tambores de una orquesta cuyos músicos están vestidos de rojo. Las demás comunidades religiosas de la ciudad esperan a las monjas cerca de su nuevo convento, con el patrón de cada una llevado en andas y, al final de la procesión, el Ayuntamiento lleva el palio donde va la custodia, los caballeros suntuosamente ataviados, y los maceros con sus mazas de plata.

Las damas presencian el traslado desde los balcones donde han colgado ricas tapicerías que exhiben el lujo de sus poseedores. Ellas se aparecen con extraña indumentaria pues todas, hasta las más encumbradas, se ven cubiertas con un rebozo y sobre sus faldas abultadas cuelga un delantal. Así para este acontecimiento que debe haber sido célebre en los fastos de la ciudad, toda ella toma parte en la fiesta, unos como espectadores y otros como actores en el regocijo.

Nada mejor que recorrer la población siguiendo el itinerario mismo de este desfile, para darnos cuenta de cómo estaba en aquella época Valladolid, la noble y antigua capital del reino de Michoacán.

El templo que más tarde se llamó de las Rosas, de donde salían las monjas, no es el mismo que actualmente se ve. Su convento había sido construido de 1640 a 1648 y se encontraba casi en las afueras de la ciudad, pues al vender el terreno para el actual colegio de las Rosas, la insalubridad del sitio originó que se rebajase el precio. El actual templo de las Rosas es más bello que el mismo de las Monjas: su fachada nos muestra una portada doble en que cada puerta está coronada por un muro prolongado hacia arriba, característico de los templos morelianos, como ya se ha dicho. Estos piñones están cubiertos por bellos ornatos en relieve y en el ático de las puertas se ven figuras de santos esculpidos en media talla. Entre las dos portadas se lee una inscripción que nos enseña que el templo fue dedicado en el año de 1757; había sido construido antes: de 1746 a 1756, fue destinado para colegio de Santa Rosa por el obispo Matos Coronado, y la construcción actual hecha por el obispo Elizacochea. La hermosa galería lateral, levantada para divertimento de las colegialas, es típica de esta ciudad.

Caminando por la calle que sale del frente de su templo, recorrieron las monjas la fachada del colegio de la Compañía de Jesús. Grande y solemne es esta fachada, toda construida de piedra sillar, coronada de jarrones que forman almenas y que en sus curvas denotan cierta influencia oriental; la portada es sobria, como corresponde a un colegio de severidad monástica; así es su claustro también, de elegantes arcadas de medio punto en su planta baja y con los arcos altos cerrados por muros en que se abren ventanas, lo que contribuye a darle mayor austeridad. En la esquina del edificio se levanta una esbelta torrecilla; lleva la fecha de 1582, pero fue, sin duda, puesta allí para recordar el principio de los trabajos educacionales de los jesuitas en Valladolid, puesto que el actual monumento data del siglo XVII y la misma torrecilla es característica de esa centuria: la primera piedra del edificio fue puesta en 1660 y toda la estructura nos revela el estilo barroco, pero lleno

de severidad como convenía al destino del edificio. El templo forma el límite del monumento; su fachada se prolonga en un coronamiento rematado en piñón y los adornos que lo cubren entrelázanse en forma caprichosa y entre sus curvas se distinguen dos sirenas estilizadas, cuyas cabezas nos recuerdan a los indios tarascos que figuran en los códices michoacanos.

Al llegar a esta esquina el cortejo dio vuelta a la izquierda para seguir por la antigua calle real de Valladolid, llamada más tarde Nacional y hoy Avenida Madero. La esquina que doblaba está formada por el Colegio de San Nicolás de Hidalgo, así llamado en honor al padre de la patria, que fue su rector. Su fachada moderna nada nos dice de la vieja tradición del colegio que fundara en Pátzcuaro don Vasco de Quiroga, el benemérito apóstol de Michoacán, y fuera trasladado a Valladolid en 1580. Sólo el patio, de sorprendente gracia italiana, nos conmueve. La estatua de Hidalgo armoniza bien en su centro.

Pero el cortejo seguía, imperturbable, su marcha: dejaba a sus espaldas a dos calles, el templo y convento de la Merced, fundado a principios del siglo

xvii y que para este año parece todavía se encontraba en construcción. Su templo nos muestra una fachada formada de gruesos pilastrones pesados, como de un retablo churrigueresco que hubiese salido a alinearse delante de la puerta; pero el cortejo no paró mientes en ella, continuó por su ruta. A la calle siguiente estaba la plaza principal de Valladolid, rodeada de portales por tres de sus costados y con la gran catedral en el trechos y algunas descansando sobre troncos de centro, que la divide en dos. Sobre los portales, las casas primitivas, todas de piedra, con balcones en árbol en vez de arcos de mampostería: así debieron de ver la plaza. Muchas y nobles casas subsisten en Morelia; nadie debe dejar de conocer la que ocupa el Museo michoacano, gran mansión; la que albergara la antigua cárcel de hombres, con hermosa portada; la que fuera de Morelos, el héroe máximo de nuestra historia, de cuyo nacimiento se enorgullece la vieja Valladolid hasta cambiar su nombre por el de Morelia, en un acto de suprema justicia.

La catedral no estaba concluida: faltábanle sus portadas y torres; la del lado poniente lleva la fecha de 1742 en su primer cuerpo, arriba de la base, de manera que cuando las monjas cruzaron, apenas se había iniciado la reanudación de la fábrica. No vieron la locura, poseída del vértigo, del arquitecto que lanzó hacia lo alto el desafío de sus torres.

Atravesando la plaza, una calle más hacia el sur, el convento de San Agustín pugnaba por contemplar el cortejo. Viejo edificio cuyo instituto fue fundado hacia 1550, su templo parece datar de fines del siglo xvi o principios del xvii y recuerda, en la disposición de su fachada, las de tantos otros templos agustinos repartidos en diversas zonas del país. Sólo es diversa la torre, que, en este afán de sobrepasar las alturas, se alza en un ángulo y es ya de pleno siglo xvii. El claustro, bella pieza arquitectónica, ostentaba aún en su centro la maravillosa fuente que hoy vemos abandonada en medio del patio de una sórdida casa de viviendas.

Enfrente de la catedral estaba el magnífico edificio del Seminario, hoy Palacio de Gobierno del estado de Michoacán. Verdadera construcción palaciega erigida para formar sacerdotes con sus her-

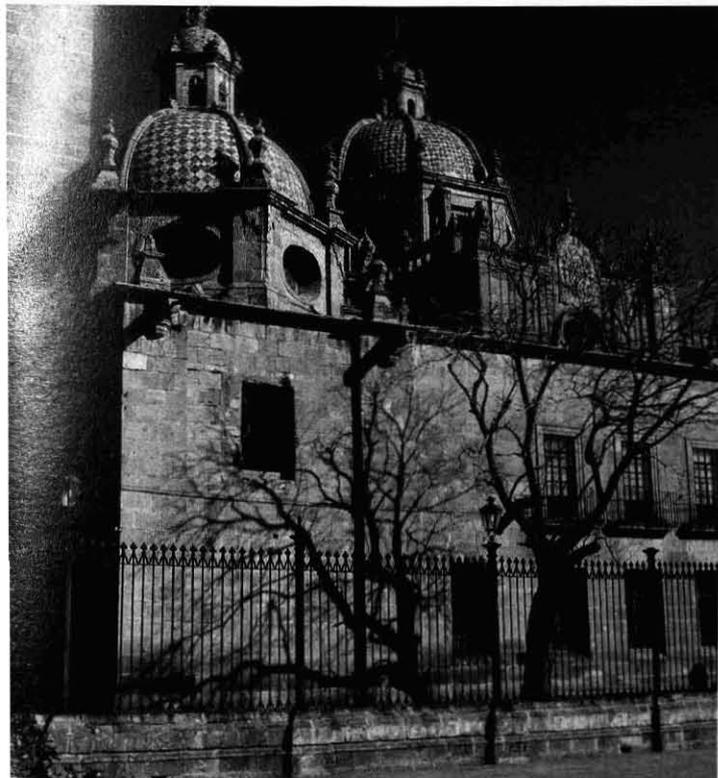


Foto: José Rogelio Álvarez N.



mosos garitones en los ángulos rematados de una manera chinesca, con su aspecto de grandiosidad y su hermosísimo patio rodeado de arcos. Sin embargo, las pobres monjas no pudieron contemplarlo a su guisa: aunque la primera piedra del edificio había sido puesta en 1732, la fábrica se interrumpió al poco tiempo y los trabajos no fueron reanudados sino de 1760 a 1770 en que fue concluido.

Siguiendo la calle que limita este palacio, se llega al magnífico convento del Carmen situado frente a una plaza que lleva su mismo nombre. El Carmen presenta construcciones de diversas épocas, pero en la portada lateral del templo se lee la fecha de 1619 que debe corresponder al conjunto de la iglesia. El claustro recuerda, por la esbeltez de sus arcos, los viejos claustros agustinianos; es sólo bajo y la ligereza de sus pilastres nos indica que también pertenece al siglo xvii. Bellas obras de arte quedan aún en este convento: algunos cuadros de Luis Juárez y la sacristía decorada con pintura popular que se abre tras una puerta delicadamente esculpida.

Entretanto el cortejo llegaba frente a la pequeña iglesia de la Cruz que algunos dicen fue la primer catedral de Valladolid: quizá en aquel tiempo presentaba algún interés; en la actualidad carece en lo absoluto de significación, pero, tomando por la calle que sale hacia el sur, se llega, después de caminar un tramo a la plaza de San Francisco, convertida en la actualidad en mercado que señorea la vieja iglesia franciscana. La fachada del templo nos sorprende por su semejanza con la de San Agustín; es quizá el único templo franciscano que se ha inspirado en esa forma para construir su portada. Mas si vemos en la parte alta la fecha de 1610 que lleva, nos explicaremos que haya podido imitar la de su colega agustiniano. Su torre no fue concluida; la capilla del Tercer Orden ha desaparecido y sólo queda una portadita que pudo haber sido de su sacristía. El viejo convento, visto por su costado nos presenta el aspecto de un palacio medieval cuyos gruesos muros apenas perforan las minúsculas puertas y las diminutas ventanas.

Si no fuera descaminarnos mucho de la ruta que sigue nuestra procesión, os llevaría más al sur a visitar el templo Capuchino, único que resta del viejo

convento. La iglesia, terminada en 1737, es típicamente moreliana: con su gran remate apiñonado prolongado hacia arriba y cubierto de ornatos en relieve, y con su torre parienta de las de la catedral y cuya demencia de altura raya en desproporción.

Paralelamente a San Francisco, camino hacia el norte, está el magnífico templo de San José en uno de cuyos ángulos tenemos una hermosa perspectiva arquitectónica. Este monumento según afirman los historiadores fue construido en 1760, de manera que sólo vieron el pobre edificio anterior, la capilla levantada en 1736.

Pero mientras hemos ido a San José, las monjas han llegado a su nuevo convento que ya para entonces estaba completamente terminado. La estructura de su iglesia es la característica de los templos conventuales de Valladolid, sus fachadas y sus puertas son dos, y con la misma disposición que en las Rosas, su cúpula esbelta, su torre como todas las morelianas parece elevar un dardo agudo en el cielo; además, está llena de remates que parecen arponcillos y rompen la silueta del chapitel que la termina. Anexo estaba el nuevo convento preparado para recibir a sus angélicas habitantes. Allí se efectuaron suntuosas ceremonias y después las monjas penetraron despidiéndose del mundo, de la Valladolid, que acababan de ver como una visión de sueño, para enterrarse por luengos años en la clausura severa de su regla.

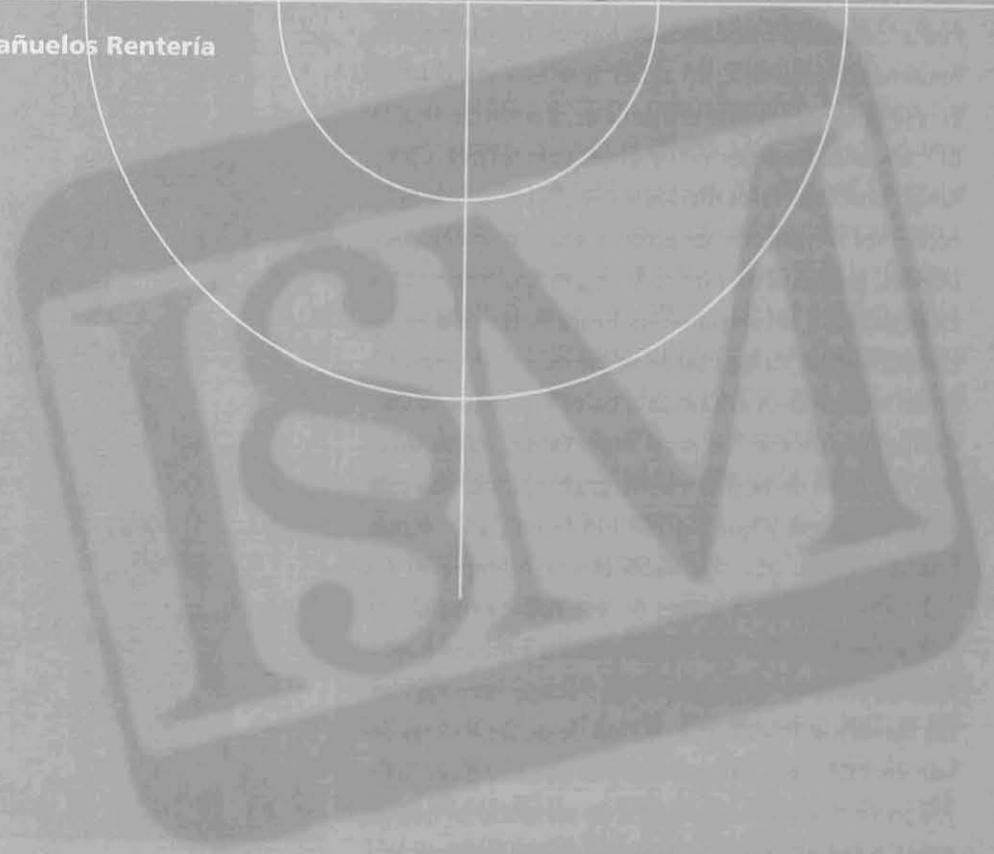
Si nosotros continuamos por esta calle, la principal de Morelia, llegamos a una bella plaza formada por un acueducto que la bordea en forma caprichosa: es el viejo acueducto que surtía de agua a Valladolid, y cuya construcción se debe al famoso obispo fray Antonio de San Miguel, que dio principio a la obra hacia 1785, para terminarla cuatro años después. Sus arcos robustos recuerdan los viejos arcauces romanos y la perspectiva que se pone en esta parte de la ciudad es de una belleza inconfundible. Atravesando el arco principal del acueducto se encuentra una calzada formada de piedra; es la calzada de Guadalupe que termina en el santuario así designado, y en el convento de San Diego. Al sur se extiende el anchuroso y feliz bosque de San Pedro, adonde los habitantes de esta noble ciudad acuden frecuentemente en pos de reposo, salud y solaz. 

**EL DISEÑO
GRÁFICO** **COMO UN ACTO DE SEDUCCIÓN**

ENTREVISTA CON

VICENTE ROJO

Javier Bañuelos Rentería



Entre 1965 y 1979 las pá-

ginas de la revista *Universidad de México* pertenecieron al universo visual de Vicente Rojo. Estuvieron sometidas a su vocación innovadora y a su empeño lúdico convirtiéndose en un referente clave del naciente diseño gráfico mexicano. Durante esos años Rojo es, sin proponérselo, vanguardia y tradición en un oficio que habrá de volverse imprescindible para la difusión cultural. Sus recuerdos de aquella época y sus ideas acerca del quehacer del diseñador forman parte de la charla que sostuvimos con él en su luminoso estudio de Coyoacán.

¿Cuándo nace su gusto por los juegos visuales, por la tipografía, cuáles fueron sus primeros contactos con el mundo del diseño?

Fue a los doce o trece años en Barcelona, de manera totalmente intuitiva, sin saber que eso era diseño. En ese entonces el cine era para mí, por así decirlo, la única fuente de emoción estética. Veía las películas y luego buscaba en los diarios los anuncios donde aparecían los retratos de los actores, eran anuncios muy pobres, impresos en blanco y negro. Los recortaba y comenzaba a recomponerlos hasta hacer una especie de *collage*. Ya más tarde se me ocurrió que podía hacer mis propios anuncios a color en pequeño formato. Para mí eso fue muy importante, yo no sabía que me iba a dedicar al diseño gráfico, ignoraba qué valor tenía eso y qué significado tenía para mí más allá del gusto que me daba poder interpretar las películas que veía a través de esa recomposición de imágenes fijas. Guardé esos anuncios y me los traje a México en 1949. Cuando entré a trabajar como aprendiz de Miguel Prieto en la oficina de publicaciones del INBA en 1950 descubrí que aquello que hacía como un juego en Barcelona era parte de un oficio al que en México todavía no se le llamaba diseño gráfico.



Primera portada de Miguel Prieto
Noviembre de 1957



Vicente Rojo, 1966. Foto Kati Horna, CENIDIAP, INBA

Número especial
Marzo de 1959,
dedicado a la
revolución Cubana.
Seguía vigente el
diseño original de
Miguel Prieto



Enero de 1960.
Secretaríos de
redacción:
Juan García Ponce y
Carlos Valdés



Abril de 1961.
Secretaríos de
redacción:
Juan Vicente Melo y
José Emilio Pacheco.
Cabeza diseñada por
Vicente Rojo.
Ilustración de la
portada de Alberto
Gironella

En el número de julio de 1952, el diseño de la revista *Universidad de México* cambió de manera sustancial. El responsable del nuevo diseño era Miguel Prieto, ¿usted participó en la definición del nuevo esquema? Lo hice de manera marginal, recuerdo que la cabeza de la revista la esbozó Prieto y yo la dibujé. Un año después, cuando Jaime García Terrés fue nombrado director de Difusión Cultural y por lo tanto director de la revista, el diseño anterior fue adaptado a un formato más pequeño. Para entonces Miguel Prieto aparecía en el directorio con el crédito de director artístico pues el concepto de diseñador gráfico no existía. Su estilo era muy claro, muy sobrio, con pocos juegos tipográficos, eso permitía que el aprendizaje fuera muy rápido. Teníamos mucho trabajo porque además de la revista y de la oficina de publicaciones del INBA, Prieto era, junto con Fernando Benítez, editor del suplemento *México en la Cultura*, del periódico *Novedades*. Así que obligado por las cargas de trabajo, y desgraciadamente también por su enfermedad, Miguel Prieto tuvo que ascenderme rápidamente, yo tenía apenas 20 años, de aprendiz a asistente. Me pedía corregir pruebas, dibujar algunas ilustraciones y sobre todo ir y venir de la imprenta. Cuando él murió en 1956, su diseño se mantuvo, pero sin mi colaboración. La formación, junto con los viajes a la imprenta, se los repartían entre el equipo de redacción formado entonces por Henrique González Casanova y Juan Martín. Tiempo después fue Juan García Ponce quien asumió esa responsabilidad. Mi participación en la revista fue cada vez menor por la falta de tiempo. Era jefe de publicaciones de Difusión Cultural y, por invitación de Fernando Benítez, director artístico de *México en la Cultura* en lugar de mi maestro Miguel Prieto. Por el suplemento conocía muy bien a García Ponce, a José Emilio Pacheco, a Juan Vicente Melo, a José de la Colina; desgraciadamente poco podía colaborar con ellos en la revista.



Número de septiembre de 1966. Portada de Diego Rivera. Paisaje español (1913)



En el caso de la revista *Universidad de México*, ¿cómo mantuvo el mismo impulso creativo durante los quince años que estuvo a cargo de su diseño?

Yo me convertí en director artístico de la revista en septiembre de 1965, luego de que Gastón García Cantú aceptó dos condiciones que yo le puse. La primera era que yo diseñaría y me encargaría de la producción de la revista desde mi oficina en Imprenta Madero. Trabajaba muy a gusto ahí, tenía a la mano herramientas modernas y conocía bien a la gente. La otra fue que como a mí nunca me ha gustado aburrirme en nada y menos en mi trabajo le propuse que cada año cambiáramos la cabeza y el tema de la portada, la tipografía de las cabezas interiores y el manejo de las ilustraciones. Curiosamente, para lograr que la revista resistiera esta constante renovación gráfica había que diseñarle una estructura muy rígida, inamovible. Dicha estructura consistió en una caja que siempre guardó un espacio limpio en la parte superior de la página. Ese espacio era inalterable y sobre él se podían hacer todo tipo de juegos visuales, pero teniendo cuidado de no agobiar o distraer al lector. Además de la identidad visual y la posibilidad de jugar, tener un espacio superior en blanco siempre me ha interesado porque creo que facilita la lectura.

Durante quince años, de manera puntual, en el número de septiembre se presentaba la nueva cara de la revista. Aunque esta metamorfosis visual suponía un riesgo de identidad, a mí me gustaba mucho más divertirme y además tenía el apoyo de los directores. En el caso de las portadas mucha gente recuerda todavía los juegos que hacíamos con la letra U.



LA MAGIA Y LOS INDIOS
REVISTA DE FUENTES
LA UNIVERSIDAD MONSIVAIS
BENITEZ DE MEXICO STEN

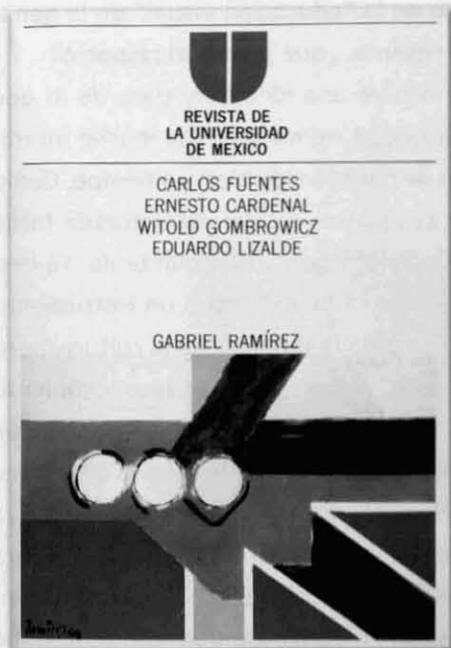
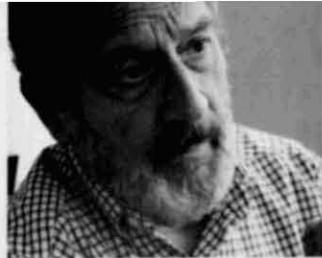


Ilustración de la portada de Gabriel Ramírez



Septiembre de 1969. Dibujos de Juan Soriano

donde sí ayudé a la formación de varios jóvenes fue en la Imprenta Madero; algunos de quienes fueron mis asistentes se convirtieron en espléndidos diseñadores. Dos de ellos fueron fundamentales para darle frescura y vitalidad a la revista *Universidad de México*: Adolfo Falcón y Bernardo Recamier, quien se quedó a cargo del diseño cuando yo me retiré en 1979.

¿Cuál debe ser el papel del diseñador en el mundo editorial?

La intención del diseñador debe ser sugerir al lector que ese libro o esa revista que está mirando tiene algo interesante para él. Debe hacerlo sin imponerse sobre el texto, sin ir más allá de lo que el autor ha querido exponer. Yo creo que un buen diseño es el que sugiere, insinúa, propone, pero muy sutilmente y muy suavemente sin crear imágenes que puedan confundir al lector. En algunos casos pueden ser hasta misteriosas e inquietantes, pero de ninguna manera deben estar por encima del texto, convirtiéndose en algo que le signifique un peso o una carga sino todo lo contrario y eso, para mí, ha sido la norma básica en diseño. Ahora veo revistas con diseños aterradores que no se pueden leer. Cambian el tamaño de las letras, cambian el color, cambian las columnas, yo no puedo leerlas. A lo mejor el diseño ha cambiado porque el hábito de la lectura ha cambiado, no lo sé. Cada vez que veo una cosa que está sobrediseñada me parece que está mal. Una de las primeras cosas que le aprendí a Miguel Prieto es que el diseño debe tener los elementos fundamentales, necesarios, nunca propasarse, nunca poner nada de más sino ajustarse a lo que uno quiere que se lea. Si el diseño no está hecho para eso no tiene mayor sentido. El diseño es antes que nada un acto de seducción.

Alexander Woodside

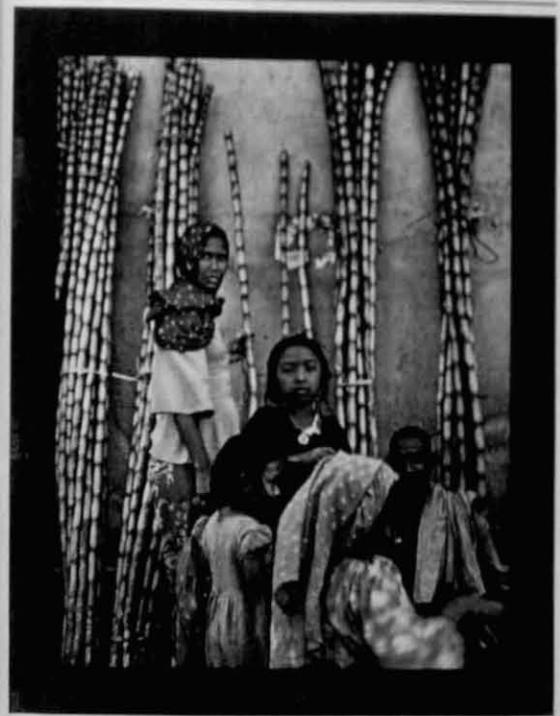
RELIGION Y CULTURA EN EL SURESTE ASIÁTICO

El sureste asiático es un área geográfica y cultural muy diversa. Incluye a países como Tailandia, Laos, Camboya, Vietnam, Filipinas, Indonesia, Malasia y Singapur. Cada uno de ellos tiene una historia y una cultura únicas, influenciadas por el hinduismo, el budismo y el islam.



El hinduismo y el budismo llegaron al sureste asiático a través de comerciantes y misioneros. El hinduismo se estableció primero en la India y luego se extendió a otros países de la región. El budismo llegó a través de rutas comerciales y misioneros que viajaron desde el norte y el oeste.

En Indonesia, el hinduismo y el budismo coexistieron durante siglos. El hinduismo fue introducido por comerciantes y misioneros que viajaron desde el norte y el oeste. El budismo llegó a través de rutas comerciales y misioneros que viajaron desde el norte y el oeste.



El sureste asiático es un área geográfica y cultural muy diversa. Incluye a países como Tailandia, Laos, Camboya, Vietnam, Filipinas, Indonesia, Malasia y Singapur. Cada uno de ellos tiene una historia y una cultura únicas, influenciadas por el hinduismo, el budismo y el islam.



El hinduismo y el budismo llegaron al sureste asiático a través de comerciantes y misioneros. El hinduismo se estableció primero en la India y luego se extendió a otros países de la región. El budismo llegó a través de rutas comerciales y misioneros que viajaron desde el norte y el oeste.

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO

FELIPE PARDINAS



LA REVOLUCION CULTURAL CHINA EN EL CONTEXTO DE LA DISPUTA CHINO-SOVIETICA

La Gran Revolución Cultural Proletaria (GRCP) China y la Disputa China-Soviética (DCS) pueden ser entendidas como acontecimientos extraordinariamente relacionados en la medida de su idéntica finalidad de renovar todo, incluso las mentalidades de los dirigentes, para establecer un comunismo verdaderamente socialista. No obstante, los límites de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo.

En el momento de la revolución cultural en China, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo.

En el momento de la revolución cultural en China, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo.



U1



El carácter de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo.

El carácter de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo.

El carácter de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo.



El carácter de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo.

El carácter de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo.

El carácter de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo.

El carácter de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo. No obstante, el carácter de los sucesos que se venían sucediendo.

U3

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO



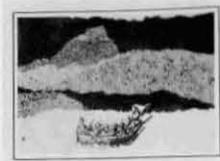
CHINA HOY

Septiembre de 1971. Portada: Estampa popular china

Carlos Antemayor Las siete ciudades

En esta ocasión, Carlos Antemayor nos trae un artículo que nos muestra una vez más su profundo conocimiento de la historia y la cultura de México. En este caso, se centra en las siete ciudades de Chiapas, un tema que ha sido objeto de gran interés por parte de los lectores de esta revista. El autor nos ofrece una visión detallada de estas ciudades, desde su fundación hasta su desarrollo actual, pasando por los momentos más difíciles de su historia. Su lenguaje es claro y preciso, lo que hace que el artículo sea muy interesante y fácil de leer. Esperamos que este artículo sea de su agrado y que nos ayude a conocer mejor estas maravillosas ciudades de Chiapas.

Las siete ciudades de Chiapas, fundadas por los españoles en el siglo XVI, son un testimonio de la historia y la cultura de México. Estas ciudades, que son San Cristóbal de las Casas, Soconusco, Tuxtla Gutiérrez, Palenque, Tonala, San Juan Chamula y San Bartolomé de los Ríos, han sido objeto de gran interés por parte de los lectores de esta revista. El autor nos ofrece una visión detallada de estas ciudades, desde su fundación hasta su desarrollo actual, pasando por los momentos más difíciles de su historia. Su lenguaje es claro y preciso, lo que hace que el artículo sea muy interesante y fácil de leer. Esperamos que este artículo sea de su agrado y que nos ayude a conocer mejor estas maravillosas ciudades de Chiapas.



Las siete ciudades de Chiapas, fundadas por los españoles en el siglo XVI, son un testimonio de la historia y la cultura de México. Estas ciudades, que son San Cristóbal de las Casas, Soconusco, Tuxtla Gutiérrez, Palenque, Tonala, San Juan Chamula y San Bartolomé de los Ríos, han sido objeto de gran interés por parte de los lectores de esta revista. El autor nos ofrece una visión detallada de estas ciudades, desde su fundación hasta su desarrollo actual, pasando por los momentos más difíciles de su historia. Su lenguaje es claro y preciso, lo que hace que el artículo sea muy interesante y fácil de leer. Esperamos que este artículo sea de su agrado y que nos ayude a conocer mejor estas maravillosas ciudades de Chiapas.

Las siete ciudades de Chiapas, fundadas por los españoles en el siglo XVI, son un testimonio de la historia y la cultura de México. Estas ciudades, que son San Cristóbal de las Casas, Soconusco, Tuxtla Gutiérrez, Palenque, Tonala, San Juan Chamula y San Bartolomé de los Ríos, han sido objeto de gran interés por parte de los lectores de esta revista. El autor nos ofrece una visión detallada de estas ciudades, desde su fundación hasta su desarrollo actual, pasando por los momentos más difíciles de su historia. Su lenguaje es claro y preciso, lo que hace que el artículo sea muy interesante y fácil de leer. Esperamos que este artículo sea de su agrado y que nos ayude a conocer mejor estas maravillosas ciudades de Chiapas.



Las siete ciudades de Chiapas, fundadas por los españoles en el siglo XVI, son un testimonio de la historia y la cultura de México. Estas ciudades, que son San Cristóbal de las Casas, Soconusco, Tuxtla Gutiérrez, Palenque, Tonala, San Juan Chamula y San Bartolomé de los Ríos, han sido objeto de gran interés por parte de los lectores de esta revista. El autor nos ofrece una visión detallada de estas ciudades, desde su fundación hasta su desarrollo actual, pasando por los momentos más difíciles de su historia. Su lenguaje es claro y preciso, lo que hace que el artículo sea muy interesante y fácil de leer. Esperamos que este artículo sea de su agrado y que nos ayude a conocer mejor estas maravillosas ciudades de Chiapas.

Las siete ciudades de Chiapas, fundadas por los españoles en el siglo XVI, son un testimonio de la historia y la cultura de México. Estas ciudades, que son San Cristóbal de las Casas, Soconusco, Tuxtla Gutiérrez, Palenque, Tonala, San Juan Chamula y San Bartolomé de los Ríos, han sido objeto de gran interés por parte de los lectores de esta revista. El autor nos ofrece una visión detallada de estas ciudades, desde su fundación hasta su desarrollo actual, pasando por los momentos más difíciles de su historia. Su lenguaje es claro y preciso, lo que hace que el artículo sea muy interesante y fácil de leer. Esperamos que este artículo sea de su agrado y que nos ayude a conocer mejor estas maravillosas ciudades de Chiapas.

U9

U13

Revista de la Universidad de México

La utopía: América



Septiembre de 1972.
Portada: "Módulo" mural de
Marco Antonio Valdivia



ANTECEDENTES MEDIAVALES
DE LOS CONFLICTOS UNIVERSITARIOS
MANUEL FELGUEZ
POESIA DE JOAQUIN PASOS
JUAN MARSE
EL OTRO BORGES

LA VOZ DE LOS POETAS

CHILE

GABRIELA MISTRAL
VICENTE HUIDOBRO
PABLO NERUDA

U3

FERNANDO BENITEZ

1913
1973

Madero fue un hombre que intentó establecer el orden de la democracia y convertir las breves etapas de su gobierno en una verdadera jornada. Los críticos, en el control de la dictadura, hicieron todo lo posible por impedir que gobernara. La prensa, al fin libre, se dedicó a insultarlo y a escarnecerlo convirtiéndolo en un rey de paille. La vida y la popularidad de Madero siempre en su contra de un modo silencioso. El movimiento revolucionario se entregó a la tarea de desorganizarlo y de atacar a sus enemigos, los generales organizados caudillos y finalmente el ejército profesional y acobardado del porfiriato, se rebeló en masa, tomó el palacio, se cuerpo de guardia, entró al salón del Presidente depositándole una suntuosa corona de laurel, lo hizo prisionero y terminó dándole muerte de un modo oportuno.

Lo que sucedió fue el espectáculo. Los señores de Madero representaron una categoría nacional, dilucidada en el tiempo, militaron las universidades, cerraron a la fuerza las cárceles, exhibieron la cruzada de prensa, dedicaron los partidos políticos, exhibieron el estado del tiempo, y Huerta se dedicó en poco tiempo de sus debates, los generales obligados, para quedar el como dueño y usufructuario del poder supremo.

Un cambio la república de Huerta, se brevedad, se cambió cuantitativo, determinaron que se levantara todo el pueblo y después de una lucha a muerte acabó con él y con el ejército profesional de la dictadura.

Lo ocurrido al Presidente Alvarado, en otro marco social y en otras condiciones políticas, recuerda lo ocurrido al Presidente Madero hace sesenta años. El tal efecto lo mismo y ha decretado el tener restituyendo toda vida democrática. La comisión del embajador Henry Lane Wilson, el Departamento de Estado y los inversionistas norteamericanos que controlaban a la política de Madero, en la misma semana años después, Washington no toleró entonces la posibilidad de establecer por vía legal un sistema de democracia en un país latinoamericano y no toleró ahora la posibilidad de establecer en Chile un sistema socialista por vía democrática.

Los Estados Unidos, un necesidad de recurrir a la



amenaza de una invasión armada como en el tiempo de Madero, hicieron lo innegable para establecer el caso comunistas que influyeron decisivamente en la caída de Alvarado. Se le negaron créditos, fueron retirados sus capitulaciones, propiciaron la huida de Vicente Fox, impusieron el embargo, se reforzaron porque no ocupara la presidencia y una serie de hechos más de sentido el alegando que Washington no interviene directamente en el cuartelazo.

En sesenta años los Estados Unidos no han cambiado. Han atemperado su política de mercado, se sabe que de las riquezas naturales de un pueblo, riqueza y poder a cualquier consideración de moral política, de dignidad humana, de respeto a la soberanía de las naciones. Usan sus sus palabras y otros sus sus hechos. Su república y su pobreza permanecen inalterables.

CHILE

U15

JOSE REVUELTAS
WENCESLAO ROCES
JAIME LABASTIDA
CARLOS MONTEMAYOR

JACQUES HAMELINK **ORROR VACUI**

Cuando tiempo ferream apti no le la, colvoko que ha transcurrido un lapso de un mes, da adiver y el más se Actorevivo despoje de la vida y el se ha podido reparado. El tiempo era necesario. Deposición de un campo y un cadáver, los instrumentos que han hecho en confianza en mi misma más grande que al principio, aunque sea por la utilidad que tiene que el saber dónde queda el cuerpo y poner por un día el cadáver. Aquí no hay nada que ver como en un sueño y cielo, varias del mismo alago sobre blanco. Al principio el tiempo la acción es un ritmo suspendido para después un gigantesco xaxa, y una flecha apuntando hacia la profundidad horcaz donde la muerte vino a dar. No porque trascendiera un descubrimiento, sino porque al fin y al cabo hay que cumplir todas las condiciones y no queríamos excluir la posibilidad de salvación.

En un principio yo tenía constantemente un hambre feroz, que por los hechos no me debía siquiera adormirme en el caso contrario del agua, así que habíamos comido un refrigerio con algunas de leche y con agua.

En una de las que al estar el había habido una fractura en la pierna y de que yo le había colocado alrededor de la cabeza una cinta elástica de lana, él era incapaz de hacer algo más. De manera que yo depende de las dos latas de leche y la caja de galletas que, junto con un martillo, una lata de aceite, un hacha y algunas otras cosas, habíamos encontrado entre los restos. En las latas vacías dentro de una pequeña hembra de metal recibía de aceite. Por fortuna tenía Holowen en mi equipo.

Los últimos días estoy durmiendo considerablemente mejor. La única sensación de hambre ha desaparecido. Me ha sucedido una especie de "transmutación" subconsciente. La tranquilidad de la nieve cuando me voy a dormir me ayuda. Hay un silencio absoluto. No hay ruidos, no hay huellas de animales en la nieve. Ignoro si qué otros son transmutados sobre la superficie del mar.

El tiempo, la silenciosa cines de una catedral, que cubre la montaña y se inclina hacia un fondo barranca, está formado de un tipo de catedral ancha, no se está. Estos hacen los árboles que crecen en la montaña y la montaña como una hoja de lata. El se eleva por sobre los vientos de tormenta para mostrar la vida. Hasta tiempo que ya no hablo, sólo miro hacia adelante, con los labios apretados, el mundo silencioso, un mundo penetrado con la profunda hama en el centro. De pronto el bosque empezó a ser como un árbol silencioso y silenciosos de pino, una empalme de todos, comenzando lentamente a moverse.

El tiempo no fue inmediato. Primero fueron los árboles contra el viento de la montaña, el viento volando de silencio sobre el cielo. Luego, cuando la nieve descendió sobre las montañas de la cabina de control.

Por un momento no vi nada más. La catedral empezó a terminar. Cuando era así que se rompían como cajas de cigarrillos y vigo

quiritaban por los desmanes del bosque y dentro al fin contra el valle de nieve.

El tiempo transcurrió eventualmente, avanzando los segundos, los minutos, sobre de pronto como un perro que ha olfateado una huella, trucha sobre un perro. Así pasa siempre, no es un sucesor de un valle, nada más un valle es este sucesor único. Como una respiración, cuando la doble huella que que a primera. Presenciamos a varios metros de profundidad en la caja de venas que somos nos movíamos. En nuestro descenso todo silencio absoluto, se silenció en la catedral cada vez más amplia como ondas de radio. Al fin lo englobó todo. Por sí misma. Con su radar, con su sonda, el río lo había tocado antes. Después el radio de a bordo cuando todavía no llegábamos mucho tiempo aquí, así una antena en un árbol. Entonces, todavía venían pronto a bajarlos. Hace mucho que esto ya no sucede, se han dado por vencidos.

Cuando quisiera estar en contacto con uno de los aviones volaba una bombarda en el radio. Tuvo que despegar de su asiento. Tampoco una señal de hombre legó más, el hombre se quedó atrapado entre los árboles y no lo movieron allí jamás. Se hizo el silencio.

Al principio mi podía acostumbrarme al silencio, cuando al parecer por la caja de nieve que aseguraba los sentidos y por la poca actividad de viento. Esta situación costaba todavía. Entonces la temperatura ha sufrido algún cambio al transitar en nuestra cabina helada (-47° C.). Sin embargo, es más fácil padecer contra este silencio, que a primera vista parece más peligroso que el blanco silencio de la nieve.

Con la luz y con poca posibilidad de una mañana, que desaparece en tiras, hemos confeccionado zapatos para la nieve, lo que por once parte son proporcional distracción. Luego volamos hacia el valle de nieve y los movimientos, después de haberlos pasado al viento se fueron reduciendo, contra las paredes exteriores de nuestra cabina. Yo me sentí en la catedral la persona izquierda y él me hizo una tablita de uno de los vientos del viento, tabulada con el hecho del viento y el largo exarso. No me parece que la parte, que además tiene varias respaldaderas, se me está cayendo. Me rodea mucha luz oscura, sorpresa, bajo la piel. Hincándose. No sé lo que es.

El ha vagado alrededor de la barranca durante días enteros, en silencio, cada vez más grande, con el campo y el cielo, a veces. No le arredran gran cosa.

Cuando él no está aquí el silencio se vuelve total e impenetrable. Era como si la nieve me vigilara como un glacial silencioso y de pronto quisiera apoderarse de mí, enterrarme. La luz trataba entre los troncos silenciosos por el tiempo, como cuchillos de una máquina que pudiera de repente empezar a girar entre los troncos de nieve y polvorienta.

Hablaba en voz alta para sentir el mundo, acorta que las palabras de mi silencio me salían difíciles y deformadas de la boca,



Jacques Hamelin (1939) • Traductor, poeta y novelista. En 1964 recibió el Premio Fitzinger y el Premio Van der Horst por su libro de poemas El reino vegetal. Desde 1966 es profesor de El cine nuevo (poesía, 1964) y El hombre radiante (novela, 1962).

LOS JARDINES BOTANICOS POLITICA POETICA CENTRO DE INFORMACION

CARDUCCI: ODAS BARBARAS AVELLANEDA S. MALLARME RAFEL CADENAS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO



Septiembre de 1974

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO



SALOMON DE LA SELVA LIRA GRAECA EFRAIN HUERTA SONETOS OLVIDADOS ERNESTO DE LA TORRE VILLAR RAFAEL HELIODORO VALLE FERNANDO GONZALEZ GORTAZAR ARQUITECTURA EN JALISCO



Septiembre de 1975. Portada: Benjamín, "Ejercicio visual Núm. 12"

PALABRAS INICIALES

A principios de 1936 tanto la cultura mexicana como la Universidad asistían al “espectáculo de un mundo que se derrumba desde sus cimientos y que busca a tientas la silueta de una nueva casa capaz de alojar a sus nuevas palpitaciones”. Las aulas y los cubículos eran entonces auténticos refugios del pensamiento independiente y libre, aun cuando un aire de conservadurismo parecía permear sus pacíficas trincheras.

Entre el desastre y la esperanza estuvo en aquel entonces la Universidad. Tuvo muchas responsabilidades y no cabe duda que las asumió. Luis Chico Goerne, el rector de la máxima casa de estudios, expresaba tal condición de la siguiente manera:

“Pudo pensar lícitamente la Universidad de ayer, que no era otra su norma ética ni otra su misión esencial, que las de enseñar, que las de transmitir el saber, que las de formar espíritus cultivados y sabios, que las de entregar la ciencia al uso y aún abuso de los hombres.

Ella, al pensar y al obrar así se injertaba plenamente en el espíritu de su tiempo; ese tiempo de mirada miope, que creyó encontrar en la técnica la única panacea de la vida, que sólo concibió lo social como yuxtaposición de lo individual, y que hizo de la igualdad artificial de los hombres ante la ley, el paradigma moral del vivir humano.

Pero la Universidad de hoy, que recibe como herencia del individualismo egoísta que le precede, junto a un pequeño grupo de poseedores de todos los bienes de la cultura y de la materia, una humanidad que nada tiene y que por no tenerlo se ha lanzado ya a la lucha de una franca rebeldía, esa Universidad que actuó dentro de un universo que integralmente se transforma, no puede ni debe continuar por la vieja trayectoria.

Ella, como su antecesora, afirma que es la enseñanza una de sus funciones esenciales; pero ella, a diferencia de su antecesora, que al entregar la ciencia como un patrimonio individual hizo de la labor del hombre culto una patria inaccesible para el miserable, quiere dotar a su obra educativa de un contenido más humano; quiere ante todo, que sus puertas estén siempre abiertas para quienes jamás pudieron asomarse a sus aulas; quiere, además, que sus universitarios sientan que el saber que les entrega no es una dádiva, sino un deber; que la riqueza espiritual de la cultura sólo se dignifica con el sacrificio y con el bien, y que frente a la antigua ruta que llevó al hombre sabio a enriquecerse al lado del poderoso, se abre una nueva vía que ha de llevarle al desposeído, para compartir con él sus angustias y sus esperanzas.

Nuestra Universidad pretende también, como la pasada, investigar y crear ciencia; pero pretende, además, ennoblecer esa ciencia, sirviendo con ella a la vida doliente de los bajos fondos sociales.

La Universidad de hoy ambiciona, sobre todo, ser un organismo vital, fundido en la existencia del país, palpitando con él, conviviendo con él sus inquietudes y sus ideales.

Frente a la vieja Universidad egoísta, indiferente al mundo que se agita y que sufre fuera de sus muros, la nueva ha de ser una Universidad generosa que se entregue en plenitud a la vida de su pueblo.

Este número inicial de la revista es el primer paso que da por esa nueva ruta, por esa nueva ruta que ha de llevarle un día a la entraña misma de México.”

Para quienes no conocen de cerca el egoísmo y la mitomanía intrínsecos del medio musical mexicano y sus protagonistas, las ideas y conceptos de Carrillo habrán de parecerles extrañas en más de un sentido. ¿Puede, en verdad, hablar un hombre en términos semejantes? ¿Acaso será posible que la grandeza de un país como el nuestro pueda descansar en la cuerda de un violín dividida por el filo de una navaja de estudiante pobre? Pero entonces... ¿qué hay de ese *Sonido 13* tan mentado?

La entrevista de Rafael Heliodoro Valle captura en un momento típico al controvertido músico. En el monólogo-entrevista, los fantasmas y las obsesiones de Carrillo surgen sin empacho y se dilatan y cobran vehemencia gracias a un tono en el que hoy es fácil percibir la farsa y la comedia: Carrillo asegura por igual que en 1936 existen 28 millones de pianos y que "hay documentos" que confirman esta cifra; también afirma, moralista, racista y sin asomo de recato, que "el cerebro no funciona con alcohol, sino con técnica" y no deja de profetizar que la del futuro será la música suya.

Carrillo, sin embargo, no es excepcional respecto de sus colegas contemporáneos (o actuales). El músico mexicano es el peor enemigo de sí mismo y padece de manera ancestral de carencias y aspiraciones cuyo origen no suele cuestionarse: todos buscan el reconocimiento, la fama, el ejercicio del poder; todos se proclaman talentos únicos, artistas incomprendidos y todos también gustan de cifrar fuera de ellos los problemas o el fracaso de sus respectivas carreras: en sus colegas, en el medio, en el gobierno, en la fatalidad... en lo que sea, menos en ellos mismos.

Desde tal perspectiva resulta fácil criticar y sonreír al leer a Carrillo. Pero no se olvide, sin embargo, que hablamos de un músico y que por tanto, además de leer las hipérbolas y frases mesiánicas de nuestro autor, es necesario escucharlo. Y es ahí donde surgirán las mayores contradicciones. Hasta ahora seguimos sin saber por qué un artista tan extraordinario, capaz de escribir grandes obras de factura impecable (pienso en su Sinfonía en Re mayor -1901- o en su suite *Los naranjos*), cultivó de manera tan notable una personalidad como la suya, tan arribista, tan mesiánica, tan ávida de elogios y de fama. Pero sobre todo, se impone un análisis futuro respecto al famoso *Sonido 13*: ahí se revelará la verdadera capacidad de vanguardia de Carrillo junto a ciertas contradicciones que su obra no fue capaz de superar, pues mientras su lenguaje técnico corría por nuevos senderos insospechados, su estética permanecía vieja, romántica y decimonónica. En la invención de nuevos *soniditos*, en la exploración de nuevos instrumentos, en su cultivo de microintervalos, Carrillo se muestra como un verdadero vanguardista, quizá el único artista que realmente lo ha sido en nuestro país. Pero nos resta saber por qué su música generó tantas y tan contradictorias respuestas y por qué, en su caso y a diferencia de su contemporáneo Arnold Schoenberg (1874-1951), técnica y forma, lenguaje y significado, no avanzaron de la mano. Pero valga insistir sobre lo dicho: tal debate no podrá iniciar hasta que la música de Carrillo haya sido escuchada cabalmente, aparte y por encima de la retórica curiosa que caracterizó la personalidad del músico de Aqualulco.

Ricardo Miranda*

* Pianista y musicólogo. Columnista de la revista *Universidad de México*

DIÁLOGO CON JULIÁN CARRILLO**

Entrevista de Rafael Heliodoro Valle*

México ha cerrado el ciclo de las conquistas de sonidos, así como el descubrimiento de los polos cerró el de las conquistas terrestres. Y ello se debe al hallazgo del Sonido 13, que dio la base para seguir enriqueciendo las emociones del alma humana.

Julián Carrillo, al hablarme, en un inolvidable soliloquio, de todo lo que espera de las indagaciones que está siguiendo, para dar otras perspectivas a la que él llama la Revolución del Sonido 13, me ha hecho afirmaciones explícitas que permiten asegurar que nada ni nadie será capaz de hacerlo retroceder en una campaña que le ha obligado a refugiarse en su biblioteca, allí donde puede percibir corrientes mentales en la más brillante atmósfera, para renovar sus teorías y explicarlas con la pasión que sólo tienen los poseos, los que viven totalmente para una idea y se queman en su íntima llama.

*Aunque nació en Honduras, Heliodoro Valle, realizó su carrera académica en México. Recibió la maestría y el doctorado en ciencias históricas por la UNAM. Como docente trabajó en la Escuela Nacional de Maestros, en la Nacional Preparatoria y en la UNAM. También trabajó en el servicio exterior de su país como cónsul de Honduras en Mobile, EUA y en Belice; fue embajador de Honduras ante EUA y la OEA (1949-1955). Además dirigió las publicaciones del Museo Nacional de México (1921-1922); las revistas *El Libro y el Pueblo* (1921-1924) y *Bibliografía Mexicana*. Escribió las siguientes columnas en diversas publicaciones latinoamericanas: "Cosmópolis", "Gazapos" y "Columna de humo", con los pseudónimos de Próspero Mirador, Guillermo Galindo, Miguel A. Osorio, Ángel Sol y Luis G. Mila. En 1940 recibió el Premio Marie Moros Cabot de periodismo. Esta entrevista a Julián Carrillo se publicó en *Universidad: mensual de cultura popular*, octubre de 1936, tomo III, núm. 9.

**Músico cuyos estudios los realizó en su natal San Luis Potosí, el Distrito Federal y Leipzig. Volvió a México en 1905 y ocho años después se convirtió en director del Conservatorio Nacional. En 1914 fue a Estados Unidos y ahí escribió la partitura para la proyección de la película *Intolerancia*, de David W. Griffith. En 1920 regresó a México y de nueva cuenta fue director del Conservatorio. Con el descubrimiento del Sonido 13, construyó instrumentos para la ejecución de sus composiciones y fundó la Orquesta Sinfónica del Sonido 13. Introdujo el microtonalismo en el cine al hacer la música coral que acompaña la aparición de la Guadalupana en la cinta *La virgen morena*, de Gabriel Soria. Grabó tres sinfonías, dos misas, una ópera y otras composiciones. Falleció en 1965.

—Ha hecho usted bien en venir a verme —exclamó porque tenía que comunicarle algunas noticias. La primera es que haré un viaje a Europa para presentar mis instrumentos, los que he creado a fin de que la Revolución del Sonido 13 se ponga en marcha definitiva y deje de ser lo que muchos creen que es, una simple hipótesis, porque no me ha sido posible contar con apoyo que me permita llevar adelante mi campaña, darle a México la posición de un triunfo total, porque esto es de México, es de América. Y la Revolución del Sonido 13 afectará a los 28 millones de pianos que hay en el mundo, que tienen que adaptarse a la música nueva que va a difundirse, y también a toda una muchedumbre gloriosa de pianistas, de violinistas, de concertistas, que si quieren adaptarse a la situación que se avecina, tendrán que desandar los caminos que siguieron. Esta es una verdadera revolución musical.

Paréntesis. Las primeras palabras encienden el milagro del discurso de Carrillo. El demonio azul está alborotado. Otra pausa, la onda verbal fluye, se derrama, pero no olvida sus cauces.

—En primer lugar, ¿qué es el Sonido 13? —le digo, iniciando violentamente nuestra charla.

—Es el que cronológicamente siguió a los doce que tenía la música hasta el momento en que logré romper el ciclo clásico de los sonidos existentes. Lo designé así, porque me pareció y me parece la designación más clara, lógica, correcta, que pude encontrar para el problema estético que he planteado ante el mundo: "Revolución musical del So-

nido 13", indica evidentemente que se trata de un sonido y que a ese sonido corresponde históricamente el número 13.

—¿Y cómo lo encontró?

—Yo llegaba de San Luis Potosí, a esta capital. Era un músico pueblerino que tocaba en la banda de mi pueblo. Aquí presenté cinco años de violín y me dieron 15 votos de "perfectamente bien" en los cinco años. Pero no había podido imaginarme que alguien en el mundo pudiera explicar por qué poniendo un dedo en una parte de la cuerda produce un sonido y poniéndolo en otro produce otro diferente. Entonces fui a la clase de Acústica, cuyo profesor era el doctor Francisco Ortega y Fonseca, y fui sin saber qué era eso, la acústica. Y me alegro de eso. No se imagina usted por qué; yo tengo razones de orden moral muy altas; las leyes morales son tan fuertes como las físicas, y no fui a la escuela, por cumplir un deber muy grande: el de ayudar a mi padre para el sostenimiento de la familia.

—De manera que fue a la clase de Acústica, y...

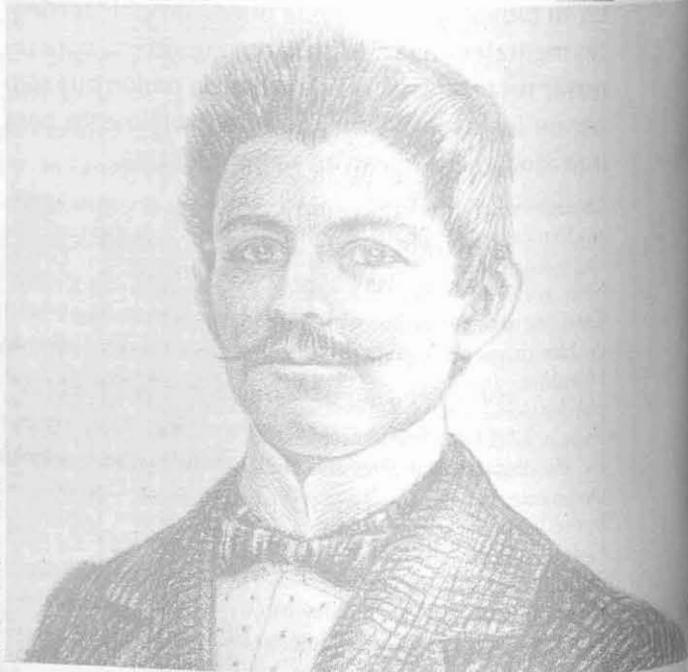
—El profesor explicó las divisiones de las cuerdas, y cuando explicó la primera división, yo interrumpí la clase, y como estaba profundamente emocionado, le pregunté si era verdad lo que estaba diciendo. Si hubiera sido otro profesor, me corre de la clase. Pero no, se echó a reír y me dijo: "Sí, muchacho, esta verdad ya está comprobada por siglos". Y me explicó lo que se producía cuando la cuerda se divide en dos partes, cuando se divide en tres... Lo que causó la chispa eléctrica en mi cerebro fue la primera división de la cuerda. Y saliendo de clase fui a mi cuarto, y empecé a dividir las cuerdas del violín, y en menos de diez minutos, al llegar a la octava división, ya no pude seguir: quedaba únicamente un pedacito de cuerda. Pero llegué en mi primer experimento a la octava división, y me dije: ¿qué seguirá? Y un día me vino la idea, se me ocurrió dividir la cuerda con el filo de una navaja; el dedo era muy grueso y en menos de diez minutos tuve en mi poder lo que ha sido la revolución.

—Para ser más claros, hagamos un poco de historia...

—Me explicaré, profundizando en la historia de la música, hasta llegar, retrocediendo, a lo que no es

hipótesis, a la China de hace 46 siglos. En aquella época, tenía la música sólo cinco sonidos, equivalentes a lo que hoy llamamos "do", "re", "fa", "sol", "la", conocidos también con el nombre de escala pentafónica. Un emperador chino de hace 4 mil 600 años tuvo la idea de que los sonidos musicales debían obedecer a alguna ley física que los encadenara, y para comprobarlo, comisionó al filósofo Lung Lin para que estudiara el problema, ordenándole que se retirara a los bosques de bambú a meditar; y este hombre tuvo la genial idea de llevar los sonidos musicales al campo biológico, pues sospechó que de igual modo que los seres vivos son capaces de reproducirse, los sonidos debían multiplicarse a su vez, es decir, que de uno surgieran otros. Y esa ley, que tardó veinte siglos en comprobarse, fue la que le sirvió de base para ordenar el encadenamiento de los cinco sonidos conocidos. El filósofo tomó como sonido la nota "fa" y dedujo que ésta debía producir lo que hoy llamamos la quinta perfecta, o sea el "do" (armónico 3 de la nota "fa"). Fue, pues, "do" sonido 2, supuesto que "fa" fue sonido 1; el "do" a su vez produjo su quinta perfecta "sol" y fue esta nota el sonido 3; "sol" a su vez produjo su quinta perfecta "re" y ésta fue el sonido 4; y por último, "re" produjo su quinta perfecta "la", denominada sonido 5. Y como sólo había cinco sonidos en la

Julían Carrillo 1913



música, el filósofo dió por terminada su misión, supuesto que lo había explicado todos sobre una base física, base que posteriormente se conoció con el nombre de Gama de los Armónicos.

—¿Y luego?

—Pues transcurrieron años y más años, hasta llegar a dos mil, o sea veinte siglos, cuando la Grecia de la Edad de Oro, que produjera genios de la fuerza de Sócrates, Sófocles, Esquilo, Eurípides, Platón, etc., etc., produjo un músico tan genial, como los citados en su especialización.

—¿Se refiere usted a Terpandro?

—A Terpandro, sí, quien tuvo la suficiente fuerza creadora para pensar que los sonidos musicales podrían aumentarse siguiendo el proceso físico del filósofo chino de veinte siglos antes; y diciendo y haciendo se dijo: Si "fa" produjo "do"; y "do" produjo "sol", y "sol" produjo "re", y "re" produjo "la" es evidente que "la" producirá "mi" y "mi" producirá "si" y sin titubeos agregó dos cuerdas a la lira para dar las notas "mi" y "si", sonidos 6 y 7, respectivamente.

—¡Veinte siglos, para llegar a Terpandro!

—Veinte siglos. Y esta conquista de Grecia fue de una inmensa trascendencia, pues con los sonidos 6 y 7 nacieron los semitonos entre el "mi", sonido 6, con el "fa", sonido 1, y el "si", sonido 7, con el "do", sonido 2. Y yo afirmo: los semitonos nacieron sin la idea de dividir el tono. La conquista de Terpandro permitió formar la escala diatónica, que hasta nosotros perdura, representada por las notas blancas en los teclados de los pianos y de los órganos. Sin embargo, no se la perdonaron los músicos griegos, sus contemporáneos, por la envidia y la rutina, que los dominaba, y llegaron a un grado tal, que no vacilaron en acusarlo ante las autoridades, y se reunió el senado de Esparta, de la gloriosa Esparta, y se propuso castigar con cárcel al músico que había aumentado los sonidos... Por fortuna para el prestigio de Esparta, hubo un grupo de senadores que consideró excesivo el castigo y propuso únicamente que se le multara. Pero no acabó ahí el calvario de Terpandro ni las intrigas de los musicastros que lo deturpaban, pues cuando se presentó el gran hombre a los Juegos Olímpicos a disputar los premios en

el mismo estadio donde genios del tamaño de Eurípides y Esquilo compitieran, los jurados lo obligaron a reventar las cuerdas que producían los nuevos sonidos conquistados por él. Con tal antecedente, ¿qué de raro tiene la guerra absurda que me han hecho los músicos retrógrados de México?

Pausa. Soy todo oídos para seguir escuchando el relato que informa la vida y pasión de los sonidos, hasta llegar a la meseta mexicana. Carrillo electriza con sus charlas, sus ademanes la decoran, su rostro se ilumina como el del alquimista ante el crisol en que ha puesto a ebullición formas vivas, larvas de ideas, criaturas aéreas.

Y Carrillo continúa:

—Continuemos. Estamos ya en el momento en que la humanidad había conquistado siete sonidos para la música, 600 años antes de Cristo. Al aparecer Jesús de Nazareth sobre la tierra, había sólo esos siete sonidos, los mismos que sirvieron al Papa san Ambrosio en el siglo IV y a san Gregorio en el VIII, para formular los modos llamados ambrosianos y gregorianos, que en su pureza histórica no deben llevar sostenidos ni bemoles, supuesto que esos accidentes no existían en aquellos tiempos. Dicho esto, especialmente para los músicos de la Iglesia cristiana, que han cometido el error de poner bemoles y sostenidos al Canto Gregoriano. Después de la conquista de Terpandro, necesitó la humanidad 17 siglos para aumentar los sonidos musicales, y en esta ocasión correspondió a Roma, La Roma de los Césares, conquistar el sonido octavo, "si" bemol, en el siglo XI. Luego surgieron los sonidos 9, 10, 11 y 12, representados por las notas "la" bemol, "sol" bemol, "mi" bemol y "re" bemol. Corresponde, pues, a Grecia, la conquista de los sonidos 6 y 7, a Roma los que van del 8 al 12, y a México desde el 13 hasta el infinito.

—Ahora sí comprendo.

—Mejor dicho, México ha conquistado con su revolución del Sonido 13 el derecho de figurar en la historia de la civilización, juntamente con Grecia y Roma.

—¿Y en que año encontró México el nuevo sonido?

—En 1895. Ya he contado a usted el incidente que provoqué en la clase de Acústica, y ante la inquietud espiritual que me sobrevino, quiso mi buena

suerte que un día me ocurriera seguir dividiendo la cuerda, pero no ya a base de armónicos según la costumbre académica, si no tomando otro medio de experimentación para dividir la cuerda. Acudí al filo de una navaja, se lo repito, con la cual podría hacer divisiones mínimas y fue así como logré en la distancia de un tono que separara las notas "sol" y "la" de la cuarta cuerda del violín, 16 intervalos iguales, o sea los dieciseisavos de tono, con lo cual se aumentaron en menos de diez minutos de experimento los sonidos de la música en la proporción de doce a noventa y seis o sea un aumento de un 800 por ciento. —Pero ¿se dio usted clara cuenta de su hallazgo? —No tuve la suficiente perspicacia para ello. Cuando llegué al Conservatorio y conté a mis compañe-

ros el resultado de mi experimento, reían al oír mis palabras y yo también reía. Causó fuerte impresión, sin embargo, mi noticia sobre aquellos "soniditos"; de tal modo, que entre mis compañeros se me conocía con el apodo de "el alumno soniditos".

—¿Pero hoy?

—Hoy es diferente, hoy sí puedo medir la importancia de aquel hallazgo, no sólo desde el punto de vista histórico, sino desde el musical, el fisiológico, el psicológico.

—Vamos por partes, porque veo que no se trata de un simple episodio. La importancia histórica ya me la ha explicado.

—Pero hay que pensar que para aumentar los cinco sonidos en uso hace 46 siglos, se necesitaron dos mil



Orquesta de cuerdas y alientos, ca. 1920. Foto: Archivo Guerra Mérida, Yuc.

años de tiempo; que después de avanzar los sonidos del 7 al 8 transcurrieron diecisiete siglos; y que luego, par ir del 12 al 13, solamente fueron necesarios ocho.

—Esto es sorprendente.

—Pues no lo es, porque en México, en diez minutos de experimentación, un simple estudiantillo de Conservatorio, fue del sonido 13 al 96 y en menos de un tercio de siglo del 96 al infinito, que es donde hoy nos encontramos.

—México ha cerrado, pues el ciclo de las conquistas de sonidos.

—De igual modo que con el descubrimiento de los polos se cerró el de las conquistas terrestres. Ningún país podrá por lo mismo, en los siglos que vienen, encontrar mayor número de sonidos de los que tiene México en su haber.

—¿Y la importancia musical del hallazgo?

—Ella estriba, se pone de manifiesto, no sólo en el hecho de haber aumentado en diez minutos los sonidos musicales en la proporción de doce a noventa y seis, sino en haber descubierto que existen tantos sistemas musicales como números hay en orden progresivo. ¿Cuántos son los números? ¿Cuál es el fin de ellos? Los números no tienen fin y, basado en mis experimentos, declaro ante el mundo entero, que los sistemas musicales descubiertos por mí, son tan infinitos como los números y entre ellos hay mundos y mundos de sistemas musicales que jamás producen tonos ni semitonos. Con todo este arsenal se logra tal riqueza de nuevos intervalos, de nuevas escalas, nuevas melodías, nuevas armonías, como jamás pudieron sospecharlo los músicos del pasado, por grandes y geniales que hayan sido.

—Pero nos hemos olvidado de la importancia fisiológica del descubrimiento.

—Le diré que ella es tan grande como las anteriores. Bastará recordar que la prensa musical europea escribió hace años, que los cuartos de tono eran el límite musical para el oído, y contra esa limitación yo he dado ya más de cincuenta conciertos, tanto en México y Cuba como en los Estados Unidos, tomando composiciones a base de dieciseisavos de tono o sea el cuarto dividido en cuatro partes.

De cómo ha sido recibida su música por los públicos y crítica extranjera, Carrillo me habla:

—De manera encantadora; pues críticos que saben lo que dicen, al inverso de los que no saben dónde tienen la cabeza, no han vacilado en colocar la música del Sonido 13 por encima de la de dos genios maravillosos: Ricardo Wagner y Claudio Aquiles Debussy. Oiga usted lo que escribió *Evening World* de Nueva York: “después de oír el concertino de Carrillo, la música de Ricardo Wagner pareció llevarnos a un mundo de colores primitivos”. Y el *New York Times* dijo: “Carrillo era el modernismo en el programa. El material enteramente anticuado estuvo a cargo de Ricardo Wagner”. Y *Musical America* escribió: “El concertino de Carrillo produjo curiosos efectos de desorientación, pues la obra de Debussy causó el efecto de ser el despojo de una marchita civilización musical”. Por último, y por no cansar a usted, citaré un juicio del *Evening World*: “Después de oír el concertino de Carrillo, la música de Debussy parece un vulgar postillón”.

—Se necesitaba, pues, el advenimiento del Sonido 13 para lograr tamaño prodigio.

—La Revolución del Sonido 13 ha sido formidable. ¿Cuándo pudo esperar el Nuevo Mundo que se escribieran frases semejantes sobre ninguno de sus músicos? Quizá esto explique el cariño continental que se tiene a esa revolución.

—Continúe hablándome de ella. Me ha explicado usted la génesis de los 12 sonidos anteriores.

—Llegamos sin esfuerzo a saber cuál fue y cuál es el Sonido 13. Como la nota básica para mi experimento del año 1895 fue la nota “sol” de la cuarta cuerda del violín y el primer sonido nuevo que resultó fue el de 1/16 de tono sobre esa nota, corresponde, pues, históricamente, el nombre de Sonido 13, al que está a la distancia de un dieciseisavo de tono ascendentemente sobre la nota “sol” de la cuarta cuerda del violín.

—Entonces, viene usted con esa revolución a modificar la sensibilidad contemporánea y hasta habrá que aprender de nuevo a tocar el piano.

—Evidentemente, pues cada vez que surge un nuevo elemento que aumenta el arsenal de la música, se efectúa este fenómeno; y bastará recordar lo que

logró la humanidad con los cinco sonidos de la gama pentafónica al compararse con la diatónica, y enseña a comparar lo que logró el diatonismo antes del cromatismo, y así se comprenderá lo que lograrán los músicos del futuro con el material que les he legado: nuevos sonidos, nuevos ritmos, nuevos timbres e instrumentos, ni soñados para el ennoblecimiento del alma humana.

—¿Cuáles son los nuevos instrumentos?

—De hecho serán todos nuevos, por más que para empezar se hayan hecho sólo adaptaciones.

—Lo dicho: hay que aprender a ejecutar, de nuevo.

—Y para que usted tenga una idea de la revolución en el campo instrumental, me bastará darle dos datos: pronto podrá usted oír fugas de Bach en los timbales de mi invención, y en cuanto al piano, tengo ya terminados los estudios técnicos para construir diecinueve tipos diferentes, produciendo, cada uno de ellos, nuevos sonidos; pues como usted sabe, hasta hoy sólo ha existido un tipo de piano y todos los pianistas tocan las mismas notas, con la única diferencia de la parte emocional que hay entre uno y otro artista; pero con mi serie de pianos, entonces cada pianista tocará diversos sonidos y cada uno de ellos hará vibrar el alma humana en regiones misteriosas que hasta hoy no hayan sido sacudidas por las vibraciones musicales.

—¿Cuándo va usted a construir estos pianos?

—De hecho, los he empezado ya, y espero poder presentar muy pronto alguno de ellos, y doy a usted el dato de que mis pianos tendrán menos cuerdas que los actuales y producirán mayor número de sonidos. El de semitonos tiene tales diferencias y ventajas sobre el piano actual, que tendrá que producirse necesariamente el caso de los primeros pianistas del mundo...

—Eso ya me lo estaba sospechando, que tendrán que estudiar de nuevo para poder adaptarse.

—Pues los primeros pianistas, como Paderewski, Hoffman, Arrau, Brailowsky, etc., etc., o estudian el piano nuevo o se convierten en segundas figuras dentro del movimiento musical que se avecina.

—¿Y esto es inminente?

—Sí, porque esta revolución es de tal trascendencia, que abarcará a los 28 millones de pianos que hay en el mundo.

—¿Veintiocho millones? ¿Y cómo se sabe esta cifra?

—Existen documentos que lo comprueban. Y daré a usted un dato: ha habido piano que se venda en 40 mil dólares. ¿Se imagina usted el bienestar que la construcción de los nuevos instrumentos puede proporcionar a las clases trabajadoras cuando vaya la Revolución del Sonido 13 al campo industrial?

—Este aspecto no lo presentía y me parece el más interesante.

—Evidentemente, pues de no ser así correría el peligro de que mi revolución fuera sólo un platonismo sin trascendencia social ni económica.

—Entiendo: habrá que organizar todo un sistema de fábricas.

—Ya he dicho en diversas ocasiones, que al fundarse las fábricas para la construcción de los pianos y demás instrumentos, fácil será dar trabajo a medio millón de obreros con salarios mínimos de cinco pesos diarios, lo que hará el bienestar de 500 mil familias; sobre todo, en un país como el nuestro, en el que ha habido cierta alarma al tratarse de salarios mínimos de un peso cincuenta centavos al día. Yo no me alarmo por los problemas de la época y creo que cada quien debe ser el hombre de su tiempo. Y tanto es así, que no tengo el menor temor de poner todas las industrias que surjan de la Revolución del Sonido 13 en manos de los obreros, ya que ellos han tenido el rasgo generoso de ofrecerme su cooperación tan patriótica como desinteresada.

—No lo sabía, ¿y cómo ha sido eso?

—Pues llegaron a ofrecerme la ayuda de un centavo diario, cada uno de ellos, lo cual arrojaba una suma fabulosa, y que no acepté en esa forma por parecerme injusto que ese centavo de los obreros fuera para empezar a industrializar el problema y que cuando llegara éste a un auge comercial, el capitalismo se aprovechará de él. Después de llegar a la práctica de apoyarme económicamente, se llegó a dar forma a la idea iniciada por mí, de capitalizar el centavo de los obreros haciendo acciones de tres pesos sesenta y cinco centavos, lo cual equivale a un año de centavo diario, suma con la que habían querido ayudarme. La escritura quedó lista para la firma en el bufete del licenciado Esteva Ruiz.

—¿Y qué dicen los directores de las escuelas? ¿Van a ayudar?

—Nada han dicho, aunque en el extranjero se conceptúa mi revolución como algo que es orgullo continental.

—Entonces, ¿esta es la revolución que correspondía a América?

—Pero ¿qué duda queda, sobre todo después de conocer las declaraciones de eminentes personalidades? Escuche usted lo que Stokowski dijo en Filadelfia: "La conquista del Sonido 13 es absolutamente americana. Nada tenemos que reclamar los músicos europeos, pues cupo en suerte a América que el autor de todo esto sea un indio descendiente de los aborígenes dueños de este continente". Y el maestro cubano Ángel Reyes ha dicho: "La Revolución musical del Sonido 13 es no sólo el orgullo de México sino de todos los países de América". Y por su parte, *Musical Advance* de Nueva York ha hablado así: "La música de América es la de Julián Carrillo y sería una magnífica base para el Conservatorio Nacional de los Estados Unidos, por ser música absolutamente americana como que es el producto de América".

—Entonces, ¿aquella polémica de México, tan agria, fue sólo falta de comprensión?

—Seguramente. Falta de comprensión y algo peor. Pues en un medio tan raquítico como el nuestro se llegó a decir que lanzaba a la publicidad mis teorías del Sonido 13 para que el gobierno del general Calles me diera un empleo. Este criterio de músicos "chamberos" me dio risa. Olvidaban mis enemigos que había tenido yo los tres puestos más altos que músico alguno ha desempeñado simultáneamente en México: Director de la Orquesta Sinfónica Nacional, Director del Conservatorio y profesor de Composición en el mismo establecimiento, por cuyos servicios disfrutaba el sueldo diario de cincuenta y cuatro pesos, puestos que no vacilé en renunciar cuando los acontecimientos así lo requirieron; y el último lo renuncié cuando el doctor Alfonso Pruneda, rector de la Universidad en aquella época, tuvo la curiosa ocurrencia de pretender que la clase creada por el Secretario de Educación, doctor Puig, para que yo expusiera mis teorías del Sonido 13, se llamara simplemente de Investigación Musical. ¡Que

crueldad! Pretender borrar de México, de una sola plumada, la Revolución del Sonido 13, problema que ha hecho palpitar de júbilo a todo el continente.

Al llegar a este punto, Carrillo se exalta y no impide traslucir su afán de reanudar la batalla. Está febril por el curso que tomen las nuevas revelaciones que hará. Y sigue perifoneando los mensajes que ha recibido.

—En aquella polémica —añade— se dijeron las cosas más estupendas que pueden oírse y se llegó al caso inaudito de afirmar que aquellas teorías que yo presentaba como mías eran ajenas, lo cual me obligó a pedir, por decoro profesional, a la Secretaria de Relaciones Exteriores, que hiciera una encuesta mundial, pues había que saber si en parte alguna se conocía lo que yo proclamaba como mío. Las contestaciones no se hicieron esperar. Vea usted algunas de ellas: "Con relación a las preguntas acerca del sistema tonal del Sr. Julián Carrillo —dijo Alemania desde Berlín en julio de 1925— tenemos la honra de dar el siguiente informe: una división del tono en dieciséis partes, que es el fundamento de la teoría musical de Julián Carrillo, no se ha hecho antes de él, ni simultáneamente". Y Francia dijo: "En respuesta a la carta de V. E. sobre el descubrimiento del señor Carrillo debo decirle que hasta hoy 31 de octubre de 1925, nunca he oído hablar de cosa semejante. Vicente D'Yndi". Y Suecia escribió: "Hay que felicitar a México por tener en Julián Carrillo una personalidad de cultura tan eminente con la capacidad doble del hombre científico y el artista. El Secretario Perpetuo de la Academia Real de Bellas Artes, Stokolmo". Como se ve, los países más cultos contestaron y supieron contemplar el problema de muy distinto modo que mis paisanos los músicos de México, y como si esto no fuera bastante, debo darle el dato encantador de que Rusia sin ningún esfuerzo ni solitud de mi parte, aceptó mis teorías para que fuesen enseñadas en el Conservatorio de Leningrado.

—¿Cómo fue eso?

—El asunto fue sencillísimo. Llegó por allá un ejemplar de mi periódico *El sonido 13* publicado en Nueva York, en inglés y en español.

—Conozco el periódico, pues usted tuvo a bien enviármelo, en aquellos días.

—Pues un buen día recibí una carta firmada por Assaief, diciéndome que había leído dicho periódico y que le parecían muy interesante las teorías que yo exponía en él; y que si no tenía inconveniente en que él, Assaief, fuera mi representante en Rusia. Contesté agradecidísimo, y a los pocos días recibí una carta de George Rimski Korsakov, descendiente del autor de "Scherezada" y que es profesor de Ciencias Musicales en el Conservatorio de Leningrado, diciéndome que la carta que yo debía haber recibido firmada por Assaief debía darle todo el valor que ella tenía, pues que este señor era el representante del Gobierno Soviet, tanto en el Instituto de Ciencias como en el Conservatorio. En carta posterior, me pidió Assaief datos técnicos para tratar con sus colegas el asunto y el resultado fue que en carta que me escribiera Korsakov, me anunciaba que había sido autorizado para implantar mis teorías en el Conservatorio, pero desgraciadamente no pude enviar libros ni instrumentos como era mi deber y el asunto quedó en punto y coma.

—¿Y nada más?

—En otros países se ha sentido fuertemente el choque de mis teorías. No obstante que en los últimos diez años nada he hecho por la propaganda de mi problema, porque se me agotaron los recursos económicos, bastaron las tres conferencias que dediqué a nuestro culto ministro en el Ecuador, Ingeniero Raimundo Enríquez, y que fueron publicadas por la Cámara de Diputados, para que en el acto se despertara extraordinario entusiasmo en los países donde esas conferencias han sido divulgadas. Debo citar al respecto algunos hechos: la Universidad Central de Quito respalda mi revolución y es director técnico de ella en la parte musical el maestro Juan Pablo Muñoz; y los directores de los Conservatorios de Quito y Guayaquil, me han enviado, por conductos oficiales, las felicitaciones más calurosas; el Director de las Bandas Militares de la III Zona Ecuatoriana, ubicada en la ciudad de Cuenca, se ha afilado a mi revolución con todos los elementos a sus órdenes; y la estación de radio del gobierno del Ecuador, me dispensó el honor de dedicarme una hora el 18 de agosto último. La prensa de aquel país está dedicando grandes artículos a mi revolución, y lo propio acontece en El Salva-

dor, donde los mejores periódicos dedican páginas enteras a este problema. En el último país es jefe de la campaña Pro Sonido 13, el Director del Conservatorio Nacional, el maestro Domingo Santos, quien hizo brillantes estudios musicales en Europa. Y lo propio ha pasado en Argentina, Brasil, Chile, Venezuela, etc., todo ha sido un movimiento espontáneo.

De súbito Carrillo se incorpora para mostrarme tres instrumentos que en breve enviará al Ecuador. —Este se llama "octavina" y divide el tono en ocho partes. Esta guitarra produce cuartos de tono. La guitarra, tal como está, aumenta los sonidos 100, 200 y hasta 800 por ciento. Oiga usted los cuartos de tono: éste aumenta los sonidos 100 por ciento. Acaba de estar aquí un miembro de la Sinfónica de Nueva York, un cornista, y cuando le enseñé esto, dijo: "ya no quiero oír más". Este que aumenta los sonidos en un 800 por ciento, es el arpa. Este tiene lo que llaman los músicos octava y 11 sonidos más que en la escala del piano. Y éste tiene 97 en vez de 12 y tiene el sistema actual.

—Todo esto debía explicarlo en un libro.

—Lo tengo ya preparado; es el primero para explicar el fundamento científico de mi revolución, su trascendencia histórica, musical y acústica, y luego tengo listo otro, en que hago un análisis de la música a base física y musical, llevando a músicos y a físicos en un proceso en que no se escapa ni Pitágoras.

—De manera que no escapan ni los físicos...

—Cuando empezó esta revolución, yo creía que los físicos y los músicos estaban de acuerdo. Empecé el análisis y vi que todos ellos falseaban.

—¡Hubo que hacer hondos estudios de Física!

—Los he hecho. Y cierta vez di una conferencia en la Universidad de México y dije delante del señor Rector estas palabras: "Ningún rector tiene derecho a permitir que se enseñen falsedades a los alumnos." Yo vine a demostrar que las escalas que tienen los físicos nada tienen que ver con las escalas de los músicos. La escala musical que tienen los físicos en todo el mundo, no tiene nada que ver con la música.

—Pero entonces Beethoven construyó sobre bases falsas.

—Si Liszt hubiera conocido el piano que se va a construir habría escrito quién sabe qué maravillas. Para que se dé usted cuenta de lo que viene para los compositores, le diré que todos los que ha habido en el mundo no llegaron a emplear, siendo muy generosos, 500 acordes. Yo tengo 1 193 556 232, en vez de los 50 usados por los clásicos. Los músicos son de dos clases: los que saben y los que no saben. Los que saben de los países germanos trabajadores, por ejemplo Bach, Wagner, y los que se dedican nada más a escribir. Ahora tiene usted dos gigantes a quienes yo hago cargos muy serios: Rossini y Berlioz. ¡Después de *Guillermo Tell*, estar 40 años sin escribir es un crimen! Si Rossini profundiza su técnica habría sido un Beethoven maravilloso. Pero se pasó 40 años comiendo macarrones. Y luego Berlioz, otro genial, pero indisciplinado, que quiso encontrar por sí todo lo que el mundo conocía.

—La indisciplina de los latinos...

—¡Eso! Los latinos no estudian, acuden al ajenjo, para que se les exalte el cerebro. El cerebro no funciona con alcohol, sino con técnica. Tiene usted emociones como las que tuvo el sordo aquel que va a los campos a henchirse de naturaleza y llega a su estudio y con el milagro de la técnica, escribe maravillas.

Carrillo ha querido terminar el diálogo —mejor dicho, monólogo, porque es él quien ha hablado y yo sólo he sido su interlocutor acústico— confiándome la noticia de que prepara un viaje a Europa.

—Me brinda París —dice— la oportunidad para una propaganda extraordinaria con motivo de la Exposición Universal del año próximo. Espero presentarme ante el número de músicos más conspicuos de la tierra, que se va a reunir allá. Tengo tanta fe en mi obra músico-revolucionaria, que estoy seguro de que, después de una serie de conferencias en París, Berlín y Londres, en las que presentaré mis nuevos instrumentos se implanten mis teorías musicales en los más cultos países de la tierra, y esta gloria no será mía sino de México, de América. La hora es de América.

Y quiere que haga constar:

—Dos palabras de elogio caluroso al presidente Cárdenas por haber tenido la gentileza de decirme que

para mi obra puedo contar con todas las simpatías de su gobierno y las suyas personales. Muchas gracias.

Y me despidió envuelto en un torbellino de canciones y de sueños, anonadado después de haber recorrido el laberinto de ideas, de ideaciones, de imaginaciones, de este indio mexicano que a orgullo tiene serlo; que trabaja 16 horas diarias, sin sentir *surmenage*; y que su ufana de su origen humildísimo, pues sus padres no sabían leer ni escribir —me dice— y almacenaron energías que él ahora dilapida. ♣



P"Poesía y realidad" es un artículo que nos recuerda una perspectiva muy poco reconocible en la figura pública que el discurso histórico de las letras mexicanas ha sancionado a propósito de Rodolfo Usigli. Cierto, este hombre de teatro fue también un poeta digno de aprecio en una generación de altísimos poetas, y un observador informado del patrimonio cultural puesto en juego por las poéticas en conflicto de su tiempo.

El artículo de Rodolfo Usigli cuya recuperación presentamos tiene como asunto la discusión de algunos sustratos ideológicos que sirven de horizonte a la práctica, la lectura y el examen crítico de la poesía; en última instancia, este asunto se enlaza con otro más general: el lugar y el valor de la literatura en el cuadro completo de la sociedad. Se trate de uno de los problemas que más inquietaron a quienes, en la generación de Usigli, reconocemos más ligados a la poesía: Xavier Villaurrutia, Jaime Torres Bodet, José Gorostiza, Jorge Cuesta.... La gran poesía de los Contemporáneos proviene de una problematización crítica, asombrosamente consciente e informada, de esta modalidad del discurso literario. "Poesía y realidad" debe incorporarse al repertorio de textos críticos que durante los años veinte y treinta abogaron en favor de un nuevo estatuto social y estético para la literatura.

Tal y como sucede en otros documentos de la misma índole en el periodo, "Poesía y realidad" revela, por una parte, una voluntad modernizadora, y, por otra, una inclinación decididamente clásica. En cuanto a la primera actitud, Usigli se muestra como partidario de la renovación de los "materiales" de la poesía; es decir, el léxico, los metros, los arreglos estróficos, las imágenes y los recursos retóricos de los cuales se sirve el poeta con el propósito de ejercer su oficio como "la única forma de habla que dice las cosas con entereza". Así, Usigli censura toda orientación académica. "Hay gentes *ilustradas* que confinan aún la poesía en la jaula de la delicadeza." El lector reconocerá en esta postura de Usigli alegatos próximos a las vanguardias.

Sin embargo, no haríamos plena justicia a "Poesía y realidad" si no restituyéramos a su interpretación la matriz clásica que allí se advierte. En este sentido, ha de entenderse que Usigli vuelve sobre una vieja postulación en Occidente: la de la poesía entendida como *revelación*, como una forma extraordinaria de la experiencia, un modo superior y absoluto de la realidad. De acuerdo con Usigli, la poesía traduce un *acontecimiento* espiritual y el poeta es el testigo exacto de ese *acontecimiento*. Antes que un experto de los sonidos sancionados por los manuales de versificación, el poeta es un vidente. Algunos lustros antes, el simbolismo francés había promulgado la primacía de la música sobre cualquier otro elemento poético; en su oportunidad, Usigli desplazaba ese *dictum* celebrando la hora de la imagen. "Nada de música ante todo."

En "Poesía y realidad", la dirección modernizadora y la clásica se encuentran en un mismo terreno: el de una poesía que aspira a rectificar el gusto académico, las inercias del romanticismo, y aun las aventuras del modernismo convertidas en códigos.

Leonardo Martínez Carrizales*

* Escritor y crítico literario. Columnista de la revista *Universidad de México*

POESÍA Y REALIDAD

Rodolfo Usigli*

La más sorprendente de todas las diferencias que existen y persisten entre la poesía y la prosa es que la poesía es únicamente acción. Una acción impenetrable a las filtraciones del tiempo y a su transcurso —si es que el tiempo transcurre—, libre de erosiones y de trastornos en general. Aunque algunas imágenes se adelgacen y pierdan brillo, aunque las palabras vengán a sufrir en el diccionario las vergonzosas abreviaturas *Poét., desus.*, está fuera de duda, en cambio, la vocación de vejez de la prosa, a menos que ejerza una función crítica. Desde el transitorio dialecto que se descompone en pocas horas en los diarios hasta el más espléndido estilo de novela, la prosa es sólo instrumento de un relato, esfuerzo inútil y no siempre gramatical para fijar un momento de la vida que ha pasado ya. Fija su sombra, y ni eso a veces, a menos que las palabras caigan bajo la vigilante magia de la poesía. Entonces abandonarán el premeditado camino del relato para operar una función de creación. Y entonces serán poesía, es decir, revelación, es decir, acción. De aquí la juventud casi inalterable de la poesía, aun de la poesía de la muerte, ya que de ella vive. La poesía es una gran devoradora: necesita a menudo de una vida para troquelar una línea, de un siglo para formar un poema. ¿De dónde emana esta condición peculiar en la que ha logrado emplazarse la poesía? Desde los primeros poemas

*Dramaturgo formado en México y Estados Unidos. A sus diecinueve años comenzó a escribir crónicas teatrales. Desde entonces el ámbito de la dramaturgia le llevó a dirigir los Cursos de Teatro de la UNAM, el Teatro radiofónico de la SEP, el Departamento de Teatro de la Dirección de Bellas Artes, y del Teatro Popular Mexicano. En el servicio exterior mexicano ocupó cargos como embajador en Líbano y Noruega, y agregado cultural en Francia. Además, fue delegado de México en los festivales cinematográficos de Bélgica, Checoslovaquia, Venecia y Cannes. Hacia el final de su vida se le otorgaron el Premio América y el Premio Nacional de Letras. "Poesía y realidad" se publicó en *Universidad: mensual de cultura popular*, enero de 1937, tomo III, núm. 12.

del mundo, han desaparecido continentes, ha cambiado la suerte de los grandes imperios, han surgido religiones nuevas, la máquina ha llegado y el hombre ha conseguido volar. La poesía sigue siendo la misma, y todos esos acontecimientos la han alimentado. La única razón de esto es que la poesía se nutre sólo de realidad y no de sueños, como piensan las gentes que se creen reales; a menudo, de una realidad que los hombres tardarán años en percibir, de una realidad anticipada que puede parecer, y parece, un sueño. La primera objeción a esta premisa podría constituirla la poesía épica, por su apariencia de relato. Pero las canciones de gesta, el *Poema de Mio Cid* y el *Romancero*, aparte de la realidad que los nutre e independientemente de las razones utilitarias de la métrica y el eco en relación con la memoria, no relatan. Re-crean cada episodio en una latitud de realidad superior, y siguen siendo jóvenes, es decir, poéticos.

Recuerdo que hace años cambié con un poeta mexicano mi concepto de la poesía. Él convino conmigo en que poesía era un territorio de cosas superiores o extraordinarias, representadas de una manera exquisita. Los dos estábamos equivocados. El gran poeta es todavía Dante, es todavía Goethe, es todavía aquél que lo escribe todo en formas poéticas. La poesía no se toma con tenacillas ni con la punta de los dedos por la misma razón que no se

usan cubiertos para comer las alcachofas. Se toma *in anima vili*, pero a condición de tomarla con la vida. Hay una manera singularmente efectiva de averiguar si la persona que os habla entiende o no lo que es poesía. Se la lleva por grados. Primero se le da una definición de Shakespeare:

Our poesy is as gum which oozes
From whence 'tis nourished...

Estará de acuerdo. Después se le citará la definición de A. E. Housman, según la cual la poesía es una secreción natural, como la perla en la ostra. No sólo estará de acuerdo esta vez, sino que colmará una laguna en nuestra cultura extranjerizante recordándonos que "el verso es vaso santo", aunque esta línea esté animada de intención muy diferente y resulte, en rigor, falsa en su conclusión. Entonces habrá llegado el momento de referirle la definición que he escuchado con frecuencia de labios de Xavier Villaurrutia: "La poesía es como la saliva." Si la persona no se siente ofendida, herida en una fibra delicada, o confrontada con una realidad viciosa o de mal gusto, es seguro que entiende lo que es poesía. Muchos poetas profesionales —si tal cosa existe— y varios críticos a quienes he aplicado este ácido, se han disgustado conmigo o han tratado de enriquecer la definición, quitándole, por supuesto, su fuerza y su exactitud, como ciertos pobres que intentan enriquecer la única moneda que tienen, desnaturalizando su troquel específico. Uno de mis amigos, que ha leído todas las obras maestras de la literatura y que las ha comprendido, se disgustó conmigo ante la prueba. En su tabla de valores figuran Isaías y Dante, Goethe y Baudelaire, Rubén Darío, "La suave patria" de López Velarde, y Gabriel y Galán. No entiende, según puede notarse a simple vista, lo que es poesía. Imagino el escándalo en Francia cuando, entre los truenos y los violines de Hugo y los pedacitos de ámbar de Gautier, publicó Baudelaire su poema "Une carogne". Ese fue el principio de la poesía moderna, y después de esto no tiene importancia, sino gracia, que Aldous Huxley haya descrito en su soneto sobre Jonás los procesos digestivos de la ballena. El caso de Pablo Neruda en su último aspecto

es, sin embargo, notorio en la poesía española, como se ha señalado ya, y como lo es en México, aunque en diverso clima, el de Xavier Villaurrutia cuando escribe sobre "el sabido sabor de la saliva", la piel, las arterias y otras particularidades físicas y reales. Me refiero a la introducción en la poesía de materiales y vocablos que se habían circunscrito hasta ahora, "por no ser poéticos", a la confusa y tolerante zona de la prosa. No poco han contribuido los surrealistas a este enriquecimiento de los materiales de la poesía, que transforma su moral y su sentido del idioma. Pero no se piense, ante la afirmación de que la poesía se alimenta de realidad, en un movimiento *realista* de la poesía. Cuando los poetas españoles de fines del siglo XVIII y Sartorio en México, tergiversan el sentido poético de la realidad y escriben versos prosaicos; cuando, en Francia, Coppée y una cadena de imitadores escriben sobre los maquinistas de las diferentes estaciones de ferrocarril de París, se pierde tiempo, se pierde poesía.

Hay gentes *ilustradas* que confinan aún la poesía en la jaula de la delicadeza. La poesía ha tenido por mucho tiempo la mala reputación de decirlo todo a medias, cuando es la única forma de habla que dice las cosas con entereza y es siempre fácil extralimitarse en ella. Cuando un joven es romántico —y cuándo no— y cuando se expresa mal y pierde el hilo tan fino de la realidad, se dice de él que es un soñador y un poeta. El joven romántico prefiere, de modo general, la peligrosa declaración de un amor inexistente que puede forjarse en un poema, a las dos palabras tan simples, que no son ni prosa ni verso, y que dicen siempre menos que éste. ¿De dónde vino a los poetas esta mala reputación de no conocer la realidad? Ella es la culpable de fomentar en muchas personas, por lo demás honradas y simpáticas, la septicemia de una pulida versificación hecha a la sombra de Pedro Salinas, haciéndolas así alimentarse a la realidad de Salinas en vez de aque-



lla que les es propia. Esas mismas gentes *ilustradas* condenan la introducción de los motivos mecánicos y de la vida electrificada en la poesía de los poetas jóvenes, juzgándolos larvas de corrupción, hablan de la pureza del idioma de Cervantes, a quien, cuando se le ha leído, se puede acusar fácilmente de italianizante, se deleitan con cada uno de los suplicios descritos en *La Divina Comedia*, algunos de los cuales son del dominio de la escatología, y alegan finalmente que Dante no habló jamás de los automóviles ni de los teléfonos, que son los suplicios modernos, ni de sus equivalentes en aquella edad, y que no habría hablado de ellos si hubieran existido. Todavía hace poco, un periodista mexicano se burlaba, con la estúpida honestidad de un zafio, de la poesía de Federico García Lorca, so pretexto de que jamás se ha visto que todos los relojes marquen la misma hora. García Lorca no era relojero, sino poeta, y un poeta puede hacer ese y otros milagros, anticipar esa y otras realidades y adivinar la perfección por venir de la cronometría. Esas gentes son las mismas que atacaron a Baudelaire, que eran las mismas que desde el principio de la poesía que les fue negada han tratado de inmiscuirse en ella y que son cadáveres previos en cuanto a materias poéticas se refiere.

No es posible enseñar a hacer poesía, pero debería instituirse en los kindergartens y en las escuelas primarias una clase de conocimiento de la poesía, para enseñar a los niños que poesía es realidad y acción. De este modo se evitarían las salidas en falso de numerosos poetas jóvenes y se mejoraría el criterio de la comunidad. Quizás empezaría así a formarse un espíritu. Los primeros, desde luego, dejarían de enfrentarse con el llamado conflicto entre el contenido y la forma, porque se conseguiría que los niños que tuvieran goma, o perla, o saliva, empezaran a hacer versos a su manera y no a la manera de los poetas pasados, de su realidad y no

de la realidad de los poetas de antología. ¿En qué república podrá hacerse?

La poesía procede de sí misma, pero no puede vivir sin alimentarse de la realidad que se alimenta del poeta. Aceptando en principio que la realidad no es nunca una ni dos segundos igual, habría que buscar una fórmula que, al definirla, sirviera a la mejor comprensión de esta eterna teoría. Habría que considerar como realidad el estado de cosas existentes, pero transitorio y en movimiento, en que se resume la experiencia humana, considerando esta misma experiencia como compuesta por partes desiguales de los anhelos y de los fracasos de los hombres. Es decir, como un estado humano expresado sólo a medias en sí mismo. Esta realidad hemisférica la poesía la toma y la expresa en toda su redondez, como si existiera *en realidad*. De este modo, la poesía pasa de la académica función selectiva que se le atribuyó largo tiempo, a una función puramente creadora, pero que no podría crecer sin el hemisferio de la realidad en marcha.

Forma y fin de la poesía

Idea poética es aquella —dice Paul Valéry— que, puesta en prosa, reclama aún el verso. Nietzsche y Emerson creían que el filósofo debía ser poeta mejor que músico, y Pascal, por ejemplo, es un ser poético donde Hegel es un ser crítico, que me parecen las únicas formas concebibles de la filosofía. La mayoría de los poetas en la filosofía universal es un hecho poderoso, pero muy pocos escribieron en verso, seguramente para escribir algo más que versos. No incurriré en el absurdo gesto de desconocer las formas patentadas de la poesía—demasiados poetas proletarios lo hacen ya—; pero creo, simplemente, que esas formas correspondieron a otras tantas realidades, desemejantes de la realidad en que vivimos y nos movemos.

Pocas formas han persistido en la tenacidad del soneto, por ejemplo, y sin duda se han hecho en el mundo más sonetos que discursos de propaganda política. Pero el soneto, preservado en la severa integridad de su cuerpo indeformable, es una tarea de virtuoso o un momento de virtuosismo del poeta. El poeta sabe, de antemano, que si quiere hacer

un soneto tendrá que dejar fuera de él muchas cosas, a veces la poesía misma. Hacer un soneto con poesía es raro en el propio Garcilaso –veía yo hace poco en ocasión de su tricentenario– la poesía se conjuga a menudo con la sinéresis y otros vicios igualmente reprobables, *que son creados por la forma misma*. Por eso, cuando una poeta joven se presenta al planeta casi helado de los lectores de poesía con una cantidad de sonetos endecasilábicos –no franceses ni ingleses, que son más simples– piensa uno en esos niños a quienes se tortura, o que se torturan a sí mismos, con ropas almidonadas y cabellos engomados y medias restiradas, a quienes se quería dar la libertad más humana de tirarse por tierra, para satisfacer un impulso de alegría infantil, y de desaliñarse un poco. El poeta domina su forma tarde o temprano. Lo que no puede rehacer ni fabricar a voluntad es el acontecimiento espiritual que determina un poema en él. Es más raro el soneto que no se transforma, a la segunda cuarteta, en un juego de ingenio y destreza, que el poema libre que no deja, en cierto momento de ser prosa para convertirse en pura poesía.

La forma y el aliento, el ritmo y los ecos de cada poema se hallan implícitos en él, menos en el caso del soneto, forma anterior al poema que se va a escribir y rara vez simultánea con su concepción. Y cambiar su forma es, me decía un viejo rimador, lo mismo que querer usar un frac sin faldones, que es un smoking. El único cambio que parece capaz de renovar un poco el soneto es el de sus acentos, y, aun logrado, rara vez acarrea la conjunción del soneto cabal y de la poesía intacta. Generaciones de versificadores que llenan las antologías –esas fosas comunes e incómodas– han defraudado a la humanidad y a sí mismos, pasando por poetas porque habían hecho cuatro de dos y dos ecos. Los hay que refieren cómo paseaban por las noches de esquina a esquina “componiendo”, organizando sus consonantes y sus metros con seriedad ritual, y dejando partir entre tanto las ideas y olvidando su papel de testigos exactos de un acontecimiento interior. Es decir, apartando los ojos de la realidad del poema que se pretendía escribir. Y la función de la vista es más importante en poesía que la función misma del

oído. El poeta, el versificador, más bien, se ayudaba de la memoria y, en suma, convertía lo presente, lo instantáneo, en pasado. De aquí toda la poesía académica, ya putrefacta, mientras la clásica con escasas excepciones, resplandece aún porque, siendo la que creaba las reglas, encontraba a menudo la mejor manera de infringirlas y superaba sus errores con su realidad. De aquí también el retorno del poeta a las formas clásicas en su propia fuente original, pasando por sobre los siglos académicos como se pasa noviembre por encima de las hojas caídas del árbol... de papel. Pero este regreso al soneto, la canción y al romance y, entre nosotros, al corrido, no es todavía una solución ni un camino a una forma canónica de la poesía moderna. El romance castellano, como el metro endecasilábico, como el propio alejandrino, más antiguo y más moderno a la vez, es una forma estrictamente correspondiente de una realidad que no parece pertenecernos. Nos toca más de cerca el romance sabiamente escurridizo y arbitrario de Pedro Salinas que el musical y tradicional de Federico García Lorca. Es más real Salinas y, sin embargo, no lo es enteramente. Su poesía es real, su forma lo es a medias, porque está medio muerta. El mismo problema se presenta al poeta dramático que reaparece en nuestros días buscando la recreación del teatro. El verso de Shakespeare, como el de Molière, corresponde a la forma que había de su siglo, al ritmo de su tiempo, a la línea de expansión y de expresión de los seres reales de entonces. El soneto italiano fue, desde Petrarca, la fórmula poética de un lenguaje común. El caballero del siglo xvii enviaba un soneto a la dama que lo atrapaba dulcemente como el sportman del siglo xx –sobre todo si es mexicano– la llama por teléfono en inglés para invitarla al cine, al baile, a nadar o a fugarse con él. El uso del romance en el teatro del siglo de oro es igualmente cuerdo; el romance, siendo una especie de rascacielos de las formas poéticas al que siempre pueden aumentarse pisos y más pisos, era satisfactorio, por su engañosa brevedad, para el palpitante temperamento del español de entonces, para “la cólera del español sentado”. Inclusive sospecho que debía de decirse bastante aprisa, sin esa insistencia sobre la cadenciosidad que oímos hace poco en Margarita

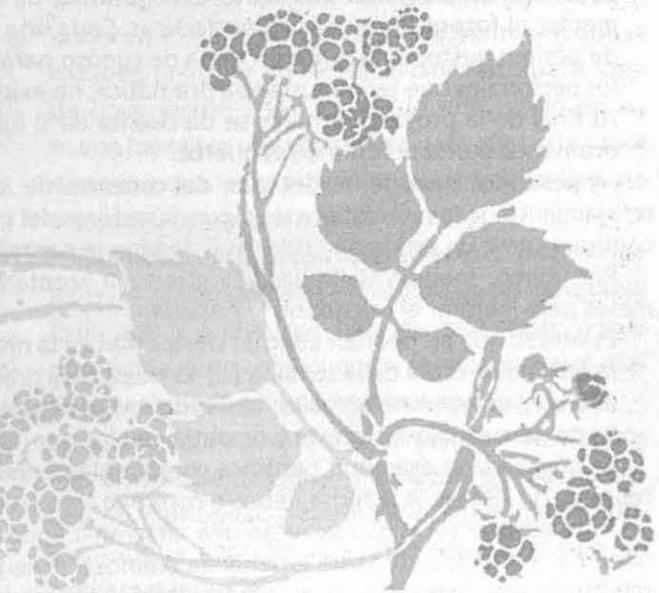
Xirgú. Tenía que ser real o que parecerlo. Las piezas mismas, si las leemos, nos parecen reales; si las escuchamos en el teatro, dichas en la vieja escuela declamatoria que se inicia en el Romanticismo, nos resultan insoportables. Quisiera señalar la circunstancia de que la nueva boga de Shakespeare en Inglaterra y en los Estados Unidos depende en gran parte de la realidad que los actores imprimen a la dicción de su lenguaje. El Romeo que se adormeciera sobre sus líneas y arrastrara metro y cadencia, sería siseado. En cuanto al romance del teatro castellano, sé por experiencia que es posible desarticlarlo en un lenguaje bastante más real de lo que nos hacen creer los actores. Pero no es menos cierto por ello que la nueva forma poética del teatro es un misterio mayor que el de la nueva forma de la poesía lírica.

El fin de la poesía, creo haberlo hecho aparente, es la realidad sin dejar de ser la poesía. Su forma debe, por lo tanto, ser real. Perfecta o imperfecta, analizable o imposible de analizar gramaticalmente —hay líneas de López Velarde, por ejemplo, que se pueden reducir al absurdo con facilidad si se carece de sentido poético—, pero correspondiente de una realidad.

La correspondencia entre el contenido y la forma son visibles en todos los grandes poetas. No es menos visible, en los poetas menores, la falta de esas correspondencias. A tenerlas, no habrían sido menores. Privados de ellas, podrían alcanzar una significación menos dudosa si atestiguaran y expresaran con exactitud poética sus acontecimientos interiores, si los tienen. La forma experta ha ocultado tantas veces el vacío en los versificadores que hay quien crea que una forma inexperta pueden revelar lo que no existe. Tampoco se trata de eso. Los surrealistas proponen la abolición de toda rima. ¿No es esto tan deliberado como la versificación con la muleta de la memoria? La rima, el eco simple o duplicado, interno o externo, es un incidente natural del poema. Tanto de pecado hay en arrancarla de raíz como en multiplicarlo conscientemente. Hay campos de rimas como hay campos de coles, pero hay desiertos sin rimas como desiertos sin oasis. Respetarla en su realidad, en espontaneidad, parece ser el proceder más sensato. No forzarla, el más decente.

No quisiera que se pensara que aconsejo un libertinaje en las formas de poesía. Nunca como ahora requirieron mayor vigilancia; nunca el escollo y aun el despeñadero de una prosa calculada y estéril la han circunscrito tanto. El peligro que fue la música en un tiempo para la poesía es ahora la prosa. Nada de música ante todo. Nada de prosa ante todo.

Es inútil decir que, a pesar de todo, la perfección del poeta conjuga siempre fondo y forma, que será siempre más gran poeta el que lo consiga que los demás. Pero la vieja idea de que la poesía tiene que coronarse de norma como de espinas parece dotada de una funesta moralidad mediocre que ha asesinado a muchos poetas, e inconciliable, sobre todo, con la necesidad de que la poesía se nutra de realidad. De que se exprese con una realidad que será a veces la del sueño, a veces la del barco, a veces la del teléfono o la de los sentimientos humanos, y a veces la del futuro, pero en presente. El poema no es ya una pieza regular que se recita en la sala, junto al piano, ante las visitas de la señorita de la casa. No la rige ya la memoria, sino el acontecimiento del espíritu, y, más cerca que nunca de la poesía deja de ser *lo que era o lo que podría ser*, para convertirse en lo que es. 🍷



Las anacronías como prospecciones. Los tres textos que siguen tienen en común la exigencia de ser pronunciamientos categóricos acerca de fenómenos culturales (o de civilización, si se quiere) cuyo peso estaba enfocado a tener un efecto radical y colectivo hacia el futuro.

Mientras el académico Genaro Fernández (1883-1959) se ocupa del arribo a México del cine hablado en inglés y José Alvarado (1911-1974) —escritor y periodista— cuestiona al cine mexicano y sus contenidos rancheros, el astrónomo Joaquín Gallo (1882-1965) se suma a la posibilidad de reformar el calendario gregoriano heredada desde finales del siglo XIX.

Si los respectivos juicios se retomaran al pie de la letra y fuesen confrontados con la realidad que vino después, parecería que —en general— las mejores mentes tienden al fracaso, puesto que, por encima de su capacidad de raciocinio individual y desinteresado, de equilibrio y sensatez, se impone la complejidad aviesa de las propias sociedades.

Pero si el diagnóstico de las mentes lúcidas llega a conclusiones que rehusara el porvenir, nada implica en esto un desmerecimiento intelectual. Al contrario.

Queda claro, como lección de historia, que la verdad racional tiende en efecto a fallar, porque la inercia y los cambios socioculturales o civilizatorios llevan consigo su irrenunciable anomalía. Y esta sustancia anómala es justo la que saben distinguir los tres intelectuales mencionados, que se ocupan de las ventajas y las desventajas, lo conveniente y lo inconveniente, lo carente de valor y lo que merece una defensa a ultranza.

Escribe, por ejemplo, Fernández McGregor:

México necesita pensar y hablar en español [...] Si México debe perdurar como centro de cultura y de civilización integrante del mundo, siquiera de este continente, debe defenderse de la absorción; sobre todo, de la que fatalmente ejercita contra él la gran nación vecina. La industria suya nos invade; su capital nos compra, sus ideales cunden por medio de una propaganda genial y a todo costo; vemos el mundo a través de sus concepciones y de sus prejuicios, pues los diarios mexicanos sólo reciben noticias de las grandes agencias americanas, las cuales los impregnan de sus intereses; sus costumbres y modas son copiadas en todos nuestros hogares y en todas nuestras ágoras... ¿Debemos añadir a todo eso la influencia máxima del uso de su lengua?

En tiempos de hegemonía global y políticas integradoras hacia Estados Unidos, y sin dejar de reconocer su nacionalismo acedo, el párrafo anterior recobra una vigencia incómoda.

Asimismo, José Alvarado explica las limitaciones formales del cine mexicano:

...todas las películas mexicanas de los últimos tiempos, constituyen una prolongada sucesión de chinas poblanas, de canciones populares desfiguradas, de chistes plebeyos y sin ingenio. Ninguna tiene argumento; ni fotografía ni música verdaderas. Cada una es un desfile desarticulado de escenas de relumbrón de pésimo gusto, unidas por un tema de cuento para chicos. Las escenas son ridículas; no hay uno solo de los personajes que tenga sustancia dramática; no existen situaciones bien construidas, conflictos positivos. Al final de la proyección nadie se da cuenta de si ha visto una revista musical, un vodevil, una comedia dramática o una película de vaqueros.

A pesar del paso de las décadas, del concurso de los adelantos técnicos, de la amplitud del mercado, del refinamiento de los cineastas o de algunos sectores del público, la endeblez creativa que señalaba José Alvarado continúa como un estigma circular que domina la pantalla grande y chica en México.

Por último, Joaquín Gallo justifica que sería aceptable distribuir los "días más equitativamente en los doce meses para mejorar el calendario". Y añade:

Es verdad que así podrían alternar ciertos días en la historia, pero en la tradición de los pueblos significa más la fecha que el día de la semana [...] Es pues, muy grande la ventaja de adoptar el plan de los 12 meses del año con los nombres actuales, teniendo en cuenta los hechos más importantes de la Historia. Con lo dicho basta para señalar el interés y simpatía con los que se ha visto esta propuesta.

La búsqueda la exactitud científica como regla general implicaba desaparecer, entre otros detalles, el mes de febrero con 28 días. A la fecha, febrero continúa loco en su flujo menstrual de 28 jornadas, y julio y agosto con 31.

Ante estas lecturas que secretan una anacronía aguda hasta el grado de expresar diversas profecías o cumplimientos, se transparenta otra enseñanza ominosa: ni las elites ni las mentes brillantes son las que fracasan, sino la multitud y sus clases dirigentes. O, para decirlo con palabras disímiles: donde lo colectivo se impone, lo óptimo se degrada. El pensamiento que acierta ahora al señalar lo indeseable, en realidad distingue lo que triunfará en el futuro.

* Crítico literario, narrador, ensayista y guionista.
Columnista de la revista *Universidad de México*

LA UNIVERSIDAD Y EL VITÁFONO

Genaro Fernández MacGregor*

Me es grato responder con estas líneas a la amable consulta que se sirve usted hacerme en circular que, según veo en la prensa diaria, se ha dirigido también a otras personas, sobre los efectos culturales que puede tener en México el uso del llamado "vitáfono" (que tal vez debiera llamarse "biófono"), en inglés, inquiriendo cuál es la actitud que en mi opinión debe asumir la Universidad Nacional en este caso.

Me siento muy honrado por la consulta que se me hace, y aunque tengo muy poca autoridad y muy poca ciencia para resolverla, sin embargo, y con el deseo único de obsequiar los deseos de usted, paso a hacer algunas breves consideraciones sobre la materia.

Quiero adelantar que mi opinión concreta será, por las causas que expondré, contraria al uso extendido del "vitáfono" en inglés dentro de México; pero antes de entrar a fundar esta opinión en razones meramente de cultura, creo que no huelga hacer una consideración fuera de ese campo, ya que, sin embargo, linda con él.

El primer efecto patente que tiene el uso del "vitáfono" en inglés en México, es el de *defraudar los loables deseos* que tienen las masas de divertirse y de que se les dé el *máximum* de diversión posible, en proporción al dinero que pagan. En efecto, se juzga que el "vitáfono" significa un adelanto sobre el cinematógrafo simple, porque, además de ver las imágenes, el público cuenta con la palabra de los personajes, para recrearse y para entender lo que pasa en la pantalla.

*Profesor de la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Trabajó en el servicio exterior mexicano y fue juez de la Corte de la Haya. Fundó la *Revista Mexicana de Derecho Internacional*. Llegó a ser rector de la UNAM poco menos de un año. Designado miembro de la Academia Mexicana de la Lengua a partir de 1920. Este artículo, en realidad una respuesta a una consulta hecha por la universidad, se publicó en *Universidad de México*, noviembre de 1930, tomo I, núm. 1.

Ahora bien, las únicas películas habladas que han venido a México, y que diariamente pasan en todos los teatros dedicados al efecto, son en inglés; la masa del público mexicano no conoce ese idioma y, así, se le defrauda ese goce adicional que procura el "vitáfono" y que ha sido motivo para que el productor y el exhibidor de películas *eleven considerablemente los precios*. Aun las personas que, como yo, conocen bastante aquel idioma, perdemos más del cincuenta por ciento de lo que se dice en el "vitáfono". ¿Qué será de la gran mayoría de nuestro público, que ignora en lo absoluto dicha lengua?

Y no se diga que el remedio estaría en que el pueblo mexicano no asistiera a los teatros en que se exhiben películas en inglés. El cinematógrafo, desde hace veinte años, se ha ido infiltrando en las masas hasta ser una costumbre para ellas, y la única diversión que les es accesible, por lo que ha llegado a constituir una verdadera necesidad.

Si ahora, aprovechando esa necesidad se exhibe a mayor precio películas ininteligibles, las masas tendrán que ir a ellas por falta de cosa mejor o más apropiada, y, en consecuencia, saldrán defraudadas de la satisfacción de su deseo de placer.

Se puede decir, dadas las circunstancias, que los exhibidores de películas americanas en México tienen un monopolio natural y que abusan de su poder, ya que explotan sin taxativas un artículo de primera necesidad.

El abuso de ese monopolio debe ser conocido por el Estado para corregirlo.

Por lo que toca a la cultura, creo que el problema es obvio. La introducción del idioma inglés extensamente entre el pueblo, dará lugar a dos fenómenos: la corrupción del castellano, que ya tan corrompido está entre nosotros y que, por consiguiente, necesita tanta protección y defensa, y la introducción de un elemento perturbador en nuestra alma nacional, que aún se halla en el periodo de formación y que requiere por eso una mayor vigilancia y cuidado de parte del gobierno y de las instituciones de cultura, como lo es la Universidad.

Todo grupo social necesita defenderse de las influencias exteriores nocivas: esto es un principio ya establecido firmemente en sociología. Pero esta necesidad de defensa se hace más urgente en los grupos en vías de cristalización.

Bagehot señala la necesidad de mantener en el aislamiento a una nacionalidad incipiente, para fortificarla. Dice: "un carácter nacional no es sino un carácter parroquial que ha prosperado". Todo elemento extraño contamina y detiene el proceso formativo, y nadie niega la primordial influencia del lenguaje sobre el alma nacional. Puede decirse que, si no toda la psicología de una nación depende de él, por lo menos sí una gran parte de aquélla: la imaginación, la inteligencia, los sentimientos responden al instrumento que sirve para exteriorizarlos.

México necesita pensar y hablar en español; este idioma es nuestra espina dorsal, la que nos liga con nuestra cabeza, España, y por su conducto con la civilización latina. Así, no debemos permitir que poco a poco se nos infiltre otro idioma y menos aquel que precisamente es de la nación o raza que nos son antitéticas. Si México debe perdurar como centro de cultura y de civilización integrante del mundo, siquiera de este continente, debe defenderse de la absorción; sobre todo, de la que fatalmente ejercita contra él la gran nación vecina. La industria suya nos invade; su capital nos compra, sus ideales cunden por medio de una propaganda genial y a todo costo; vemos el mundo a través de sus concepciones y de sus prejuicios, pues los diarios mexicanos sólo reciben noticias de las grandes agencias americanas, las cuales los impregnan de sus intereses; sus costumbres y modas son copiadas en todos nuestros

hogares y en todas nuestras ágoras... ¿Debemos añadir a todo eso la influencia máxima del uso de su lengua?

Es tiempo, en mi concepto, de recordar ponderadamente nuestra historia, de adquirir una clara visión del porvenir y de iniciar una campaña de defensa contra la absorción que se insinúa lenta y fatalmente, ya lo dije, en toda nuestra vida social.



Foto: Col. Foto Fija

Estas ideas armonizan con la de que es imperativo conservar las nacionalidades. Chocan, naturalmente, con la idea nihilista o fatalista, que sólo lleva a la inmovilidad. Para quienes piensen que el mundo y la humanidad han de cumplir sus destinos, cualquiera que sea la forma de su actuación, no hay problema ni redención posibles. Pero si con Keyserling se cree en la función principalísima que la nación desempeña en la integración del individuo, entonces hay que obtener esa "unidad" de estilo que es lo único que en general crea comunidades "vivas", ya que "un pueblo sin alma propia, es decir, sin unidad de estilo propio, no es más que materialidad".

Pongamos, pues, el acento en aquello más alto de nuestro pueblo, en su espíritu, conjugación de la civilización india y de la española que se le sobrepuso: pero modificándose. Ha de destellar en nuestra raza el amor a la vida junto con la afirmación de la muerte, ese sentido trágico que tan bien se aúna con la resistencia al dolor y con el fatalismo del indio; ha de sobrevivir en lo nuevo, entre nosotros, la subsistencia de lo antiguo; hemos de centrar nuestra vida en el "Ethos"; hemos de afirmar "que el hombre sólo comienza con la apostura", que la única democracia digna del hombre es la igualdad hacia arriba y no la hacia abajo, y por ello habremos de colocar la dignidad como cimera de nuestros actos... Esto sólo puede hacerse en la lengua sonora, férrea, noble y concisa que se habla en Castilla. Todo lo que la macula será mácula de nuestra raza, todo lo que la amengüe será restar fuerza a su alma, que tiene un tono único en el concierto mundial.

Los optimistas a ultranza dirán que en todo lo que acaece hay algo bueno, y que en el caso que nos ocupa, al fin y al cabo, la introducción en México del inglés, por medio del "vitáfono", traerá el beneficio de que nuestro pueblo hable ese idioma. Este raciocinio miope puede combatirse reduciendo al absurdo el sistema. ¿La anexión de México a los Estados Unidos no traería muchos bienes materiales? Entonces, ¿esos optimistas propondrían la anexión?

Bien que en ciertos órdenes, los más altos artísticos o científicos, en actividades que están dedicadas a determinadas "élites", se admiten manifestaciones en otros idiomas. Siempre habrá que alentar la lectura de Homero o de Dante, la representación de Racine o de Shakespeare, en sus propios idiomas. Aun el "vitáfono" en inglés, o en cualquiera otra lengua, debe admitirse para esos grupos selectos. El hombre superior, elemento de esas "élites", tiene bases suficientemente sólidas para permanecer hondamente nacionalista, aun tornándose universal. No así la masa, las clases populares; en ellas hay que reforzar, que acentuar los caracteres nacionales, a riesgo de verlas tornarse "levantinas", incoloras, inertes, por mezcla y lucha de factores antagónicos.

Mi conclusión es que se impone el destierro del "vitáfono" popular, puramente en inglés.

Puede lograrse tal efecto por dos medios: o gravando fuertemente la entrada al país de cintas en inglés, para hacer su explotación comercial imposible, o prohibiendo pura y simplemente su exhibición, en pro de la cultura, basándose en el inalienable derecho que tiene todo Estado de defenderse en el interior y en el exterior. ¿Y qué hay más sagrado que defender, que la misma alma nacional cuando un peligro la amenaza? Ninguna nación ha vacilado en dictar medidas drásticas en ese sentido, y, por ejemplo, Francia ha rehusado recibir el nuevo género de películas en inglés, ¡y eso que Francia tiene un carácter nacional perfectamente formado y fuerte desde hace siglos!

Para finalizar, quiero hacer patente que no me ciega ningún "chauvinismo". Sé lo que vale el pueblo de los Estados Unidos y todo lo que podríamos aprender de él, sólo que en cuestiones fundamentales hay que adoptar una vía recta y firme.

Creo haber expresado, en lo hasta aquí escrito, mi sentir en el problema que usted se ha servido someterme, y sólo me resta dar a usted nuevamente las gracias por la distinción que me ha hecho consultándome, pidiéndole, al mismo tiempo, que excuse lo pobre de mi aportación.

LA REFORMA DEL CALENDARIO

Joaquín Gallo*

Hace unos diez años aproximadamente, se inició un movimiento mundial para modificar el actual calendario que desde el año 1582 nos rige. El movimiento comenzó entre los industriales, los que por necesidad de los pagos semanales, principiaron a olvidar un poco la división del año en meses, porque un mes no tiene un número exacto de semanas.

A este movimiento se unió el de los expertos en estadística, que no podían comparar las producciones en los distintos meses, porque éstos no tienen el mismo número de días, ni tampoco el de días laborables, siendo también difícil, por la misma razón, comparar los resultados obtenidos en los trimestres.

Poco a poco se extendió la idea de mejorar la distribución de los días en los meses y trimestres y se presentaron, con este fin, varias proposiciones a la Liga de Naciones, con el nombre de Reformas al Calendario, para su estudio e implantación, dado caso se aprobase alguna. Entre todas las propuestas, se eligieron dos, por ser las más serias y factibles. Una de éstas proponía dividir el año en 13 meses de 28 días cada uno, y cada mes dividirlo en cuatro semanas exactas. Al número de días resultante, 364, habría que agregar otro al fin del año,

*Astrónomo de gran reconocimiento en nuestro país. (1882-1965). Estudió en la Escuela Nacional de Ingenieros antes de la revolución y se doctoró en ciencias en la Northwestern University of Chicago y en la UNAM, de la que fue profesor hasta 1946 y miembro de la Junta de Gobierno (1951-1952). Cuando todavía era estudiante ingresó al Observatorio Astronómico Nacional, del que fue calculista en 1904, astrónomo en 1905, director suplente (1914-1915), director titular (1916-1947) y director honorario desde 1946. Entre sus contribuciones se halla la instauración del servicio telefónico de la Hora del Observatorio y en 1920 la hora oficial para el servicio de telégrafos y ferrocarriles. Por su trabajo fue condecorado por el gobierno de Polonia en 1928 y nombrado investigador emérito de la UNAM. El texto que a continuación se reproduce se publicó originalmente en *Universidad: mensual de cultura popular*, 16 mayo de 1937, tomo III, núm. 16.

sin nombre especial parecido al de los días de la semana, y que se consideraría como festivo, para completar los 365 días del año civil. En los años correspondientes a los bisiestos se agregaría otro día más, considerado también como festivo, a mediados del año.

La otra proposición consiste en repartir el número de días más uniformemente, en los diversos meses, respetando la división del año en 12 meses, y haciendo que los trimestres tuviesen igual número de días laborables, y también igual número de días festivos. Claro es que cada país podría agregar sus fiestas que, como las nacionales, se conservan y guardan por tradición.

Para lograr esto se propone que el primer mes de cada trimestre conste de 31 días, y los otros dos meses de 30 días cada uno. Es decir, que cada trimestre conste de 91 días, principiando en domingo; se tendrían en el trimestre 13 semanas exactas y 13 domingos, de los que resulta que habría 78 días laborables y 13 días festivos. Habría que agregar en los años comunes un día al final del año, y en los bisiestos otro día después del segundo trimestre, para completar el número de días del año civil, de acuerdo con la corrección juliana.

1937		ENERO				1937	
DIAS	JUN	MAR	ABR	MAY	JUN	JUL	AGO
3	4	5	6	7	8	9	10
10	11	12	13	14	15	16	17
17	18	19	20	21	22	23	24
	25	26	27	28	29	30	31

Estas dos proposiciones fueron sometidas a la consideración de varias naciones, para pulsar la opinión de sus fuerzas vivas y decidir si es de modificar el calendario actual.

Salta a la vista que el primer plan, el de los 13 meses, presenta desde luego la desventaja de la no divisibilidad, por ser 13 un número primo; no podría dividirse el año en bimestres o semestres y, además, sería más costosa su implantación, por el mayor gasto de documentos en el otro mes. En cambio tendría la ventaja de la uniformidad del número de días en cada mes.

La opinión pública de los diversos países se inclina más bien por el segundo plan: el de conservar los mismos meses actuales y hacer más uniforme el número de días en ellos. Así, de adoptar este plan, febrero ya no tendrá 28 días en los años comunes, sino 30; los meses de julio y agosto, que ahora constan de 31 días cada uno tendrán en lo sucesivo 31 en julio y 30 en agosto.

Naturalmente que por tener el número 12 tantos divisores, podrían seguirse considerando los bimestres, trimestres, cuatrimestres y semestres, siendo por tanto más favorable esta modificación a los fines estadísticos.

Desde luego hago notar que con cualquiera de estos planes, no se reforma el calendario, no se suprimen o añaden días para poner de acuerdo el año civil con el trópico; subsistirá la intercalación de un día cada cuatro años para compensar en este lapso la pequeña fracción de día que no se puede tomar en cuenta cada año. En efecto, se sabe que la duración del año trópico, es decir, el intervalo transcurrido entre dos equinoccios de primavera consecutivos es de 365.2422 días, pero como no podemos contar el año civil sino con 365 días completos, resulta que la fracción 0.2422 de día se va despreciando y al cabo de 4 años, monta el error a 0.9688 de día. Si se agrega entonces un día, resulta que por exceso se comete un error de 0.0312 de día. Al cabo de 400 años (100 veces este periodo) el error será de 3.12 días que sobran, por lo que durante el lapso de 400 años bastará suprimir tres días, o lo que es lo mismo, dejar de contar como bisiestos tres años. Por eso se estableció en 1582, por el Papa Gregorio XIII, que los años seculares, cuyas dos primeras cifras no sean múltiplos de cuatro, no sean bisiestos, sino comunes. Así, 1700, 1800 y 1900, se contaron como años comunes; en cambio 2000 se deberá contar como bisiesto.

Esta manera especial de arreglar las fechas, junto con la supresión de 10 días en el año de 1582, es lo que constituye en esencia la llamada corrección gregoriana al calendario. Reformar el calendario sería, en realidad, modificar fundamentalmente la manera de poner de acuerdo el principio del año con la posición del Sol, en la eclíptica, lo que se ha logrando intercalando un día cada cuatro años, y suprimiendo tres días en un periodo de 400 años. El cómo se distribuyan los días, es cosa secundaria que no afecta a las correcciones juliana y gregoriana, sería como si se hubiesen suprimido desde un principio los meses, las semanas se hubiesen numerado y se contasen los días de 1 al 365; no por eso se habría

destruido la manera de tener en cuenta el verdadero valor del año trópico. Además podemos argumentar que el principio del año es ficticio; ningún fenómeno astronómico está unido al 1 de enero. Al principio de la implantación definitiva del calendario solar, Julio César deseaba, como se lo aconsejó Sosígenes, que el año principiase en el solsticio de invierno por "ser el momento en que el Sol comienza a subir en los CIELOS y nos envía más luz y calor", pero el temor de destruir la costumbre de principiar a contar el año en el día de un plenilunio, lo hizo vacilar y decidirse por el día de la luna llena después del solsticio, lo que ocurrió nueve días después, y ese día fue el 1° de enero del año 45 a. C. Si a César se le hubiese ocurrido que empezara el año en el momento del equinoccio, lo hubiese dispuesto así y entonces el 21 de marzo sería el día del Año Nuevo.

Distribuir los días más equitativamente en los doce meses, creo no tiene una importancia capital en la duración del año. Es verdad que así podrían alterarse ciertos días en la historia, pero en la tradición de los pueblos significa más la fecha que el día de la semana. El 16 de septiembre tendrá significado siempre para nosotros, no importándonos si fuese martes o jueves, lo que importa es la fecha 16 de septiembre. Probablemente si se bautizase septiembre con otro nombre ya no tendría significación para los mexicanos, y se correría riesgo hasta de olvidar el hecho que se conmemora en ese día.

Es pues, muy grande la ventaja de adoptar el plan de los 12 meses del año con los nombres actuales, teniendo en cuenta los hechos más importantes de la Historia.

Con lo dicho basta para señalar el interés y simpatía con los que se ha visto esta propuesta, y así se explicará el porqué han sido consultadas las naciones para adoptar esta supuesta reforma. México ha

sido invitado a dar su opinión, y el órgano oficial para ello es la Secretaría de Relaciones Exteriores.

El comité mexicano designado a invitación de esa secretaría, está formado por representantes de las secretarías de Estado, Universidad y departamentos; ellos han manifestado la opinión por mayoría de votos de que es de aceptarse la propuesta y de que, a ser posible, se implante desde 1939, año en el que el 1 de enero será domingo.

Si esto se llega a conseguir, tendremos un calendario fijo, perpetuo, invariable y se suprimirán las fiestas movibles. El 16 de septiembre será siempre sábado y el 5 de mayo siempre domingo. La Pascua será en una fecha fija y no será en marzo o en abril, como ocurre ahora.

A grandes rasgos he bosquejado lo que sería la nueva distribución de días en el año, que si se implanta, creo satisfará a las fuerzas vivas de la nación, pues no presenta inconvenientes que la hagan inaceptable.

Gabriel Alarcón
DISTRIBUIDOR EN PUEBLA DEL
CUERVO ESPECIAL AÑEJO
JOSE CUERVO, SUORA.
TEQUILA MEXICO, D.F. GUADALAJARA
JALISCO HONDALCO 363 APARTADO 361

1937		ENERO							1937	
DOM	LUN	MAR	MIÉ	JUE	VIÉ	SAB				
	3	4	5	6	7	8	1	2		
10	11	12	13	14	15	16				
17	18	19	20	21	22	23				
	25	26	27	28	29	30				

Foto: Lourdes Almeida, Centro Cultural Arte Contemporáneo

EL FRACASO DEL CINE MEXICANO

José Alvarado*

Es curioso observar cómo coincide el éxito económico del cine mexicano con su fracaso artístico. Mientras más dinero obtienen los productores mexicanos, más malas son las películas que salen de su estudios.

No faltará quien atribuya esta coincidencia al mal gusto del público: casi siempre los espectadores son los que cargan con la culpa en estos casos. Sin embargo, el hecho de que todos los productores evolucionen en su calidad, se debe justamente a los consumidores: en todos los países donde se lee en abundancia se escribe y se editan buenos libros; el automóvil no habría llegado nunca a tener la comodidad y la elegante silueta que tiene hoy, si no hubiera tenido una gran cantidad de consumidores; la evolución del teatro, de la poesía y de la música se hubiera detenido hace mucho tiempo, si el público no lo hubiera alimentado constantemente. De este modo no se justifica pues, la anemia artística del cine mexicano, y menos aún con un público como el nuestro que tiene más de veinte años de ver buenas películas.

Pero ocurre también otra circunstancia no menos curiosa: a medida que los cinematografistas mexicanos disponen de más recursos técnicos, de más capacidades industriales, de más conocimientos y de más experiencia, sus producciones resultan más deficientes. Y nuestras horribles cintas de tres años acá, que tienen magníficos efectos de sonido y clarísima fotografía son peores que aquellos humildes films de hace seis años llenos de defectos sonoros y fotográficos.

* Desde muy temprano, apenas siendo estudiante en su natal Nuevo León, José Alvarado (1911-1974), se inclinó por el periodismo. Participó en el movimiento universitario de 1929 con el que se conquistó la autonomía en la Universidad Nacional y en la campaña opositora de José Vasconcelos. Su desempeño como maestro o funcionario en distintas escuelas y en la universidad se complementó con el periodismo. Escribió varios libros, publicó en numerosas revistas e hizo dos columnas memorables en los periódicos *El Popular* y en *El Nacional*. Este artículo se publicó en *Universidad: mensual de cultura popular*, noviembre de 1937, tomo IV, núm. 22.

Es más aún: ya puede asegurarse que hay algún buen director y dos o tres actores y actrices decorosos. No obstante, el cine nacional presenta un aspecto desmedrado que no ha conseguido superar en ninguna de sus producciones; apenas unos cuantos detalles aislados, perdidos entre las últimas películas han sido realizados con felicidad. El cine mexicano ha tenido siempre la apariencia de cine de aficionados y nunca ha logrado perder ese aspecto.

No podría decirse, sin faltar a la verdad, que existe el cine profesional en México. No bastan los esfuerzos y el talento de algún director, de algún fotógrafo o de algún artista, para lograr un cine verdadero; todas las capacidades positivas que existen dentro de algunos de los miembros de la industria cinematográfica mexicana, quedan disueltas y desorganizadas.

Esta cara que presenta el cine mexicano indica un vicio que podría llamarse de origen. En efecto, nuestro cine ha nacido desvitalizado, desarraigado: desde un principio apareció como una ingenua imitación de las películas comerciales norteamericanas de segunda clase.

El cine es, indiscutiblemente, una manifestación de las vibraciones sociales y, por lo tanto, una profunda dimensión de la cultura moderna; pero no puede insertarse el cine nuestro dentro de la cultura mexicana, porque no tiene sus raíces en la vida y en la sensibilidad de México. Aun las películas que han tratado de explotar artísticamente los recursos de la música y el paisaje nacionales, revelan toda la falsedad, toda la falta de vigor que estamos comentando.

una sola escena, una sola fotografía que no esté escrupulosamente calculada para halagar a los turistas: formando un Mexiquito dulce, tierno, empalagoso y romántico reconstruido especialmente para las leves y apergaminadas señoritas con anteojos que llenan las tiendas de curiosidades.

A pesar de la enorme riqueza de temas que pueden ser explotados en el cine mexicano, no existe hasta la fecha una sola cinta con un argumento por lo menos decente; a pesar de la capacidad dramática que pueden desarrollar algunas de nuestras actrices, no ha podido crear el cine mexicano un tipo femenino interesante y sugestivo; no obstante que algunos directores tienen una habilidad indiscutible, desperdician sus aciertos en realizaciones mediocres y vacías: tal vez con la única excepción de *Las mujeres mandan*, no hay una sola película que muestre íntegramente la capacidad de nuestros directores.

Los vicios fundamentales del cine mexicano son, pues, su falta de autenticidad y su servilismo colonial, al gusto de los turistas: por una parte imita las puras formas muertas del cine americano de segunda, por la otra sirve a una curiosidad aventurera e inepta. De ese modo no puede crear nunca elementos vivos, ni satisfacer la verdadera necesidad artística del público mexicano universal. Por eso se explica que fracase a pesar de sus elementos humanos, de su evolución técnica y de su auge mercantil.

Sin embargo, la bonanza comercial que sólo proporcionan los espectadores sufrirá un golpe seguro si los productores no cambian de táctica, porque no se puede engañar impunemente una sensibilidad colectiva que debiera dirigirse y educarse.



Foto: Fondo Díaz, Delgado y García, AGN

Desde la atalaya de los albores del nuevo siglo, el simple título del ensayo de Isaac Ochoterena, publicado en la revista *Universidad...* en 1938, señala el profundo abismo entre los conceptos prevalentes en las ciencias de la vida en estas dos épocas, separadas entre sí por apenas dos generaciones. También plantea dos interrogantes. Si el germen de nuestras ideas actuales sobre normalidad y variación, sobre herencia y entorno, estaba ya claramente delineado en ese convulso año, víspera de la segunda conflagración mundial, ¿cómo era que no se le atisbaba desde México, y cómo fue que tendrían que transcurrir algo más de dos décadas para que la genética empezara a sentar sus reales en nuestro país? Y, ¿cuál es la noción científica contemporánea de esas desviaciones extremas de los seres vivos, que sólo hasta hace muy poco –y quizá sólo en el ámbito científico– han dejado de denominarse “monstruos”?

El artículo de Ochoterena es de una enorme erudición. Llama, empero, la atención, el despliegue de calificativos laudatorios a pensadores y naturalistas quienes, sin detrimento de sus aportaciones en las condiciones particulares de su tiempo, sostuvieron hipótesis y conjeturas que no resistieron la crítica derivada de observaciones y experimentos posteriores y que, en la cuarta década del siglo pasado, eran ya verdaderas piezas de museo. Para entonces, el paradigma mendeliano se había impuesto contundentemente, así como la llamada “nueva síntesis” entre mendelismo y darwinismo.

Los “monstruos”, ya no sólo observados, sino también producidos mediante experimentación, en la mosca de la fruta –la *Drosophila melanogaster*– por Thomas Hunt Morgan y sus discípulos, eran ya explicados como resultado de mutaciones de los genes, por lo que se encontraba esbozado con claridad el papel fundamental del programa genético en el desarrollo de un nuevo individuo (ontogenia), y los cambios que subyacen en la transformación de una especie en otra (filogenia).

¿Desconocía Ochoterena esos y otros avances? Ciertamente no, como lo muestran muchos otros de sus escritos. Pero en el texto que nos incumbe no hay una sola referencia a la genética en particular, y a la escuela biológica en general, anglosajona que, para entonces (como ahora), iba ya a la vanguardia de los estudios sobre la herencia y el desarrollo embrionario (si bien Ochoterena incluyó lúcidas menciones a factores teratogénicos del ambiente). Es por lo anterior (y por otras razones) por lo que percibo el enorme peso que todavía tenía en México, cuando Ochoterena escribió este ensayo, la escuela biológica europea continental, ya francamente rebasada por la inglesa y la norteamericana.

Para ser justos, es necesario también mencionar y hacer énfasis en el hiato, para entonces cada vez mayor, que se había formado entre la investigación de la herencia y la del desarrollo a partir del principio del siglo xx, y que no empezaría a cerrarse sino hasta los finales del siglo, o sea ayer, gracias a contribuciones fundamentales como las de E.B. Lewis y de Antonio García Bellido, entre otros, que descubrieron y caracterizaron los “genes maestros” (por ejemplo, los genes llamados “homeóticos”) que dirigen el más portentoso fenómeno de la Naturaleza –la inexorable transformación de una humilde célula (el huevo, producto de la fecundación), en un organismo adulto de la majestad de un roble, un hombre, un musgo adherido a un peñasco azotado por las olas o una ballena.

Desde esta perspectiva, los “monstruos” no son, parafraseando a Kant, “cosas en sí mismas”, sino tan sólo creaciones de nuestra mente. Trágicos en el mundo de los humanos, especialmente para sus padres y demás seres queridos, son tan sólo ejemplares fallidos del continuo experimentar de la Naturaleza, sin los cuales nunca habría resultado la casi infinita variedad que ha asumido la Vida en nuestro planeta. Según esta visión y tomando como punto de referencia los primeros organismos vivos de hace más de 3 mil 500 millones de años, todos somos monstruos aunque, provisionalmente, en la amplísima temporalidad de la Evolución, nos encontremos adaptados a un entorno tan distinto del pasado remoto y del futuro por venir.

LOS MONSTRUOS

Isaac Ochoterena*

El conocimiento de la evolución anormal no puede resultar sino del conocimiento de la normal, o lo que es lo mismo, la teratogenia presupone la embriogenia.

Camille Dareste.

El que conoce los modos de actuar de la naturaleza, observará más fácilmente las desviaciones, y el que conoce las desviaciones descubrirá más exactamente las maneras de proceder de la naturaleza.

Bacon
(*Novum Organum*,
lib. II, capítulo XXXIX)

Consideraciones históricas acerca de la evolución del concepto de monstruosidad

La uniformidad esencial de la naturaleza, dentro de su portentosa diversidad, pasa casi inadvertida, por la constante contemplación de las mismas cosas; pero cuando la desviación de los tipos alcanza desusadas proporciones, entonces el hombre se siente impresionado fuertemente por el hecho extraordinario que, especiosamente, parece escapar a las leyes naturales; nada extraño es que en tales casos se haya buscado primero una explicación en la influencia de factores extraordinarios, y que hasta mucho después se indague el determinismo de los fenómenos, y tal cosa ha sucedido a propósito de esos seres anómalos y sorprendentes, los monstruos, que menospreciados o divinizados, vistos como presagio de venturas o de calamidades, o considerados como desviaciones del proceso evolutivo ontogénico susceptibles de explicar problemas transcendentales de la herencia o del determinismo biológico de la especie, han captado siempre el interés de todos.

Passalacqua, el arqueólogo de Trieste, encontró, en la necrópolis de Hermópolis del antiguo Egipto, y junto a la momia de una mujer, un extraño amule-

*(1885-1950). Pionero en la investigación sobre reproducción celular, transmisión hereditaria, cáncer, oncocercosis e histología, fundador de la sección duranguense de la Alianza Científica Universal. Fue profesor de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Nacional de Medicina. Desde su fundación y durante 17 años dirigió el Instituto de Biología de la UNAM. "Los monstruos" se publicó en *Universidad: mensual de cultura popular*, abril de 1938, tomo V, no. 27.

to, al cual en un tiempo se consideró como un mono embalsamado; posteriormente, y gracias al estudio del insigne Et. G. Saint-Hilaire, comunicado a la Academia de Ciencias de París el 9 de enero de 1826, vino a saberse que en realidad se trataba de un ser anómalo, de un monstruo humano anencéfalo al que habían supuesto un origen bestial y honraban como animal sagrado.¹ Este hecho enseña que las monstruosidades se estimaron como el resultado de un ilícito comercio carnal entre la especie humana y los animales; igual opinión se colige del relato del Centauro nacido en los jardines de Periandro (según se lee en el "Banquete de los Siete Sabios"); dicho ser, "con forma humana hasta las manos y el resto de caballo", fue interpretado por el Divino Diocles como un presagio de discordia y sedición y se propuso ofrecer alguna expiación a los dioses; Thales, al llegar a la sala del festín, dijo: "harás bien si haces alguna expiación, pero yo te aconsejo que no tomes pastores jóvenes para guardar tus caballos, o mejor, proporcionales esposas".

Los gemelos soldados que nacieron durante los consulados de S. Flaccus y de K. Colpornius se tomaron por los arúspices como seguro signo de próximas catástrofes y fueron inmediatamente condenados a la muerte; Tácito (*Anales*, I, XII) relata que la muerte del emperador Claudio fue anunciada por el nacimiento de monstruos dobles de odioso aspecto.

Posteriormente apareció una nueva modalidad de interpretación de los monstruos; provenían del impuro connubio de los demonios con las mujeres, o de las diablas con los hombres, aunque san Justino (*Apolog. brev.*) afirma que eran verdaderos

demonios los niños nacidos de tal unión, y Tertuliano (*Apolog.*, C. xxxii) participa de tal opinión, Elías enseña que Adán fue visitado por las diablasas (*Dict. infernal* de Collin de Plancy); san Jerónimo creyó también firmemente en los incubos y súcubos; estima asimismo como real la existencia de los sátiros que, según él, vienen directamente del infierno. Nada raro fue que en la Edad Media diversos hechiceros declararan que estaban en carnales relaciones con el demonio, así por ejemplo, Bonoist Berne, de 80 años de edad, afirmó haber vivido 40 con una diablesa denominada Hermiona; fue por tal causa quemado vivo en Roma; ni siquiera las Reverendas Madres Abadesas escapaban de las garras del Maligno, como por ejemplo Magdalena de la Cruz, que en 1545 confesó que efectivamente vivió más de 30 años en libidinosas relaciones con Satán; fue también condenada a ser quemada viva, pero Su Santidad el Papa Paulo III le otorgó su perdón; Héctor de Broecia relata cómo un joven fue atormentado por una linda diablesa y cómo, gracias a los conjuros de Su Ilustrísima Señoría el Obispo, pudo libertarse de la bellísima súcubo; y un autor tan respetable como Del Río enseña que los hechiceros se acoplaban con los súcubos y las hechiceras con los incubos y se apoyan para hacer tales afirmaciones en el parecer de sabios y de santos como Philon, san Cipriano, Tertuliano, Santo Tomás de Aquino, Lactancio, etc., etc. (Véase el capítulo dedicado a la demonología en la *Historia de los monstruos*, del doctor Ernest Martin, p.60.)

Seclier cuenta el siguiente hecho que en su tiempo acaeció: una bella joven encontraba todas las noches en su lecho a un incubo admirablemente hermoso, y desconocía cómo penetraba; sus familiares decidieron vigilar acuciosamente para sorprender al audaz demonio, pero en lugar del apuesto adolescente que esperaban ver, contemplaron la horrible faz de un monstruo; huyeron con precipitación y regresaron acompañados de un sacerdote que comenzó a rezar el principio del Evangelio de san Juan *In principio erat Verbum...* y cuando llegó a las palabras *et Verbum caro factum est*, se escuchó un ruido espantoso, el fuego devoró los muebles de la habitación y el monstruo desapareció derribando el techo de la casa...

Nada extraño es que estas opiniones estafalarías gozaran de general aceptación cuando la doctísima Sorbona en 1318, promulgó un edicto contra los incubos, declarando que su existencia debía considerarse como indudable; cuando el claro ingenio de Feijóo admitió la cópula fecunda de hombres con animales y cuando uno de los más claros talentos de todos los tiempos, Ambrosio Paré, en su libro *Des monstres tant terrestres que marins avec leurs portrait, plus un petit traité des plaies faites aux parties nerveuses*, París, Bailliere, 1840, enumera entre las trece causas que originan desviaciones orgánicas en el hombre y en los animales: primera, la gloria de Dios;² segunda, su ira,³ etc. y "La treizieme, les démons et les diables" (lib. XXV, p.753); con razón el doctor Martin dice: "estas groseras hipótesis sólo testifican la influencia que ejerce, aun sobre las más poderosas inteligencias, el medio moral cuando está tan impregnado de superstición" y, como ésta perdura, perduran aún no sólo entre el vulgo sino entre personas cultas en ciertas ramas del saber, tan singulares opiniones; acierta Marañón cuando escribe: "Toda la historia del progreso humano se puede reducir a la de la lucha de la ciencia contra la superstición; esto es, a la sustitución a la fe en el absurdo, típica del hombre primitivo, por la fe en las cosas demostrables mediante el raciocinio o la experimentación, que caracteriza al hombre civilizado." (*Las ideas biológicas del P. Feijóo*, Espasa Calpe, 1934.)

Los metafísicos, que prescinden del conocimiento de los hechos y de sus legítimas consecuencias, tomaron a su vez por su cuenta la explicación de las monstruosidades; estos filósofos que, en tales asuntos, según la expresiva frase de Serres "llevan su licencia hasta querer explicar todo sin haber observado nada", idearon la teoría de la preformación de los gérmenes que, según ellos, estarían contenidos unos dentro de otros. El paladín de tal concepto fue el veneciano Aromatari que en su "Epístola de las plantas" expresó *Quod attinet ad ova gallinarum, existimamus quidem pullam in ovo delineatum esse, antequam formatur a gallina*, (en lo relativo al embrión del pollo, estimamos que él está delineado en el huevo antes de que sea forma-

do por la gallina); esta doctrina obtuvo el sufragio de los teólogos puesto que, generalizando al hombre lo observado en los animales, podría comprenderse cómo el pecado original afectó por igual a toda la existencia humana; qué más, hasta los matemáticos calcularon que en el estupendo ovario de nuestra madre Eva existían ya, según Haller, formados desde el sexto día de la creación, 200 millones de gérmenes... pudiendo vislumbrar dicho sea de paso, por tales procedimientos, el fin del mundo.

En verdad que podría objetarse, como entonces se objetó, que ¿cómo Dios, que había hecho al hombre a su imagen y semejanza, había podido crear gérmenes monstruosos? Mas tal argumento se contestó indirectamente por el Ministro del Santo Evangelio en Génova tratando de ateos a los adversarios de la preexistencia de los gérmenes.

Las ideas religiosas dominaban entonces de tal manera, oscurecían o apagaban las débiles luces de la razón con tan incontestable poder, que sólo mediante el ambiente que crean, se entiende cómo sabios eminentes aceptaron tal teoría filosófica; cabe citar entre ellos al piadoso Swammerdan que buscó en el misticismo la paz de su espíritu, quebrantada por sus estudios que lo llevaron, como después a Pascal, a ver a cada descubrimiento, abrirse un abismo a sus pies; al canónigo Nicolás Stenon, sabio anatómico muerto en olor de santidad; al R.P. Nicolás Malebranche, profundo teólogo, para el que el origen de los de los seres es sobrenatural, fuera de la ciencia, un verdadero milagro; a Cuvier, cuyo genio y cuya profunda religiosidad son incomparables; a Marcelo Malpighi, etcétera.

Siempre han existido pensadores admirables que con penetrante visión han entrevisto o demostrado la verdad, sin dejarse llevar por la corriente de ideas que en cierta época predomina: Aristóteles, jamás consideró las monstruosidades como producciones "contra natura"; Cicerón en su obra *De Divinatione* (Lib. II, cap. XXII) refiriéndose a los monstruos dice:

No se admira uno de lo que frecuentemente ve, aunque ignore cómo se produce; mas si llega un hecho desconocido, entonces se le toma como un prodigio. Todo lo que nace, sea lo que fuere,

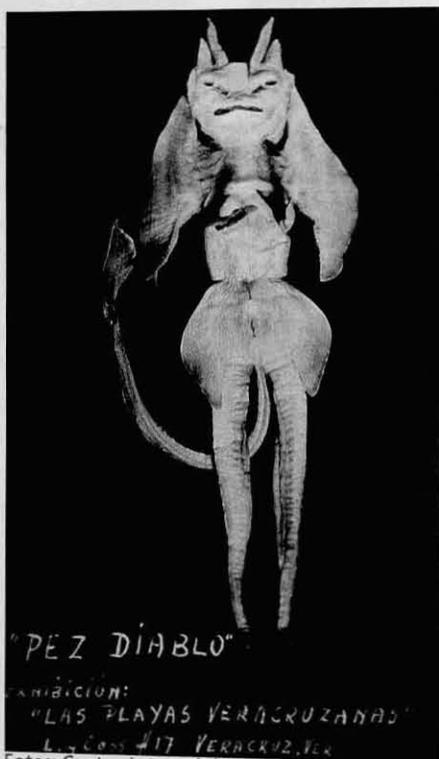
tiene necesariamente una causa natural, de modo que aunque sea extraordinario, no es *contra natura*. Nada sucede sin causa y nada sucede que no pueda suceder, así es que si sucede no es un prodigio, pues no hay tal suerte de fenómenos.

Análogos conceptos en lo esencial, aunque con diverso estilo, expresaron Plinio en su *Historia Natural* (I, VII, c. I); san Agustín en *la Ciudad de Dios* (Lib. XVI, C. XIV); Fontenelle en *la Historia de la Academia de Ciencias* (1703, p.28); Lacépede en *la Hist. Nat. Des Serpentes* (Capítulo "Des Serpentes Monstreux"), y otros. Montaigne en sus *Ensayos* (Lib. II, cap. XXX, *De una criatura monstruosa*, p.97) y expresando un claro pensamiento dice, que "llamamos contra naturaleza lo que va contra la costumbre; nada subsiste si con aquélla no está en armonía, cualquiera que lo existente sea. Que esta universal y natural razón desaloje de nosotros el error y la sorpresa que la novedad nos procura".

Pero si gran mérito tiene concebir una idea, no es menor el que corresponde al que la demuestra y lleva el convencimiento a los demás; Haller inició el conocimiento científico de las anomalías e I. Geoffroy Saint-Hilaire se expresa de él en estos elocuentes términos: "Haller que enriqueció la ciencia de las monstruosidades con muchas importantes observaciones, logró un memorable progreso con la publicación de su tratado *Des Monstris*, esta excelente obra que señala el principio del periodo científico, es un resumen del conocimiento de su época, en el que el autor muestra, con una ciencia profunda y una erudición inmensa, el espíritu de una sabia crítica antes que él desconocida." Muchos hechos sin la debida autenticidad, pero admitidos con cierta confianza fueron desechados por falsos o señalados como dudosos. Todas las hipótesis imaginadas por los filóso-

fos están expuestas con claridad y algunas discutidas con talento; en una palabra, por su tratado *De Monstris* renovó Haller la Teratología, como algunos años después, por sus (*Elementa*) renovó la Fisiología misma." Gaspar Federico Wolff fue el primero que logró observar el desarrollo embrionario de los vasos sanguíneos y la formación del intestino en el embrión del pollo, advirtiendo que aquéllos aparecen nuevamente y que por tanto no se hallan preformados; en todos los embriones normales o anormales sucede lo mismo y en consecuencia, no hay leyes privativas para

el desarrollo de los monstruos; este sabio pensó que las causas determinantes de la evolución embrionaria son exclusivamente intrínsecas, desdeñando la acción del medio, que había de ser reivindicada por los insignes Etienne e Isidore Geoffroy Saint-Hilaire; con posterioridad Camillo Dareste, con singular talento y acertado ingenio, aplicó el método experimental en la Teratología, encauzándola por los senderos que le han conquistado un puesto de honor entre las ciencias de la vida y haciendo viables los sagaces, profundos y sugestivos trabajos de Spemann y su escuela, Stockard, Vialleton, Henneguy, Chiarugi y otros muchos sabios cuyos estudios capitales citaremos en su ocasión.



Fotos: Centro Integral de Fotografía, Puebla

Etiología de las monstruosidades

La perturbaciones que encaminan al desarrollo por una senda más o menos diversa de la normal son inherentes a los seres vivos, pues si se estudian con el debido esmero, se hace patente que no existe entre ellos la igualdad que arbitrariamente se indica; identidad que presupone el absurdo cuando se analizan con los recursos técnicos apropiados, su estructura íntima, sus reacciones bioquímicas, su comportamiento, etc.; sin llegar a este extremo, desde hace mucho tiempo han señalado los naturalistas la existencia de variedades y

de razas tanto en las plantas como en los animales, sin que sea dable, innumerables casos, señalar un límite preciso entre la forma tipo y la variedad, pero estas variaciones, que de acuerdo con las leyes de la herencia se conservan con cierta fluctuación durante espacios de tiempo indeterminados, difieren cuantitativamente de las malformaciones y de las monstruosidades; una anomalía o monstruosidad verdadera se debe al desarrollo del embrión en condiciones extraordinariamente anormales, excluyendo todo proceso patológico, como lo demuestra el estado normal de los tejidos, exentos de procesos llamados de "defensa o reparación" u otros del mismo orden; hállanse, en cambio, grandes atipias de distribución.

La Teratología, de acuerdo con un criterio biológico, no es capítulo de la Patología del embrión; los procesos patológicos coexisten a menudo con la monstruosidad, de acuerdo con la capacidad específica de reaccionar de cada organismo, y entonces ésta se exagera; en tales caos, los factores teratógenos actúan sobre el complejo reaccional embrionario (Greil), en muy determinados estadios de las primeras fases evolutivas; si la acción de estos se ejercita en épocas tardías del desarrollo fetal, se originan malformaciones de diversa índole.

Los factores teratógenos son físicos, químicos o biológicos, comprendiendo tan sólo entre éstos aquéllos que en la actualidad no podemos con justificación referir a los primeros, todo ellos condicionan el medio externo o rigen la naturaleza propia de las gametas.

El estudio citológico, tanto del óvulo como del espermatozoide, nos enseña que estas células no poseen una estructura uniforme; sábase, asimismo, que ciertas sustancias químicas y que determinadas radiaciones las afectan profundamente modificando la cromatina en la que radican las hipotéticas gamas que determinan los caracteres hereditarios (experien-

cias de los hermanos Hertwik, de Frankel, de Nurberger); Bagg dice haber obtenido trastornos en el desarrollo de los mamíferos mediante las emanaciones de radio, se habla de igual fenómeno en niños cuyas madres fueron tratadas por los rayos Roentgen; cabe también suponer que las toxinas producidas por los gérmenes patógenos, el de la sífilis por ejemplo, y otras exógenas, alcohol, plomo, sales de arsénico, etc., actúen sobre los elementos a cuyo cargo corre en los mamíferos y en otros seres la conservación de la especie; H. Chiari y Anders, atribuyen

a mutaciones que en suma se originan por la acción del medio interno o externo sobre la célula, la condrosdistrofia y tal vez por las mismas causas se producen las alteraciones en los dedos (polidactilia, sindactilia, etc.) la conformación de los maxilares (opistogenia, progenia, etc.), el labio hendido, el coloboma, el albinismo, el daltonismo, la hemofilia, etcétera.

Los anteriores conceptos hacen esperar que a medida que se avance en el conocimiento integral de la citología de las gametas, se irá logrando una explicación mejor de las causas íntimas del desarrollo embrionario.

Entre las causas físicas pueden comprenderse las mecánicas, las térmicas, las irradiaciones y los

cambios osmóticos.

Desde los bellos trabajos de Isidoro y Etienne Geoffroy, Saint-Hilaire y de su ilustre continuador Dareste, se sabe la influencia que ejerce la gravedad así, modificando la estática del huevo de gallina volviéndolo sobre uno u otro polo, agitándolo horizontal o verticalmente, se obtienen distintas monstruosidades, y análogos fenómenos se advierten en los huevos de sollo cuyos embriones, un tanto divididos por agitación, dan monstruos dobles; Lucksch y Rabaud, haciendo obrar diversos pesos sobre los embriones de pato, lograron detenciones par-



ciales de desarrollo; la continua presión que ejerce un útero imperfectamente desarrollado, se estima como causa de anomalía en la especie humana y las amputaciones que mecánicamente origina el cordón umbilical en ciertos casos, además de explicar el fenómeno respectivo hacen presumir la respuesta del feto que puede ser la regeneración anormal de la porción perdida, dadas las grandes posibilidades de cicatrización y regeneración que existe en él; en los casos de embarazo ectópicos, que tan a menudo producen seres anormales, es evidente que no debe de menospreciarse la acción causal de las presiones que no sólo obran directamente, sino que por sí modifican la nutrición embrionaria (estudios de Marchand).

El calor o el frío, dentro de ciertos límites producen en los huevos de gallina en incubación graves trastornos que causan monstruosidades; las corrientes eléctricas, según Lombardini, y los cambios osmóticos anormales, según Loeb y Hertwig, producen análogos resultados.

Sin embargo, conviene tener presente, cuando se trata de la Teratología comparada, la extraordinaria especificidad de la respuesta para no generalizar indebidamente.

Es inconcuso que los excitantes químicos desempeñan un papel de primer orden tanto en los procesos de embriogénesis como en los teratológicos, puesto que están regidos por unas mismas leyes y sólo difieren cuantitativamente; así por ejemplo, se sabe que cada tejido tiene un cociente específico de metabolismo, según la acertada expresión de Stockard, cuya alteración por defecto o por exceso, perturba el desarrollo embrionario sobre todo si esto sucede en las etapas correspondientes a la gastrulación que debe tenerse como verdadero "punto sensible"; los estudios del citado sabio nos hacen conocer que alterando las oxidaciones en el huevo de las aves, por diversos procedimientos experimen-

tales, de modo que coincidan con el "periodo crítico", no es raro obtener monstruos, algunos de ellos dobles, y tal vez esto explique las desviaciones del desarrollo que acaecen en los huevos puestos prematuramente; a igual causa se atribuye la poliembrionia del armadillo tan bien estudiada por Newmann y Patterson; análogas consideraciones pueden hacerse en los casos de embarazos ectópicos en la especie humana. Conviene, sin embargo, no olvidar las condiciones específicas del germen, pues sólo así se advierte, aunque sin dilucidar su determinismo, por qué la reducción

de las oxidaciones obra produciendo monstruosidades preferentemente en ciertos huevos, v.gr.: en los de los peces del género Salmo.

Entre los agentes químicos deben citarse los productos que, elaborados por unas células, ejercen acción sobre otras, excitando o inhibiendo; estos factores tan estudiados en la actualidad con referencia al adulto (Endocrinología), comienzan a obrar desde muy tempranos estados de desarrollo (prehormonas) y producen resultados singularmente notorios si actúan en los "periodos críticos" a que ya nos hemos referido: en efecto si se transplanta un fragmento de labio superior del blastóporo de un embrión de Tri-



tón a otro, se percibe que bajo la influencia del fragmento implantado se forma no sólo un nuevo tubo neural, sino otra notocorda y porciones de somitas, y que en estas edificaciones participan células de los dos embriones como se puede ver gracias a la diferencia de pigmento que existe entre las especies taeniatus y cristatus de esos batracios tan hábilmente utilizados por Spemann y Mangold. Los trabajos del primero de los citados sabios han esclarecido algunas de las condiciones de acción de estas sustancias órgano-formadoras, por ejemplo, que la diferencia del ectodermo que origina el tubo neural, se hace bajo el influjo de materias formadas por la

porción ventral de las masas mesodérmicas de la notocorda, de modo que dichas porciones obran como inductoras orientando la diferenciación, y análogo fenómeno se aprecia en lo que respecta al desarrollo de los órganos de los sentidos de la médula espinal, etc.; estas inducciones se ejercen específica y constantemente como lo enseña el hecho de que sólo ciertas partes pueden obrar como tales, así es que el desarrollo del organismo se efectúa mediante una distribución y localización de inductores sobre otras porciones inactivas; las referidas inducciones se

hacen gracias a sustancias químicas que radican en el citoplasma fundamental (Duesberg, Conklin Dalcq, etc.), como lo muestra el hecho de que se pueden obtener aun por medio de células muertas por una previa trituración, por acción del calor a 100 grados centígrados, por congelación o por desecación y es importante señalar que la misma evolución histológica se lleva a cabo si se cultivan células embrionarias en medios apropiados; así, por ejemplo, las células epidérmicas embrionarias de ajolote que se cultivan en medio de Ringer, originan epitelios, pero si el cultivo se hace en el humor de la cavidad abdominal de larvas del mismo animal, como lo

hemos verificado en nuestro laboratorio, la diferenciación varía extraordinariamente orientándose en el sentido en que se hace el de las células nerviosas; Holtreter afirma que basta colocar trozos aislados de la futura epidermis de embriones muertos sobre los sitios apropiados que por la difusión de sustancias, se obtiene la inducción que determina que se forme tejido nervioso; la capacidad determinadora persiste aun en los órganos del adulto, pues si se colocan en la gástrula de un batracio fragmentos de cerebro, de ojo, de vesículas ópticas, o de otros órganos apropiados, así provengan de un reciente cadáver humano, se forman nuevos órganos que alcanzan un desarrollo más o menos avan-



zado y aun llegan a su típica estructura (cristalina), y en ciertos casos, a su capacidad funcional en cuanto es dable; estos hechos abren, como desde luego se colige, un nuevo horizonte para la explicación de las monstruosidades, puesto que en ellas se puede comprobar, como parte esencial de la desviación del desarrollo, una anormal repartición de los tejidos que seguramente perturban sus posibilidades evolutivas, ya suscitando nuevos desarrollos, ya aminorando o inhibiendo la formación de ciertos órganos, sin que sea óbice la muerte de las células respectivas, lo que

tiene singular significación en el caso de los monstruos dobles, pues aunque perezca uno de ellos, como a menudo sucede, no por eso deja de influir sobre el superviviente.

Hemos dicho que suele coexistir con el proceso teratogénico otro patológico que, según Ribbert Monckeberg, puede consistir en enfermedades de la madre, de las que mencionaremos:

- a) Transtornos generales de la nutrición.
 - b) Enfermedades que determinan el paso, al torrente circulatorio, de productos anormales del metabolismo.
 - c) Enfermedades infecciosas en que los microorganismos y las toxinas pasan al feto. Puede darse este caso en las infecciones determinadas por los cocos piógenos, los bacilos tuberculosos, el virus sifilítico, etcétera.
 - d) Enfermedades febriles.
 - e) Influencias psíquicas que pueden obrar perjudicialmente cuando provocan contracciones uterinas.
- En segundo lugar, enumeraremos las influencias que parten del útero, membranas ovulares y cordón umbilical:
- a) Reducción de la cavidad uterina o insuficiencia de las cubiertas del huevo.
 - b) Adherencias de la superficie fetal con las membranas y la placenta. Se presentan en extensión va-

riable, impidiendo, de ordinario, el desarrollo de la parte adherida. Se adhiere de preferencia el polo cefálico del embrión. La adherencia, primeramente plana, de distiende más tarde, constituyendo bridas.

- c) Las bridas largas pueden anudarse en torno de extremidades, dedos, etc., y perjudicar su desarrollo. El cordón umbilical puede estrangular un miembro.
- d) El exceso de líquido amniótico (hidropesía amnii) ejerce influencia desfavorable sobre el perfecto desarrollo del embrión.

Los traumatismos, golpes o contusiones uterinas se dice que pueden ser causa de monstruosidades.

Sin embargo, según las propias palabras de Jorge V. Gruver, quien con extraordinaria competencia escribió la parte dedicada al estudio de las anomalías en el tratado de Anatomía Patológica de L. Aschoff (1934). "No se debe exagerar la influencia de la lúes como causa de anomalías, mucho menos puede ser la tuberculosis un factor etiológico en este sentido. Es muy inseguro el punto hasta el que las irregularidades en las secreciones internas de la madre pueden determinar una enfermedad del feto y un trastorno en su desarrollo".

La estadística de las monstruosidades está por hacer; sin embargo, para dar una idea general recordaremos los siguientes datos:

Según Jorge V. Gruver, casi no hay ser que, más o menos, deje de presentar desviaciones morfológicas y en efecto los anatomo-patólogos no cesan de advertirlas; refiriéndose tan sólo a las muy patentes E. Schwalbe considera que se hallan en un 30 a 50% de los cadáveres autopsiados; las anomalías en el hombre afectan a menudo el aparato urogenital, los centros nerviosos y las partes adyacentes, el corazón, etc., puesto que casi siempre la perturbación de una parte repercute en otras.

Winckel, que estudió más de 8 mil casos, estima que las malformaciones existen en un 2.8%; Schwobers, en 1 por 455; Priech, en 454 anomalías, encontró 61 monstruos unitarios y 2 monstruos dobles, y tanto él como G. Saint-Hilaire y otros sabios opinan que los individuos del sexo femenino son más afectados que los del masculino; Lorenz encontró la luxación con-

génita de la cadera en 671 hembras por 82 del sexo masculino; igual apreciación cabe hacer en lo relativo a la frecuencia de los uréteres bifurcados; los divertículos de la vejiga son más frecuentes en el hombre.

Con respecto a México, entre lo poquísimo que se conoce, cabe señalar, según Don Juan María Rodríguez (*Gaceta Médica Mexicana*, vi, p. 200), la relativa frecuencia de la polidactilia entre los individuos de la raza azteca; el vulgo designa a los hexadáctilos con el nombre de "chicuase", vocablo que en idioma mexicano, significa "seis".

Con respecto a otras especies animales, Gurlt encontró en 731 malformaciones: 236 vacas, 179 ovejas, 87 cerdos, 78 perros, 71 gatos, 56 asnos y 24 cabras; Cornevin afirma que entre los animales más frecuentemente afectados están el cerdo, el perro, el buey, la oveja, el asno y la cabra, y Geoffroy Saint-Hilaire apreció que las tres cuartas partes de las monstruosidades corresponden a los mamíferos y el resto a las aves. Queda, como se ve, un inmenso vacío que llenar en lo que respecta a la estadística de monstruosidades en los diversos grupos zoológicos.



- 1 El estudio de Geoffroy Saint-Hilaire marcó el principio de la brillante era en la que comenzó a considerarse a la Teratología como parte integrante de las ciencias biológicas.
- 2 El religioso vizconde de Chateaubriand en un "Genie du Christianisme", 1. v. 56-57, expresa, aunque sin citar a Paré, el mismo pensamiento: "Dios permite estas producciones de la Naturaleza, para mostrarnos lo que la creación sería sin Él: Ellas son la sombra que hace aparecer más brillante la luz, un modelo de esas leyes del acaso que según los ateos deben haber creado el universo".
- 3 Portendit iram quodlibet monstrum Dei.
Monstrum omne belli tempore extat crebrius.
Traducción libre:
El monstruo predice la ira de Dios.
La guerra lo engendra.



Casi todos los puntos importantes del mundo están tan cerca de Ud. como su teléfono!

★ Por el teléfono MEXICANA usted puede hablar con cualquiera persona en más de un centenar de centros importantes de México, en la totalidad de los Estados Unidos, Cuba y Canadá, en la mayor parte de Europa y en los puntos principales de Sud América, Australia, África, Hawái...



★ Una llamada telefónica equivale a un viaje «de ida y vuelta», en unos cuantos minutos, a una ciudad distante... y por poquísimo dinero.

COMPANIA TELEFONICA Y TELEGRAFICA MEXICANA

MAQUINA eléctrica "Ponsell" para barrer pisos y limpiar alfombras, tapetes, etc.

Limpia más efectivamente que cualquiera otra. La fuerza de succión que desarrolla absorbe todo el polvo, dejando pisos y alfombras tan limpios como si fueran nuevos.

MAQUINA eléctrica "Ponsell" para pulir pisos.

Rápida, eficiente, económica, liviana y de funcionamiento silencioso y suave.

Deja los pisos "como un espejo", en unos cuantos minutos.



2 Máquinas en una sola

ESTAS dos máquinas, valiosos auxiliares de la señora de la casa, constituyen un solo aparato, que funciona con un motorcito intercambiable, cuyo manejo es muy fácil.

Tendremos mucho gusto en demostrar a usted prácticamente las ventajas de estas magníficas máquinas "Ponsell"-dos en una.

LAS ESTAMOS VENDIENDO A

\$ 175.00

CON FACILIDADES DE PAGO



"Salvo de Electricidad"

CIA. MEX. DE LUZ Y FUERZA MOTRIZ, S. A.

Gante, 20



• **INTOLERANCIA Y VIOLENCIA**

Aída Hernández
Alberto Betancourt
Enrique Plasencia
Mark Platts

Un poema de Fabio Morábito

• **FOLIOS Y BITÁCORAS**

Adolfo Castañón
Juan García Ponce
Enrique Flores
Jaime Labstida
Ángel Miquel
Ruy Pérez Tamayo
Roger Bartra

• **VANGUARDIAS Y CONTEXTOS**

Víctor Díaz Arciniega
Carlos Chimal
Peter Krieger
Sergio Monsalvo
Victoria Novelo

Un poema de José Manuel Pintado

• **RELIGIOSIDADES**

Clara Gallini
Arnaldo Nesti
Enzo Segre
Sergio Schmucler
Bolívar Echeverría
Antonio García de León

Un poema de Andrés Ordóñez

• **TRASPLANTES**

Ruy Pérez Tamayo
Joyn Mraz
Yolanda Massieu Trigo
Ignacio Sosa
Alberto Aziz Nassif

Un poema de Malva Flores

• **EL CAMPO MEXICANO**

Arturo Warman
Armando Bartra
Ana Paula de Teresa
Luis Aboites Aguilar
Rodrigo Díaz Cruz

Diálogo del árbol de Paul Valéry

**REVISTA
UNIVERSIDAD
DE
MÉXICO**
1930-1938
Nuestros primeros pasos

La revista Universidad de México
Invita a la presentación de su edición de
julio-agosto de 2002

1930-1938
Nuestros primeros pasos

Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca
Viernes 26 de Julio
19:00 hrs.

Tequila de honor

REVISTA UNIVERSIDAD DE MÉXICO
Número 615 Septiembre de 2002

VIDA COTIDIANA

Carlos Chimal
Carmen Collado
Horst Kurnitzky
Tania Carreño King
Emilio Ebergenyi
Alfonso Sánchez Arteché
Carlos Montemayor

Un poema de Clara E. Lida



La barra de letras,
con Pablo Boulosa.

Sábados, 8 de la noche
EN VIVO

VE MÁS ALLÁ

¡UN NUEVO ESPACIO UNIVERSITARIO EN COYOACÁN!

Presentaciones de libros • Videoconferencias • y más...
Diplomas • Conferencias

¡Conócelo!

CASA DE LAS HUMANIDADES UNAM

Presidente Carranza 162, Coyoacán
Tels. 5554•8513 y 5554•5579

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social

Novedades editoriales

tramas del alba
Ernesto Isonza Vera

Librería
Guillermo Bonfil Batalla
Hidalgo y Matamoros s/n, Tlalpan
C.P. 14000, México, D.F.
5655 0158
ventas@juarez.ciesas.edu.mx
www.ciesas.edu.mx

PUBLICACIONES UNAM

LOS CONFLICTOS DE LA UNAM EN EL SIGLO XX
Javier Mendoza Rojas
Centro de Estudios sobre la Universidad

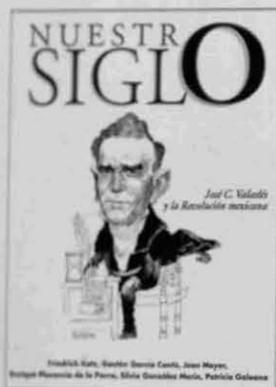
ÉTICA Y TRASPLANTES DE ÓRGANOS
Eduardo Rivera López
Instituto de Investigaciones Filosóficas

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial
Av. del IMAN núm. 5, Ciudad Universitaria
C.P. 04510, México, D.F.
Tel. y Fax 5622 6582
www.libros.unam.mx e-mail: pfedico@servidor.unam.mx

**Un país de todos,
una historia de todos**

PUBLICACIONES INEHRM

muy pronto



consúltela ya en

www.gobernacion.gob.mx

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Plaza del Carmen 27, San Ángel, Del. Álvaro Obregón. Tels. 5616 38 08 o 5616 38 09
correo electrónico: bbarros@segob.gob.mx



INEHRM



Hábitat Sónico. Cuarto Festival Internacional de
Arte Sonoro en MUCA Roma
14 de junio al 7 de julio de 2002
En colaboración con Ex Teresa Arte Actual

Participan:
Jorge Garibaldi Ortega,
David Castro Sopena,
Luz María Sánchez,
Hugo Lugo,
entre otros



Museo Universitario de Ciencia y Arte Roma (MUCA Roma),
Tabasco 73, entre Frontera y Mérida, colonia Roma.
Tels. 52 22 03 05 y 55 11 09 25.



SECRETARÍA
DE CULTURA
U N A M

SECRETARÍA
DE CULTURA
U N A M

muca roma
MUSEO UNIVERSITARIO DE CIENCIA Y ARTE



Instituto de Investigaciones
Dr. José María Luis Mora



Áreas de Investigación

Historia Política
Historia Económica
Historia Social y Cultural
Historia y Estudios Internacionales
Historia Urbana y Regional
Historia Oral
Sociología Política y Económica

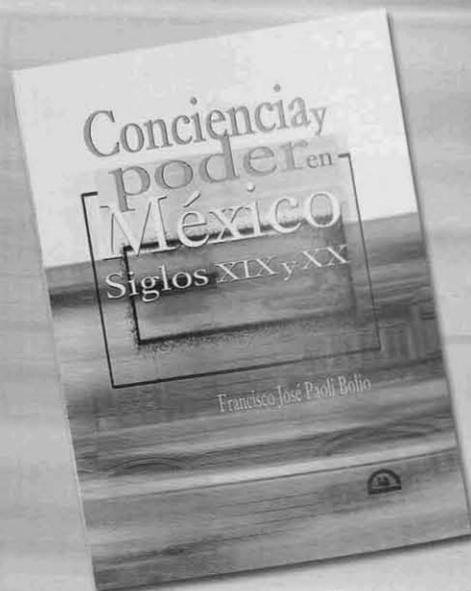
Una de las mejores
bibliotecas en historia
y ciencias sociales
en México

Ofrecemos cuatro
maestrías que cuentan
con un bien ganado
prestigio en el mundo
académico

Múltiples actividades
académicas y culturales

Más de 330 títulos
publicados bajo
nuestro sello editorial

www.institutomora.edu.mx



MÁS de
20 años
de experiencia nos avalan



Amargura 4, San Ángel, 04000 México, D.F.
Tel.: 5616 2705 y 5616 0071 Fax: 5550 2555
maporrúa@mail.internet.com.mx



Universidad Nacional Autónoma de México
Escuela Nacional de Artes Plásticas

**Semana de la comunicación
de la ENAP**
D generación 2:
La imagen que degenera

Conferencias y ponencias de:

Multimedia

BEATRIZ NIETO
FABIAN HOFFMAN
ROBERTO ORTIZ
ALFONSO MACIEL

ADOBE software
Director de "Pachito Rex"
FX y maquillaje fantástico
ORBITA 105.7

Ilustración

TANIA JANCO H.
MARIA CECILIA VERGARA

Ilustradora
Ilustradora

Diseño editorial

JUAN PABLO RULFO
JAVIER RAMÍREZ "CHINO"
JORGE ALOR

Diseñador editorial
H + H
GRUPO ALCE

Fotografía

WALTER DOEHNER
PATRICIA ARIDJIS

Director de cine
Foto documental

ENTRADA LIBRE, del 11 al 12 de julio desde las 9:30 hrs. hasta las 21 hrs.
Av. Constitución, Centro de la Concha No. 600, Xochimilco, D.F.

*Mayor información: site_y_media@yahoo.com



**México,
los mil rostros de
Dios**

Una visión general sobre el desarrollo y actualidad
de las distintas religiones e iglesias presentes en la vida
cultural, social, política, y económica de nuestro país

Coordinación y guión: Felipe León y Francisco Trujillo

Conducción: Sergio Bustos, Martha Aura

y José González Márquez

Producción: Laura Elena Padrón

Lunes 18:00 hrs.

www.radioeducacion.edu.mx



El oasis del cuadrante



**El placer de tus compras...
a tu comodidad!**



Con motivo del **42** aniversario
de la Filmoteca de UNAM,

la Coordinación de Difusión Cultural a través de la
Dirección General de Actividades Cinematográficas,
le invita a las funciones especiales,
del ciclo **Historias Recuperadas**,
que se exhibirán en la Sala José Revueltas
del Centro Cultural Universitario,
en la función de las 17:15 horas,
bajo el siguiente programa:

- 16 de julio **¡Viva Madrid, que es mi pueblo!**
Dir. Fernando Delgado, España, 1928
- 17 de julio **El tren fantasma**
Dir. Gabriel García Moreno, México, 1927
- 18 de julio **Frivolinas**
Dir. Arturo Carballo, España, 1926
- 19 de julio **Zitari**
Dir. Manuel Contreras, México, 1931



2002





COORDINACIÓN
DE HUMANIDADES



9 770185 133008

133008

\$35,00

ISSN 0185-1330